BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA 158

RODOLFO LENZ

ENSAYOS FILOLÓJICOS AMERICANOS

II

OBSERVACIONES JENERALES SOBRE EL ESTU...
I LITERATURAS POPU...

(PUBLICADO EN LOS "ANA...

Las ciencias en la formación de las naciones americanas

SANDRA CARRERAS / KATJA CARRILLO ZEITER (EDS.)

Sandra Carreras / Katja Carrillo Zeiter (eds.)

Las ciencias en la formación de las naciones americanas



B I B L I O T H E C A   I B E R O - A M E R I C A N A

Publicaciones del Instituto Ibero-Americano
Fundación Patrimonio Cultural Prusiano
Vol. 158

Sandra Carreras / Katja Carrillo Zeiter (eds.)

Las ciencias en la formación de las naciones americanas

Iberoamericana • Vervuert
2014

info@ibero-americana.net
www.ibero-americana.net

ISSN 0067-8015
ISBN 978-84-8489-849-8 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-95487-394-4 (Vervuert)

Depósito legal: M-24349-2014

Diseño de la cubierta: Carlos Zamora
Ilustración de la cubierta: Lenz, Rodolfo (1894): Ensayos filolójicos americanos. T. II: Observaciones generales sobre el estudio de los dialectos i literaturas populares. (Publicado en los Anales de la Universidad). Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

Composición: Patricia Schulze

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico blanqueado sin cloro.

Impreso en España

Mónica Quijada, in memóriam

Índice

Las ciencias en la formación de las naciones americanas. Una introducción

Sandra Carreras/Katja Carrillo Zeiter

Los primeros movimientos anticoloniales exitosos se llevaron a cabo en América. Entre 1760 y 1830 se desarrollaron allí procesos revolucionarios que culminaron con la disolución de los imperios coloniales que habían dominado el continente durante tres siglos. Entre ellos se cuentan la revolución de las trece colonias inglesas de Norteamérica, la revolución haitiana y las revoluciones que se sucedieron en las distintas partes del Imperio Español. Todas estas transformaciones, sumadas a la separación no violenta de Brasil de la Corona portuguesa, tuvieron por resultado el surgimiento de una pluralidad de nuevos Estados, que en lo esencial perdura hasta hoy.

Las revoluciones americanas estaban insertas en el contexto de las interacciones transatlánticas establecidas con anterioridad y contribuyeron, a su vez, a la intensificación de las mismas. Fueron en general un resultado de las densas interconexiones que se habían ido tejiendo durante siglos en ese espacio, y de las reacciones que ellas provocaron. Tanto en el norte como en el sur del continente americano, el intento de las metrópolis por reforzar el control económico y político sobre las colonias terminó provocando la reacción que pondría fin a la dominación colonial.

La independencia de Estados Unidos mostró al mundo atlántico que era posible abandonar el estatus colonial y el régimen monárquico. Poco después, la revolución francesa actuó, por un lado, como la gran difusora de las ideas de libertad e igualdad, y desató, por otro, un vendaval político cuya ola expansiva repercutiría fuertemente al otro lado del Atlántico. A ella se vincula directamente la revolución haitiana. Además, su derivación en las guerras napoleónicas, incluida la ocupación de la Península Ibérica, constituyó el motivo inmediato del inicio de las revoluciones hispanoamericanas, que a su vez fueron apoyadas por Gran Bretaña. Al fin del proceso, el continente aparecía dividido en un número hasta entonces desconocido de Estados independientes, que, con la excepción de Brasil, se constituyeron como repúblicas pese a todos los vaivenes y conflictos que siguieron a la independencia en momentos en que la Europa continental, perdidas las colonias, se reorganizaba bajo la égida restauradora.

El Nuevo Mundo tuvo así una participación esencial en el proceso de destrucción del antiguo orden en Europa. Por otra parte, el ciclo revolucionario podría ser visto como el último episodio común de las colonias americanas, a partir del cual las nuevas repúblicas seguirían diferentes derroteros y la brecha entre la gran república del norte y las numerosas repúblicas del sur del Río Grande iría en aumento. En muchas de éstas, la revolución de las estructuras políticas coexistiría bastante tiempo con continuidades sociales y económicas ante las cuales la cuestión del establecimiento de un nuevo orden no era sencilla de resolver. Si la apelación a la "patria" había servido para dar identidad común a los distintos grupos a la hora de la lucha por la independencia, el establecimiento de un nuevo Estado, una vez depuesta la autoridad real, ponía en el tapete nada menos que la cuestión del sujeto de soberanía. El "pueblo" o la "nación" eran conceptos vagos que remitían a valores universales, en tanto que la práctica mantenía y a veces hasta reforzaba la discriminación social. En sociedades en las cuales la mayoría de la población era no blanca, la tensión entre la retórica liberal e igualitarista y la discriminación cotidiana resultaba especialmente marcada. A esto se agregaba la dificultad de que las élites criollas, que dominaban el discurso nacionalista, compartían idioma, cultura y religión con las potencias europeas de las que acababan de autonomizarse.

Si bien las historiografías nacionales elaboradas en el siglo XIX tendieron a identificar el momento de la independencia con el del nacimiento de la nación, la configuración de esa identidad imaginaria fue un proceso mucho más largo, entrelazado a las acciones y vicisitudes de los nuevos Estados e incluido él también en corrientes y transformaciones de carácter transnacional. Actualmente las investigaciones históricas coinciden en general en destacar los déficits que habrían caracterizado por largo tiempo a los nuevos Estados. Como ha resumido Stefan Rinke:

> Después de algunas décadas de guerra los países recién surgidos eran demasiado débiles para establecer realmente el orden republicano. El soberano, el 'pueblo', seguía siendo un nebuloso punto de referencia. Para imponer un nuevo estado nacional en el sentido de una comunidad de valores duradera en una estructura étnica extremadamente heterogénea, faltaron las condiciones y la voluntad política de las élites (Rinke 2013: 50).

Este balance negativo resulta del contraste entre una realidad tangible y las expectativas colocadas en ella por parte de muchos de sus protagonistas, y también de sus observadores póstumos. Dada la naturaleza utópica de tales expectativas, no sorprende que resulte difícil encontrar un caso con

mínimas posibilidades de satisfacerlas. Eso no significa, sin embargo, que en los años que siguieron a la independencia hayan faltado los intentos de establecer, por distintos medios, una comunidad de valores. En ese sentido, más que detenernos en presentar la lista de fracasos, nos parece más promisoria una perspectiva orientada a mostrar y analizar los diferentes –y por cierto variados y hasta contradictorios– intentos encarados por distintos actores en pos del establecimiento de lo que cada cual consideraba necesario para la formación de una comunidad nacional, un proceso de características sumamente complejas, que por su misma naturaleza no puede sino permanecer inacabado y sujeto a revisión permanente.

El proceso de delimitar una identidad cultural propia hacia adentro y hacia afuera resultó extremadamente difícil para las élites de los nuevos Estados porque implicaba desarrollar complicados mecanismos de inclusión y exclusión. También en este proceso, los entrelazamientos transatlánticos desempeñaron un papel fundamental precisamente en la circulación de ideas y saberes. La Europa postnapoleónica vio emerger el concepto de nación que buscaba establecer una supuesta relación intrínseca entre una parte de la población caracterizada como "pueblo", el territorio, la lengua y la cultura. Pese a las diferencias existentes en los diferentes Estados europeos, la construcción de lo propio establecía una supuesta homogeneidad natural. Las discusiones sobre la nación no por casualidad surgieron en aquel momento cuando algunos de los países europeos enfrentaban cambios en su organización estatal.

La historia real de la constitución de los Estados nacionales en América, lejos de responder a un proceso "natural", fue más bien el producto de la concentración de poder en manos de élites dominantes que lograron imponer su hegemonía en un determinado territorio y reforzarla a través de aparatos estatales. Éstos, por su parte, contribuyeron en la complicada tarea de formar un espacio económico unificado, dotar al Estado de la capacidad de erigirse en un actor reconocido en la esfera internacional y constituir una cultura homogénea con valores y símbolos comunes que le diera sustento a la unidad política. Vistas así las cosas, se trató menos de naciones preexistentes en busca de su Estado nacional que de Estados empeñados en proporcionarse la nación que les diera sustento y fuera a la vez objeto de sus intervenciones.

En el caso de los nuevos países hispanoamericanos, el concepto de nación se prestaba a marcar las diferencias entre ellos y frente a la vieja metrópoli, y a justificar el proceso de independización como "natural".

No obstante, la delimitación hacia afuera sólo funcionaba si se respondía hacia dentro a ¿qué es la nación? Dando por sentada la supuesta relación intrínseca entre "pueblo", territorio, lengua y cultura, las discusiones sobre el carácter de los nuevos Estados giraban permanentemente alrededor de estos elementos. A ellos se agregaba la preocupación por la historia que remontaba la nación hacia un pasado anterior a la independencia. El pensar la nación no se limitaba a la esfera político-administrativa, sino que envolvía también a productores del saber que desde sus lugares de enunciación participaban en la tarea de imaginar la comunidad (Anderson 1983).

Los círculos letrados de la época anterior a las revoluciones respondían a la concepción de la "república de las letras". Esta entidad, pensada en términos cosmopolitas, abarcaba al menos idealmente a los eruditos de diferentes regiones unidos por su afán de conocimiento, que integraban asociaciones y academias y se comunicaban entre sí a través de las fronteras estatales. A partir de la Revolución Francesa, en cambio, la búsqueda del conocimiento comenzó a aparecer cada vez más asociada a valores patrióticos primero, y nacionalistas después. Las campañas napoleónicas combinaron estrechamente victoria militar y éxitos científicos. A partir de entonces el nacionalismo científico prosperó en muchos países, aunque por otra parte nunca dejó de alabarse a la "comunidad científica internacional" (Somsen 2008: 361-365). Los países americanos no permanecieron ajenos a estas tendencias.

En América Latina, la participación de la ciencia y de los científicos en la formación de las nuevas naciones fue notoria. El movimiento que condujo a la independencia coincidió temporalmente con el momento de maduración de un proceso de renovación y crecimiento de las ciencias naturales, en el cual se habían ido reemplazando los contenidos escolásticos por contenidos acordes a la ciencia moderna, encabezada por la física newtoniana. En el contexto del fomento general de la ilustración y particularmente de las expediciones botánicas promovidas por la Corona, se formaron núcleos de actividad científica, sobre todo en Bogotá, Lima y México (Glick 1991).

Los miembros de la élite ilustrada criolla participaron activamente en el movimiento emancipador desde las primeras horas y en muchos casos pagaron por ello con sus vidas. En los años de las luchas por la independencia, las instituciones y las prácticas científicas sufrieron las consecuencias negativas de las guerras. Con el establecimiento de los nuevos gobiernos, médicos, naturalistas, ingenieros militares y letrados ocuparon cargos im-

portantes, desde los cuales se preocuparon por difundir la enseñanza científica con el objetivo de generalizar la ilustración, educar a los ciudadanos y fomentar las actividades económicas. En este principio de la vida independiente de las nuevas repúblicas, el interés estaba centrado en el estudio de los territorios nacionales, el relevamiento de sus condiciones geográficas y el conocimiento de sus riquezas naturales. Estas prácticas continuaban en parte los esfuerzos ilustrados de la última etapa colonial, pero también incluían en muchos casos un nuevo énfasis: la relación entre la ciencia y la construcción de naciones republicanas, un modelo más estadounidense que europeo que combinaba los ideales políticos con los científicos y se veía simbolizado en las figuras de Franklin y Jefferson (Vessuri 2003: 540-542).

Los resultados de estos esfuerzos variaron según la coyuntura política de cada lugar. En general, no fue fácil crear instituciones científicas estables. La ruptura de los vínculos de dependencia con la metrópolis tuvo como consecuencia la interrupción de los flujos de contactos con las redes científicas que hasta entonces habían sido canalizados por ella. En muchos casos, pasarían décadas hasta que pudieran verse los resultados de la reorientación de los contactos internacionales y el avance en la instalación de centros científicos locales. Una de las principales dificultades radicaba en la ausencia o debilidad de élites científicas diferenciadas y en el escaso interés dispensado por los gobiernos, siempre acuciados por problemas urgentes, a actividades que prometían poca rentabilidad inmediata.

En el contexto de las primeras décadas que siguieron a la independencia, los mayores esfuerzos se concentraron en la historia natural, un campo del saber que, con el interés puesto en la naturaleza del territorio, podía ofrecer una contribución importante en la búsqueda de una identidad nacional en sociedades en las que la escasa distancia cultural entre las élites criollas y la ex metrópoli hacían imposible fundamentar la diferencia en base a conceptos como lengua y cultura. Este campo de conocimiento ofrecía también la ventaja de contribuir a posibilitar el dominio del territorio y del ambiente, y de ser útil para identificar el valor económico de sus recursos naturales. Fue así que en esas primeras décadas de vida independiente, los Estados nacionales se preocuparon por establecer museos con el objetivo de reunir y mostrar los recursos naturales del país. En el transcurso del siglo, el intento de visibilizar la nación se extendió a otros campos del saber como la Historia o la Filología y, ya hacia finales del siglo, la Antropología.

Por otra parte, la participación de la ciencia en la formación y consolidación de los Estados se desarrolló en forma simultánea y paralela al avance de la globalización, entendida como un proceso secular de aceleramiento, extensión y profundización de las conexiones globales. Las redes científicas transnacionales fueron una de las formas de interconexiones que atravesaron las fronteras territoriales de los Estados. Junto con las colecciones museales, y algo más adelante las grandes exposiciones, que produjeron condensaciones de representaciones del mundo para un público amplio, las redes científicas fueron importantes vehículos de la transmisión y apropiación de conocimientos a nivel mundial (Rosenberg 2012: 815-824).

Por entonces, los centros europeos estaban interesados en completar su propio conocimiento del mundo en base a los materiales que pudieran ser recolectados en todas las regiones del planeta. Viajeros ingleses, franceses, alemanes y estadounidenses recorrieron los países latinoamericanos buscando tanto avanzar sus conocimientos como promover el aumento de sus ganancias. Naturalistas europeos se establecieron en América Latina y junto con las comunidades científicas locales contribuyeron al relevamiento de los recursos naturales. El intercambio entre los museos que poseían colecciones naturalistas y antropológicas permitió que los materiales recolectados en América pudieran ser expuestos y estudiados en Europa. Una larga cadena de transferencias y apropiaciones asimétricas contribuyó a invisibilizar y/o subalternizar el conocimiento de las comunidades indígenas, de los científicos criollos y hasta de los científicos europeos que permanecieron largo tiempo en la periferia. En los países latinoamericanos, en cambio, los objetos expuestos servían sobre todo para visualizar y materializar ante el público la historia, el arte y la naturaleza de la nación.

Si bien en los siglos anteriores ya existían archivos y bibliotecas, fue sobre todo en el siglo XIX que los Estados se hicieron cargo de la organización y el sostenimiento de depósitos centralizados de los materiales que documentaban los actos administrativos, con lo cual se apoderaban también de su propia memoria. Aunque su funcionamiento estuvo siempre sometido a presupuestos escasos y a las dificultades derivadas de la debilidad de la administración pública, su existencia permitió que, pese a todas las limitaciones, pudiera irse estableciendo una forma distinta de narrar la historia, basada cada vez más en fuentes escritas y centrada fundamentalmente en el estudio del Estado y la vida política. Pese a todas las controversias, surgiría de allí una narrativa destinada a dar sustento al Estado nacional y que luego, transportada por el sistema educativo, tendría una fuerte influencia

en la transmisión de contenidos y valores patrióticos y nacionalistas. Algo parecido se puede observar para el caso de la enseñanza de la lengua. A diferencia de la época colonial, los nuevos Estados impusieron una única lengua oficial, el español, cuyo dominio debía, en la lógica de la época, crear la identificación con la nación. Aún más, la implementación de la lengua oficial fue también un acto para formar el "nuevo" ciudadano que compartiría con los demás una de las herramientas esenciales del nuevo Estado: la escritura (González Stephan 1995).

A partir de mediados del siglo XIX, el avance en la configuración y consolidación de los Estados se manifestó también en la creación y revitalización de sus instituciones y asociaciones científicas. En principio, las asociaciones científicas son agrupaciones voluntarias de personas interesadas en la ciencia e independientes del Estado, a diferencia de los organismos e instituciones creados y sostenidos por éste para cumplir funciones educativas, culturales o científico-técnicas, como universidades, colegios superiores, museos, institutos cartográficos, observatorios astronómicos, etc. En la práctica, sin embargo, sobre todo en Iberoamérica, no siempre es posible mantener esa distinción, pues ya desde la época colonial numerosas asociaciones nacieron al calor de los organismos estatales, cuando no como resultado de un acto directo de gobierno, y su subsistencia ha dependido en gran parte de la financiación y el apoyo oficial (Capel 1993: 409-414).

Hacia fines del siglo XIX las ciencias habían alcanzado en Estados Unidos y en varios países europeos un prestigio en tanto autoridad cultural desconocido hasta entonces. La mayoría de los científicos habían dejado de ser amateurs para transformarse en profesionales que trabajaban en las universidades y en instituciones de investigación sostenidas por el Estado. Para entonces existían comunidades científicas entre las cuales las informaciones circulaban con rapidez. Ellas mismas producían criterios de calidad y administraban la adjudicación de prestigio con cierta autonomía. La formación de las asociaciones internacionales y los congresos internacionales de las diferentes disciplinas científicas reforzaron aún más las conexiones internacionales. Paralelamente, la aspiración de internacionalidad iba de la mano de la búsqueda de la diferencia y la distinción nacional. Como indica Rosenberg, las naciones se definían sobre todo a través de la pretensión de universalidad de sus propios discursos científicos (2012: 924).

Entre finales del siglo XIX y las tres primeras décadas del XX, las manifestaciones científicas tuvieron un marcado crecimiento también en los principales centros urbanos latinoamericanos, el cual se manifestó en la

multiplicación de facultades y cátedras universitarias, institutos y centros de investigación, revistas científicas y en general en la profesionalización de sus cultivadores. Esto fue posible porque las élites políticas confiaban ahora en que la ciencia era un recurso para europeizar las culturas locales, hacer más productiva la economía, conocer mejor territorios aún no del todo explorados, y educar, disciplinar y controlar a las grandes poblaciones. La ciencia y la tecnología tuvieron entonces una justificación instrumental similar a la que había asomado a fines del periodo colonial (Cueto 2008).

Las cuestiones que acabamos de exponer constituyeron el punto de partida para la realización del simposio "Las ciencias en la formación de la nación en América Latina (1810-1925)", que tuvo lugar en Berlín en 2010. Es así que las contribuciones aquí presentadas comparten la preocupación por dilucidar las diferentes formas de relación entre las ciencias y la formación de las naciones. El trabajo de **Axel Jansen** traza la fundación de una academia nacional en los Estados Unidos. Partiendo de la idea de que el discurso político y el discurso científico están regidos por diferentes objetivos –uno podría añadir por diferentes leyes discursivas–, Jansen hace hincapié en las relaciones existentes entre la esfera política y la científica dentro del Estado-nación moderno. Centrándose en la biografía de Alexander Dallas Bache –fundador y primer presidente de la academia de Estados Unidos–, el autor muestra cómo en el caso de este país la fundación de una academia nacional refleja la intención de asegurarse una legitimación política para la ciencia por parte de sus miembros. No obstante, el caso de la academia estadounidense revela cómo la interconexión entre ciencia y Estado-nación beneficia a éste al ofrecer conocimientos científicos indispensables para el avance tecnológico de la nación moderna. Muestra además cómo el Estado supo beneficiarse de la profesionalización de la ciencia.

Partiendo de la idea de que no hay nación en sentido moderno sin ciencia, ni tampoco, ciencia sin Estado-nación, **Guillermo Zermeño Padilla** se pregunta cómo se dio concretamente la conjunción entre nación e historia en México. Su recorrido por la historiografía mexicana del siglo XIX tiene por objetivo determinar cómo se produjo el paso de la idea de la historia como *magistra vitae* a la historia científica. Muestra además la importancia de la organización del archivo y de la acción de sociedades científicas, ambos en estrecha vinculación con el poder político, como pasos de esa transformación. En general, se produjo una recuperación selectiva del pasado anterior a la independencia, que funcionaría como base de

un nacionalismo cultural. Con la paulatina incorporación de la historia al lenguaje de la ciencia experimental, la nación moderna pasó a verse a sí misma como la culminación de la historia entendida como progreso y civilización. La conclusión es que las relaciones entre historia y nación no fueron continuas, sino que lo nuevo contuvo necesariamente supervivencias del pasado premoderno. El desarrollo de la historia corrió paralelo al desarrollo de otros saberes, y en esa trayectoria hubo un desplazamiento semántico en el sentido del desvanecimiento de la historia ejemplarizante y moralizadora dominante durante el periodo prenacional. Algunos de sus rasgos reaparecerían, sin embargo, en el momento de la consolidación de la república, para apuntalar las virtudes de la nación y articular una suerte de identidad nacional.

En su contribución sobre los inicios de la historiografía chilena en torno a 1840, **Antonio Sáez Arance** expone la concatenación existente entre la constitución de la disciplina histórica y el establecimiento de un relato basado en la excepcionalidad de ese país, cifrada en el imperio del orden y la legalidad. Su análisis muestra cómo ese relato de legitimación nacional está vinculado a la obra de dos extranjeros prominentes: el naturalista francés Claude Gay y el polígrafo venezolano Andrés Bello. Desde su cargo de rector de la Universidad de Chile, (re)creada en 1842 a modo de toma de distancia explícita con respecto a la casa de estudios fundada a mediados del siglo XVIII que la antecedió, Bello tuvo un papel importante en la delimitación de lo que se consideraría aceptable o no para el desarrollo institucionalizado de la disciplina. El análisis de su polémica con José Victorino Lastarria revela que la discusión metodológica ocultaba mal una profunda diferencia de opinión sobre la situación contemporánea del país, el régimen portaliano y los grupos sociales que lo sostenían. A largo plazo, el predominio alcanzado por la posición de Bello iría de la mano de la consolidación de una visión conservadora y autocomplaciente del país, cuyos efectos pueden rastrearse hasta la actualidad, y que prueba la capacidad de la Historia de actuar cabalmente como “disciplina”.

En una contribución dedicada a iluminar la importancia del componente territorial y espacial, y de las ciencias asociadas a él, en la configuración de los Estados nacionales **Leoncio López-Ocón** estudia el papel de la Sociedad Geográfica de Lima. En este caso se pone de manifiesto la imbricación de modelos metropolitanos con las motivaciones, necesidades e intereses locales y nacionales. El autor muestra cómo la fundación de esta institución científica fue antecedida por una larga serie de significa-

tivos esfuerzos por la producción de conocimientos geográficos sobre el territorio peruano, que hunde sus raíces en las postrimerías coloniales. La creación de la Sociedad Geográfica en 1888 respondió a una decisión de las élites políticas y científicas peruanas que, tras la derrota en la Guerra del Salitre, orientaron sus esfuerzos a la (re)construcción del debilitado Estado peruano mediante la integración de su territorio por medio de la acción conjunta del conocimiento científico, el desarrollo económico y la intervención política y administrativa del Estado. De hecho, la Sociedad puso en marcha un ambicioso programa de trabajo impulsado por un fuerte sentimiento nacional. Sus resultados tuvieron algunos efectos concretos con respecto a la integración del territorio nacional, a la vez que encontraron sus límites en la falta de atención por los habitantes indígenas contemporáneos.

Una de las necesidades que impulsó la práctica de la cartografía durante la formación de los Estados americanos fue la de definir las fronteras. **Carla Lois** llama la atención acerca de que la mirada retrospectiva dominante en clave nacional sobre el desarrollo de la cartografía en los países latinoamericanos ha pasado por alto las prácticas de producción, publicación y circulación de mapas europeos sobre el Imperio Ibérico en disolución. Su contribución busca dilucidar cuáles fueron los mapas políticos que los europeos hicieron luego de las independencias y cómo las élites locales se apropiaron de imágenes ya existentes para construir sus propias geografías oficiales. Muestra que algunas de las narrativas geográficas "nacionales" fueron elaboradas por profesionales extranjeros, publicadas en idiomas extranjeros e impresas en Europa. Dado que para las élites nacionales la cuestión de la frontera era cada vez más una cuestión de delimitación, la demarcación de la línea de frontera pasó a ser un imperativo de la práctica cartográfica. En ese contexto, los mapas adquirieron un papel importante en la clarificación de los conflictos limítrofes, pero como muestra el caso de la controversia entre Argentina y Chile, su utilización como evidencia quedaba supeditada a otros recursos argumentativos.

Una disciplina que durante el siglo XIX ganó importancia a la hora de definir al "pueblo" como uno de los elementos de la nación, es la Antropología. La historia de su institucionalización en América Latina es el foco de interés de la contribución de **Jesús Bustamante**. Partiendo de tres diferentes modelos de institucionalización disciplinar, el autor hace hincapié en el hecho de que los museos desempeñaron un rol importante en el caso de la institucionalización de la Antropología como campo de investigación

y educación en el siglo XIX, tanto en Europa como en América Latina. En primer lugar, las colecciones museales ofrecían los materiales de estudio, aunque en un principio éstos se encontraban repartidos entre colecciones de historia natural, del hombre o arqueológicas. En segundo lugar, fue allí donde se crearon los primeros puestos de docencia, casi siempre en cooperación con una universidad. Tomando como ejemplos hispanoamericanos las historias del Museo Público de Buenos Aires y la del Museo Nacional de México, Bustamante muestra cómo el interés en lo nacional impulsó sus fundaciones y sus desarrollos durante la segunda mitad del siglo. La historia del Museo Nacional de México estuvo marcada por una coherencia institucional y por la creciente importancia de las colecciones arqueológicas, antropológicas y etnológicas dentro del proyecto de la nación. A diferencia, el caso argentino se presenta mucho más complicado cuando a fines del siglo entra a la escena el Museo de La Plata como nueva institución y el Museo Público de Buenos Aires se convierte en el Museo Nacional de Buenos Aires. Pero tanto la historia del museo mexicano como la de los museos argentinos muestran la importancia de las coyunturas políticas en la fundación y la consolidación de estos lugares del saber.

El desarrollo y funcionamiento de las prácticas de la Antropología en los museos de Argentina es el tema de la contribución de **Irina Podgorny**, **Máximo Farro**, **Alejandro Martínez y Diego Ballestero**. Su estudio muestra cómo tanto la formación de las colecciones como de los espacios institucionales para albergarlas surgieron como iniciativa de individuos particulares. El caso paradigmático es el de Francisco P. Moreno, cuyas iniciativas individuales, recursos familiares y contactos personales tuvieron una significación destacada en el establecimiento del Museo de La Plata. El análisis indica también que el proceso que condujo a él fue menos lineal de lo que suele asumirse y que, luego de su fundación, el estudio de las colecciones de la Sección Antropológica obedecería menos a un plan coherente de investigación científica que a la convergencia de una serie de factores contingentes. Por un lado, las dificultades presupuestarias obligaron al director a orientar las actividades de la institución a tareas consideradas prioritarias por el Gobierno Nacional, concretamente la exploración del territorio nacional en el contexto de la controversia limítrofe con Chile. Por otro lado, los sucesivos encargados de la Sección Antropológica, el holandés Herman ten Kate y el alemán Robert Lehmann-Nitsche desarrollaron sus propios programas de trabajo, enmarcados en discusiones temáticas y metodológicas internacionales.

La contribución de científicos y viajeros alemanes a la antropología mexicana es estudiada en el artículo de **Mechthild Rutsch**. Mientras que los primeros aportes alemanes al estudio del pasado indígena en México fueron resultado de un interés más bien personal y se debían a una fascinación por las ruinas monumentales mayas y aztecas, hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX este interés se convirtió en una labor científica institucionalizada que repercutió en la fundación de instituciones de enseñanza e investigación mexicanas. Esto fue posible gracias al crecido interés de las autoridades mexicanas en rescatar el legado prehispánico e incorporarlo al imaginario nacional. Por ende, la situación en el México porfirista ofreció a los científicos extranjeros, en especial alemanes, oportunidades no sólo de trabajo, sino también financieras que ellos supieron aprovechar. Por el otro lado, las autoridades mexicanas se beneficiaron de la curiosidad científica para su proyecto nacional que reclamaba el legado prehispánico como genuinamente mexicano. Este encuentro de intereses conllevó la fundación de instituciones tan prestigiosas como la Escuela Nacional de Altos Estudios o la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. Rutsch muestra como los científicos extranjeros propulsaron activamente la creación de estas instituciones.

Iris Bachmann se ocupa en su contribución de los intercambios científicos entre América Latina y Europa centrándose en tres científicos que cruzaron el Atlántico y en un científico que mantuvo intensas correspondencias con los círculos de allende el mar. No obstante, lo que interesa a la autora es cómo el desplazamiento de ideas y saberes desemboca en una resignificación de éstos a nivel de la disciplina en general, pero también de los intereses científicos personales. Bachmann empieza con Rufino José Cuervo, cuya labor científica está caracterizada desde un principio por varias reescrituras que son testimonios de su participación en las discusiones lingüísticas internacionales de la época y el intento de evitar lo político que dominaba a fines del siglo XIX en los debates sobre la lengua en Colombia. Pero será su traslado a Europa lo que lo liberará de esos intereses políticos y lo llevará a un estudio desapasionado de la lengua. En cambio, Rudolf Lenz experimenta una ampliación de su campo de estudio al cruzar el Atlántico con dirección a Chile, su nuevo lugar de acción. Al mismo tiempo ofrecerá con sus trabajos, muchas veces publicados paralelamente en revistas europeas y chilenas, nuevos temas y enfoques a los estudios lingüísticos europeos. Los otros dos ejemplos son tomados del campo de la etno-lingüística brasileña, se trata de Capistrano de Abreu y de Karl

Friedrich Philipp von Martius. Las ideas acerca de las lenguas indígenas de Brasil de Martius son el punto de referencia de una crítica severa hecha por los sudamericanistas, incluyendo a Capistrano de Abreu que con sus trabajos demuestra estar al tanto de las discusiones internacionales. Los trabajos de los cuatro científicos tratados en esta contribución deben su especial interés al hecho de que ellos participaban en las redes científicas internacionales de su época.

Una de las dificultades quizás más visibles con las cuales se vieron confrontados los Estados hispanoamericanos al independizarse y definirse a sí mismos fue el compartir una lengua en común con la antigua metrópoli. La implementación del español como lengua oficial de los nuevos Estados –una decisión que refleja claramente la voluntad de homogeneización de las élites–, conllevó el debate acerca del peso del español americano dentro de una comunidad hispanohablante. **Kirsten Süselbeck** enfoca la discusión que se abrió al fundarse las Academias Correspondientes en algunos países hispanohablantes a finales del siglo XIX. No por casualidad, ésta se profundiza a finales del siglo justo en el momento en que la antigua metrópoli está por perder sus últimas colonias ultramarinas y se dispone a enfrentar este desenvolvimiento político con el fomento de una unidad cultural hispana. Por lo tanto, no sorprende la intención española de fundar una red de academias. Menos obvias son las razones del apoyo que algunos letrados hispanoamericanos brindaron al proyecto. En él tuvieron un rol central las élites criollas de las jóvenes repúblicas que veían su afiliación a la academia española como una manera de participar de un espacio cultural global y de ser reconocidas como intelectuales dentro del mundo civilizado.

En su recorrido por la historia de la ciencia en el Perú, **Manuel Burga** se ocupa de rastrear cómo el descubrimiento, la valoración y el aprecio de lo propio constituyen pasos sucesivos en la construcción de la nación peruana. Basándose en las interpretaciones de Michel Foucault con respecto al desarrollo de las ciencias en Europa, constata que era imposible importar al Perú decimonónico el modelo de nación moderna, pues el contexto social entonces existente era similar al de la época barroca. Las características de los discursos científicos que circulaban en Perú hacia fines del siglo XVIII y durante el XIX les impidieron a sus cultivadores ver la interrelación entre los distintos aspectos de la realidad local, pues no existían entonces las condiciones sociales y materiales para construir efectivamente una nación. Sí existía, en cambio, la idea de patria, claramente anterior a la de nación y

rastreable ya en los mismos orígenes de la época colonial. Un recorrido de las principales obras científicas del siglo XIX, muestra su fuerte tendencia a concentrarse en el elogio a la naturaleza sin considerar a sus habitantes. Un cambio en esa tendencia estaría representado por la obra del italiano Antonio Raimondi, pero en general habría que esperar hasta el siglo XX para que la ciencia se ocupara de recuperar a los indígenas como ciudadanos de la nación.

Las contribuciones aquí reunidas tratan los elementos que suelen aparecer cuando se discute y se busca establecer la nación: historia, territorio, "pueblo" y lengua. En su conjunto muestran cómo las ciencias y sus cultivadores contribuyeron al desarrollo y la consolidación de los Estados nacionales. Ponen además en evidencia que el entrelazamiento entre ciencia y nación tuvo consecuencias para la ciencia como lugar de producción y enunciación de saberes y también implicaciones para la elaboración de determinadas interpretaciones de la nación en tanto comunidad imaginada. Por otra parte, la estrecha vinculación entre la ciencia y la nación no puede separarse del contexto de vinculaciones transnacionales y las redes que le dieron sustento.

Para finalizar, las editoras quisieran agradecer a las autoras y los autores su disposición a participar en este volumen y en las fructíferas discusiones que se llevaron a cabo durante el simposio.

Bibliografía

Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* London: Verso.

Capel, Horacio (1993): "El asociacionismo científico en Iberoamérica. La necesidad de un enfoque globalizador". En: Lafuente, Antonio/Elena, Alberto/Ortega, María Luisa (eds.): *Mundialización de la ciencia y cultura nacional. Actas del Congreso Internacional "Ciencia, descubrimiento y mundo colonial".* Madrid: Doce Calles, pp. 409-428.

Cueto, Marcos (2008): "Ciencia y Tecnología". En: Ayala Mora, Enrique (dir.)/Posada Carbó, Eduardo (codir.): *Historia General de América Latina.* Vol. VII: *Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación, 1870-1930.* Madrid: Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, pp. 453-467.

Glick, Thomas (1991): "Science and Independence in Latin America (with Special Reference to New Granada)". En: *Hispanic American Historical Review*, 71, 2, pp. 307-334.

González Stephan, Beatriz (1995): "Las disciplinas escriturarias de la patria: constituciones, gramáticas y manuales". En: *Estudios. Revista de investigaciones literarias*, 3, 5, pp. 19-46.

Rinke, Stefan (2013): "'El velo rasgado': revoluciones de independencia en América Latina desde una perspectiva entre-espacios". En: Alba, Carlos/Braig, Marianne/Rinke, Stefan/Zermeño, Guillermo (eds.): *Entre Espacios. Movimientos, actores y representaciones de la globalización*. Berlin: edition tranvía – Verlag Walter Frey, pp. 35-55.

Rosenberg, Emily (2012): "Transnationale Strömungen in einer Welt, die zusammenrückt". En: Rosenberg, Emily (ed.): *1870-1945. Weltmärkte und Weltkriege*. *Geschichte der Welt*. Vol. V, ed. por Akira Iriye y Jürgen Osterhammel. München: C. H. Beck, pp. 815-998.

Somsen, Geert J. (2008): "A History of Universalism: Conceptions of the Internationality of Science from the Enlightenment to the Cold War". En: *Minerva*, 46, pp. 361-379.

Vessuri, Hebe (2003): "La ciencia en América Latina, 1820-1870". En: Vázquez, Josefina Zoraida (dir.)/Miño Grijalva, Manuel (codir.): *Historia General de América Latina*. Vol. VI: *La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870.* Madrid: Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, pp. 537-554.

La ciencia como profesión y su importancia en el proceso de *nation-building* en los Estados Unidos en el siglo XIX*

Axel Jansen

La importancia de las academias científicas en la legitimación de la ciencia dentro de la comunidad política soberana

Para probar la importancia de la ciencia en los procesos de formación de la nación suele hacerse referencia a los contenidos científicos que intelectuales o políticos trasladan al quehacer político buscando apuntalar con ello una construcción de "identidad" y legitimar una actuación política (Anderson 1983). En el presente trabajo distinguiremos, sin embargo, para el caso de los EE.UU. en el siglo XIX, entre ambas esferas –"ciencia" y "política"–, cada una de las cuales sigue su propia lógica de acción. Mientras un discurso político se orienta a ideales –como, por ejemplo, el ideal de la justicia–, y apunta a una realización políticamente obligante de éstos, un discurso científico apunta a divulgar conocimiento, y persigue para ello la idea reguladora de la verdad como ideal al cual tender. Incluso aunque no sea posible determinar de manera definitiva la justicia ni la verdad, tanto los científicos como los intelectuales y los políticos dan por sentada la relevancia de la verdad o de la justicia desde el momento mismo en que participan en un discurso en una de estas dos esferas. Ambas se relacionan de manera asimétrica, por cuanto mientras los debates políticos se refieren a estructuras de entidades políticas particulares, los discursos científicos siguen una concepción universalista e ignoran las fronteras nacionales.

Por más que ambas esferas pretendan ser independientes entre sí, lo cierto es que una depende de la otra. Pese a fundarse en un repertorio de *modi* de "cuestionamientos radicales" hoy día considerablemente aceptado tanto en los EE.UU. como en Europa, la actividad científica constituye no obstante una potencial amenaza para la dominación política. Ello se constata particularmente en aquellos períodos históricos en los cuales la

---

* Traducción de Raquel García Borsani

dominación fundaba su justificación en argumentos de tipo religioso.[1] Por esta causa los científicos debieron buscar una legitimación política de su discurso "subversivo". Solamente provista del reconocimiento que le concede el soberano político, puede la ciencia reivindicar la validez de sus afirmaciones también más allá de sus propias filas, y convertirse para la comunidad política soberana del caso en una instancia obligatoria para la elucidación de grandes cuestiones de validez o *Geltungsfragen* (Münte 2004). Por último, las ciencias básicas necesitan ser financiadas, por cuanto su quehacer no permite recuperar lo invertido sino recién a largo plazo, en forma de tecnologías. El desarrollo tecnológico presupone la investigación en ciencias básicas, en sí misma carente de utilidad práctica.

A la inversa, también la dominación necesita de la ciencia, dado que, para legitimarse, el Estado nacional secular moderno debe insertarse a sí mismo dentro de los estándares de racionalidad universales representados en la ciencia. Además, desde el siglo XIX el incentivo de la ciencia y de una educación a ella referida ha resultado rentable también para el desarrollo de tecnologías.

La literatura sociológica reciente trata las relaciones entre ciencia y política en el siglo XX como una relación entre la ciencia y su público (Weingart 2006). Sin embargo, desde el siglo XVII es particularmente importante el papel que las academias científicas desempeñan para el reconocimiento de la ciencia en una comunidad política soberana. A diferencia de lo que ocurre con las universidades o los museos, una academia simboliza la legitimación de la ciencia dentro de la comunidad política soberana, por cuanto una academia solamente puede ser fundada por el soberano político (Münte/Oevermann 2002). Mientras los institutos de investigación y las universidades compiten científicamente entre sí, una academia nacional representa al discurso científico en su conjunto. Al establecer una academia propia (de rango real o nacional), el soberano se obliga a los ideales representados por la ciencia. En una comunidad política soberana solamente

1 Ben-David (1991a: 187-209, aquí 189): "Subversion of traditional beliefs is an inherent potentiality of science, as it is of any activity the aim of which is original discovery or expression. The very emergence of modern science could be interpreted as a denial of the traditional view of the universe and thus it had far-reaching implications for religion. It was moreover a process the end of which could not be foreseen. … [Science] was granted the freedom of 'cognitive subversion', because the scientific method was seen as a self-regulating mechanism, which, through its internal discipline, was capable of delimiting the spread of the subversion which it brought in its train and preventing the abuse of intellectual freedom".

puede haber una academia de este tipo, pues de lo contrario la ciencia no estaría representada de forma consistente y unitaria ante el soberano.[2] Incluso a pesar de la constante fluctuación de la importancia de las academias a lo largo de su historia, lo cierto es que la condición oficial de la Royal Society (1662) británica y de la Académie royale des sciences (1699) francesa, determinó que en cada caso el soberano se obligara básicamente a la ciencia como modo vinculante de resolver cuestiones interpretativas polémicas. La Royal Society desempeñó un papel central también para los jóvenes EE.UU., dado que entre los miembros de esta academia había también importantes científicos estadounidenses (Frick 1976). Como ciudadanos estadounidenses, estos científicos no tardaron en advertir, sin embargo, que si los EE.UU. querían alcanzar también culturalmente la condición de Estado nacional que habían alcanzado en lo político con la Guerra de Independencia, a la larga tendrían que fundar una academia nacional propia.

El historiador de la ciencia Robert V. Bruce sostiene que la implementación de instituciones científicas en los EE.UU. en el siglo XIX es parte de un conjunto de estrategias de profesionalización que apuntan a asegurar recursos financieros para la investigación (Bruce 1987). A continuación desarrollaré otra perspectiva explicando la evolución de las instituciones científicas en los EE.UU. en el siglo XIX como la búsqueda de una legitimación política para el discurso científico universalista. Mi tesis es que este proceso tuvo un punto culminante provisorio al fundarse en 1863 la National Academy of Sciences (NAS), pero que la misma historia de esa fundación pone también en evidencia la fragilidad del Estado nacional estadounidense y los esfuerzos de la ciencia por contribuir a estabilizarlo.

Antes de 1863 ya se habían fundado en los EE.UU. algunas "academias". Ello parece contradecir mi afirmación anterior de que en una comunidad política soberana puede haber solamente una academia nacional. Sin embargo, debe considerarse que estas "academias" estadounidenses no

---

2 Por cierto, actualmente la organización de las academias científicas en los distintos países es muy variada. En ocasiones, una serie de "academias" representan a los distintos ámbitos de la investigación dentro o por debajo del marco de una misma academia nacional, como actualmente es el caso de las National Academies en los EE.UU., o de las diversas academias finlandesas. Por su parte, España cuenta con una serie de academias que representan los diferentes campos de la actividad científica y artística. En Alemania no hubo hasta 2008 una academia nacional, sino academias a nivel de los estados federados, conforme al carácter federativo de la República Federal de Alemania. En 2008 se declaró Academia Nacional de las Ciencias a la Leopoldina, una institución de la ciudad de Halle con 356 años de trayectoria.

simbolizaban el reconocimiento de la ciencia por parte del joven soberano estadounidense, sino que eran la manifestación de las ambiciones de algunos científicos firmemente establecidos en contextos regionales. Por tanto, estas "academias" no desempeñaron en absoluto la función de una academia nacional. La American Philosophical Society (APS) había sido fundada en 1743 en Filadelfia y luego de muchas dificultades iniciales, experimentó en 1769 un renacimiento gracias a la actividad desarrollada por su presidente, Benjamin Franklin. La institución se benefició en primer lugar del hecho de que el gobierno estadounidense residiera en Filadelfia hasta su traslado a Washington en 1810, de modo que Thomas Jefferson, aquel "ciudadano de la cultura" universalmente interesado, pudo, entre 1801 y 1809, en tanto ministro de relaciones exteriores, luego vicepresidente y por último presidente de los EE.UU., valerse de la APS de manera sinergética como de una suerte de sede oficial de la ciencia estadounidense. Así es que entre 1804 y 1806 la APS patrocinó la importante expedición del capitán Meriwether Lewis y de William Clark al oeste del continente norteamericano. Sin embargo, ya en el decenio de 1820 la revista científica de la APS (*Transactions*) aparecía con una frecuencia irregular. La institución se sumió entonces en un sueño invernal. Hasta 1810 mantuvo cierta presencia local, mientras el reconocimiento extra-regional que había experimentado en otra época gracias a Jefferson, fue menguando a partir de 1820, al tiempo que decrecía la importancia de Filadelfia dentro de la joven república (Carter 1993; Greene 1976: 2-6). Tampoco la American Academy of Arts and Sciences, fundada en Boston en 1780 durante la Guerra de Independencia estadounidense, desempeñó ante el soberano estadounidense el papel de sede científica. Aunque tanto la APS como la American Academy reivindicaban un contexto nacional, lo cierto es que para desarrollar una academia nacional hacía falta no solamente una metrópolis nacional, como lo eran París en Francia y Londres en Gran Bretaña. Otra diferencia adicional fundamental era que ninguna de ambas organizaciones había sido instituida por el gobierno estadounidense, y el soberano estadounidense todavía no se había obligado en principio ante la ciencia (Dupree 1976: 21-32, especialmente 30-31).[3]

En el marco de este trabajo me propongo presentar la evolución de

3 Dupree se limita aquí sin embargo a señalar que Filadelfia y Boston no eran metrópolis de carácter nacional. No aborda el tema del reconocimiento de la ciencia por parte del soberano nacional.

la idea de una academia nacional estadounidense y la fundación de dicha academia, valiéndome de la biografía de Alexander Dallas Bache, uno de sus fundadores y de sus primeros presidentes. Antes he de delinear brevemente la evolución política de los EE.UU. en el siglo XIX, para a continuación contextualizar históricamente la biografía de Bache y su incidencia en el desarrollo de instituciones científicas a nivel regional y –desde 1843 aproximadamente– a nivel del Estado nacional. La fundación de la NAS en 1863 constituye el punto de fuga de mi exposición y sobre ella versa la última parte de este trabajo.

El surgimiento del Estado nacional como marco para la ciencia en los EE.UU.

La ausencia de una metrópolis nacional reflejaba el carácter federativo del Estado estadounidense, cuya extensión espacial se mantuvo básicamente imprevisible incluso después de la fundación del Estado. La Constitución elaborada entre 1787 y 1791 preveía no una, sino dos ciudadanías para los estadounidenses, a saber: tanto para el estado individual (*state*) como también para los EE.UU. (*federal state* o *union*). En los años siguientes se acordó fundar una ciudad capital bajo el nombre de Washington, para lo cual se creó el distrito federal District of Columbia. En un primer momento la sede del gobierno estadounidense estuvo en la ciudad de Nueva York; más tarde y hasta 1810, en la ciudad de Filadelfia. Por cierto, ninguna de ambas ciudades podía constituirse en centro de referencia para una vida cultural de la nación, más allá y por encima de los estados individuales. El joven país estaba mucho más interesado en los territorios al oeste del continente, los cuales (desde la perspectiva de los EE.UU.) esperaban ser colonizados, punto éste de discordia durante la época colonial con la Corona inglesa, que no estaba interesada en dicha expansión. Ya en 1787 y previo a que se reuniese la Asamblea Constituyente, el Congreso de la Confederación de los Estados Unidos aprobó la Ordenanza Noroeste (*Northwest Ordinance*), un conjunto de reglas según las cuales aquellas zonas colonizadas por europeos pero "no organizadas" políticamente conforme a los EE.UU., habrían de ser incorporadas a la Federación como territorios y más tarde como estados individuales con los mismos derechos. Estas reglas fueron aplicadas ya a fines del siglo XVIII, al reconocerse a Kentucky en 1792 y a Tennessee en 1796 como estados individuales. Con la compra a Francia del ingente

valle del Misisipi en 1803 (*Louisiana Purchase*), se amplió la perspectiva de una expansión del territorio de los EE.UU. tal como la preveía la *Ordinance*. Al integrar a Texas en 1845, el Oregon Territory el año siguiente y gracias a los territorios obtenidos en 1848 tras la guerra contra México, el territorio reivindicado y controlado por los EE.UU. tocó finalmente la costa del océano Pacífico (Howe 2007; Wilentz 2005).

Estos parámetros históricos permiten establecer para nuestros propósitos como condición importante de la evolución territorial y política de la Federación estadounidense, que en el siglo XIX ésta efectivamente obtuvo su legitimación en base a su periferia. El aparato estatal que desde 1810 fue creciendo lentamente en Washington D.C., asumió la responsabilidad por la integridad, la pacificación y, ocasionalmente, la infraestructura de esa periferia, no así por inquietudes conjuntas de orden político o cultural en su centro (al que no se percibía como tal). En los ámbitos del arte y la ciencia ello fue compensado a través de una orientación atenta a los procesos en Europa. "Americans undertook their grand experiment in nation-making without a distinctive national history and culture", apuntaron al respecto Peter Onuf y Leonard J. Sadosky.

> As republicans, who acknowledged no superior authority, they looked to each other; as provincials, who aspired to higher levels of refinement and civilization, they continued to look to the European metropolis (Onuf/Sadosky 2002: 120).

Onuf y Sadosky critican con razón que la recapitulación de las luchas internas partidarias del temprano siglo XIX entre *Democrats*, *Whigs* y *Republicans* oculta la debilidad estructural punto de referencia común (Onuf/Sadosky 2002: 225; v. también Sharp 1993). Sin embargo, es importante tomar en cuenta la debilidad de la estructura política de los tempranos EE.UU., porque la estructura estatal formal acordada a fines del siglo XVIII en la Constitución representaba sólo una base frágil con poca capacidad para sostener una política integradora de Estado nacional. Los EE.UU. habían vencido a Gran Bretaña en una segunda guerra en 1812 (*War of 1812*), hecho que subrayó su independencia. De ello resultó, inmediatamente después de la guerra y sólo transitoriamente, un cierto entusiasmo para desarrollar una perspectiva federativa. A más tardar desde 1830 aproximadamente fue de hecho casi inconcebible que el intento de retirarse de la Unión por parte de un estado individual pudiese no desencadenar violentos enfrentamientos políticos y probablemente llevar a una guerra (Potter 1968). En este sentido puede afirmarse que la Federación estadounidense estaba afianzada.

Pero ésta es también la época del "endurecimiento" del sur en la cuestión de la esclavitud y de la polarización política a lo largo de las líneas de demarcación regionales. La creciente importancia de la economía esclavista basada en los muy lucrativos cultivos de algodón dificultó desde la mitad del decenio de 1820 que se desarrollara una perspectiva común e integradora para la Federación.

Desde el punto de vista de los estados del sur, aumentar las competencias gubernativas de Washington entrañaba también el peligro de poner en manos de los críticos de la esclavitud en los estados del norte un instrumento político con el cual se podrían imponer por encima de las decisiones de los estados individuales. La decisión que tomaron once estados en 1861 de retirarse de los EE.UU. y de asociarse en un Estado nacional nuevo, los Confederate States of America, como reacción a la elección de Abraham Lincoln para la presidencia de los EE.UU., muestra que los EE.UU. no habían podido desarrollar hasta ese momento la fuerza de cohesión suficiente, pues de lo contrario un paso así habría sido imposible. En este contexto, la guerra civil estadounidense constituye un paso importante hacia una consolidación nacional, por cuanto en 1865, tras la victoria de la Unión sobre el sur disidente, se hizo evidente que los EE.UU. compartirían en lo sucesivo un destino común y que no sería posible a los estados individuales retirarse de esa comunidad, si bien siguió faltando una respuesta a la pregunta sobre hacia dónde dirigir los objetivos políticos comunes más allá de la lógica de una mera concesión de facultades al gobierno central a fin de que controlara a la periferia.

Recién a partir de 1890 comenzó una consolidación de la nación estadounidense vinculada a cuestiones económicas y sociales que sólo podían ser resueltas a condición de que la fase histórica de la expansión territorial se diese por definitivamente concluida (Wrobel 1993). El censo estadounidense de 1890 declaró que el oeste del país estaba "colonizado". Ello daba por terminada la fase de la legitimación de la política nacional en base a su "periferia". Desde el decenio de 1880 los instrumentos legales de los estados individuales habían demostrado ser inadecuados para regular grandes empresas, activas a un nivel crecientemente suprarregional, y para proteger a la economía estadounidense de la formación de monopolios. A ello deben sumarse los problemas sociales resultados de los procesos de urbanización e industrialización. Mientras las élites urbanas de mayor prestigio social continuaron reaccionando a estos problemas a nivel local, el problema de la formación de monopolios por parte de grandes empresas solamente

podía ser resuelto a nivel federal. Por eso a largo plazo los EE.UU. tuvieron que ocuparse de dar forma a su nación. Sobre el fondo del esquema necesariamente simplificado del desarrollo de los EE.UU. en el siglo XIX que acabo de trazar, es posible delinear ahora la historia de las instituciones científicas del país.

Alexander Dallas Bache: protagonista del desarrollo científico estadounidense en el siglo XIX

Si bien el concepto inglés *scientist* fue propuesto en 1840 por el científico inglés William Whewell, el mismo puede aplicarse de manera pragmática al pequeño grupo de aquellos que en el temprano siglo XIX participaban en los discursos de las ciencias empíricas (a diferencia de los discursos filosóficos) a través de sus artículos en revistas especializadas. En los EE.UU. estas *communities* científicas estaban establecidas a nivel regional y se organizaban por ejemplo en Filadelfia o en Boston en forma de la APS o de la American Academy. La evolución que en el siglo XIX culmina en un sistema nacional de ciencias puede apreciarse claramente en la biografía de Alexander Dallas Bache, el protagonista principal de dicha evolución entre los años 1828 y 1867. Nos interesan ciertos detalles de su biografía porque ayudan a explicar cómo Bache fue cualificando en el círculo de sus colegas científicos para convertirse más tarde en su líder y portavoz. El momento decisivo fue su nombramiento en 1842 para ocupar el puesto de *superintendent* de la agencia United States Coast Survey en Washington D.C., nombramiento que, como ha mostrado Hugh R. Slotten, fue posible gracias al apoyo expreso de sus colegas (Slotten 1994: 61-75). ¿De qué manera había ido cimentando Bache su reputación?

Alexander Dallas Bache, nacido en 1806, provenía de una ilustre familia de Filadelfia cuyo prestigio reposaba en la participación de sus miembros a lo largo de generaciones en la formación del Estado (*state-building*). Sophia Dallas, madre de Bache, era la mayor de las hijas de Alexander James Dallas, un jurista inmigrado en 1783, año de la independencia estadounidense. Dallas hizo una carrera extraordinaria en los EE.UU. En 1801 el presidente estadounidense Thomas Jefferson lo había nombrado en Pensilvania fiscal del distrito. Bajo la presidencia de James Madison, Dallas ocupó la cartera de finanzas y (algunos meses durante la Guerra de 1812) adicionalmente la de guerra de los EE.UU. En 1806 su hija mayor

contrajo matrimonio con un descendiente de Benjamin Franklin. Gracias a esta unión entre Sophia Dallas y Richard Bache (hijo), la familia Dallas logró atravesar el difícil umbral de ingreso a la élite cultural de la por demás joven república estadounidense.

Alexander Dallas Bache fue el mayor de los hijos de Richard y Sophia. Ambos padres descendían de familias profundamente involucradas en la historia de la fundación de los EE.UU. Por ello no sorprende que los padres propiciasen que su hijo de 14 años se formase en el único establecimiento educativo bajo responsabilidad institucional de la Federación estadounidense, la U.S. Military Academy at West Point (Nueva York), instándolo así indirectamente a que siguiera una carrera profesional al servicio del joven Estado estadounidense. En West Point, Bache recibió una formación de base científica que apuntaba a su aplicación práctico-tecnológica. Inmediatamente después de culminar su educación profesional, Bache trabajó en el U.S. Army Corps of Engineers. A los 23 años de edad dejó esta ocupación para asumir una cátedra de filosofía de la naturaleza y química en la University of Pennsylvania de su ciudad natal Filadelfia. En los años siguientes, Bache pudo desde allí dedicarse a investigar en distintos temas y publicó numerosos artículos.

Hay dos aspectos que la literatura especializada suele pasar por alto y que desempeñan, no obstante, un importante papel en las instancias subsiguientes de la carrera de Bache:

1. El gran renombre obtenido por Bache se debió mucho menos a su labor de contenido científico que a sus éxitos en el desarrollo de distintas instituciones. Si bien tenía un buen conocimiento y manejo del quehacer investigativo, tendió a trabajar en aquellos proyectos que le permitieran vincular la racionalidad científica con el desarrollo de tecnologías en el contexto del desarrollo de la infraestructura estadounidense.
2. Bache no se concentró exclusivamente en el desarrollo de organizaciones científicas, sino que en Filadelfia se dedicó también a desarrollar el sistema educativo.

De estas dos observaciones se desprende que Bache buscó poner a un mismo nivel el desarrollo técnico y tecnológico de su país con los discursos científicos, entonces centrados en Europa. Para ello fomentó los discursos profesionales científicos independientes de Europa y asentados en los

EE.UU., al tiempo que intentó orientar el sistema escolar estadounidense en el sentido de esos discursos. A largo plazo Bache buscaba una legitimación de tipo vinculante para la ciencia, tal como la que podía proporcionar de forma simbólica una academia nacional. Sin embargo, en el decenio de 1830 no era posible apuntar a esos objetivos a nivel federal. Desde el decenio de 1830 Bache y sus colegas mencionaron y discutieron una y otra vez la idea de una academia nacional, pero un reconocimiento de la ciencia era entonces posible en principio solamente a nivel local y regional (como en Filadelfia y en Boston) y se hallaba bajo la salvedad del todavía no consumado proceso de formación nacional (Greene 1976: 1-2). Dos ejemplos ilustran la ambición nacional de Bache en esta fase de desarrollo regional de la ciencia.

Investigación y docencia en Filadelfia, 1828-1843

Tras su retorno a Filadelfia en 1828, Bache podría haberse dedicado exclusivamente a su tarea docente como profesor en la University of Pennsylvania, pero sus variados intereses lo llevaron a ocuparse también de otras organizaciones. En un primer momento fue elegido para ingresar como miembro a la American Philosophical Society, en la cual su ilustre bisabuelo Benjamin Franklin ya había desempeñado un importante papel. Bache consideró sin embargo más importantes su involucramiento y dedicación en el todavía reciente Franklin Institute of the State of Pennsylvania for the Promotion of the Mechanic Arts. Ambas instituciones se orientaban a propósitos diferentes. La APS había sido renovada por Benjamin Franklin hacia 1764 en el contexto del movimiento por la independencia política y apuntaba a vincular a la colonia estadounidense con un discurso científico arraigado en Gran Bretaña. El Franklin Institute, cuyo nombre también recordaba al bisabuelo de Bache, había sido fundado en 1824 por Samuel Vaughan Merrick y por William H. Keating siguiendo el ejemplo de organizaciones similares en Gran Bretaña. Con el instituto pretendieron crear un foro donde pudiesen intercambiar ideas e informaciones sobre avances tecnológicos los empresarios y los ingenieros del sector industrial de Filadelfia, entonces en un proceso de vertiginoso desarrollo (Stratton/Mannix 2005: 1-31; Allen 1953: 275-279). Con este propósito el Franklin Institute organizó conferencias públicas, concedió premios, instaló una biblioteca y expidió modelos técnicos (Sinclair 1974: 25). Si bien Bache era miembro

de la APS, su interés mayor estaba claramente dirigido al Franklin Institute y a su programa de una investigación de base vinculada a la aplicación y la tecnología. En el decenio de 1830 y bajo su influencia la organización se convirtió en una importante instancia de investigación y peritaje científicos cuya incidencia iba mucho más allá de los límites de la región de Filadelfia.

Dos trabajos muestran claramente la función y los objetivos que Bache atendía en este período: el primero, el "General Report on the Explosion of Steam-Boilers" de 1836 (Sinclair 1966), redactado por Bache en tanto presidente de una comisión del Franklin Institute. En este texto Bache trata el tema de la explosión de calderas de vapor en los barcos, un problema entonces muy extendido y causante de numerosas víctimas mortales. Y, el segundo, la estimación del problema de establecer y unificar pesos y medidas, realizada por Bache también en su calidad de miembro de una comisión del instituto (Bache 1834). Robert V. Bruce ha sostenido que las investigaciones que Bache coordinara sobre la explosión de calderas de vapor apenas aportaron algún avance en la determinación de sus causas (Bruce 1987: 17). Pero la importancia de este trabajo radicaba a otro nivel. Después que el Franklin Institute había nombrado una comisión de siete miembros para que evaluara los informes de testigos directos de explosiones de calderas de vapor, el ministro de finanzas estadounidense se enteró de dichos planes y encargó a la comisión que adicionalmente llevase a cabo experimentos cuyos costos prometió cubrir el gobierno estadounidense (Sinclair 1974: 173-194; Sinclair 1966: 17). Con ello el Franklin Institute asumió el primer contrato de investigación financiado por el gobierno estadounidense. Debe señalarse que Bache, en tanto autor del informe final, no utilizó el reconocimiento que de hecho se le estaba haciendo a esta organización bastante reciente para lucimiento del Franklin Institute. Más bien, en su informe público, Bache reivindicó para la comisión del Franklin Institute una *autoridad científica independiente* que él habría de movilizar luego como soporte de la *autoridad política* del gobierno federal estadounidense en Washington D.C. Propuso una ley que, a efectos de mejorar la seguridad, habría de regular en el futuro el funcionamiento de las calderas de vapor. "In submitting this project", explicaba Bache en el informe de la comisión, "the Committee obviously do not entertain a doubt of the competency of [the United States] Congress to legislate on the matters embraced on it" (Committee 1836: 220; v. también Sinclair 1966). En tanto señalaba la duda, Bache arremetía contra ella. Recién dieciséis años

más tarde la legislación estadounidense habría de aplicar las propuestas presentadas por Bache, entre otras, la de otorgar licencias a inspectores que examinaran las instalaciones de calderas (Hunter 1977: 520-546).

Los trabajos de Bache en el tema de pesos y medidas siguieron una lógica similar. Ante una solicitud de la Cámara de Representantes de Pensilvania (Pennsylvania House of Representatives) el Franklin Institute volvió a instalar una comisión y le encargó examinar un proyecto de ley que fijaría pesos y medidas de manera obligatoria en Pensilvania. Ya en los años previos se venía discutiendo la necesidad de unificar los pesos y medidas que se usaban en los EE.UU. (Judson 1963; United States, Department of State 1821). En el artículo que escribió sobre el informe de la comisión del Franklin Institute, Bache tomó una posición pragmática. Consideró que una solución internacional era deseable pero no realista. Le recomendó al gobierno de Pensilvania trabajar en el sentido de lograr una solución federal común para los EE.UU. Descartó para los EE.UU. el sistema métrico de pesos y medidas desarrollado en Francia, por cuanto éste preveía experimentos que podían realizarse solamente a lo largo de un meridiano que atravesaba Francia. Bache subrayó que en los EE.UU. debía ser posible desarrollar y probar por vía experimental un sistema de pesos y medidas en forma autónoma. La comisión de Bache propuso que se mantuviesen determinados pesos y medidas de origen inglés (como, por ejemplo, la *yard* y la *avoirdupois pound*), pero que en los EE.UU. se los verificara de manera experimental. El sitio para estos experimentos (por ejemplo, Washington D.C.) debía ser establecido por ley, a fin de garantizar resultados uniformes y constantes.[4] El gobierno de Pensilvania ignoró el proyecto de ley que había propuesto el Franklin Institute, eligió la solución "menor" de reglar el tema a nivel de los estados individuales, y le adjudicó al Franklin Institute la función de oficina de verificación de pesos y medidas del estado de Pensilvania (Sinclair 1974: 193).

Tanto los trabajos que presentó Bache sobre las explosiones de las calderas de vapor, como aquellos sobre pesos y medidas, caracterizan su particular interés en conducir la cultura estadounidense hacia los estándares universales de racionalidad científica. También sus esfuerzos dedicados al sistema escolar de Filadelfia reflejan dicho interés. En 1836 Bache abandonó su cátedra en la University of Pennsylvania y asumió la presidencia

4 Franklin Institute (1834). Sobre el problema de la determinación científica de pesos y medidas, véase Agnoli/D'Agostini (2004).

del proyectado Girard College for Orphans. Los historiadores de la ciencia suelen pasar por alto la profunda significación de este episodio biográfico, que por el contrario sí ha merecido profusos estudios por parte de algunos historiadores de la educación (Labaree 1992; Reese 1999). Ello obedece más a la organización de los estudios históricos en los EE.UU., que a un quiebre en la biografía de Bache.

El Girard College fue un proyecto excepcional ya a causa del enorme presupuesto con que contaba, legado por el banquero Stephen Girard en su testamento. Se dispuso de siete millones de dólares (unos 173 millones de 2007) para instalar una escuela reservada a niños huérfanos. Girard había dejado un proyecto que establecía al detalle cómo debía construirse el edificio principal. Los administradores dieron a entender a Bache no solamente que el College le costearía un viaje de dos años a Europa a fin de que él pudiese conocer mejor las diversas modalidades educativas; sino que, dados los recursos disponibles, Bache también podía aspirar a convertir el Girard College en una institución escolar de primer nivel y de valor orientador a nivel suprarregional. Tras su llegada en el otoño de 1836 a Europa, Bache se dedicó no solamente a estudiar los sistemas escolares europeos, sino también las formas del quehacer científico. En Francia tuvo oportunidad de conocer a François Arago; en Prusia, a Alexander von Humboldt. Bache quería obtener una visión de conjunto del panorama europeo de organizaciones educativas y de investigación a fin de establecer cabalmente cuál era el papel que en ese panorama desempeñaban las escuelas de educación primaria y secundaria. Su "Report on Education in Europe", un informe de 660 páginas publicado inmediatamente después de su viaje, se convirtió rápidamente en un clásico y en libro de consulta obligada para el entonces emergente sistema educativo estadounidense (Bache 1839). Sus cartas de estos años muestran claramente que Bache concebía conjuntamente la escuela y la universidad, la formación escolar y la investigación. Al igual que anteriormente en el Franklin Institute, Bache seguía también aquí la estrategia de integrar la cultura y la política de su país a un discurso universalista. Si en el Franklin Institute se había destacado por sus peritajes científicos, ahora sus esfuerzos se encaminaban a vincular la docencia con la investigación.

Ello se manifiesta también en una idea que Bache concibiera en su viaje a Europa, según la cual también los futuros maestros y profesores del College debían ser enviados a Europa como parte de su preparación. Bache no aspiraba solamente a movilizar las tendencias y los potenciales

pedagógicos más recientes (como hiciera por ejemplo Philipp Emmanuel von Fellenberg en Hofwyl, Suiza) a fin de llevar a su país a un mismo nivel con los últimos logros europeos, sino que apuntaba a seguir desarrollando esos logros e ideas en los EE.UU. En su correspondencia, en oportunidad de informar sobre "institutions which approach nearest to the model of what I think an elementary school ought to be", Bache hacía una cuidadosa distinción entre las conquistas de las escuelas europeas ya existentes, y sus propias ideas de desarrollo educativo.[5] Concebía el desarrollo ulterior de los enfoques pedagógicos progresistas como un emprendimiento a organizar de manera no jerárquica, sino colegial, como corresponde al carácter cooperativo del trabajo de investigación. Mientras Nicholas Biddle, presidente del consejo directivo del College, se refería a los futuros colegas de Bache como *tutors*, Bache veía a los maestros del colegio, al menos a los de los alumnos mayores, como *professors*. Bache reservaba además la pedagogía para la *elementary school* y deseaba integrar a los alumnos mayores en un proceso de expansión cognitiva en el cual los alumnos y los *professors* se relacionaran como colegas. En consonancia con estas ideas, a su regreso de Europa mandó construir en el campus del Girard College un laboratorio cuyo fin era la medición regular de los componentes del campo magnético terrestre (Girard College Magnetic and Meteorological Observatory 1847).

Por lo tanto, Bache en lo fundamental no distinguía entre escuela y ciencia. Los instrumentos pedagógicos eran útiles para los alumnos de la escuela primaria; pero la actividad educativa en clase debía estar orientada al saber constantemente sometido a crítica, y debía ejercer continuamente la crítica a ese saber. Siempre y donde fuese posible, el sistema educativo debía participar en el discurso de la investigación, en lugar de limitarse a transmitir solamente "resultados" de investigación. Bache estaba convencido de que el interés por la ciencia y por sus contenidos surgía de la curiosidad respecto a un objeto, al tiempo que no descuidaba la relevancia de las diferentes aptitudes y los diferentes grados de aplicación de los alumnos. Opinaba que ya era hora de instaurar una escuela "where each individual receives an education in preparation to + in adaptation with his capacity + with the [bent] of his [mind] .... Such an institution", como escribió al

5 ADB en carta a Nicholas Biddle, 9 de octubre de 1837, box 2, vol. 3, Bache Papers, Smithsonian Institution Archives. Citado con autorización.

consejo directivo, "we have to supply then to the world and [Mr.] Girard has left us the means to furnish it".[6]

Instituciones educativas y de investigación científica: responsabilidad y financiamiento en manos públicas vs. en manos privadas

Pensilvania había creado en 1818 un sistema escolar público que en un principio estaba previsto solamente para los pobres, y por ello constituía una extensión de la caridad pública. En 1836 Pensilvania abrió sus escuelas públicas también a las capas no indigentes de la población. En Filadelfia se instaló la Central High School como institución "puntera" del sistema escolar de la municipalidad – una escuela secundaria a la que podían asistir solamente los jóvenes que hubiesen aprobado una severa prueba de admisión. Los alumnos de la Central High School tenían entre 12 y 17 años de edad y eran, en consecuencia, mayores que los niños huérfanos para quienes se creó el Girard College. En 1839 Bache asumió la dirección de la Central High School debido a que la inauguración del College se retrasaba. Ahora se le presentaba la oportunidad de poner en práctica las ideas que venía desarrollando desde Europa.

La oportunidad era particularmente propicia, por cuanto Bache estaba convencido del principio de un sistema público de educación (a diferencia de escuelas privadas). Para ser nombrado director, Bache había sabido destacarse, en tanto había presentado un plan para la elaboración del currículo escolar. En su programa educativo se distanciaba del ideal de una educación pasatista humanista como la practicaban las *Latin Schools* privadas. Si bien mantuvo la enseñanza del latín y del griego antiguo, su importancia era relativamente escasa frente a la de las lenguas modernas y las entonces jóvenes ciencias naturales, las cuales en la concepción de Bache correspondían mucho más a los intereses y las necesidades de la sociedad estadounidense. El dominio de las lenguas antiguas era tradicionalmente la vía de acceso a las universidades, pero en la década de 1830 la investigación científica no se había consolidado aún como elemento integrante del currículo universitario, el cual de hecho no se dedicaba todavía a formar

6 ADB en carta a Nicholas Biddle, 6 de agosto de 1838, box 2, vol. 3, Bache Papers, Smithsonian Institution Archives. Citado con autorización.

investigadores. Dejando de lado algunas excepciones, puede afirmarse que la investigación y la docencia universitarias recién serían integradas a finales del siglo XIX (Ben-David 1981: 87-109). Pero Bache se adelantó a ese proceso, como evidencia por ejemplo el hecho de que hizo construir un observatorio astronómico propio en la Central High School, el cual sería uno de los mejores de los EE.UU., equipado con un telescopio fabricado en Múnich. "To the [University of Philadelphia's] shame", comenta para la época Robert V. Bruce, "Philadelphia's Central High School [...] showed considerable more scientific leadership" (Bruce 1987: 47). También la estación de observación del campo magnético terrestre instalado en el campus del Girard College era operado por alumnos de la Central High School (Edmonds 1902).

A pesar de estos logros, Bache se encontró de pronto entre dos líneas de fuego en el ambiente político de Filadelfia. En 1840 renunció a la presidencia del Girard College, el cual, debido a los dilatados trabajos de construcción edilicia, todavía no había sido inaugurado. El College, alojado en un curioso edificio de mármol, se constituía en símbolo de las élites patricias establecidas. Los motivos arquitectónicos del edificio, evocadores de la antigüedad clásica, respondían a la voluntad de Nicholas Biddle, presidente del consejo directivo del College. Biddle era una persona pública, conocida como presidente del Second Bank of the United States, una institución precursora de un banco central moderno, cuya financiación y administración, sin embargo, se hallaban en manos privadas, y que en Filadelfia tenía como sede un edificio que igualmente evocaba la antigüedad clásica. Durante años, en su calidad de director del banco, Biddle había protagonizado una batalla política contra el presidente estadounidense Andrew Jackson. En esa querella el banco encarnó los intereses de una élite arrogante y antidemocrática. Los seguidores de Jackson pronto adscribieron al propio Bache a esa "aristocracia" a la que hostilizaban. Cuando en 1840 una comisión investigadora del gobierno municipal cuestionó la legitimidad de su nombramiento como presidente del College, Bache, exasperado, decidió dimitir (Philadelphia Councils 1840: 51-52; Herrick 1935: 27-28).

Puede decirse que Bache perdió su cargo de director de la Central High School por los motivos opuestos. En este caso fueron los "humanistas", esto es, los conservadores defensores de un currículo cimentado en las lenguas antiguas, quienes gestaron su caída. Bache no tenía objeciones fundamentales a las lenguas antiguas, pero su objetivo era conectar a un mismo nivel la cultura estadounidense con los discursos universalistas.

Entendía que para lograr que un pensamiento entrenado para las ciencias pudiese penetrar e imponerse en la opinión pública y el sistema educativo estadounidenses, era necesario incentivar las ciencias naturales. Por cierto, la Central High School, financiada con dinero proveniente de la recaudación impositiva, comenzó a ser criticada por ciudadanos adinerados que preferían enviar a sus hijos, si los tenían, a escuelas privadas de corte humanístico, y/o no estaban dispuestos a financiar con sus impuestos la educación escolar de otros. Por otro lado, en su calidad de director, Bache había intentado conducir la Central High School por medio de procedimientos colegiados. Ahora se ponían en su contra aquellos colegas que se sentían ligados a la tradición humanística y se identificaban con los modelos derivados de esa tradición, distintivos de las élites del patriciado urbano. En 1842 Bache renunció a su cargo de director de la Central High School (Reese 1999: 59 sigs.; Odgers 1947: 133-136; Fagan 1941: 39-41).

Más allá de estas posiciones encontradas, Bache defendía una tercera posición, que vinculaba la cuestión de la educación escolar con el desarrollo científico. Bache estaba convencido de que en lo futuro su país habría de medirse con Europa en todos los ámbitos de la cultura. Prolongando la tradición de su familia, que siguió llevando la impronta de la educación de West Point, Bache apuntaba a gestar una élite nacional y afincada en los EE.UU., que habría de dedicarse a los discursos importantes que por entonces estaban localizados en Europa. De ello derivaba el mandato para una educación escolar pública. El estigma de la caridad resultaba por demás inconveniente si lo que Bache pretendía era ganarse precisamente a esas élites para desarrollar conjuntamente proyectos públicos. Uno de esos proyectos, de capital importancia, fue el de desarrollar las ciencias en forma continua como proyecto nacional común (Jansen 2011: 166-170). Ello evidencia con gran claridad una diferencia decisiva entre Alexander Dallas Bache y otros contemporáneos protagonistas del desarrollo escolar (los *educators*), como por ejemplo Henry Barnard. Aunque hasta hoy se considera a Barnard una figura central en la construcción de un sistema escolar estadounidense, a partir del decenio de 1830 lo cierto es que Barnard asignó mucha menos importancia que Bache al modelo por éste tomado de Wilhelm von Humboldt, en el cual la investigación científica es punto de fuga de un sistema educativo público.

Los inicios del desarrollo de instituciones científicas a nivel federal, 1842-1861

En 1842 el presidente de los EE.UU. John Tyler nombró a Alexander Dallas Bache *superintendent* de la United States Coast Survey en Washington. No es casual que su nombramiento coincida con el inicio del desarrollo de una presencia nacional de las ciencias en los EE.UU.: el desarrollo de instituciones a ese nivel, llegando hasta la creación en 1863 de la National Academy of Sciences, se debe a la actuación personal de Bache.

El gobierno estadounidense había ya dado vida a otros proyectos científicos nacionales antes de la Coast Survey. Así, por ejemplo, el presidente Thomas Jefferson había enviado entre 1804 y 1806 una expedición al oeste del continente y ordenado la creación de la U.S. Military Academy at West Point. Estos emprendimientos relacionados con la ciencia se vinculaban directamente con la política de expansión estadounidense, lo cual permite inferir que el reconocimiento de que gozaba la ciencia no era por principio, sino que se movilizaba a la ciencia solamente en aras de necesidades prácticas de la política. También esa motivación se infiere del carácter institucional de la Coast Survey fundada en 1807. Se le encomendó medir las costas estadounidenses y confeccionar mapas, de gran importancia dado el vertiginoso crecimiento del flujo comercial (Cajori 1980). En sentido estricto se trataba de una tarea que en algún momento estaría concluida. Por ello el Congreso había creado la Coast Survey como institución temporal. La tarea encomendada, sin embargo, era inmensa, sobre todo porque durante el siglo XIX el territorio de los EE.UU. creció continuamente. De manera similar al caso de la Smithsonian Institution fundada en 1846, el reconocimiento de que gozó la Coast Survey por parte del Congreso estadounidense no fue una aceptación por principio de los fundamentos científicos de su labor (Dupree 1957: 66-90, 100-105).

Como resultado de esta situación, el grupo de influyentes científicos en el entorno de Alexander Dallas Bache arribó a fines del decenio de 1840 y durante el decenio de 1850 a la convicción de estar salvaguardando, como grupo profesional, el principio de una la resolución de problemas sujeta a método, de una crítica científica y de la ampliación del saber universalmente válido; y de hacerlo de manera vicaria, en representación de un soberano político nacional, anticipado por la Constitución de los EE.UU., que se hallaba aún en estado emergente. Hasta entonces Bache y sus colegas habían buscado reconocimiento para ese principio a nivel

regional, también debido a que se carecía de una metrópolis nacional y a que el aparato gubernamental federal en Washington crecía lentamente. Bache estaba convencido de que cuando Washington cobrara mayor significación, entonces a largo plazo la ciencia por principio sería reconocida, y en efecto, a través de la creación de una academia nacional. Pero en el decenio de 1840 la situación aparentemente aún no estaba madura para ello. Mientras Bache y sus colegas anticiparon la legitimación de la ciencia por parte de la república, se sintieron en la obligación de utilizar sus eficientes redes y su presencia en todas las asociaciones y organizaciones científicas de relevancia nacional en los decenios de 1840 y 1850 a fin de proteger la autonomía de la ciencia y fomentar en los EE.UU. una cultura de orientación científica.

Estos científicos pudieron imponer su influencia dentro de las organizaciones de corte nacional que se iban fundando. A partir de una asociación de geólogos nació en 1848 la American Association for the Advancement of Science (AAAS), la cual, siguiendo el modelo inglés, a través de sus asambleas anuales (y de sus *proceedings*), sirvió como plataforma y sistema de reputaciones para la ciencia en los EE.UU. (Kohlstedt 1976b). La AAAS, en tanto fue la primera organización científica general, de importancia suprarregional, vino a complementar a la publicación *American Journal of Science and the Arts*, que aparecía desde 1818 y que había posibilitado solamente una forma escrita de intercambio. Importantes fueron también los comités de expertos de la AAAS, que reproducían el desarrollo y la delimitación de las distintas disciplinas (Ben-David 1991b: 177). Sin embargo, la AAAS no representó un reconocimiento de la ciencia por parte del soberano político.

Después de 1842, Bache se llevó consigo a Washington su perspectiva de *state-building* que había practicado en Filadelfia. Como director de la agencia Coast Survey se le abrían ingentes posibilidades organizativas y él supo aprovecharlas para, en el decenio de 1850, hacer de esta agencia el mayor proyecto científico de los EE.UU., la "general scientific agency of the [federal] government" (Dupree 1957: 18). La Coast Survey llegó a tener durante un tiempo más de 700 empleados (más que la Harvard University) y un presupuesto de medio millón de dólares (mayor que el de la Smithsonian Institution) (Slotten 1994: 99; Dupree 1957: 104). En esos años, en una serie de discursos dedicados a la situación y la responsabilidad de su profesión en el contexto nacional emergente, Bache analizó el todavía irresuelto problema de la legitimación de la ciencia en los EE.UU. El más

importante y notable de estos textos de Bache es la conferencia que pronunció en 1851 como presidente saliente de la AAAS.[7] Sometió entonces a la consideración de un extenso público científico la idea de fundar una academia nacional, idea ya largamente discutida en un grupo reducido.

En su discurso Bache señaló en primer lugar que la ciencia estadounidense debía vincularse con los discursos científicos centrados en Europa. Luego propuso instaurar una institución científica adicional *"to guide public action in reference to scientific matters"* (Bache 1852: xliii, subrayado en el original). Provisto de la experiencia que había reunido en Filadelfia en el decenio de 1830, Bache subrayó la importancia de los peritajes científicos, al tiempo que presionó, ahora en forma explícita y desde el marco decididamente nacional de la AAAS, por un programa político-profesional dirigido a legitimar la ciencia en el Estado nacional, esto es, por la instalación de una academia nacional. En respuesta a los entonces extendidos reparos al desarrollo de instituciones federales, Bache los objetó al decir que consideraba un "common mistake, to associate the idea of academical [sic] institutions with monarchical institutions" (Bache 1852: xlviii). Insistió en que los ideales de una aristocracia intelectual, tal como los representaba la ciencia, también podían cobrar vigencia en y por una república. Relativizó su pronóstico sobre la legitimación de esos ideales en los EE.UU. en tanto describió con realismo las condiciones específicas de vida de los científicos estadounidenses:

> Separated by vast distances, scattered in larger or smaller communities, the daily avocations of men of science in the United States keep us asunder. Our small numbers at any one point produces all the bad influences of isolation. We feel cut off from the world of science, and sink discouraged on account of the isolation; or having a position in the community about us, we become content to enjoy this, and forget that we owe a duty to the world outside; that we ought to increase, as well as to diffuse; to labor, as well as to enjoy the labors of others. Our country asks for other things from us than this (Bache 1852: lii).

En la percepción de Bache, los científicos en los EE.UU. tenían la obligación de orientarse hacia un discurso internacional, más allá de los acuciantes asuntos prácticos y políticos de su país (era ésta una obligación que no gozaba de mayor reconocimiento en los EE.UU.). En su visión, dedicarse

7 Hasta hoy día se acostumbra en muchas organizaciones científicas en los EE.UU. que aquel colega que ha sido elegido para ocupar el honorable cargo de presidente durante un año, pronuncie un discurso (como *outgoing president*) recién al final del período de su ejercicio.

al progreso del conocimiento científico era, dada la todavía pendiente consolidación del país, un desempeño extraordinario y personal, que exigía de Bache y de sus colegas una identificación particularmente fuerte con la tarea que se habían autoimpuesto, una tarea que excedía el marco nacional y sin embargo lo anticipaba.

La fundación en 1863 de la National Academy of Sciences

La visión de avanzada de Bache llegó a su culminación durante la guerra civil estadounidense. En Filadelfia en el decenio de 1830 Bache había pertenecido a un pequeño "club" informal de científicos que se reunían regularmente. También en Washington fue miembro de un pequeño círculo de colegas que intercambiaban ideas sobre cuestiones científicas y de política científica y que coordinaban sus esfuerzos. Benjamin Peirce, colega de Bache, matemático en la Harvard University y padre del filósofo Charles Sanders Peirce, se dirigía a Bache en una carta de 1852 llamándolo "president of the Florentine Academy" (Bruce 1987: 220-221), pero el grupo pronto se dio el nombre de "Lazzaroni" (en alusión a los mendigos napolitanos) (Kohlstedt 1976a: 154-189; Miller 1972). En el decenio de 1850 pertenecían a este grupo, además de Peirce: Joseph Henry (director de la Smithsonian Institution), Louis Agassiz (un biólogo de Suiza, desde 1847 catedrático en la Harvard University), Charles Henry Davis (un almirante de la Marina, encargado desde 1849 de confeccionar el anuario astronómico de los EE.UU., para lo cual colaboró con Peirce), Benjamin Apthorp Gould (un astrónomo que se había doctorado en Gotinga, fundador del *Astronomical Journal*, que trabajaba para la Coast Survey y dirigió entre 1856 y 1859 un observatorio astronómico en Albany), así como el químico Oliver Wolcott Gibbs, que trabajaba en Nueva York, quien con el apoyo de sus colegas Lazzaroni obtuvo en 1863 una cátedra en la Harvard University. Fueron los científicos de este grupo, asentados en Washington y en Cambridge, quienes después de 1846 desarrollaron las organizaciones suprarregionales importantes según la concepción de su "líder" Bache, y buscaron defender la influencia de su grupo contra la competencia dentro de la profesión (como por ej. contra el grupo en torno a William Barton Rogers, quien fundaría más tarde el Massachusetts Institute of Technology, MIT). Sin embargo, en los hechos, los Lazzaroni no siempre actuaron en

forma concertada. Hacia finales del decenio de 1850 el grupo se había en gran medida disuelto. En 1860 Bache lo declaró "difunto".[8]

Sólo una vez más habría de reunirse el círculo, a saber, para la fundación de la National Academy of Sciences en 1863. Con ello los Lazzaroni, al institucionalizar el "invisible college" que representaban, de alguna manera se disolvieron. ¿Por qué esta fundación, un proyecto que Bache venía acariciando hacía años, se realizó precisamente durante la guerra, en los años 1862 y 1863? El senador de Massachusetts, Henry Wilson, portavoz de los Lazzaroni, presentó al Congreso estadounidense la ley para la fundación de la Academia Nacional de Ciencias el 3 de marzo de 1863, esto es, en la última jornada de sesiones, oportunidad en que la ley fue aprobada sin discusión previa, de manera que el presidente estadounidense Abraham Lincoln pudo refrendarla esa misma noche.

Algunos historiadores de la ciencia han interpretado como un "golpe" la manera en que procedieron Bache y sus aliados cuando deliberadamente evitaron el debate público y la discusión entre colegas y mantuvieron sus planes en secreto. De acuerdo a esta interpretación, la guerra civil habría sido para ellos una oportunidad propicia para llevar a cabo planes largamente acariciados, dado que desde la secesión de los estados del sur, el Congreso estadounidense se hallaba en manos de representantes favorables a la expansión de las competencias del Estado nacional (Bruce 1987: 274, 302; Dupree 1957). Esta interpretación requiere rectificación, al menos en lo concerniente a los motivos de Alexander Dallas Bache.

Es inútil buscar en la correspondencia de Bache de esos años una explicación de sus motivos para la fundación de la Academia Nacional. Sus motivos pueden inferirse solamente en forma indirecta, si se observa atentamente su reacción ante el desarrollo de la guerra civil. ¿Cuáles fueron las características de ese desarrollo? Después que en 1861 once estados se habían retirado de la Unión y habían fundado los Confederate States of America, tuvieron lugar en abril las primeras operaciones militares. El presidente Lincoln había designado en 1861 a George B. McClellan en primer lugar comandante en jefe de la Army of the Potomac, y, más tarde, de las fuerzas armadas de los EE.UU. en su conjunto. Pero McClellan vaciló y partió recién en mayo de 1862 a realizar la "campaña de la península" (*Peninsula Campaign*) con el objetivo de hacer caer Richmond, en

8 ADB en carta a John F. Frazer, 29 de abril de 1860, Frazer Papers, American Philosophical Society.

Virginia, la capital de los Confederate States. Este propósito fracasó con la "batalla de los siete días" (*Seven-Days-Battle*, 25 de junio al 1° de julio de 1862). En el otoño, tras la derrota de las tropas de la Unión en la "segunda batalla de Bull Run" (29 al 30 de agosto), la batalla junto al río Antietam en septiembre pudo considerarse un vuelco en la marcha de la guerra. En todo caso, Lincoln vio en ese resultado favorable la ocasión propicia para anunciar con la *Emancipation Proclamation* la liberación de los esclavos a partir del 1° de enero de 1863 en todos los territorios ocupados por las tropas de la Unión. Una guerra comenzada para preservar la Unión se convertía así en una guerra para abolir la esclavitud. Pero después de nuevas derrotas militares (particularmente la batalla perdida de Fredericksburg el 13 de diciembre) volvió a cundir en los estados del norte el abatimiento (McPherson 1988).

Alexander Dallas Bache había dedicado su vida a construir una cultura nacional estadounidense. Como vehículo para el fomento de una cultura científica estadounidense independiente le sirvieron, además de otras instituciones a las que se hallaba vinculado, el Franklin Institute, el Girard College, la Central High School, la American Association for the Advancement of Science y la U.S. Coast Survey. La guerra civil fue para Bache, quien contaba entonces 55 años de edad, una catástrofe, porque amenazaba su trabajo de toda una vida. En 1862 la existencia misma de los EE.UU. peligraba como consecuencia de los repetidos fracasos de las tropas de la Unión y de una robustecida oposición política en el norte, todo lo cual propiciaba una paz negociada y con ello en definitiva el reconocimiento del sur escindido. Ello amenazaba con destruir al soberano político al que Bache había dedicado su vida. Le resultaba escandalosa la incapacidad de sus compatriotas para asumir la perspectiva que él mismo defendía desde hacía tanto tiempo y para abandonar las operaciones militares en favor de una solución política.

La decepción y el enojo de Bache pueden inferirse de una carta escrita en 1862 dirigida a Francis Lieber, un politólogo de origen alemán; en ella, el director de la Coast Survey se burla de un soldado de las tropas de la Unión. El soldado había eliminado la señalización con la inscripción "U.S.C.S." (abreviatura de United States Coast Survey) que había visto sobre un punto de medición geodésica, debido a que interpretó que se trataba de un mojón allí dispuesto por los estados del sur para marcar el límite entre los "United States" y los "Confederate States". Este error representaba para Bache el fracaso de los EE.UU.: ¡en lugar de ver en el símbolo

de la Coast Survey la orgullosa ambición de una nación en crecimiento, el soldado lo había tomado por un signo de su escisión! También en ese sentido rechazaba Bache en la misma carta la solicitud de una mujer que se había dirigido a él en tanto antiguo empleador de su esposo para solicitarle su apoyo, dado que pendía sobre ella la amenaza de que le confiscaran sus propiedades debido a que su esposo había tomado partido por los estados cismáticos del sur: "Her husband", escribió Bache indignado, "is a double distilled traitor + her appeal is founded on the fact which doubly condemns him, that he was once in the employ of the Coast Survey!"[9] Bache concebía la Coast Survey no como una unidad administrativa estatal entre otras, sino como modelo de la nación estadounidense. Por ese motivo esperaba de los empleados de la Coast Survey –sobre todo en tiempos difíciles– no solamente que cumplieran con las obligaciones oficiales de su cargo, sino una lealtad especial hacia los EE.UU.

El análisis de la carta dirigida a Francis Lieber, en cuyos detalles no podemos entrar aquí, permite inferir los motivos de Bache para la fundación de la National Academy (Jansen 2011: 285-314). Además permite aclarar por qué Bache y sus aliados se ocuparon de llevar a cabo sus planes precisamente en el año 1862, y por qué ocultaron dichos planes incluso ante colegas muy cercanos toda vez que sabían que no contarían con su apoyo (Cochrane 1978: 43-78; Bruce 1987: 301-305). Efectivamente, debe considerarse la fundación de la Academia Nacional en estrecha relación con el acontecer de la guerra. En tanto acometieron la fundación de una academia nacional, Bache y sus colegas más cercanos intentaron ofrecer un punto de apoyo a la nación que trastabillaba; un núcleo al que la nación, enemistada y reñida en sus partes y en tren de disolución, pudiese remitirse a fin de afirmarse a sí misma como tal. La Academia Nacional se fundó con la esperanza de proporcionar a la nación estadounidense autoestima y seguridad en sí misma, por cuanto mediante la fundación de una academia, la nación se ve a sí misma en condiciones de reconocer a la ciencia. ¿Pero por qué intentaron los Lazzaroni impedir un debate público y uno interno de la profesión sobre sus planes? En el marco de tal debate, después de todo, la opinión pública podría haberse plegado a la idea de fundar una academia. Pero Bache y sus aliados no querían que el proyecto de la academia, una vez que se habían decidido por él, corriera peligro, sino llevarlo

9 ADB en carta a Francis Lieber, 15 de mayo de 1862, box 1, Lieber Papers, Huntington Library, San Marino, CA.

a cabo de todas maneras. Si el proyecto hubiese desencadenado controversias, ya en la opinión pública, ya entre los colegas, no solamente se habría desvanecido el efecto esperado de la fundación de la academia, sino que habría surtido incluso el efecto contrario. En la opinión pública perduraría la impresión de que los EE.UU. no tenían la capacidad de fundar una academia, esto es, no tenían la capacidad de actuar conjuntamente a nivel nacional. Esta impresión habría agravado la ya difícil situación de guerra civil que por sus medios Bache y sus aliados habían buscado disipar. "How wonderful it is that just when countries are in the midst of most troublous times they get up the greatest things", escribió Bache a comienzos de enero de 1863 a Benjamin Peirce.[10] En medio de la conmoción de la guerra civil y ante la perspectiva de la amenaza del fracaso de los EE.UU., Bache y sus colegas más cercanos reivindicaban salvaguardar, en tanto protagonistas de su país, la idea de la nación estadounidense.

Ciencia y nación en los EE.UU. a partir de 1865: una perspectiva hacia el siglo XX

A través de la fundación de la National Academy of Sciences, la ciencia como profesión se convirtió en los EE.UU. en un sostén legitimador del Estado nacional. Cuando durante la guerra civil los EE.UU. amenazaban con desintegrarse, la profesión científica bajo el liderazgo de Alexander Dallas Bache puso todo su empeño en fortalecer a la Unión. También los antiguos rivales de los Lazzaroni, por ejemplo William Barton Rogers, dieron su aprobación a la Academia, si bien objetaron la manera en que Bache y sus aliados habían impuesto la fundación de la institución. La política, por su parte, la ignoró mayormente. Si bien la ley de creación de la Academia preveía que el gobierno estadounidense se valdría de ésta encargándole peritajes, lo cierto es que hasta la Primera Guerra Mundial el promedio de consultas recibidas en este sentido fue de una por año. No obstante, ser miembro de la Academia confería a los científicos cierto renombre (Kevles 1968: 301-305). Inmediatamente después de la guerra civil, lo relevante en el contexto de la profesión científica y su relación con el Estado nacional

10 ADB en carta a Benjamin Peirce, 7 de enero de 1863, microfilm N.R. II, roll G, Reingold Papers, SIA (copy of microfilm 63-3028, Benjamin Peirce Papers, Houghton Library, Harvard University). Citado con autorización.

no fue, sin embargo, el papel político o público que desempeñó la ciencia, sino su implementación interna y su diferenciación. Surgieron carreras y se incrementaron las relaciones entre intereses financieros e investigación, intereses que recién a partir de la Segunda Guerra Mundial afectarían decididamente la relación de la profesión con el Estado nacional.

La implementación institucional de la ciencia tuvo lugar en el último tercio del siglo XIX a través de las universidades y las asociaciones profesionales. Si bien las tareas de investigación de Bache en la University of Pennsylvania en el decenio de 1830 eran actividades complementarias paralelas a sus obligaciones docentes, él había anticipado y había tratado de fomentar una integración de investigación y docencia. Un paso importante en este sentido fue la instalación, inmediatamente después de la guerra civil, de un sistema de libre elección (*Elective System*) para los estudiantes (en primera instancia en la Harvard University en 1869). Con ello se cumplía una premisa para la conformación de un *habitus* profesionalizado, por cuanto ahora era posible configurar los cursos y seminarios a partir del interés común por un objeto. Siguiendo el ejemplo del modelo universitario alemán, se crearon carreras de especialización y orientadas a la investigación, lo cual abrió nuevas modalidades de formación y entrenamiento para el trabajo científico. Las universidades se convirtieron en la nueva patria institucional de las ciencias básicas, así como también en empleadores de un número creciente de científicos. Las asociaciones profesionales como la American Chemical Society (fundada en 1876), la American Historical Association (1884), la American Astronomical Society y la American Physical Society (ambas creadas en 1899) organizaron en cada caso los discursos especializados en los que pasarían a cooperar y a competir entre sí los investigadores vinculados al quehacer universitario.

La forma que adquirió el sistema de las ciencias habría sido prácticamente inimaginable sin las transformaciones sociales a las que estuvo vinculado el desarrollo científico. Numerosos intelectuales llegaron en el decenio de 1890 a la conclusión de que la fase de colonización de los EE.UU. se acercaba a su fin y que el país habría de enfrentar sus problemas bajo nuevas condiciones (Wrobel 1993). Consideraron que las consecuencias de la industrialización y la urbanización, así como el aprovechamiento de los recursos naturales, constituían desafíos a los cuales la sociedad estadounidense debía buscar respuestas racionales y bien fundamentadas. A ello se agregó que las administraciones del sector privado y en forma progresiva del sector público se hallaban en franco crecimiento y requerían empleados

con la necesaria formación (Bledstein 1978). Ello determinó que las carreras de orientación científica ganaran en importancia y prestigio, también respecto al ideal educativo del "gentleman" que cultivaban los Colleges (Veysey 1965). Ya durante la guerra civil el Congreso estadounidense había incentivado mediante la "Morrill Land Grant Act" de 1862 la creación de Colleges por parte de los estados individuales, asignándoles para ello recursos según la disponibilidad de superávits producto de la venta de tierras. La oferta académica se ensanchó además gracias a la refundación de universidades privadas. Así se pudieron fundar en 1890 la University of Chicago con recursos de John D. Rockefeller y en 1891 la Leland Stanford Junior University con recursos aportados por el magnate ferroviario Leland Stanford. En los decenios siguientes se constató en total un aumento considerable y constante de la demanda de personal docente, el que a su vez debía ser formado en las universidades, las que progresivamente pasaron a medir su éxito según sus logros en la investigación. Los recursos para la investigación provinieron también de fundaciones privadas, como la Carnegie Foundation fundada en 1910, o la Rockefeller Foundation fundada en 1913. De esa manera, la investigación pudo convertirse para un número creciente de egresados universitarios en una carrera profesional con perspectivas económicas.

Durante el período de la neutralidad estadounidense en la Primera Guerra Mundial, el astrofísico George Ellery Hale se propuso comprobar la relevancia de la National Academy of Sciences para el gobierno estadounidense, y para ello logró que se creara en 1916 el National Research Council. Este Council se hallaba subordinado a la Academia, pero por encargo del gobierno podía procurarse recursos para la investigación. Resulta revelador que Hale haya preparado su propuesta para la fundación de un Council en momentos en que todavía nada hacía prever que los EE.UU. ingresarían a la guerra dos años después. Hale buscaba una nueva legitimación pública para la ciencia en una época en la que ésta, si bien se mostraba exitosa en los institutos de investigación y en las universidades con financiamiento privado, aparecía no obstante aislada dentro de la sociedad estadounidense (Tobey 1971: xii). Pero también la labor científica del National Research Council terminó siendo financiada en una suerte de "patrocinio industrial" por auspiciadores privados, y no por el Estado (Davis/Kevles 1972: 208). Recién en 1941 el gobierno estadounidense puso a disposición de la Academia que antaño habían fundado Bache y sus aliados recursos financieros para pagar los costos de publicaciones y para la

confección de peritaciones (Bruce 1987: 303-305). Esto fue parte de una revaluación de la relación entre el Estado y la ciencia. El Manhattan Project y el desarrollo exitoso de la bomba atómica pasaron a legitimar ahora un muy vasto involucramiento en la investigación por parte del gobierno, el que consideraba en especial las anheladas posibilidades de aplicación militar. Gestores de la ciencia, como Vannevar Bush, desarrollaron estrategias argumentativas a fin de convencer al presidente estadounidense Franklin Roosevelt de que el Estado, después de la guerra, debía seguir promoviendo la investigación en esas grandes dimensiones. En alusión al proyecto colonizador estadounidense, Bush declaró a la ciencia una "endless frontier", haciendo de ella un nuevo mito estadounidense (Bush 1945; Ben-David 1991c: 546).

Así, el papel de la ciencia como profesión se había transformado en los EE.UU. desde la guerra civil. La fundación de la National Academy of Sciences supuso un reconocimiento de la ciencia como discurso obligante para el esclarecimiento de problemas interpretativos por parte del Estado nacional, si bien este reconocimiento era todavía poco tangible en el conjunto de la sociedad, dado el papel apenas relevante que el Estado nacional desempeñaba en la vida de sus ciudadanos. Por el contrario, la consagración institucional y el desarrollo de una lógica propia de la ciencia ganaron una creciente estabilidad en las universidades y en las asociaciones profesionales. En esa relación entre una profesión institucionalmente afianzada y un Estado nacional estadounidense comparativamente débil, se fundaron durante el siglo xx tanto el éxito del sistema científico estadounidense, como también el peligro de instrumentalizar al Estado para los propios fines económicos.

Bibliografía

Agnoli, Paolo/D'Agostini, Giulio (2004): "Why Does the Meter Beat the Second?" En: *physics/0412078* (diciembre 14), <http://arxiv.org/abs/physics/0412078> (04.09.2014).

Allen, Henry Butler (1953): "The Franklin Institute of the State of Pennsylvania". En: *Transactions of the American Philosophical Society*, 43, 1, New Series, pp. 275-279.

Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.

Bache, Alexander Dallas (1834): "Report of the Committee on Weights and Measures.

Appendix to the Report of the Committee of the Franklin Institute on Weights and Measures. Abstract of the Reports on Weights and Measures which have been submitted to the Congress of the United States, or to the Legislature of Pennsylvania". En: *Journal of the Franklin Institute*, 8, 4, pp. 232-247.

— (1839): *Report on Education in Europe: To the Trustees of the Girard College for Orphans*. Philadelphia: Printed by Lydia R. Bailey.

— (1852): "Address of Professor A. D. Bache, President of the American Association for the Year 1851, on Retiring from the Duties of President". En: American Association for the Advancement of Science: *Proceedings*, 6, pp. xli-lx.

Ben-David, Joseph (1981 [1972]): *Trends in American Higher Education*. Chicago: University of Chicago Press.

— (1991a [1972]): "The Profession of Science and Its Powers". En: Ben-David, Joseph: *Scientific Growth: Essays on the Social Organization and Ethos of Science*. Berkeley: University of California Press, pp. 187-209.

— (1991b [1978]): "Academy, University, and Research Institute in the Nineteenth and Twentieth Centuries: A Study of Changing Functions and Structures". En: Ben-David, Joseph: *Scientific Growth: Essays on the Social Organization and Ethos of Science*. Berkeley: University of California Press, pp. 175-186.

— (1991c): "The Ethos of Science in the Context of Different Political Ideologies and Changing Perceptions of Science". En: Ben-David, Joseph: *Scientific Growth: Essays on the Social Organization and Ethos of Science*. Berkeley: University of California Press, pp. 533-560.

Bledstein, Burton J. (1978): *The Culture of Professionalism. The Middle Class and the Development of Higher Education in America*. New York/London: W. W. Norton.

Bright, Charles C. (1984): "The State in the United States during the Nineteenth Century". En: Charles C. Bright/Harding, Susan (eds.): *Statemaking and Social Movements: Essays in History and Theory*. Ann Arbor: University of Michigan Press, pp. 121-158.

Bruce, Robert V. (1987): *The Launching of Modern American Science*. Ithaca: Cornell University Press.

Bush, Vannevar (1945): *Science – The Endless Frontier. A Report to the President by Vannevar Bush, Director of the Office of Scientific Research and Development, July 1945*. Washington, D.C.: United States Government Printing Office.

Cajori, Florian (1980 [1929]): *The Chequered Career of Ferdinand Rudolf Hassler*. New York: Arno Press.

Carter II, Edward C. (1993): *'One Grand Pursuit': A Brief History of the American Philosophical Society's First 250 Years, 1743-1993*. Philadelphia: American Philosophical Society.

Cochrane, Rexmond (1978): *The National Academy of Sciences: The First Hundred Years, 1863-1963*. Washington, D.C.: The Academy.

Committee of the Franklin Institute of the State of Pennsylvania for the Promotion of the Mechanic Arts, on the Explosion of Steam Boilers (1836): "Report, Part II, containing the General Report of the Committee [by Alexander Dallas Bache]". En: *Journal of the Franklin Institute*, 8, 4, pp. 217-232.

Davis, Lance E./Kevles, Daniel J. (1972): "The National Research Fund. A Case Study in the Industrial Support of Academic Science". En: *Minerva*, 12, pp. 207-220.

Dupree, A. Hunter (1957): "The Founding of the National Academy of Sciences - A Reinterpretation". En: American Philosophical Society: *Proceedings*, 101, 5, pp. 434-440.

— (1967 [1957]): *Science in the Federal Government: A History of Policies and Activities to 1940*. New York/Evanston: Harper Torchbooks.

— (1976): "The National Pattern of American Learned Societies, 1769-1863". En: Oleson, Alexandra/Brown, Sanborn C. (eds.): *The Pursuit of Knowledge in the Early American Republic*. Baltimore/London: Johns Hopkins University Press, pp. 21-32.

Edmonds, Franklin Spencer (1902): *History of the Central High School of Philadelphia*. Philadelphia: Lippincott.

Fagan, George V. (1941): "Alexander Dallas Bache: Educator". En: *The Barnwell Bulletin*, 18, 75, pp. 4-44.

Franklin Institute (1834): "Report in Relation to Weights and Measures in the Commonwealth of Pennsylvania". En: *Journal of the Franklin Institute*, 14, 1, pp. 6-14.

Frick, George F. (1976): "The Royal Society in America". En: Oleson, Alexandra/Brown, Sanborn C. (eds.): *The Pursuit of Knowledge in the Early American Republic*. Baltimore/London: Johns Hopkins University Press, pp. 70-83.

Girard College Magnetic and Meteorological Observatory, Alexander Dallas Bache, and United States Army Corps of Engineers (1847): *Observations at the Magnetic and Meteorological Observatory, at the Girard College, Philadelphia, Made Under the Direction of A. D. Bache, LL. D., and With Funds Supplied by the Members of the American Philosophical Society, and by the Topographical Bureau of the United States*. Washington, D.C.: Gales and Seaton, printers.

Goebel, Thomas (1994): "Professionalization and State-Building. The State and the Professions in Illinois, 1870-1920". En: *Social Science History*, 18, 2, pp. 309-337.

Greene, John C. (1976): "Science, Learning, and Utility: Patterns of Organization in the Early American Republic". En: Oleson, Alexandra/Brown, Sanborn C. (eds.): *The Pursuit of Knowledge in the Early American Republic*. Baltimore/London: Johns Hopkins University Press, pp. 1-20.

Guston, David H./Kenniston, Kenneth (eds.) (1994): *The Fragile Contract: University Science and the Federal Government*. Cambridge: MIT Press.

Herrick, Cheesman Abiah (1935): *History of Girard College*. Philadelphia: Girard College.

Howe, Daniel Walker (2007): *What Hath God Wrought. The Transformation of America, 1815-1848*. New York: Oxford University Press.

Hunter, Louis C. (1977 [1949]): *Steamboats on the Western Rivers: An Economic and Technological History*. New York: Dover Publications.

James, Mary Ann (1987): *Elites in Conflict: The Antebellum Clash over the Dudley Observatory*. New Brunswick/London: Rutgers University Press.

Jansen, Axel (2011): *Alexander Dallas Bache: Building the American Nation through Science and Education in the Nineteenth Century*. Frankfurt am Main/New York: Campus.

Judson, Lewis V. (1963): *Weights and Measures Standards of the United States: A Brief History*. Washington, D.C.: U.S. Department of Commerce.

KEVLES, Daniel J. (1968): "George Ellery Hale, the First World War, and the Advancement of Science in America". En: *Isis*, 59, pp. 427-437.

KOHLSTEDT, Sally Gregory (1976a): *The Formation of the American Scientific Community: The American Association for the Advancement of Science, 1848-1860*. Urbana: University of Illinois Press.

— (1976b): "Savants and Professionals: The American Association for the Advancement of Science, 1848-1860". En: Oleson, Alexandra/Brown, Sanborn C. (eds.): *The Pursuit of Knowledge in the Early American Republic*. Baltimore/London: Johns Hopkins University Press, pp. 299-325.

LABAREE, David F. (1992): *Making of an American High School*. New Haven: Yale University Press.

MCPHERSON, James M. (1988): *Battle Cry of Freedom. The Civil War Era*. New York: Oxford University Press.

MILLER, Lillian B. (1972): *The Lazzaroni: Science and Scientists in Mid-Nineteenth-Century America*. Washington, D.C.: Published for the National Portrait Gallery, Smithsonian Institution.

MÜNTE, Peter (2004): *Die Autonomisierung der Erfahrungswissenschaften im Kontext frühneuzeitlicher Herrschaft: Fallrekonstruktive Analyse zur Gründung der Royal Society*. 2 tomos. Frankfurt am Main: Humanities Online.

MÜNTE, Peter/OEVERMANN, Ulrich (2002): "Die Institutionalisierung der Erfahrungswissenschaften und die Professionalisierung der Forschungspraxis im 17. Jahrhundert. Eine Fallstudie zur Gründung der Royal Society". En: Zittel, Claus (ed.): *Wissen und soziale Konstruktion*. Berlin: Akademie Verlag, pp. 165-230.

ODGERS, Merle (1947): *Alexander Dallas Bache: Scientist and Educator, 1806-1867*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

OEVERMANN, Ulrich (1996): "Theoretische Skizze einer revidierten Theorie professionalisierten Handelns". En: Combe, Arno/Helsper, Werner (eds.): *Pädagogische Professionalität. Untersuchungen zum Typus pädagogischen Handelns*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 70-182.

— (2007): "Für ein neues Modell von Kunst- und Kulturpatronage". En: Ulrich Oevermann/Süßmann, Johannes/Tauber, Christine (eds.): *Die Kunst der Mächtigen und die Macht der Kunst: Untersuchungen zu Mäzenatentum und Kulturpatronage*. Berlin: Akademie Verlag, pp. 13-23.

ONUF, Peter S./SADOSKY, Leonard J. (2002): *Jeffersonian America*. Oxford: Blackwell Publishing.

PHILADELPHIA COUNCILS (1840): *Report of the Special Committee Appointed by the Common Council on a Communication from the Board of Trustees of the Girard College*. Philadelphia: sin editorial.

POTTER, David (1968): "The Historian's Use of Nationalism and Vice Versa". En: Potter, David: *The South and the Sectional Conflict*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, pp. 34-83.

REESE, William J. (1999): *The Origins of the American High School*. New Haven: Yale University Press.

SHARP, James Roger (1993): *American Politics in the Early Republic: The New Nation in Crisis*. New Haven: Yale University Press.

Sinclair, Bruce (1966): *Early Research at the Franklin Institute: The Investigation into the Causes of Steam-Boiler Explosions, 1830-1837*. Philadelphia: The Franklin Institute of the State of Pennsylvania.

— (1974): *Philadelphia's Philosopher Mechanics: A History of the Franklin Institute*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

— (1976): "Science, Technology, and the Franklin Institute". En: Oleson, Alexandra/ Brown, Sanborn C. (eds.): *The Pursuit of Knowledge in the Early American Republic*. Baltimore/London: Johns Hopkins University Press, pp. 194-207.

Slotten, Hugh Richard (1994): *Patronage, Practice, and the Culture of American Science: Alexander Dallas Bache and the U.S. Coast Survey*. Cambridge: Cambridge University Press.

Stratton, Julius Adams/Mannix, Loretta H. (2005): *Mind and Hand: The Birth of MIT*. Boston: MIT Press.

Tobey, Ronald C. (1971): *The American Ideology of American Science, 1919-1930*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

United States, Department of State [Adams, John Quincy] (1821): *Report of the Secretary of State, upon Weights and Measures, Prepared in Obedience to a Resolution of the Senate of the Third March, 1817*. Washington, D.C.: Gales and Seaton, printers.

Veysey, Laurence (1965): *The Emergence of the American University*. Chicago: University of Chicago Press.

Weingart, Peter (2006): *Die Wissenschaft der Öffentlichkeit. Essays zum Verhältnis von Wissenschaft, Medien und Öffentlichkeit*. Velbrück: Velbrück Wissenschaft.

Wilentz, Sean (2005): *The Rise of American Democracy. Jefferson to Lincoln*. New York: W. W. Norton.

Wrobel, David M. (1993): *The End of American Exceptionalism. Frontier Anxiety from the Old West to the New Deal*. Lawrence: University Press of Kansas.

Ciencia de la historia y nación en México, 1821-1910*

Guillermo Zermeño Padilla

Introducción

No hay nación en sentido moderno sin ciencia, ni tampoco, al contrario, ciencia sin Estado-nación. Una de las particularidades de esa conjunción en relación con la historia fue la de haber construido un relato como representación unitaria de la vida de una colectividad, de un conglomerado heterogéneo muchas veces incomunicado entre sí. Esta integración fue un logro de la escritura en su poder de representar esa pluralidad como un todo unitario. Se trata en esencia de un logro cultural realizado durante el siglo XIX al emerger la nación como una entidad política autónoma. Ahora sabemos que esa representación global no coincide completamente con la forma como los individuos o grupos estructuran su propia memoria. Sin embargo, al lado de otros artefactos culturales, la producción de este relato de la nación consiguió articular una suerte de identidad nacional, cuyos efectos siguen siendo visibles en la actualidad.

Más puntualmente, la pregunta que nos ocupa es en qué momento se puede hablar de la emergencia de la ciencia en el discurso de la historia. ¿Cuándo comienzan las gentes de entonces a hablar de la historia como una disciplina científica? ¿Cuál es su significado para el establecimiento de las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro de la nación? La misma cuestión se puede plantear en relación con la aparición de la nación. En particular: ¿con qué clase de contenidos históricos y en qué términos se fue dando cuerpo o figuración a la nación? ¿Cuándo y cómo se dio la conjunción entre nación e historia? En otras palabras: ¿Cómo se dio el paso de la historia *magistra vitae* a la historia científica? Nuestra hipótesis central es que hubo un desplazamiento semántico al desvanecerse (sin desaparecer del todo) la historia ejemplarizante y moralizante dominante durante

* Para la elaboración de este trabajo he contado con el apoyo del Conacyt a mi proyecto de investigación "Hacia una historia de la escritura moderna de la historia de México (Del siglo XVIII 'novohispano' al siglo XIX mexicano)".

el periodo prenacional, aunque, como se podrá ver, ésta reapareció con fuerza durante la emergencia y consolidación de la nación republicana en torno a una ciudadanía configurada por las fuerzas impersonales propias del Estado moderno.

El punto cero de la nueva historia

Para que haya historia científica, como la conocemos, tiene que haber previamente una negación del pasado. Sin esa "negación" no existe la posibilidad de que el pasado se plantee como objeto de investigación. Esta posibilidad se crea durante los movimientos de independencia al aparecer las razones para separarse de España. En la Declaración de Independencia de México del 28 de septiembre de 1821, por ejemplo, se estableció: "La nación mexicana que por trescientos años, ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido" (cit. según Dublán/Lozano 1876: I, 550). Obviamente se trata de una declaración política que no repara en el anacronismo de pensar en la "nación mexicana" como una entidad preestablecida, algo inexistente durante la dominación española. Pero al mismo tiempo este anacronismo implica el trazo de una borradura o negación del pasado, englobado en los tres últimos siglos de dominación española. Es la marca de un distanciamiento con el pasado heredado que implica a su vez la inscripción en un futuro incierto fincado en el deseo de formar un estado de cosas diferente al heredado por la monarquía española.

Es verdad que ya antes, en el Acta de Independencia de "América Septentrional" de Apatzingán, del 6 de noviembre de 1813 del movimiento insurgente encabezado por el cura Morelos, se había abierto la vía para el establecimiento de un gobierno autónomo, soberano, no dependiente sino de sí mismo. Se trataba de un documento formulado delante de Dios entendido como "árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad", frente al cual se justificaba el recobrar "el ejercicio de su soberanía usurpada", en razón de las circunstancias europeas, por lo cual se disponía del derecho a romper y disolver la "dependencia del trono español" y establecer sus propias leyes, alianzas y concordatos (cit. según Dublán/Lozano 1876: I, 427-428). Sin embargo, hasta antes de 1821 no se observa que las historias de la "revolución de independencia" guarden una relación directa con el establecimiento de la fundación de la nueva nación de 1821 (Zermeño 2011a). Más bien, el divorcio entre el pasado y el futuro plasmado defini-

tivamente en la Declaración de 1821 es lo que da origen a la metáfora del hijo huérfano abandonado a su propia suerte (la "patria", el suelo donde se ha nacido, se ha quedado sin la "nación" de sus padres), y ese hueco es el que será cubierto por una narrativa histórica de nuevo cuño, apropiada a la nueva entidad política en construcción, orientada hacia el futuro y no tanto por el pasado.

Se tratará, como veremos, de una historia sustentada en un gesto de ruptura con el pasado estilizado en la frase de los "300 años de ignominia y explotación", una fórmula del exjesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1998: 205) y popularizada por Francisco Miranda al referirse al imperio que ejerció su dominación con gran "ferocidad por más de 300 años". Esta fórmula se puso de moda durante las guerras de independencia hasta quedar consagrada en casos como el de Venezuela y México en el acta constitucional (Zermeño 2008). Lo anterior señala dos cosas: 1) el pasado se tornó ambiguo, y 2) la construcción de un nuevo régimen historiográfico se inició sobre un anacronismo. El pasado reflejado en el presente como un espejo comenzó a resquebrajarse. Esa negación del pasado de tres siglos desactivó en principio el poder de la historia ejemplar ciceroniana (*Historia magistra vitae*) dominante hasta entonces. De esa situación emergió su contraparte, una historia en vilo en constante facturación, polémica, abierta, lo cual implicaba también el desarrollo de un programa de formación de un nuevo tipo de historiadores al servicio de la nueva entidad política, primero bajo la impronta del Imperio constitucional (1821) y después, bajo el republicanismo (1824).

La historia como concepto político

Hasta 1821 dominan la historia natural, de un lado, y la historia civil y eclesiástica, del otro, impulsadas por el desarrollo de los medios impresos de la segunda mitad del siglo XVIII. José Antonio Alzate (1738-1799), distinguido naturalista novohispano, asume por ejemplo la distinción entre historia natural e historia moral. Comparte con otros contemporáneos la inquietud de reformar las artes y las ciencias para ponerse a la par con el espíritu de la época, ya que considera que la "patria" (lugar de nacimiento) está rezagada. La reforma incluye el saber histórico, en particular con respecto al peso que tiene en su composición el arte de la retórica (Alzate y Ramírez 1999: 88-89). Además del interés en la "historia natural de Nueva

España" aparece el desarrollo de una "historia moral del mundo" que describa las virtudes y vicios de sus habitantes (Zermeño 2011b). La historia, en ese sentido, es narración, pero incluso los monumentos antiguos sirven "de grande recurso para conocer el carácter de los que los fabricaron" cuando se carece de "autores coetáneos" y para suplir "la omisión o mala fe de los historiadores" (Alzate y Ramírez 1985: 63).

Sin embargo, en el conjunto de las ciencias y artes del periodo, la historia no tiene la importancia de otros saberes como la medicina, el derecho y la teología. En la taxonomía dominante, la retórica, la lógica, la gramática, la aritmética, la música y la geometría pertenecen al campo de las artes, y la teología, la astronomía, la filosofía, la medicina y la jurisprudencia al de las ciencias. En esa clasificación, el historiador podría emparentarse con la figura del filósofo, jurista o físico en la medida en que se ocupa del estudio de la naturaleza humana y física (Zermeño 2011b). Pero la historia es ante todo un arte. En cambio, la ciencia de la jurisprudencia puede servirse de la historia para fundar y transmitir sus verdades. De ahí que el arte de la historia aparezca en la oratoria cívica y sagrada, y en otros órdenes de la vida práctica, como el jurídico-político. En 1780 Gaspar Melchor de Jovellanos, erudito español bastante reconocido, recomendaba la unión del estudio de la legislación y de la historia en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia:

> Es la historia, según la frase de Cicerón, el mejor testigo de los tiempos pasados, la maestra de la vida, la mensajera de la antigüedad. Entre todas las profesiones a que consagran los hombres sus talentos, apenas hay alguna a quien su estudio no convenga. El estadista, el militar, el eclesiástico pueden sacar de su conocimiento grande enseñanza para el desempeño de sus deberes. Hasta el hombre privado, que no tiene en el orden público más representación que la de un simple ciudadano, puede estudiar en ella sus obligaciones y sus derechos. Y finalmente, no hay miembro alguno en la sociedad política que no pueda sacar de la historia útiles y saludables documentos para seguir constantemente la virtud y huir del vicio (Jovellanos 1976: 73-74).

Pero entre todas las profesiones, el magistrado es quien puede sacar mayor provecho del estudio de la historia. En la historia se conoce mejor a los hombres. La historia es un libro abierto que dicta lecciones al presente: "La ética gradúa las acciones humanas; las matemáticas ayudan a calcular y proceder ordenadamente de unas verdades a otras", pero "la historia, y la historia solamente, le podrá enseñar a conocer los hombres, y a gobernarlos según el dictamen de la razón y los preceptos de las leyes" (Jovellanos 1976: 73-74).

Un año después de la independencia, en 1822, Jovellanos se hace presente en un escrito de Juan María Wenceslao Barquera, *Lecciones de política y derecho público para instrucción del pueblo mexicano,* en el que plantea, precisamente, la cuestión acerca de las relaciones entre el saber histórico y la emergencia de la nueva entidad política. En un presente marcado por el tránsito de un orden de cosas a otro, el autor se pregunta si la historia tiene todavía algo que enseñar. En su respuesta establecerá la fusión entre política e historia que actualiza el axioma de Jovellanos:

> [...] el conocimiento del derecho y la historia son las dos guías sublimes de la política, porque el uno prepara las nociones de lo justo y de lo injusto, y la otra presenta los hechos que deben servir de ejemplo a la conducta de los hombres, pues cuando se trata de establecer una ley, la ciencia del derecho raciocina y desenvuelve los principios, y la historia refiere los hechos que tal vez comprueban la buena práctica de aquéllos. Entonces el político pesa las razones y los ejemplos, examina las ventajas o sus inconvenientes, y se resuelve por fin guiado por la razón, o por los hechos, o por uno y otro, o por ninguno, porque no siempre lo mejor es lo más conveniente en el arte de gobernar (Barquera 1991: 59-60).

La política sería para Barquera la "ciencia de las costumbres de un pueblo considerado en sociedad", requiriendo ese pueblo de los "sabios" para no extraviarse: "El pueblo quiere siempre lo bueno; pero no siempre lo conoce: la voluntad general es bastante recta; pero el juicio que la guía no es siempre ilustrado. Es necesario hacerle ver los objetos como son en sí, y algunas veces como deberán parecerle, indicarle el buen camino que busca" (Barquera 1991: 54-55), y esto es posible por la mediación de la opinión pública, "que es la unión que sostiene los imperios" (Barquera 1991: 135-136). En síntesis: "La nación está obligada a examinar: los sabios, a proponer y discurrir: el monarca a sancionar la opinión pública, o a manifestar las correcciones que deben hacerse a los resultados de las discusiones" (Barquera 1991: 137).

Al mismo tiempo aparece el interés en conservar y preservar la memoria de la nación en ciernes, por lo cual se requiere de personas que ocupen el lugar de los antiguos cronistas del imperio. Este puesto será ocupado por iniciativa propia por Carlos María Bustamente, firmante del Acta de Apatzingán de 1813. Su trabajo ha quedado registrado en su *Diario Histórico de México, 1822-1848*. Bustamante une su deseo de constituirse en el amanuense de la nación con el ser testigo y memorialista de los eventos que le van dando forma. Su obsesión por consignar los hechos, incluidos los cambios del clima, actualiza la vieja máxima renacentista de que no hay historia sin documentos. Pero no cualquier documento es relevante para

la historia. Se debe aprender a discriminar entre la multitud de acciones aquellas que son dignas de recordar para el futuro de la nación y las que no. Se despliegan, así, en su *Diario*, una multitud de piezas documentales en atención a su importancia futura, con lo cual se actualiza un dispositivo propio de la escatología cristiana, pero puesto a funcionar ahora en clave humana o sociológica: el futuro como tribunal supremo de los sucesos humanos. Frente a ese futuro, los políticos, los gobernantes, han de dar prueba de su grandeza o patriotismo, o de lo contrario, de la bajeza. Toda acción humana será valorada, en ese sentido, positiva o negativamente de cara al futuro. Aquí se puede ver ya un pequeño gesto secularizador al separar la historia sagrada y eclesiástica de la historia civil y moral, al distinguir entre la perfección inherente a la primera, por tratarse de Dios, y la imperfección propia de la segunda, por tratarse de la sociedad humana, ésta última siempre perfectible y necesitada de un tribunal para el mejoramiento constante de sí misma. La historia, en ese sentido se puso en marcha en 1821, y se hará entonces su crónica como si se tratara del noticiero de cada día, siempre en suspenso.

El peso de la "historia contemporánea"

En el contexto de la crisis de la monarquía española apareció el neologismo "historia contemporánea" (Zermeño 2011b). Hacia 1812, en las Cortes de Cádiz, se dice que la historia reciente es más sabia en enseñanzas que toda la historia anterior. Esto significa que aquel pasado ha dejado de tener el aura para modelar el presente, transformándose automáticamente en un espacio más apto para el trabajo de los coleccionistas y anticuarios. Por ejemplo, el enviado de una compañía minera desembarcó en el puerto de Alvarado en 1825 pensando en descubrir en la Isla de Sacrificios restos de los sacrificios humanos practicados por los antiguos mexicanos. Pero al excavar en los sepulcros se desilusionó al no encontrar más que puras cenizas, algunas puntas de flecha y una que otra cabecita de barro.[1] La convicción de que la única historia capaz de aportar algo útil al presente es la historia contemporánea se puede encontrar en 1826 en algunas publicaciones liberales como el semanario *El Iris:*

1 "Antigüedad". En: *El Iris,* I, 3, 18 de febrero de 1826, pp. 20-21. (Todas las citas de *El Iris* están tomadas de la edición facsimilar de 1986).

> En la inmensa carrera de vicisitudes que ha corrido el género humano, tal vez no hay época mas fecunda en acontecimientos extraordinarios y lecciones terribles para la posteridad, que la primera cuarta parte del siglo XIX. La historia de este periodo es un compendio de la historia del mundo. Naciones que salen de la nada, otras que desaparecen; ciudadanos que consiguen la corona, coronados que pierden la cabeza; pueblos esclavos que recobran sus derechos, pueblos libres que se dejan cargar de cadenas, [...].[2]

En el mismo semanario se vislumbra también la aparición de la historia entendida como investigación del pasado, cuya función ya no consiste en "enseñar" sino en ilustrar al entendimiento, haciendo eco de Voltaire: "escribimos para instruirnos y no para enseñar" (Voltaire 2000: 1, 137-138). La historia como un saber progresivo se muestra en el siguiente ejemplo:

> El Sr. Druetti acaba de descubrir los papiros que se hallaban dentro de un vaso de tierra bien cerrado sobre la tumba enterrada en la arena, cerca de las pirámides de Saccara en Egipto. Están escritos en carácter *Neskito*, cuya invención se atribuía a Ebn Molka; pero por la fecha que traen, anterior a su nacimiento, ya no se le puede conceder este honor.[3]

Críticos de la restauración de la monarquía en Europa, Linatti, Galli y Heredia, redactores de *El Iris*, alertan a los americanos recién independizados de la inmensa importancia de la "historia contemporánea": "¡Ay de la América si no aprovecha el estudio de la *historia contemporánea*!".[4] Sin embargo, la aparición de este neologismo en el vocabulario de la década de 1820 no suprime del todo el axioma clásico ciceroniano de la *Historia magistra vitae,* aunque sí deja ver que mientras el futuro se ha ensanchado, el pasado tiende a estrecharse como depósito de experiencias útiles para el presente. Al surgir una nueva nación ("y sobre todo si fue colonia"), la lección más importante "es que mientras más se aparte del estado de cosas, de las ideas, de las circunstancias que obraban bajo la antigua dominación, más alejará la posibilidad de su vuelta y dará fundamentos más sólidos a su independencia".[5]

Alejarse del pasado; pero la consigna se extiende también a los usos de la lengua, con lo cual se sugiere también la revisión de las formas de narrar la historia: "el hombre libre debe hablar como libre. La lengua castellana

2 "Historia contemporánea". En: *El Iris*, I, 5, 4 de marzo de 1826, p. 39.
3 "Variedades". En: *El Iris*, I, 4, 25 de febrero de 1826, p. 31.
4 "Historia contemporánea". En: *El Iris* I, 5, 4 de marzo de 1826, p. 42.
5 "Regeneración Mexicana". En: *El Iris* I, 9, 1 de abril de 1826, p. 83.

poco se conforma con el estilo republicano".[6] Se recomienda acudir a la lengua de los ilustrados: "Mexicanos: reformad vuestro estilo; id a las fuentes de la verdadera elocuencia. Estudiad en Tucídides, Demóstenes, Hume y Robertson el modo de expresarse de las naciones soberanas. Escribid en castellano, pero que las frases del terror, y los rodeos de la sujeción se destierren de vuestras páginas".[7]

La cuestión del archivo y los orígenes de la nación

Consumada la independencia nuevos órganos de prensa convocan, entre otras cosas, a hacerse de la documentación y memorias que sirvan "para escribir la historia Americana con relación cuando menos a esta provincia y a las tres que tienen limítrofes".[8] Y la historia junto con la política, la teología y la moral son pensadas como ciencias capaces de fundamentar, por ejemplo, el derecho de "Méjico" para independizarse de la monarquía española.[9]

> Estudiar esas y otras preciosidades de cada país: observar los usos y aplicaciones que de ellas pueden hacerse a beneficio de la sociedad: reducirlas a un cuerpo de historia para que todos las sepan, y puedan aprovecharse de ellas, es lo que acredita a una nación ilustrada, industriosa y sociable. Cuando las demás naciones civilizadas la reconozcan por tal, en vista de sus literarias producciones, no podrán menos que respetarla, apreciarla, y entablar con ella alianza y negociaciones importantes. Prueba de esto es el aprecio que España y Francia hicieron de un sabio americano [...] (el P. Alzate).[10]

El nuevo gobierno, al asumir la administración pública, se encontró también con los papeles del archivo colonial, incluidas las antigüedades mexicanas, obra de los coleccionistas y viajeros del siglo XVIII. En este caso, la figura de Lucas Alamán (1792-1853) como jefe del despacho de gobernación y relaciones exteriores en 1823 es fundamental. Entre otras medidas (como levantar un censo estadístico de la nación) estableció la creación de un organismo encargado de administrar la memoria nacional, haciendo

6 "Regeneración Mexicana". En: *El Iris* I, 9, 1 de abril de 1826, p. 83.
7 "Regeneración Mexicana". En: *El Iris* I, 9, 1 de abril de 1826, pp. 82-84.
8 "Prospecto". En: *El Farol,* 11 de noviembre de 1821, p. 2.
9 *El Farol,* 22 de junio de 1822, p. 13.
10 "Discurso contra la licencia del estilo, funesto abuso de la libertad de Imprenta". En: *El Farol,* 30 de diciembre de 1821, p. 92.

referencia a los archivos administrativos del régimen virreinal colapsado y a la conveniencia de crear un "archivo general" para uso del público. Asimismo estableció la distinción entre el archivo "vivo" y el "muerto", o conjunto de piezas y objetos curiosos coleccionados durante el virreinato (Alamán 1823: 22). Se trataba de piezas que ya no cumplían una función en el presente y, no obstante, podían ser sometidas al examen de los especialistas por su carácter "extraño". De ahí la determinación de encontrarles un lugar adecuado para su exhibición y examen "sin trabas ni dificultades" en beneficio "de la nación" y de los interesados en general (Alamán 1823: 22-23).

A diferencia de lo que suele pensarse (Florescano 2002: 353), se muestra primeramente el interés por el estudio acerca del origen del hombre americano y las culturas precolombinas y sólo después por el del virreinato. A partir de 1821 domina, por un lado, la historia antigua y, en ella, obras como *La historia antigua de México* (1780) del jesuita exiliado en Italia Francisco Javier Clavijero, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional* (Madrid, 1746) de Lorenzo Boturini Benaduci (1698-1755) o *Las cartas americanas* (1780) de Juan Rinaldo conde de Carli serán una referencia constante. Por otro lado, se desarrolla la historia del tiempo presente preocupada en establecer el significado y curso del proceso de independencia. Ejemplos son *México y sus revoluciones* (1836) de José María Luis Mora (1794-1850), *Cuadro histórico de la revolución mexicana comenzada el 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla* (1843) de Carlos María Bustamante (1774-1848), *Mañanas de la Alameda de México publicadas para facilitar a las señoritas el estudio de la historia de su país* (1835) y *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* (1831; 1845^2) de Lorenzo de Zavala (1788-1836).

En cierto modo la iniciativa de Alamán daba continuidad a una práctica establecida anteriormente por el Consejo de Indias (Ayala 1990: 127-131). La diferencia radicaba en hacerlo a nombre de la nación mexicana. Ahora bien, la política de estado (que implicaba la obligación de los estados de la federación de informar sobre la población para la elaboración confiable de censos y tablas estadísticas) debía basarse en la ciencia, entendida como aquel saber sustentado, no en especulaciones o conjeturas, sino en inferencias probadas (Alamán 1823: 39 y 54).

Escribir la historia de la nación: formación de las primeras sociedades científicas y literarias

El 18 de abril de 1825 Juan José Espinosa de los Monteros presentó ante el Congreso el proyecto de Reglamento de un Instituto de Ciencias y Artes cuyo objeto era la promoción y perfeccionamiento de esas materias. El instituto se dividía en tres "clases" o campos de estudio y trabajo. El primero pertenecía a las "ciencias matemáticas", el segundo a las "ciencias naturales" y el tercero a la "literatura", entre cuyas secciones estaban la gramática, poesía, elocuencia, historia y "antigüedades especialmente americanas". La historia pertenecía todavía al orden de las letras o las humanidades. Para ser socio de la institución, como antes, se exigía

> ser de notoria probidad y buen nombre, celosos por el bien de la Patria y que al menos los de número gocen de una reputación científica, literaria o artística, bien conocida por su capacidad y constante dedicación, por sus descubrimientos, discursos u otras obras útiles e instructivas, que funden esperanzas de servir eficazmente a los adelantos de la ilustración (Díaz de Ovando/Sánchez Hernández 1994: 114-116).

El reglamento está rubricado el 29 de marzo de 1825 y el presidente de la República, Guadalupe Victoria, aparece como protector de un instituto que elevaría a México "al rango de las primeras ciudades del mundo, y a esta nación afortunada al que tiene tan merecido por los talentos y cultura de sus hijos" (Díaz de Ovando/Sánchez Hernández 1994: 124). Al parecer la iniciativa no prosperaría por carecer de los fondos necesarios y a pesar de reunir a un nutrido grupo de patriotas, políticos y escritores como Lucas Alamán, Andrés Quintana Roo, Jacobo Villaurrutia, José María Tornel, Francisco Sánchez de Tagle, José María Fagoaga y Pablo de la Llave. Contaba en total con 50 socios de número, corresponsales en los estados, y extranjeros como el barón von Humboldt, el general Simón Bolívar y el encargado de asuntos norteamericanos en México, Joel Poinsett, además de socios honorarios, como el vicepresidente Nicolás Bravo, José Manuel Herrera, Lorenzo de Zavala y el general Vicente Guerrero, hacedor junto con Agustín de Iturbide de la independencia en 1821.

Este es el precedente más próximo de la conformación de las sociedades literarias y científicas a partir de 1830. Al mismo tiempo, para apreciar la transformación de la historia de un arte en una ciencia, conviene tener en cuenta la importancia de la estadística o "arte de razonar por medio de las cifras" (Condorcet), como medio para observar la constitución de una

escritura capaz de dar cuenta de todo el territorio de la nación (Mayer Celis 1999: 15 y 22). Este arte proveniente del siglo XVIII se concibe como un saber universal que sobrepasa el color de las banderas políticas. Su atributo principal consiste en la búsqueda, a través de las cifras, de las regularidades del mundo natural y social. Si se aplica a la historia, es posible esperar la domesticación o control de los aspectos contingentes de la naturaleza humana. La estadística, en ese sentido, aparecía como un saber estratégico para el buen gobierno (Hacking 1991, Mayer Celis 2003: 21).

Hacia 1830 aparece la necesidad de redactar "historias" de los estados, del "distrito y territorios de la federación". Esta iniciativa se encuentra en un instructivo para recabar los datos estadísticos del país. El inventario del pasado caído en desuso corre al parejo con el demográfico, recursos naturales, etcétera. En este "instructivo" se establece el orden temporal que debe guiar la recopilación de datos históricos y su narrativa. Se ha de hacer a partir de tres épocas: "la anterior a la conquista", "la del gobierno español" y "la de la independencia",

> manifestándose por sus fechas respectivas y circunstancias dignas de notarse los descubrimientos de los terrenos que sucesivamente se fueron haciendo, el establecimiento y reformas posteriores en la administración civil y eclesiástica, y en los diversos ramos de civilización y prosperidad, y los principales sucesos acaecidos hasta hoy, con particularidad los de la tercera de las tres épocas mencionadas, esperando los individuos que hayan obtenido celebridad en ella por su beneficencia pública, buen gobierno, literatura, brillantez de sus armas, o por cualquier otro aspecto, y los lugares famosos por las acciones de guerra, pronunciamientos y demás ocurrencias notables.[11]

A su vez, José María Gutiérrez de Estrada, ministro del interior y exterior en 1835, manifiesta su interés en promover la circulación de publicaciones periódicas y la formación de sociedades científicas y literarias, a fin de que se difundan las cosas notables que hay en México en cuanto a su historia, costumbres, su desarrollo en las ciencias naturales y exactas y demás artes, como el militar, la agricultura y las bellas artes. Sobre todo interesa dar a conocer al mundo los "adelantamientos" de México, pero sin ocultar sus problemas. Confía en que con la divulgación de sus "luces" se disipen las sombras producto del influjo nefasto del "atraso" en el que se encuentra

11 Ortiz de la Torre, Manuel (1833): "Instrucción sobre los datos o noticias que se necesitan para la formación de la estadística de la república conforme a la obligación 8ª del artículo 161 de la constitución federal y a la atribución 2ª del artículo 2º de la ley de 30 de septiembre de 1831". Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca Nacional de México, Fondo José María Lafragua.

el país. En cuanto a la conservación y cuidado de las ruinas, códices, manuscritos y restos de la antigüedad mexicana sería "vergonzoso", señala, no continuar con trabajos como los de Guillermo Dupaix realizados en 1806. Sería "vergonzoso" dejar en la oscuridad "la historia de los primeros tiempos de la Nación, y los usos, costumbres y gobierno de nuestros antepasados. Pero nuestras fatales discordias, así como han impedido los progresos de nuestra industria, han paralizado las mejoras" (Gutiérrez de Estrada 1835: 41). Reconoce empero que su investigación está llena de dificultades, pues se trata de objetos que "manifiestan un gusto muy estraño y singular" (Gutiérrez de Estrada 1835: 42) que recuerdan a los egipcios.

Así, por circulares de la Secretaría de Relaciones ese mismo año de 1835 se crearon la Academia de la Lengua (22 de marzo) y la Academia Nacional de Historia (23 de marzo). Entre las tareas de la Academia de la Lengua estaba el cuidar y conservar la pureza de la lengua, promover la edición de los clásicos, formar el *Diccionario de las voces hispano-mexicanas*, además de

> la formación del Atlas etnográfico de la República en la parte perteneciente a idiomas. Censurar el lenguaje y estilo de todas las obras que pasen a su censura el Gobierno, los cuerpos científicos o los mismos autores. Y finalmente establecer premios anuales de elocuencia y poesía. De este modo cree el Gobierno que podrá contenerse la lastimosa decadencia en que se halla nuestra lengua y que han ocasionado tanto la falta de educación general, como el abuso que se ha hecho de las malas traducciones de que ha inundado a la República la codicia de los libreros extranjeros (cit. según Dublán/Lozano 1876: III, 35).

En su discurso de 1835, Gutiérrez Estrada alude al programa que deben desarrollar las diferentes academias de la lengua, historia y bellas artes, consistente en:

> […] ilustrar la historia de nuestra Nación, purgándola de los errores y fábulas de que tanto adolece las que se han escrito hasta ahora, aclarando las contradicciones que en ellas se encuentran a cada paso, comparando los datos acerca de los hechos que se refieran de distinto modo, distinguiendo en cada uno la mayor o menor probabilidad, y poniendo en claro los acaecimientos más notables, sus efectos, su influjo en el estado moral y físico de la Nación, y sus conexiones con los demás del mismo continente y de otras partes del mundo.
>
> La obscuridad de los tiempos y de los sucesos anteriores a la conquista, hace más indispensable un estudio profundo de los pocos medios que nos restan para averiguarlos y darles mayor claridad y certeza que la que hasta aquí se ha conseguido. La historia posterior a la conquista se reduce únicamente a la nomenclatura de los Virreyes que gobernaron la Nueva España; y

> nadie ha escrito la de los tres siglos de la dominación española, que era la mas importante y útil para nosotros. Los acontecimientos que ocurrieron en esta época han quedado sepultados en los archivos o en las crónicas de las órdenes religiosas, y sin embargo, era muy conveniente saberlos, tener noticia de la legislación, de los usos y costumbres introducidas entre nosotros, del sistema adoptado por el Gobierno de España para la Administración de las Indias, de las variaciones que ha tenido, de sus causas y motivos, y de las consecuencias que produjeron, para que, a la luz de lo pasado, hubiéramos podido guiarnos y marchar con alguna mayor seguridad en nuestra nueva carrera.
>
> A estas razones de necesidad y conveniencia, deben añadirse las del lustre y honor que resultarán a la República de que se escriba su historia, y se saquen del olvido los hechos de nuestros antepasados, refiriéndose con verdad, cuál fue la suerte que tuvieron, sus padecimientos, o la quietud y seguridad de que gozaron; y las causas que influyeron en su atraso o adelantamientos. Los demás puntos que debe abrazar la historia darán a conocer las producciones de nuestro país, su población, su riqueza, el carácter de sus habitantes, los establecimientos que posee, el estado de su ilustración de su industria, y la prosperidad y el engrandecimiento a que es llamado por la providencia entre los demás de este continente.
>
> Deseoso el Gobierno de elevar este monumento de gloria en nuestra patria, con el objeto de que se reúnan desde luego los materiales necesarios para su construcción, ha excitado el zelo y patriotismo de varias personas recomendables por su saber, talentos y dedicación al estudio de nuestras antigüedades, eligiéndolas para formar con ellas una Academia nacional de historia, que tenga por instituto la adquisición de materiales históricos, especialmente los documentos originales, obras inéditas, y de cuanto exista en los archivos públicos y bibliotecas particulares.
>
> El Gobierno se lisonjea de que prosperarán pronto los trabajos de la Academia, y que sus individuos justificarán la confianza que ha depositado en ellos, y la buena reputación de que disfrutan (Gutiérrez de Estrada 1835: 45-46).

En efecto, aquí aparece el patrocinio de otro político conservador, José Gómez de la Cortina, figura importante para comprender la manera como se da la conjunción entre la ciencia de la historia y la nación. El conde de la Cortina, como se le conoce, fue un funcionario público –gobernador del Distrito Federal entre 1835 y 1836, ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda entre 1837 y 1838–, un empresario ligado al ramo de los ferrocarriles y, finalmente, también un individuo interesado en la ciencia y la cultura. El conde de la Cortina y general del ejército fue miembro de las Academias Españolas de la Lengua y de la Historia y fundador en 1833 del Instituto de Geografía y Estadística con sede en su domicilio privado.

Ese año, Manuel Ortiz de la Torre estableció por primera vez las normas para descubrir por medio de la estadística las características del "mexicano medio" (Almonte 1852: 588-591). Dos años después, en enero de 1835, el Instituto de Geografía y Estadística fue reconocido oficialmente por el Gobierno. En 1839 el instituto asumió la forma de Comisión de Estadística Militar debido al interés expreso del Ministerio de la Guerra, y sólo a partir de 1850 se le conocerá como Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

El conde de la Cortina coincidía con Lucas Alamán en que por medio de la estadística se lograría tener un mejor gobierno al descubrir las leyes o constantes en el funcionamiento del mundo social (Mayer Celis 2003: 42 y 56; Rivera Cortés 2000): "Ciencia es el conocimiento claro y cierto de alguna cosa, fundado en principios evidentes por sí mismos, o en demostraciones. Es el resultado de la comparación que hace el entendimiento humano de todas las nociones que adquiere, reduciéndolas a principios o reglas constantes" (Mayer Celis 2003: 22). No es casual que la primera referencia conceptual a la "ciencia de la historia" se encuentre en la *Revista Mexicana* suscrita por el mismo José Gómez de la Cortina, al felicitar a los editores por "fomentar la ciencia de la historia en beneficio de nuestra patria".[12] Después aparecerá la noción vinculada a la investigación de las antigüedades que van emergiendo del subsuelo de la ciudad, como cuando alguien relata que al doblar una esquina (del Indio Triste y Santa Teresa), en un lugar donde arreglaban "la banqueta", se encontró con "una gran piedra que, aunque rota, presenta todas las señales de un monumento de la antigüedad"; y sería una pena "que quedara en el abandono" […]; "la falta de un solo monumento de esa clase puede trastornar completamente la ciencia de la historia de nuestros mayores".[13]

Este hecho podríamos relacionarlo con la reedición realizada por Carlos María Bustamante, siendo diputado al Congreso General Mexicano en 1832, de la obra de Antonio de León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del empedrado que se esta formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*, obra en la que se explica "el sistema de los calendarios de los indios, el método que tenían de dividir el tiempo y la corrección que hacían de él para igualar el año civil [...] con el año solar trópico" (León y Gama 1990: subtítulo). Los objetos se colocaron en el patio de la universidad y fueron objetos de cu-

12 "Contestación". En: *Revista Mexicana*, 1 de enero de 1835, p. 615.
13 *El Cosmopolita,* 31 de mayo de 1843, p. 4.

riosidad para luego ser sepultados nuevamente debido a ser contemplados por los indios como motivo de idolatría. A su paso por México en 1803, Humboldt de hecho había conseguido que las piezas fueran desenterradas para su examen o estudio, pero al regresar a su patria, habían sido enterradas de nuevo, hasta su exhumación ya en el periodo nacional.

La creación de las Academias Nacionales de Historia y de la Lengua en 1835 anuncia entonces el programa para desarrollar sistemáticamente un lenguaje histórico depurado y exacto para dar cuenta del origen y la evolución de la nación mexicana. Gómez de la Cortina encabezó entonces a un grupo de cerca de 30 personalidades de la política y la cultura que participarían en la edición de revistas y periódicos y en la formación de liceos y academias. Con tal fin deberían reunirse "todos los documentos originales, obras inéditas, y las que se hayan publicado hasta aquí relativas a la historia de México" (Dublán/Lozano 1876: III, 36-37). Esta sociedad de "ilustrados" compuesta por gente como Bustamante, Alamán, Mora, José Gómez de la Cortina, Lorenzo Zavala, José María Tornel, Agustín Torres Torija, José María Heredia, Francisco Sánchez de Tagle, Rafael Olaguibel, Isidro Rafael Gondra y Joaquín Pesado, se atribuirá asimismo la función de censurar el lenguaje y estilo de todas las obras, las del gobierno como las de los cuerpos científicos y escritores en general. Así, desde el gobierno, se instituye el derecho a la crítica ajustada a las necesidades de la nación en proceso (Ruiz Castañeda 1974; Cifuentes 2001; Mayer Celis 2003; Dublán/Lozano 1876: 35-36).

El interés de Gómez de la Cortina en la historia data como el de Alamán de la década de 1820. En 1829 ya había publicado una *Cartilla historial o método para estudiar la historia* (1840) dedicada a los alumnos del Colegio Militar (Roldán Vera 1995: 18). Ahí planteó convertir la historia en una ciencia similar a la astronomía, de carácter predictivo, con la capacidad para revelar el sentido y dirección de los hechos futuros (Mayer Celis 2003: 119). En 1844 participó en una polémica con José María Lacunza (1809-1869) sobre la necesidad de renovar los planes de estudio en las humanidades (Vázquez de Knaught 1975: 46-47). De ahí se derivó el nombramiento de Lacunza como primer catedrático de historia. En el debate aparecieron principalmente dos temas de interés: la actualización de los métodos de enseñanza y de la escritura de la historia. Se trataba de hacer de la historia una ciencia explicativa del pasado, y no como pretendía Bustamante, hacer sólo una crónica de los sucesos del día (Lacunza/Gómez

de la Cortina 1992). Esta pretensión implicaba modificar la sintaxis y la gramática de la historia.

En 1844 se publicó en el periódico *El Siglo Diez y Nueve* una carta dirigida a los editores del diario y firmada por José Gómez de la Cortina sobre el "Estudio de la Historia", donde planteaba expresamente el estudio de la historia entendido como una labor patriótica y la necesidad de tener un "método" de a "de veras" para estudiar "la ciencia de la historia", idea inspirada en lo que ya se hacía en países como Inglaterra, Francia y Alemania. Insistía en la idea de un "método", necesario para "un pueblo nuevo", para tener los "medios" de estudiar, una "guía que los dirija con acierto en sus estudios".[14]

La historia como filosofía de la historia

Hasta aquí parecería que la necesidad de una nueva historia con bases científico-explicativas obedece a la necesidad de responder a un futuro incierto, un futuro que ya no se modela a partir de la imitación del pasado. La búsqueda de los orígenes de la nación en el pasado es una manera de responder a esta nueva incertidumbre. Esta nueva historia se aleja por ello de la historia del humanismo renacentista como del historicismo fundado en las verdades de la historia cristiana de la salvación. La historia se cobija en ese sentido en un modelo de ciencia.

En este trance, la historia natural, sustento de la física, cumplirá un papel primordial, entendida la física como la capacidad para examinar el curso de la naturaleza regida por leyes y principios objetivos. Esta capacidad desarrollada entre los naturalistas será luego traspasada a la observación de la naturaleza humana, una naturaleza no innata ni inmutable, sino perfectible. Esta transposición de un ámbito a otro abre la posibilidad de la formación de una historia sin más o "historia general" (Voltaire), cuyo fundamento deja de ser externo al mismo devenir histórico. La historia aparece entonces como un proceso autorregulado y por tanto capaz de comprenderse a partir de sí mismo.

La incorporación de la noción secularizada de progreso a la historia implica la conversión de la historia moral tradicional en una historia natural regulada por leyes. Estas consideraciones se pueden encontrar, por

14 *El Siglo Diez y Nueve*, 8 de febrero de 1844, pp. 3-4.

ejemplo, cuando el 2 de abril de 1826 en el salón de actos de la universidad se inauguró el "Instituto nacional", ocasión para que Andrés Quintana Roo pronunciara un discurso en el que "presentó un cuadro filosófico de la historia, progresos y vicisitudes del saber humano, concluyendo con analizar el estado actual de las luces europeas y los motivos poderosos que deben realzarlas en América".[15] Se advierte ya en ese cuadro histórico originado en la filosofía de la historia de las Luces que México parte con desventaja con respecto a los países ilustrados. La nota es realizada por José María Heredia, quien participó en el evento junto con Wenceslao Barquera y Protasio Tagle.

Entre 1826 y 1836 se consagra el neologismo *historia contemporánea*, al tiempo que se ponen las bases del desarrollo de un relato filosófico de la historia, un relato que dé cuenta no sólo del pasado sino también del futuro de la nación. Se trata del primer relato teleológico de la historia de México, obra del liberal José María Luis Mora. El hombre, como género humano, aparece dueño y esclavo a la vez de un destino prefijado, no inspirado en el providencialismo cristiano, sino alentado por un futuro promisorio de felicidad. Mora maneja un concepto de historia en buena medida ya presente en el discurso de la economía política del viajero científico alemán Alexander von Humboldt (Mora 1977: I, 470-471; Humboldt 1827). No aparece la fórmula piadosa de la historia como maestra de los tiempos, debido a que en su diagnóstico final prevalece la noción de crisis o estado transitorio: el pasado es irreversible, no se puede volver atrás, ni tampoco se tiene la certidumbre de lo que va a pasar. Es la formulación más próxima a un debilitamiento del concepto clásico de la historia. De hecho, lo que distingue el discurso de la historia de Bustamante del de Mora es, como escribe éste, el principio o hebra que anuda al conjunto de hechos, "única garantía de la verdad". Por eso, a su juicio, la historia de Bustamante es una historia miope, contradictoria, mezcla de verdades y de fábulas "insulsas e inconducentes" (Mora 1977: III, 9; II, 12). La aparición de *México y sus revoluciones* de Mora coincidió con el establecimiento de la Academia Nacional de la Historia y de la Lengua el 23 de marzo de 1835.

15 José María Heredia: "Instituto". En: *El Iris* I, 10, 8 de abril de 1826, p. 97.

Ciencia y verdad de la historia en el marco de la guerra con los Estados Unidos

Al remitirle sus dos primeros libros del *Cuadro Histórico de la Revolución*, el historiador Carlos M. Bustamante le escribió a Simón Bolívar, libertador de Perú, el 2 de febrero de 1825. Ahí se autodescribe como el nuevo Bernal Díaz: están escritos "en verdad, y a presencia de testigos y personas suncrónas [sic] de la revolución; creo que soy el Bernal Díaz de estos tiempos, soldado sincero que escribió lo que vio sin alivio" (Bustamante 1982: III, 1). Con ello Bustamante cree legitimar su oficio acudiendo a un criterio antiguo para fundar su nueva historia. Esta no es la principal razón que separaría a Lucas Alamán de Bustamante. Alamán pertenece a otra generación, más afín a los postulados de Humboldt. De lo que se trataba en la historia era de ser, dentro de lo posible, lo más fiel a la descripción de los hechos tal como habían sucedido. La exposición de la "verdad pura" era no sólo "un deber del escritor, sino también el único medio de honrar la memoria del Lic. Bustamante vindicándolo de las inculpaciones que durante su vida se le ha hecho [...]" (Alamán 2000: 244).

Además de criticar el lenguaje impreciso y afectado utilizado por Bustamante en su *Cuadro histórico*, Alamán subraya que no había pretendido escribir una historia, sino tan sólo "reunir los materiales para ella" (Alamán 2000: 257). Finalmente, critica la inexactitud en la presentación de los hechos y la infidelidad en el uso de las fuentes, ya que incluso "los originales han padecido notables alteraciones" (Alamán 2000: 263). En suma, Bustamante pertenecía a la vieja escuela de historia que todavía tenía a Plinio y Tito Livio como sus modelos. En cuanto a su noción de verdad histórica, su referente seguía siendo Cervantes. En 1842 suscribió lo dicho por Cervantes en *El Quijote*:

> Deben ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, ni el rencor, ni la afición no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir (Bustamante 1842: 137).

En cambio, al escribir la *Historia de Méjico* en 1849, bajo el impacto de la derrota militar de México frente a los Estados Unidos, Alamán estableció una noción de verdad como condición de posibilidad de redención futura. Además de considerarse testigo ocular de los hechos de la independencia de México, su intención no ha sido más que la de "presentar los hechos

con verdad y exactitud" (Valadés 1987: 467). Estaba convencido de que no había otra manera para progresar más que con el desarrollo de una cultura histórica objetiva (Valadés 1987: 472-483). Este enunciado no sería exclusivo de Alamán. Se puede encontrar también en obras de principios del siglo xx. Por ejemplo, en Genaro García quien en 1901 suscribe:

> Podemos decir consiguientemente que llena su cometido el historiador que se concreta a exponer los hechos pasados tales como sucedieron en su encadenamiento natural, sin preocuparse de ser grato u oportuno, retórico o moralista, ni de ninguna otra cosa [...] que los hechos sean bellos o feos, poco le importa dice Taine; no tiene por deber ni por deseo sino suprimir la distancia de los tiempos, poner al lector frente a frente de los objetos, hacerle conciudadano de las personas que describe y contemporáneo de los acontecimientos que refiere [...] La buena crítica debe exigir a un historiador que no falsee los sucesos, no desfigure [sic] a los hombres, ni omitan circunstancias necesarias para que el leyente forme juicio cabal; en una palabra, que sea exacto, y para garantía de esto que documente paso a paso toda su obra. No quedando bajo la inspección inmediata del historiador los antiguos hechos, no logrará conocerlos sino por las huellas que ya han dejado, o sean los documentos (García citado según Fernández Castro 2000: 119-120).

La Historia de Méjico de Alamán (1849-1852) fue el primer relato que buscó dar cuenta de la nación como totalidad. Fue él además el primer historiador que estableció el vínculo entre historia patria e historia nacional. Poco después apareció el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía* de 1853-1856 motivado también por un sentimiento de humillación: desde sus primeras páginas se recuerda la derrota y las pérdidas territoriales frente a los Estados Unidos. El diccionario se inspiró en otro de origen español de 1846-1848, dirigido por Francisco de Paula Mellado, quien a su vez había tomado como modelo la versión francesa de Marie Nicolas Bouillet, el *Dictionnaire Universel d'Histoire et de Géographie* de 1842 (Pi-Suñer Llorens 2001: 409-418). El diccionario fue elaborado por el grupo formado en la década de 1830, al cual se sumaron otros jóvenes como Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta, este último traductor de la obra de William Prescott sobre la conquista de Perú. En la lista de colaboradores de los 10 volúmenes aparecen como autores, políticos, empresarios, funcionarios públicos, gentes civiles y de iglesia (Valadés 1987: 472-483).

De ahí la necesidad de elevar el espíritu patriótico mediante el inventario histórico y territorial del país. La historia adquiere una función análoga a la de los geógrafos y estadistas en cuanto a establecer las medidas de la nación y así disponer de mejores bases para futuros conflictos:

> Cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes y gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar, merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo (Alamán et al. 1853-1856: I, IV).

La producción de estos libros deja ver que así como se requieren geógrafos para delimitar el territorio y las riquezas naturales y estadísticos encargados de inventariar y calcular el material humano y moral de la nación, hacen falta historiadores que regresen el pasado al presente para saber qué es un mexicano, qué se puede esperar de un mexicano. Estos individuos han de ordenar, clasificar y reseñar las antigüedades mexicanas y novohispanas para conformar una memoria exacta de la nación. Así, situado en los linderos de "lo nacional", la novedad de este programa radica en el propósito de fijar los hechos históricos y desarrollar una narrativa capaz de inscribir la historia mexicana en la historia de la humanidad (Alamán et. al. 1853-1856: I, 1).

Liberalismo, positivismo y sustancialización de la historia

El triunfo político militar del partido liberal durante las guerras de reforma (1857-1867) puso las bases para el desarrollo de una versión liberal como contrapuesta a una versión conservadora de la historia de México: la historia de México de Alamán versus la "historia liberal" culminada en la *Evolución Política del Pueblo Mexicano* de Justo Sierra de 1902. Sin embargo, pese a sus diferencias ideológico-políticas ambos grupos compartirán un tipo de reglas o procedimientos aceptados como "científicos"; ambos compartirán además la idea de la historia como tribunal de justicia y las formas narrativo-literarias de corte dramático.

Los criterios para fijar los hechos históricos fueron desarrollados por una generación más joven que la de Alamán. Joaquín García Icazbalceta nace y crece en el mismo proceso de gestación de la nación. El ser parte del colectivo que da forma al *Diccionario* con pretensiones de universalidad enfrenta el problema de cómo producir un tipo de escritura que no dependa de las condiciones regionales, lingüísticas o etnográficas de los grupos y comunidades que componen la nación. Esta condición solamente se

cumple si los juicios emitidos consiguen ser la expresión no de un individuo particular ni tratarse de un caso aislado o meramente conjetural. Hace falta que se desarrolle un "sujeto trascendental", árbitro imparcial, no partidista, de los hechos históricos. En forma análoga a la obra de agrimensura y delimitación territorial de los ingenieros y geógrafos, la obra de la historia ha de ser capaz de tomarle las medidas exactas al ser de la nación.

Se adivina que la forma que ha de asumir esta clase de escritura se debe asemejar al lenguaje de los juzgados republicanos también en gestación durante la década de 1850. El historiador del periodo "positivista" Francisco Bulnes es un buen ejemplo de la nueva forma republicana de historiar:

> Pero la historia no es ni puede ser generosa, sino justiciera; la clemencia le está prohibida; su tarea no es de hacer desaparecer a los hombres en el sepulcro sin epitafio, sino desenterrar, investigar, escudriñar, procesar, agobiar, abrumar, remoler a los hombres, tamizarlos entre las mallas de una crítica sin piedad, sin límite, sin vacilaciones, sin más temor que el de no haber descubierto lo bastante para formar la lección que debe servir a los hombres del presente para preparar su porvenir. La historia es una ciencia tan recta como las matemáticas y en donde la humanidad debe leer claramente su destino escrito de preferencia con los errores de su pasado (Bulnes 1904: 870).

La forma del juzgado civil nos ilustra sobre la doble función que jugará la producción histórica después de 1850. Al tiempo que se imparte justicia sobre el pasado se promueve la formación del ciudadano universal mexicano. En consecuencia, la investigación y escrituración del pasado deberán proporcionar igualmente la ilustración para comportarse adecuadamente en el presente y anticipar el futuro, para impartir lecciones al presente y evitar males futuros. Por ejemplo, José Rosas en su compendio de historia dirigido al sector infantil escribe que la historia es la sincera y fiel narración verdadera del pasado, escarmiento y gloria del hombre, maestra y buen testigo, espejo del alma humana, premia el bien, castiga el mal, arroja luz sobre el pasado, y al futuro le muestra su paso, al llegar al ocaso, la luz se prende en otro hemisferio (Rosas 1877: III s.).

En lo expuesto se alcanza a advertir una paradoja: la historia regulada por los criterios científicos deberá cumplir tareas análogas a las que cumplía la historia en el periodo prenacional, es decir, la de ser maestra para la vida. Al tiempo que instruye sobre la naturaleza del pasado, ha de promover en el aprendiz nuevos hábitos de pensamiento y razonamiento. Así, la historia enmarcada por la búsqueda de "regularidades" acaba adquiriendo en el periodo nacional una función educativa moralizadora. Al seguir los lineamientos impuestos en los jurados republicanos la historia se constitu-

ye también en un espacio orientado a inculcar en el pueblo un espíritu de justicia universal. Ese espacio –en palabras de uno de sus voceros– materializa "a los ojos del vulgo la idea de responsabilidad de la conducta humana; obliga a todos a sentir solidaridad para la protección mutua; constituye una cátedra de moral social que se levanta en comarcas a donde no llegan sino tenues rayos de civilización" (Ramos Pedrueza 1922: 121).

En relación con la contribución específica del partido liberal en la construcción del discurso histórico nacional se considera la alocución pronunciada por Gabino Barreda el 16 de septiembre de 1867 como el inicio del proyecto estatal positivista en materia de ciencia, instrucción pública y educación (Zea 1975: 105-147). Sin embargo, al revisar su "oración cívica" se podrá ver que no hace sino reiterar y enfatizar principios de la ciencia moderna esgrimidos anteriormente por el conde de la Cortina, sintetizados en las nociones de regularidad, evolución, progreso y finalidad. Quizás la novedad del discurso de Barreda radica más bien en la importancia dada al aspecto "filosófico normativo" de la nueva escritura de la historia (Roldán Vera 1995: 26-27; Kolakowsy 1993). El ministro de Instrucción Pública del presidente Juárez aparece entonces como su artífice y orquestador. Se advierte también que su discurso, a diferencia del conservador, no está marcado por la melancolía sino por el optimismo producido por el triunfo militar ante las tropas del ejército de Maximiliano de Habsburgo (1862-1867). En ese sentido, el predominio cultural resultado de un triunfo militar puede dotar a la escritura de la historia de un mayor grado de chovinismo y de reforzamiento del sentimiento de grandeza nacional y eternidad. La historiografía liberal da continuidad al modelo "conservador", pero lo hace intentando borrar sus huellas al situarlo del lado de los vencidos. Un ejemplo de esta "depuración" es la obra del presbítero Agustín Rivera, quien inspirado en las reglas de la "crítica" de Jaime Balmes escribió una "biografía y juicio crítico de don Lucas Alamán como político y como historiador" (Rivera 1922: 239-284). El modelo liberal consiguió convertirse en el modelo hegemónico de interpretación histórica. Un modelo de ciencia histórica de cuño positivo, es decir, un saber dependiente de leyes y que mantiene su fe en la unidad del método científico, iniciado con la reforma y desaparición de la antigua universidad en 1856 y el ascenso al poder académico de los positivistas (Pi-Suñer Llorens 1996; Zermeño 2009).

No se trata de enunciados aislados sino de la formación de un consenso alrededor de la forma de proceder frente al pasado. En una de las primeras síntesis "teóricas" sobre el modo de escribir este tipo de historia

de 1867, el mismo año en que Barreda pronunciaba su discurso, se encuentra una definición de la historia en la que se mezclan las enseñanzas de las autoridades clásicas y modernas (Mably, Chateaubriand, Lamartine) y otros autores franceses menos conocidos. Entre sus rasgos sobresalen: a) el establecimiento exacto de los hechos mediante la consulta de las "fuentes más puras" a fin de extraer "la verdad"; b) éstos deben exponerse "en el lenguaje más adecuado, para que puedan llegar a la posteridad sin cambio ni alteración alguna"; c) el discurso del historiador "debe parecerse a un espejo fiel, que reproduce los objetos tales como los recibe, que no los altera ni muda, ni en la forma ni en el color" en referencia a Lamartine; d) el historiador a la manera de un juez "ve, examina y falla" y por esa razón, ejerce una verdadera "magistratura" (Larrainzar 1992: 153). Este programa se puede observar aplicado en la obra cumbre de la historiografía liberal positivista: *México a través de los siglos* (1884-1889) coordinada por el general Vicente Riva Palacio.

Dentro de una concepción evolutiva de la historia, los hechos políticos y militares adquieren una relevancia especial en la medida en que su cometido principal es explicar por qué unos pueblos triunfan y otros fracasan. Esta valoración se encuentra también en historiadores del periodo "conservador" como Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta. En este último, la perspectiva política y militar permite identificar los momentos claves de una historia concebida como cambio y aceleración, aspecto que tiene mayor interés para los lectores de historia (García Icazbalceta 1854: 137). En este sentido, a mayor inestabilidad en el presente se incrementa el interés por el pasado y viceversa, a mayor estabilidad menor atracción por el pasado. Pero el rasgo predominante del giro positivista no se relaciona tanto con la formación de una ciudadanía republicana sino con la sustancialización del discurso histórico:

> Y es porque se realiza en nuestros días una evolución científica: la filosofía metafísica después de haber sustituido a la escuela teológica, cede el campo a la ciencia positiva, en cuyo periodo entra ya resueltamente la humanidad. La historia, que no podía quedar fuera de ese movimiento, toma un nuevo aspecto tomando como segura base no los razonamientos a priori ni los sistemas preconcebidos, no el conocimiento de hechos sin más dependencia entre ellos que la cronológica, sino las relaciones que necesariamente enlazan entre sí a todos esos acontecimientos y que los determinan, que los convierten de cifras aisladas en antecedentes y consiguientes de profundo y exacto raciocinio, en causas y efectos de un gran proceso sociológico [...] Por eso ya en la historia los grandes sucesos no se consideran como el fatal cumplimiento de

> inescrutables designios de la providencia. [...] Los datos para la resolución del problema se buscan en los luminosos archivos de la ciencia [...] (Riva Palacio 1998: 476-477).

La modernidad liberal y su crisis

¿Cómo la modernidad liberal se apropia del pasado y para qué? Generar una identidad que no se tiene, cubrir la orfandad en la que ha quedado el país después de la independencia, servir de ornato y dar brillo a la nación, dar lustre al gobierno ante la mirada extranjera, etcétera. Todas esas respuestas sin duda ofrecen una parte de la verdad. Sin embargo, hay un aspecto que llama poderosamente la atención: el ardor y la pasión por descubrir la verdad del pasado. Dentro de los propósitos del programa liberal se trata de fijar la verdad que se les oculta y se les resiste ante la multiplicidad de objetos antiguos o textos que refieren a otros textos y anales antiguos. Sólo una creencia muy poderosa en la posibilidad de verdad que asocia el progreso a la ciencia parece sostenerla. Se trata de una generación que mira con optimismo el futuro buscando inscribir sus orígenes ya no dentro del relato bíblico sino de la historia natural y cultural: la primera se manifiesta en los restos pétreos y los fósiles, la segunda en los objetos humanos que han ido quedando a la deriva o en las colecciones privadas.

Dentro del rigor en los procedimientos y fe en la ciencia es posible detectar también ahora una cierta poética al transfigurar, re-encantar, dotar de nuevos sentidos a objetos antes dedicados al culto o la conmemoración, al convertirlos en objetos de análisis científico y de arte. Con ello la modernidad liberal escribe su propia historia, instaura su propia genealogía a partir de restos arqueológicos, monumentos y documentos. ¿Cómo los descifra? Una revisión de los *Anales del Museo Nacional* (1877-1910) permite ver el acuerdo consolidado en torno a un método de trabajo que recuerda al de la hermenéutica de las ciencias del lenguaje y de la filología desarrollada desde el siglo XVIII, un método que mediante el arte de la comparación pretende identificar el original y la verdad que los materiales esconden. Los profesores del museo y los analistas que participaron en esa empresa pasan por ser pontífices mediadores entre el pasado y el presente. Lo importante es que el pasado se manifiesta no en forma abstracta, sino en objetos discontinuos, restos, constituidos en sus representantes. Lo primero será recogerlos, clasificarlos, numerarlos, para en seguida restaurarlos, redimirlos en el presente.

Los *Anales del Museo Nacional* y sus comunicaciones dan testimonio del auge del historicismo mexicano cuando se descubrió que los objetos de la naturaleza tenían también una historia, que eran sujetos del análisis histórico. En el momento de la fundación de esta publicación, las ciencias de la naturaleza se encontraban todavía hermanadas con las ciencias de la cultura en torno a los principios de la hermenéutica o arte de descifrar los secretos de los objetos antiguos. Sin embargo ya en la segunda época de la publicación –durante el primer decenio del siglo XX– comienza a advertirse una fisura dentro de esa confraternidad científica. En 1906 la historia natural se disocia de la cultural para seguir cada una por rumbos diversos. Se anuncia en cierto modo, como se ha sugerido, un resquebrajamiento de la filosofía positivista entendida como uno de los intentos de descubrir la unidad que subyace a la diferencia entre naturaleza y cultura.

Esta sensación de "proyecto inacabado" se encuentra incluso en algunos escritos anteriores como *El estudio de la historia* de José María Iglesias, preparado entre 1881 y 1891, en el que el autor suscribe que la historia está todavía lejos de descubrir empíricamente "las leyes particulares" que rigen los acontecimientos humanos, siendo escéptico en cuanto al poder predictivo de la historia, aunque mantiene su fe en su carácter científico (Iglesias 2003: 81). En cierto modo, lo que va quedando del positivismo tiene que ver con el énfasis dado, casi fetichista, al documento como portador de la verdad del pasado, como lo muestra un representante de la nueva generación, Luis González Obregón:

> El libro histórico que no se basa en documentos, podrá ser obra artística por su estilo, modelo de alegatos en pro o en contra de una causa: estudio que revele el talento o ingenio de un autor; pero nunca será historia propiamente dicha, porque la historia persigue ante todo la verdad, y la verdad solo se puede encontrar en los monumentos y manuscritos, en las inscripciones y en los impresos, que los contemporáneos, testigos de los sucesos, dejaron para que la posteridad los juzgase o no perdiese el recuerdo de lo que fueron (González Obregón 1906: V).

Queda claro para 1910 que la historia ha quedado desmembrada de las humanidades clásicas, pero también de las ciencias naturales, y está obligada a preguntarse por sus fundamentos. Ejemplos de ello son los escritos de Rafael García Granados de 1910 "La ciencia moderna de la historia según Lamprecht" y *El concepto científico de la historia*, pero sobre todo la publicación en español de la *Teoría de la historia* de A.D. Xenopol, que en

buena medida puede decirse cierra un ciclo: la desaparición de la retórica o método para componer el texto histórico.

> Nuestro libro tiende en general a probar que la historia es una ciencia en toda la acepción de la palabra, poseyendo los elementos generales de un sistema de verdades clasificables; que no puede formular más que leyes abstractas de manifestaciones de fuerzas que concurren a su formación, pero nunca leyes de manifestación de los fenómenos mismos, que harían posible, como en las ciencias de los hechos de repetición, prever y predecir lo que está oculto en el seno del porvenir; que las leyes abstractas de la sucesión no dan origen más que series de fenómenos o sucesos, siempre únicos y característicos (Xenopol 1911: XV).

En 1910, año del Centenario de la Independencia, se refundó la Universidad Nacional por iniciativa de Justo Sierra y se intensificó el interés del Estado en la administración y organización del subsuelo físico-arqueológico e historiográfico. Esta iniciativa influyó en particular en el proceso creciente de profesionalización de las humanidades y las ciencias sociales. En 1902, por ejemplo, por iniciativa de Nicolás León se fundaron en el Museo Nacional las cátedras de Arqueología, Etnología, Antropología física, Prehistoria general e Historia de México. Estas "cátedras" formarían parte de la Escuela de Altos Estudios en 1913-1914 y, más tarde, de la Universidad Nacional. En la lucha contra el amateurismo de Jesús Galindo y Villa se encuentra el elogio de la escuela histórica alemana representada por Ernst Bernheim (*Lehrbuch der historischen Methode*, 1889), quien consideraba que los factores psicológicos intervenían también en la composición de los testimonios. Este aspecto introdujo algunas dudas acerca de la exactitud pretendida en la historiografía y animaba a acercarse a la imitación de "Alemania y Austria, con sus admirables laboratorios históricos, [...]; Inglaterra les sigue con sus centros de estudio en Oxford; Francia, con su Escuela de Altos de Estudios de París; Italia, con sus focos históricos en Roma y en Turín" (Galindo y Villa 1999: 85).

La segunda época de los *Anales del Museo Nacional* deja ver también la inserción en sus páginas del rescate de las comunidades indígenas "supervivientes" en el presente, matriz de lo que será el "indigenismo revolucionario" de la década de los veinte. En 1909 aparecen los primeros reportajes en vivo y en directo de esas comunidades, dejando ver que no sólo interesan ya las antigüedades sino también las personas vivas para ser sujetadas a nuevos tipos de escrutinio antropológico. Es la fotografía que muestra sus rostros, sus cuerpos, su hábitat la que paulatinamente también sustituirá a la litografía en el arte de presentar los objetos.

A manera de conclusión

Al sumergirnos en el lenguaje del periodo examinado (1821-1910) hemos visto la emergencia de algunos neologismos, como los de *historia contemporánea* y *filosofía de la historia*, así como también la transformación semántica del concepto *ciencia* y su inserción en el proceso de construcción de la nación. Lo más arduo ha sido puntualizar el momento y el modo como se dio el giro científico de la historia, que implica su separación definitiva del mundo de la oralidad y la elocuencia. Porque a partir de la invención política de la nación sus funcionarios han dado continuidad a algunas prácticas del antiguo régimen, como el cuidado y la depuración de los archivos, o la fundación de academias y grupos alrededor de alguna publicación periódica.

Dentro de esas líneas de continuidad se da una suerte de invención de la "Ilustración" a la mexicana, sin la cual no sería posible pensar en la construcción de la nación como algo distinto del régimen político anterior. En ese marco de re-constitución de lo nacional, se inicia un proceso de recuperación selectivo del pasado anterior. Carlos María Bustamante es un buen ejemplo al recuperar, por ejemplo, la obra de jesuitas expulsos, como el caso de Clavijero y otros eruditos como Alzate y León y Gama. Sienta las bases para la construcción de una especie de nacionalismo cultural basado en los jesuitas percibidos como precursores de la nueva patria criolla.

Por eso se ha manejado la hipótesis de que para que la historia se convierta en una ciencia hace falta que se desprenda del mundo de la retórica y de la oralidad, y se inicie un proceso en el que el mundo de los impresos o publicaciones periódicas se constituya en un nuevo o segundo nivel de observación o interacción comunicativa sobre el mundo del presente y del pasado. Esbozos restringidos como los de Alzate y los del *Diario de México* publicado a partir de 1805 pueden ser vistos en parte como experimentos embrionarios de lo que la nueva nación requiere, cifrados alrededor de la importancia de la libertad de imprenta y del apoyo a la impresión y divulgación de la información para la ilustración y mejoramiento del pueblo. Tal hecho tiene que ver con el concepto de opinión publica moderna explicitado por Kant. Y ese momento se da seguramente alrededor de 1830 cuando, debido a la revolución industrial, los medios de impresión tienden a agilizarse y abaratarse, y a generar propiamente un espacio que permita el surgimiento del escritor, del autor, de la historia propiamente dicha, ya no circunscrita exclusivamente al principio del testigo vivencial de lo ocu-

rrido. Solamente así se puede pensar en comenzar a cultivar, además de la historia contemporánea entendida como la historia de las revoluciones que han dado origen a la fundación de la nueva entidad política, la historia del periodo colonial o de los "300 años de opresión". La primera obra de este género es la de Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República mexicana* en tres volúmenes escritos y publicados entre 1844 y 1849.

El vocablo ciencia, como se dijo, precede a la constitución de las naciones modernas, por eso no es fácil hacer su determinación en este lapso. A partir de un análisis semántico se puede advertir que la historia en sentido tradicional comienza a asociarse a la ciencia a partir de 1830, hasta convertirse la historia en una ciencia identificada básicamente con la "filosofía de la historia". Este hecho es significativo en la medida en que se advierte que el código establecido en la poética de Aristóteles (la historia se ocupa de lo particular, mientras la poesía de lo general) se ha trastocado, ha sido invertido. De alguna manera aparece consumado el ocaso de la "cronología" como base del saber histórico tradicional a favor de la interpretación e identificación de las leyes que regulan el acontecer histórico. También con ello se ve el final de la historia natural, a-histórica, a favor de una historia en constante movimiento o evolución. En cierto modo, también, con ello se piensa que el proyecto kantiano formulado filosóficamente se ha consumado, y en ese sentido, la nación moderna liberal republicana se ve a sí misma como culminación y cúspide de la historia entendida como progreso y civilización. Es dentro de ese horizonte que aparecen las tesis de filosofía de la historia de Auguste Comte, y en el caso de México, las tesis expuestas desde 1830 por los escritores liberales como Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora.

Así podríamos pensar que hasta mediados del siglo XIX el saber histórico va quedando incorporado al lenguaje de la ciencia experimental, articulándose como un nuevo saber que requiere por tanto de una nueva clarificación de su metodología y objeto de estudio. Al respecto se puede valorar la polémica entre el conde de la Cortina y José María Lacunza sobre el mejor método para el estudio y la enseñanza de la historia, y poco después, hacia 1870, el escrito de Larrainzar sobre el mejor modo de escribir la historia. Pero en general en las historias que se producen después de 1850, casi todo autor, hasta el final del periodo, se verá obligado a explicitar al principio lo que se puede esperar de la historia, como un saber sobre las leyes que gobiernan el acontecer histórico.

Y no obstante, o quizás por ello, al lado de la expectativa filosófica en la historia que incluye la posibilidad de conocer el pasado para pronosticar o

predecir el futuro, la máxima ciceroniana de la historia como maestra para la vida no deja de hacer su mella. Junto con ello, se mantiene hasta el final del periodo, por lo menos hasta antes de la Revolución Mexicana de 1911, el mandato de una escritura de la historia como un medio para impartir justicia sobre los actos de los individuos, la historia como supremo tribunal de justicia, que lleva consigo también la impronta de moralizar a la sociedad a través de esta clase de discurso que pone en su lugar a los malos y resalta las acciones de los buenos o de los héroes de la patria, para buen ejemplo de la formación de la nueva ciudadanía. Con ello se confunde o se traiciona el modelo de historia del periodo prerrevolucionario o ilustrado francés, bajo el ímpetu de convertir a la historia en una genuina ciencia al modo postulado por Ranke para la escuela histórica alemana: de lo que se trata es de ver, describir las cosas tal como sucedieron, y ya no más de moralizar (Zermeño 2002: 81-82).

Sólo bajo los efectos de la crisis revolucionaria mexicana comienzan a aparecer voces escépticas con respecto a la expectativa de la historia como una ciencia autónoma, separada de las filosofías y de las ideologías políticas (imparcialidad, relatos no partidistas), y no más como un tribunal de justicia. Es el caso de un escrito de Toribio Esquivel Obregón (1919), un abogado en el exilio castigado por el régimen revolucionario, quien desde Nueva York, la Universidad de Columbia, publicó un artículo en inglés en ese sentido.

Hay un aspecto que quisiera recoger finalmente relacionado con la idea de objetividad o verdad/realidad distinta de la "ficción literaria", fabricada hacia mediados de 1850, y que establece la posibilidad de la aparición de la historia como ciencia, separada del canon de verdad que cubre también a la historia de antiguo régimen. A partir de algunos testimonios se tiene la impresión de que eso de verdad real, desnuda, es posible con la incorporación social y científica de la fotografía. La fotografía, o la idea que se tiene de ésta, marca el encuadre para esperar que se desarrolle finalmente una escritura científica del pasado. Esto sólo nos indica que las formas de percepción se van transformando, que va apareciendo una nueva forma de subjetividad que marca los modos y expectativas depositadas en el saber histórico.

Para cerrar, las relaciones entre historia y nación no son continuas. Hay supervivencias del pasado premoderno en lo nuevo –por lo menos hasta mediados de 1850– y solamente con la impostación del liberalismo en la formación del Estado –cuya labor no es exclusiva del partido liberal–

se ve aparecer la condensación de una nueva noción de historia entendida como científica ya separada del canon retórico del periodo premoderno. Es durante ese periodo, la segunda mitad del siglo XIX hasta 1910, que aparecerán las historias generales o propiamente nacionales de México, proyectadas, no obstante, desde el comienzo de la historia de la nueva entidad.

En suma, la aparición de la historia en el siglo XIX corrió paralela al desarrollo de otros saberes, como el de la geografía y la estadística, ocupados en el reconocimiento y transformación del espacio (incluido el cuerpo de los individuos), en tanto la historia se ocuparía del estudio acerca de la transformación de las cosas y objetos físicos y humanos a través del tiempo. Sin dejar de prestar atención a la importancia estratégica de la "nueva ciencia" en el ámbito político y militar, el desarrollo de la historiografía en el siglo XIX se asemejó a los procesos de colonización y conquista mediante la escritura de otros "pasados mexicanos".

Bibliografía

Alamán, Lucas (1823): *Memoria del secretario de estado y del despacho de relaciones exteriores e interiores que presenta al soberano congreso constituyente sobre los negocios a su cargo*, leída en la sesión del 8 de noviembre de 1823. México, D.F.: Imprenta del Gobierno en Palacio.

— (1942 [1849-1852]): *Historia de Méjico*. 3 vols. México, D.F.: Editorial Jus.

— (2000): "Noticias biográficas del Lic. Carlos María Bustamante y juicio crítico de sus obras". En: Alamán, Lucas: *Lucas Alamán. Selección y prólogo Andrés Lira.* México, D.F.: Cal y Arena, pp. 209-265.

Alamán, Lucas et al. (1853-1856): *Diccionario Universal de Historia y de Geografía.* México, D.F.: Tipografía de Rafael/Librería de Andrade.

Almonte, Juan N. (1852): *Guía de forasteros y conocimientos útiles*. México, D.F.: Imprenta Ignacio Cumplido.

Alzate y Ramírez, José Antonio (1985 [1777]): "Introducción a la descripción de Xochicalco 1777". En: Alzate y Ramírez, José Antonio: *Memorias y ensayos.* Edición y estudio introductorio, Roberto Moreno. México, D.F.: UNAM/Biblioteca del estudiante universitario, pp. 63-68.

— (1999 [1768]): *Gacetas de Literatura de México*. 4 vols. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.

Ayala, Manuel Josef de (1990): "Historia". En: Del Vas Mingo, Marta Milagros (ed.): *Diccionario de Gobierno y Legislación de Indias*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, pp. 127-131.

Barquera, Juan María Wenceslao (1991 [1822]): *Lecciones de política y derecho público para instrucción del pueblo mexicano*. México, D.F.: UNAM. Edición Facsimilar.

Bernheim, Ernst (1889): *Lehrbuch der historischen Methode. Mit Nachweis der wichtigsten Quellen und Hülfsmittel zum Studium der Geschichte*. Leipzig: Duncker & Humblot.

Boturini Benaduci, Lorenzo (1746): I*dea de una nueva historia general de la America Septentrional: fundada sobre material copioso ... de autores indios, ultimamente descubiertos*. Madrid: Imprenta de Juan de Zuñiga.

Bouillet, Marie Nicolas (1842): *Dictionnaire universel d'histoire et de géographie*. Paris: L'Hachette.

Bulnes, Francisco (1904): *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*. México, D.F.: Librería de Charles Bouret.

Bustamante, Carlos María (1842): *El Gabinete Mexicano.* México, D.F.: Imprenta de Lara.

— (1982 [1825]): *Diario Histórico de México*. Tomo III, vol. 1. (Edición de Rina Ortiz). México, D.F.: INAH.

— (1985 [1843]): *Cuadro histórico de la revolución mexicana comenzada el 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla.* Edición facsimilar, 8 vols. México, D.F.: Instituto Cultural Helénico.

— (1986 [1835]): *Mañanas de la Alameda de México para facilitar a las señoritas el estudio de la historia de su país*. 2 vols. México, D.F.: Instituto Nacional de Bellas Artes.

— (2001-2003): *Diario Histórico de México (1822-1848).* Ed. por Josefina Z. Vázquez y Héctor C. Hernández. 2 CDs. México, D.F.: CIESAS/El Colegio de México.

Cifuentes, Bárbara (2001): "José Justo Gómez de la Cortina frente a la lengua oficial de México". En: Suárez de la Torre, Laura (ed.): *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860).* México, D.F.: Instituto Mora/UNAM, pp. 373-384.

Clavijero, Francisco Javier (1780): *Storia antica del Messico: cavata da' migliori storici spagnuoli ... divisa in dieci libri, e corredata di carte geografiche, e di varie figure e dissertazioni*. 4 vols. Cesena: Gregorio Biasini.

Díaz de Ovando, Clementina/Sánchez Hernández, Sergio (1994): "Juan José Espinosa de los Monteros". En: *Boletín del Archivo General de la Nación*, cuarta serie, pp. 74-127.

Dublán, Manuel/Lozano, José María (comps.) (1876): *Colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República*. México, D.F.: Imprenta del Comercio a cargo de Dublán y Lozano, hijos.

El Iris (1986): *El Iris. Periódico crítico y literario, por Linati, Galli y Heredia. Tomo I.* Edición facsimilar. Introducción por María del Carmen Ruix Castañeda e índice por Luis Mario Schneider. México, D.F.: UNAM/IIB.

Esquivel Obregón, Toribio (1919): "Factors in the Historical Evolution of Mexico". En: *The Hispanic American Historical Review*, II, 2, pp. 135-172.

Fernández Castro, Roberto (2000): *Tres aproximaciones a la historiografía mexicana de 1940 a 1968.* México, D.F.: Tesis de licenciatura en Historia, UNAM.

Florescano, Enrique (2002): *Historia de las historias de la nación mexicana*. México, D.F.: Taurus.

Galindo y Villa, Jesús (1999 [1916]): "Las nuevas directrices de los estudios históricos. Fragmentos de introducción a unos 'Apuntes de metodología y crítica históricas'".

En: Matute Aguirre, Álvaro (ed.): *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo* XX*. La desintegración del positivismo (1911-1935)*. México, D.F.: UNAM/Fondo de Cultura Económica, pp. 77-94.

García Granados, Rafael (1910): "La ciencia moderna de la historia según Lamprecht". En: *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 5ª época, III, 2, pp. 584-598.

— (1992 [1910]): "El concepto científico de la historia". En: Ortega y Medina, Juan A.: *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*. 2ª edición. México, D.F.: UNAM, pp. 321-370.

García Icazbalceta, Joaquín (1854): "Historiadores de México". En: *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, Tomo IV. México, D.F.: Tipografía de Rafael/Libería de Andrade, pp. 132-138.

Gómez de la Cortina, José (1840): *Cartilla historial, o método para estudiar la historia*. México, D.F.: I. Cumplido.

González Obregón, Luis (1906): "Prólogo". En: Aviranete é Ibargoyen, Eugenio: *Mis memorias íntimas 1825-1829, por D. Eugenio de Aviraneta é Ibargoyen*. México, D.F.: Moderna librería religiosa, pp. I-XX.

Gutiérrez de Estrada, José María (1835): *Memoria de la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores presentada ante el Congreso el 26 y 30 de marzo de 1835*. México, D.F.: Imprenta del Aguila.

Hacking, Ian (1991): *La domesticación del azar*. Barcelona: Gedisa.

Humboldt, Alejandro de (1827 [1805]): *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. 2ª edición corregida y aumentada, traducción de Vicente González Arnau. Paris: Casa de Jules Renouard.

Iglesias, José María (2003 [1881-1891]): *El estudio de la historia*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Jovellanos, Gaspar (1976 [4 de febrero de 1780]): "Discurso académico pronunciado por D. Gaspar Melchor de Jovellanos en su recepción a la Real Academia de la Historia [sobre la necesidad de unir al estudio de la legislación el de nuestra historia]". En: *Obras en prosa*. Edición, introducción y notas de José Miguel Caso. Madrid: Castalia, pp. 71-102.

Kolakowsy, Leszek (1993): *La filosofía positivista*. México, D.F.: REI.

Lacunza, José María/Gómez de la Cortina, José (1992 [1844]): "La primera polémica mexicana acerca de la historia". En: Ortega y Medina, Juan A.: *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. México, D.F.: UNAM, pp. 81-132.

Larrainzar, José María (1992 [1867]): "Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días". En: Ortega y Medina, Juan A.: *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. México, D.F.: UNAM, pp. 142-255.

León y Gama, Antonio de (1990): *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del empedrado que se esta formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*. Edición facsímil de la segunda edición. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Mayer Celis, Leticia (1999): *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*. México, D.F.: El Colegio de México.

— (2003): *La tan buscada modernidad científica. Boletín del Instituto Nacional de Geografía y Estadística de 1839*. México, D.F.: UNAM-IMAS.

Mora, José María (1977 [1836]): *México y sus revoluciones*. 3 vols. México, D.F.: Porrúa.

Morales, Luis Gerardo (2004): *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.

Museo Nacional de México (ed.) (2002): *Anales del Museo Nacional de México (1877-1977).* DVD y CD-ROM. México, D.F.: INAH/Fundación MAPFRE TAVERA.

Pi-Suñer Llorens, Antonia (coord.) (1996): *En busca de un discurso integrador de la Nación, 1848-1884.* México, D.F.: UNAM.

— (2001): "Una gran empresa cultural de mediados del siglo XIX: el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*". En: Suárez de la Torre, Laura Beatriz (coord.): *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*. México, D.F.: Instituto Mora/UNAM, pp. 409-418.

Ramos Pedrueza, Antonio (1922): *Conferencias*. México, D.F.: Eusebio Gómez de Puente.

Rinaldo conde de Carli, Juan (Giovanni) (1822): *Las cartas americanas*. Traducción de Agustín Pomposo Fernández. México, D.F.: Imprenta de Zúñiga y Ontiveros.

Riva Palacio, Vicente (1904 [1884-1889]): *México a través de los siglos*. 5 vols. México, D.F.: Gustavo S. López.

— (1998): "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico". En: Riva Palacio, Vicente: *Vicente Riva Palacio*. Selección y prólogo de José Ortiz Monasterio. México, D.F.: Cal y Arena, pp. 473-513.

Rivera, Agustín (1922): *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de independencia escritos en Lagos*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.

Rivera Cortés, Ricardo (2000): "La difusión de la ciencia en México en el siglo XIX. El caso de la segunda época del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*". México, D.F.: Tesis de Licenciatura en Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Roldán Vera, Eugenia (1995): "Conciencia histórica y enseñanza: un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional, 1852-1894". México, D.F.: Tesis de licenciatura en Historia, UNAM.

Rosas, José (1877): *Nuevo compendio de la Historia de México, escrito en verso y dedicado a la infancia mexicana. Primera parte. (Los toltecas).* México, D.F.: Imprenta del autor.

Ruiz Castañeda, Carmen (1974): *El Conde de la Cortina y "El Zurriago Literario". Primera revista mexicana de crítica literaria (1839-1840. 1843 y 1851*). México, D.F.: UNAM/Centro de Estudios Literarios.

Sierra, Justo (1948 [1902]): *Evolución política del pueblo mexicano*. México, D.F.: UNAM.

Valadés, José C. (1987 [1938]): *Alamán. Estadista e historiador*. México, D.F.: UNAM.

Vázquez de Knaught, Josefina (1975): *Nacionalismo y educación en México*. México, D.F.: El Colegio de México.

Viscardo y Guzmán, Juan Pablo (1998 [1799]): "Carta a los españoles americanos". En: Viscardo y Guzmán, Juan Pablo: *Obra completa*. Vol. 1. Lima: Congreso del Perú, pp. 203-218.

Voltaire (2000 [1764]): *Diccionario filosófico.* Edición, notas e introducción de Ana Martínez Arancón; prólogo de Fernando Savater , vol. 1. Madrid: Temas de Hoy.

Xenopol, Alexandru D. (1911): *Teoría de la historia.* 2ª edición. (Traducción de Domingo Vaca). Madrid: Daniel Jorro.

Zavala, Lorenzo de (1985 [1845²]): *Ensayo histórico de las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830.* Edición facsimilar. Prólogo Horacio Labastida Muñoz. México, D.F.: Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica.

Zea, Leopoldo (1975): *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Zermeño Padilla, Guillermo (2002): *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México, D.F.: El Colegio de México.

— (2008): "Historia, *experiencia* y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850". En: *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de Historia de América Latina*, 45, pp. 113-148.

— (2009): "Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la nación en México". En: Palacios, Guillermo (coord.): *La Nación y su Historia. América latina Siglo xix*. México, D.F.: El Colegio de México, pp. 81-112.

— (2011a): "*Revolución*. México: 1770-1870". Manuscrito inédito.

— (2011b): "historia/*Historia* en Nueva España/México (1750-1850)". En: *Historia Mexicana*, 239, Vol IX, n. 3, enero/marzo 2011, pp. 1733-1806.

Constitución disciplinaria e identidad nacional en los inicios de la historiografía chilena

Antonio Sáez Arance

"Por la honrosa excepción en América del Sur". Con este halagador brindis, pronunciado con motivo de un acto público en Valparaíso, en 1852, el publicista y político argentino Juan Bautista Alberdi sintetizaba una interpretación de la realidad política chilena, cuyas consecuencias perviven hasta el día de hoy (Collier 1993: 1).[1] Alberdi, como otros muchos latinoamericanos de su época, venía a constatar la excepcionalidad de un incipiente Estado nacional chileno que había hecho del "orden" y la estabilidad política piedras angulares de su autoconciencia colectiva.[2] Y de hecho, una comparación superficial con la peripecia histórica de los países de su inmediato entorno confirma la existencia a mediados del siglo XIX de un desarrollo diferencial chileno, marcado por el temprano establecimiento de un sistema de gobierno constitucional, la virtual ausencia del fenómeno del caudillismo, la rápida consecución de un alto grado de vertebración nacional dentro de las fronteras estatales y, *last but not least*, la consolidación de una posición estratégica de cara al exterior, que explicaría los notables éxitos militares posteriores a 1850 (Collier/Sater 2004). Fueron los mismos propagandistas de las bondades del modelo político chileno los que, ya durante el siglo XIX, se esforzaron en enunciar las causas de esta situación presuntamente ventajosa. La naturaleza y la historia habrían colocado a la joven república en un lugar de salida verdaderamente privilegiado: Chile era, a la altura de 1830, un país de tamaño y densidad poblacional aún "manejables", sin graves contradicciones en su composición étnica y bien articulado territorialmente en torno a Santiago y los núcleos urbanos circundantes del Valle Central. La conflictividad social parecía

1 Los antecedentes históricos de este tipo de discursos identitarios en Chile y Argentina son objeto de un proyecto colectivo de investigación titulado *Integration, Exklusion, Exzeption: Nationalidentitätsdiskurse und gesellschaftliches Selbstverständnis in Chile und Argentinien (1780-1950),* realizado en la Universidad de Colonia y financiado por la Deutsche Forschungsgemeinschaft.

2 Véanse Collier (2003: 145-149); Schneuer (2004: 47-49); Jocelyn-Holt (2005); San Francisco (2009); Sagredo Baeza (2009: 55-57).

quedar restringida a luchas faccionales de "baja intensidad" entre las élites criollas, mientras una estructura económica predominantemente agraria soportaba bien las tensiones asociadas al cambio político provocado por la independencia. Para completar el catálogo de diferencias con los países vecinos, la vida pública chilena, considerada en su conjunto, acreditaba por esta época la vigencia de un sentimiento de pertenencia, de una identidad protonacional ("chilenidad") aparentemente superior y más homogéneamente repartida que entre los vecinos andinos o rioplatenses (Krebs 1984: 110-112).

Tras un periodo relativamente breve de pruebas y sensación de desgobierno, el nuevo orden político chileno, conforme a este consenso publicístico –y con el tiempo también historiográfico– que venimos describiendo, habría cristalizado en la Constitución de 1833, la cual, aun incorporando los principios liberales en términos de garantía de derechos y división de poderes, ciertamente instauró un régimen fuertemente autoritario y centralizador, con un cúmulo de atribuciones presidenciales que, a la postre, venían a representar casi una continuidad con la praxis monárquica de la época colonial. Bien conocida a este respecto es la influencia ejercida por el ministro Diego Portales, con su idea de un gobierno fuerte e impersonal, fundamentado, al menos programáticamente, en la virtud de servidores públicos atentos solamente al imperio de la ley (Kinsbruner 1967; Jocelyn-Holt 1999; Villalobos 2005). Quedaba así firmemente instalada en la vida política la preponderancia de los principios de autoridad e institucionalidad, unos principios que habrían de informar, por encima de diferencias resueltas en ocasiones mediante el recurso a la violencia, la historia nacional chilena hasta bien entrado el siglo xx (Portales 2004). En síntesis, a lo largo del itinerario histórico chileno, el principio de legalidad habría sido una de las bases fundamentales sobre las que se levantó un modo de concebir y un modo de ejercer el poder político, y ello también incluso en momentos de quiebra del orden constitucional.[3]

El metarrelato autocomplaciente generado en paralelo al proceso de construcción nacional se fundamenta en buena medida hasta la actualidad en la constatación sistemática de esta excepcionalidad y en su proyección

3 No es casualidad que Diego Portales se convirtiese en referente principal de los intentos de institucionalización y búsqueda de cobertura legal emprendidos por el régimen militar a finales de la década de 1970. Y tampoco lo es que la continuidad entre Portales y Pinochet haya sido objeto de afirmación historiográfica en la misma época. El principal ejemplo es Bravo Lira (1985).

sobre el análisis de la propia historia. ¿Dónde se ubican sus causas? ¿Cómo ha de entenderse su supuesta continuidad a lo largo del periodo republicano? Serían la naturaleza y la historia, se subraya, las que explicarían al alimón la excepcionalidad chilena. El recurso a la singularidad geográfica como elemento de justificación (situación insular entre océano, desierto y cordillera, frecuentes terremotos) hunde sus raíces en la época colonial y encuentra su apoteosis en el contexto del movimiento independentista, durante el cual se diseña una simbología nacional, cada una de cuyas manifestaciones (bandera, escudo, himno) contiene referencias a la especificidad de la geografía y la naturaleza chilenas (Krebs 1984; Sagredo Baeza 2009: 50-52). En los años fundacionales de la República, la misma conciencia sobre la existencia de una nación chilena y su potencial político se remite en primera instancia a la realidad espacial del país. En el sermón de instalación del primer Congreso Nacional, en 1811, Camilo Henríquez, ideólogo independentista y fundador de la *Aurora de Chile*, el primer periódico nacional, llegará a justificar la autodefinición de Chile como nación en que "todo se ha reunido para aislarlo; todo lo impele a buscar su seguridad y su felicidad en sí mismo" (1960: 54). El tono organicista y el substrato de determinismo geográfico se inscriben en un contexto fundacional en el que la conciencia nacional se relacionaba íntimamente con las peculiaridades de la geografía chilena, y el concepto de patria se asociaba sobre todo a la existencia de límites territoriales definidos, en cuyo interior se presuponía la vigencia de una elemental uniformidad política (Collier 1967: 209-210).

Pero entre tanta geografía, ¿dónde quedaba la Historia? La fundación de la República fue percibida lógicamente por los contemporáneos como una ruptura con la legitimidad anterior, lo que explica en cierta manera un transitorio desinterés por el pasado en beneficio del "constructivismo" que inspiraba los primeros pasos del nuevo Estado nacional (Stuven 2000: 221-222). Así, mientras seguían permaneciendo inéditas la mayor parte de las relaciones, crónicas y ensayos históricos producidos en la fase final de la Colonia (las obras del abate Juan Ignacio Molina (1740-1829)[4], del soldado cántabro José Antonio Pérez García (1726-1814)[5] o el también militar

4 Su principal obra, escrita durante su exilio en Italia y publicada originalmente en la lengua de ese país, es el *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*.

5 José Antonio Pérez García fue autor de la primera *Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile en su descubrimiento, conquista, gobierno, población, predicación evangélica, erección de catedrales y pacificación*, publicada en dos volúmenes en el marco

valdiviense Vicente Carvallo y Goyeneche (1740-1816)[6]), hubo que esperar hasta la década 1830-1840 para constatar los inicios de una historiografía chilena propiamente dicha. Objeto de este artículo es explorar en qué medida y de qué forma el surgimiento, en torno a 1840, de una disciplina histórica formalizada e institucionalizada condicionó el desarrollo de los discursos identitarios descritos más arriba, y en concreto la ficción de una "excepcionalidad" política chilena cifrada en el imperio del orden y la legalidad. El caso chileno ilustra de manera especialmente perfecta en qué medida la validación disciplinaria de una "ciencia" histórica constituye un paso relevante en el proceso de construcción de la identidad nacional. En Chile no sólo se verifica, de modo análogo a los países europeos y al resto de las incipientes repúblicas iberoamericanas, la institucionalización académica de la Historia como "ciencia de legitimación nacional" (Mattioli 1996; Leersen 2006). Más allá de esto, la historiografía autodenominada "científica" acaba ocupando un hueco privilegiado en el universo cultural de la *chilenidad*. No en vano la categorización de Chile como "país de historiadores" deviene en lugar común previo a la alusión tópica al "país de poetas" de Huidobro, Mistral y Neruda. Y ello no sólo por el indudable peso de historiadores individuales dentro de la comunidad (miembros del Parlamento, candidatos a la Presidencia de la República y en general altos cargos civiles y eclesiásticos), sino también por el acomodo de la historiografía en el canon literario nacional (González-Stephan 2002; Carrillo Zeiter 2011) y la intención declarada de sus representantes de participar activamente, de las formas más diversas, en la vida pública (Woll 1982).

A la hora de caracterizar esta naciente historiografía, es necesario subrayar su fijación en los aspectos políticos, militares e institucionales de la realidad chilena y su horizonte fundamentalmente aristocrático. La supuesta alta calidad metodológica de la investigación histórica chilena, en la que se suele insistir en comparación con historiografías vecinas, se fundamentaba en su decidido "positivismo", en el sentido de la concentración absoluta en el "hecho", investigado conforme al método crítico-filológico. Los grandes nombres de la historiografía decimonónica chilena, Diego Barros Arana (1830-1907), Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui Aldunate (1828-1888 y 1830-

de la *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional.*

6 Su *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile* se publicó en tres volúmenes en la *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional.*

1899, respectivamente), Crescente Errázuriz Valdivieso (1839-1931) y José Toribio Medina (1852-1930), destacan precisamente por su erudición y por su empeño en reunir, mediante la minuciosa exploración de archivos y bibliotecas de América y Europa, el mayor número de materiales y fuentes para "fabricar" la historia de Chile (Woll 1982; Gazmuri 2006: 41-51). Incardinados en un contexto social y generacional homogéneo, como era el de la "juventud afrancesada" de mediados del siglo XIX (Gazmuri 1999), estos padres fundadores de la historiografía chilena inauguraron una línea de interpretación política liberal (o, más exactamente, liberal-conservadora) de la historia republicana que permanecería vigente al menos hasta la década de 1920. Su puesta en cuestión, significativamente, vendrá dada desde opciones aún más conservadoras y nacionalistas a comienzos del siglo XX, de la mano de autores como Francisco Antonio Encina (1874-1965), Alberto Edwards Vives (1874-1932) y, algo más tarde, Jaime Eyzaguirre (1908-1968) (Jocelyn-Holt 2007: 47-54).

El punto de partida disciplinario de esta historiografía nacional chilena se sitúa en una serie de medidas de reforma e innovación educativo-cultural tomadas en la década de 1830. Entre ellas destacan especialmente la contratación del naturalista francés Claude (Claudio) Gay (1800-1873), debida a la iniciativa de Portales, con el encargo de componer una *Historia Física y Política de Chile (1844-1854)*, y, sobre todo la instalación en Santiago de Andrés Bello (1781-1865), el afamado polígrafo venezolano, que acabaría convirtiéndose, en 1842, en el primer rector de la Universidad de Chile. En el caso de Claude Gay, y aun no tratándose de un historiador en sentido estricto, su trabajo sí significó un primer esfuerzo de rigor metodológico en la reconstrucción del pasado chileno. En cierto modo Gay personifica el tránsito de una construcción espacio-natural de la nación, que recogía a su vez las tradiciones tardoilustradas de las expediciones científicas del XVIII, lo mismo que las corografías y los tratados de jesuitas como el Abate Molina y otros, a un discurso propiamente histórico de contornos científicos, muy influido por la popularidad de autores europeos contemporáneos como Barthold Georg Niebuhr (1776-1831) y François Guizot (1787-1874), entre otros. La *Historia* de Gay se presenta como empresa científica puesta al servicio del Estado, en la medida en que se inscribe en un despliegue retórico público destinado a legitimar el poder de la élite, y conforme al cual el investigador se transmuta en instrumento de la autoridad. Así, Gay reconstruye la trayectoria política e institucional de Chile tras la independencia, exaltando los méritos de sus actores prin-

cipales, y poniéndolos en relación con el desarrollo material y espiritual de la joven nación chilena (Mizón Morales 2001; Sagredo Baeza 2008; 2009: 49; 2010: 177-187).

Andrés Bello, amén de ocupar una serie de cargos de importancia en el naciente aparato administrativo de la República, ejerció desde un comienzo como maestro de la generación clave de los historiadores chilenos. Políticamente influido por el liberalismo moderado de impronta británica, Bello era sobre todo un apasionado del orden y se convirtió por ello en un utilísimo y muy convencido colaborador de los gobiernos "pelucones" (conservadores), en los que veía la solución política ideal para las necesidades del país (Collier 1989; Jaksic 2001; Brahm 2007). En este sentido, y con él como principal protagonista, el otro gran hito en la constitución disciplinaria de una historiografía nacional fue la fundación de la Universidad de Chile, en 1842.[7] La universidad, que inició sus actividades en 1843 bajo el amparo directo del Estado y en el entendimiento de su labor como un servicio eminentemente público, se impuso como objetivos no sólo la cualificación de los profesionales necesarios para el progreso del país, sino también el conocimiento sistemático de la Historia como medio de proyección hacia el futuro y fermento de un más fuerte sentimiento de nacionalidad (Serrano 1994). Resulta coherente en este contexto que el discurso inaugural del rector Bello abordase directamente el tema de la Historia y sus funciones, e incluyese una referencia laudatoria a la obra de Johannes Gottfried Herder (1744-1803):

> Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia, y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra (Bello 1846: 150).

Ahora bien, el reconocimiento de la aportación intelectual del filósofo alemán resultaba inmediatamente relativizado en la medida que su enfoque filosófico era por sí mismo incapaz de proveer datos e informaciones que en el caso de Chile sencillamente aún no existían:

> Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas sería pre-

7 La nueva fundación suponía una ruptura explícita con la tradición colonial encarnada en la extinta Real Universidad de San Felipe (fundada en 1747), la cual, habiendo perdido la denominación de "real" y con sus competencias sustancialmente mermadas (prohibición de expedir grados), había subsistido hasta 1839.

> sentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos [...] (Bello 1846: 150-151).

La referencia a Herder introducida por el rector no era en absoluto casual. Al alemán se le conocía bien en Chile a través de la traducción francesa de Edgar Quinet. Y Bello era muy consciente de que el público al que se dirigía profesaba una gran admiración por la filosofía de la historia proveniente del continente europeo. Su ya prolongada vecindad en Santiago le permitía también saber que los jóvenes miembros de la Sociedad Literaria de 1842, Francisco Bilbao (1823-1865), Jacinto Chacón (1820-1893), José Victorino Lastarria (1817-1888) y varios universitarios más estaban estudiando esos mismos días con gran interés las *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad* del filósofo alemán.[8] Para Bello, experimentado en la instrumentalización política de controversias intelectuales, estaba meridianamente claro que el disenso trascendía en este caso una pura cuestión de modas. La importación de posiciones filosóficas procedentes de Francia y amplificadas bien desde los salones de la Sociedad Literaria de 1842, bien desde los medios impresos (*El Progreso*, *El Mercurio de Valparaíso*) en los que colaboraban exiliados rioplatenses como Domingo Faustino

8 Edgard Quinet (1803-1875), filósofo, publicista y político francés, había estudiado alemán con el objetivo expreso de poder llegar a leer sus *Ideas sobre la Filosofía de la Historia* (*Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, original alemán publicado entre 1784 y 1791), llegando a publicarlas, traducidas al francés por el mismo, en 1827. Sobre la recepción de Herder en Chile véanse Woll (1982: 41-43) y Stuven (2000: 204). Además de Herder, los miembros de la Sociedad de 1842 leían a autores franceses como Victor Cousin (1792-1867) y Jules Michelet (1798-1874), y veían en los postulados de la filosofía de la historia no sólo una interesante aportación literaria, sino también una herramienta de transformación en el plano sociopolítico. José Victorino Lastarria refleja en sus *Recuerdos literarios* (Lastarria 2001) este ambiente de efervescencia intelectual, por mucho que su reconstrucción *ex post* (rememora a treinta años de distancia) tienda a la autoestilización y aún más a la exageración de las líneas de conflicto entre los jóvenes liberales que él lideraba y un supuesto *establishment* conservador encabezado por Bello. Para una caracterización más completa de las polémicas intelectuales y, en general, de las peculiaridades de la "opinión pública" del momento, pueden consultarse los trabajos de Subercaseaux (1997: 24-45) y Stuven (2000: 66-87 y 95-119). Cristián Gazmuri, como preámbulo a su análisis del "48 chileno", también trata de la cultura y de las ideas del periodo, comentando en detalle la recepción de bibliografía europea (Gazmuri 1999: 24-35).

Sarmiento (1811-1888) y Vicente Fidel López (1815-1903), implicaba la opción por un desplazamiento desde lo aceptado como propiamente histórico ("el pasado", más o menos lejano) hacia lo social, es decir, hacia la más inmediata y controvertida realidad sociopolítica. Por lo demás, una lectura atenta de Herder tenía forzosamente que dejar al descubierto los límites de su aplicabilidad al proyecto de construcción nacional chilena, tal y como Bello entendía éste. Por un lado, es cierto que el sustrato providencialista de la filosofía de la historia la podía hacer muy asumible desde una perspectiva conservadora. Pero por otro, el organicismo antiestatal y *völkisch* de la idea de nación herderiana, lógicamente condicionada por el contexto político-cultural centroeuropeo (Barnard 1965: 68-71), resultaba altamente problemático para un proportaliano como Bello. Mientras el caraqueño ponía todas sus esperanzas en el papel del Estado como agente de modernización política "dentro de un orden", y se implicaba consecuentemente en sus diversos aspectos legislativos, pedagógicos y publicísticos, los jóvenes liberales chilenos se dejaban llevar más bien por el impulso emancipador implícito en la creencia en "leyes históricas" de vigencia universal.

La forma en la que Bello, desde una posición de indudable autoridad, planteaba y resolvía el dilema "historia filosófica" vs. "historia documental" resulta muy esclarecedora acerca de cuáles eran las premisas de las que partía la nueva historia nacional chilena. La universidad proporcionaba por una parte un marco institucional y un abanico de posibilidades materiales de desenvolvimiento (composición de memorias históricas, certámenes, discursos, etc.). Al mismo tiempo, el desarrollo disciplinario dentro de la universidad exigía la aceptación de métodos y enfoques que respondían mucho más a las mentalidades de los grupos sociales dominantes que a las "aspiraciones específicas" de quienes comenzaban a cultivar el género historiográfico (Stuven 2000: 228).

Precisamente una actividad académica promovida y regulada estatutariamente desde la universidad[9], como fue la primera presentación de una *memoria histórica*, sería el motivo desencadenante de la llamada "polémica

9 El artículo 28 de la Ley Universitaria del 19 de noviembre de 1842 reglamentaba minuciosamente las actividades que debían llevarse a cabo con motivo de la reunión anual de la universidad. La principal había de ser pronunciar "un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos y desenvolviendo su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad" "Ley orgánica del 19 de noviembre de 1842", en: *Anales de la Universidad de Chile* (1843-1844) 1, p. 9.

historiográfica", un –más o menos– agrio debate sobre la función y las características propias de una incipiente disciplina histórica, que se sustanció en sucesivos desencuentros intelectuales entre 1844 y 1848, y cuyos principales protagonistas fueron Andrés Bello, José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón (Stuven 2000: 221-250; Dager 2002; Jaksic 2004: 122-131).

Correspondiendo a una petición del propio Bello, Lastarria, activista liberal y miembro fundador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, presentó en septiembre de 1844 un ensayo de título verdaderamente provocador: *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, en el que se proponía demostrar que, si bien Chile había logrado la independencia de España en 1810, el país estaba dominado todavía por una mentalidad plenamente colonial, especialmente palpable en el desenvolvimiento de las instituciones políticas y culturales, y además que esta rémora bloqueaba el desarrollo de una verdadera "democracia". En las *Investigaciones*, Lastarria recapitulaba trescientos años de dominación española y extraía la conclusión de que la Colonia había reducido Chile a una situación de virtual servidumbre histórica. En primer lugar lanzaba sus dardos contra las restricciones mercantiles impuestas desde Madrid y mostraba cómo éstas habían significado una barrera para el desarrollo económico del país. Pero además Lastarria se detenía en el análisis del trasfondo cultural de la política retardatoria y obstruccionista de los españoles, identificándolo como una mentalidad temerosa frente a la iniciativa individual y excesivamente confiada respecto al poder del gobierno. Formulando su crítica de esta manera, Lastarria se concentraba precisamente en aspectos característicos del sistema político portaliano, como la obsesión por el orden público y la desmovilización social, hasta el punto de mantener que la continuidad de las estructuras mentales coloniales había acabado desembocando en el mantenimiento de "instituciones políticas [...] calculadas para formar esclavos" (Lastarria 1868a: 67). Lastarria criticaba duramente la legislación colonial, pero aludía también a la estructura social que había perdurado en la República, a la persistencia de grupos sociales privilegiados y de "razas secundarias", y denunciaba sin tapujos "la triste condición que hoy en día aflije a los cuatro quintos de nuestra nación" (75).

Metodológicamente, Lastarria planteaba la cuestión de la "utilidad social" de la Historia, y de en qué medida era posible practicar objetivamente una "historia contemporánea" (en el sentido de la *Zeitgeschichte* alemana). Lastarria contestaba afirmativamente, puesto que lo que le importaba era

la influencia de los "hechos" sobre la sociedad actual, y no sólo los "hechos" sin más. Buscaba, como practicante de la "filosofía de la historia", el rasgo esencial y típico, con toda la selectividad metodológica que ello, necesariamente, implicaba. Y lo reconocía explícitamente: "No os presento, pues, la narración de los hechos, sino que me apodero de ellos para trazar su influencia en la sociedad a la que pertenecen" (Lastarria 1868a: 16). Apartándose demostrativamente del modelo de Historia *ad narrandum* encarnado por Bello, se enorgullecía de no ser uno de "aquellos historiadores que se limitan a narrar los acontecimientos [...] absteniéndose de apreciarlos" (18). El mayor riesgo, según Lastarria, es que si se considera la historia "como un simple testimonio de los hechos pasados, se comprime el corazón y el escepticismo llega a preocupar la mente, porque no se divisa entonces más que un cuadro de miserias y desastres" (9-10). En cambio, muy otro es el resultado cuando se la entiende como la ciencia "humana",

> entonces la filosofía nos muestra en medio de esa serie interminable de vicisitudes [...] una sabiduría profunda que la experiencia de los siglos ha ilustrado; una sabiduría cuyos consejos son infalibles, porque están apoyados en los sacrosantos preceptos de la ley a que el Omnipotente ajustó la organización de ese universo moral (Lastarria 1868a: 9-10).

Evidentemente, el discurso de Lastarria causó el impacto previsto y, si bien no directamente en la universidad, sí algunas semanas después, a través de los órganos de la prensa oficial controlados por Bello (*El Araucano*), hubo de afrontar una severísima crítica no tanto de sus juicios políticos implícitos cuanto de su metodología "generalizante" o "filosófica". El rector se preocupó en comentar el trabajo del joven académico hasta en dos artículos aparecidos en *El Araucano* el 8 y 15 de noviembre de 1844. En ellos, Bello ponía sobre la mesa cuál era el núcleo de la discrepancia: la incompatibilidad de la formulación de leyes históricas de pretensión universal con el principio de individualidad historicista, plasmado en la fórmula rankeana según la cual "jede Epoche ist unmittelbar zu Gott", o bien, en palabras del propio Bello, "las especialidades, las épocas, los lugares, los individuos, tienen atractivos particulares y encierran también provechosas lecciones" (1958: 159-160).

Con todo, la mayor preocupación de Bello era que la fervorosa denuncia del pasado colonial por parte de Lastarria, bastante exagerada en su opinión, pudiese tener efectos desestabilizadores sobre el orden político actual. Este temor estaba fundado en la experiencia, inmediatamente anterior (junio de 1844), del procesamiento de Francisco Bilbao, por las

opiniones expresadas en su *Sociabilidad chilena*, cuyo contenido coincidía en buena parte con el de los escritos de Lastarria (Stuven 2000: 251-282). Bilbao había ido algo más allá en su crítica, atacando con inusitada dureza a la Iglesia Católica, quintaesencia, en su opinión, del tradicionalismo institucional. Partía de la premisa de que la religión en su conjunto implicaba la negación de la libertad y acababa convirtiéndose en una barrera insalvable para el progreso de la humanidad. En términos políticos, la llamada a una crítica frontal de supuestas pervivencias coloniales chocaba tanto con los intereses científicos del propio Bello como con los intereses políticos el gobierno del presidente Manuel Bulnes. Agitar apasionadamente las banderas de la independencia debilitaba los esfuerzos del poder ejecutivo, de los que Bello se había convertido en agente, en pos de una reorientación de la política chilena desde el *pathos* anticolonial hacia la construcción pragmática –y desde parámetros claramente autoritarios– del Estado y la Nación.

La situación se repitió en términos similares tres años más tarde, cuando Lastarria presentó a la Facultad de Filosofía y Humanidades en julio de 1847 su "Bosquejo Histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la revolución", centrado en la historia de la llamada "Patria vieja", y en el que insistía en la cuestión de los "hábitos coloniales". La nueva memoria era el único trabajo inscrito en el certamen convocado en tal año. En el "Bosquejo", Lastarria se mostraba más prudente y acreditaba un uso más intensivo de las fuentes primarias, pero insistía de nuevo en su opción por el estudio de los "principios generales" antes que de los "hechos", y seguía cultivando un franco antiespañolismo. El objeto inmediato del estudio era la recapitulación de aquellas ideas políticas que habían inspirado la creación y regido la acción de los primeros gobiernos del Chile republicano, una tarea intelectual que, según Lastarria, no se había emprendido hasta ese momento. A la postre, las instituciones liberales, no habían nacido "de los campos de batalla, sino del gabinete del legislador o del político, que echaban los cimientos de la República y combatían las preocupaciones y los intereses que se oponían a su pensamiento" (Lastarria 1868b: 162-163). Al estudiar la Constitución se podría apreciar "la civilización de aquella época, las ideas, los principios de los hombres que asistieron al nacimiento de esta República a que hoy pertenecemos" (162). En el fondo del asunto, el balance de Lastarria se presentaba casi tan descorazonador como en las *Investigaciones*, y respondía a una muy similar lógica política: la derrota infligida a los independentistas en 1814 y

la restauración del dominio colonial hasta 1818 había sido la consecuencia lógica de la inexistencia de actitudes y mentalidades emancipadoras, de la falta de un "espíritu de la sociedad" capaz de superar consecuentemente la subyugación por parte de los españoles:

> No había pues un solo elemento de unidad, un solo interés, un solo principio que pudiera servir de centro a una mayoría respetable de prosélitos ardientes una vez que desapareciera de la sociedad el único vínculo que la ligaba a su metrópoli (Lastarria 1868b: 262).

En el mismo título del "Bosquejo" se intuye la opción de Lastarria por la "Historia Constitucional", una suerte de Sociología *avant la lettre*, cuya misión era penetrar a fondo en el modo de ser de la sociedad y que tomaba en consideración, para poder juzgar los hechos, "el carácter de sus costumbres, creencias y convicciones de toda especie" (Lastarria 1868b: 153). En octubre, la comisión evaluadora, al margen de algunas objeciones, declaró a Lastarria acreedor al premio. La comisión reconoció que el trabajo era de bastante interés "y de no poco mérito en la forma con que lo ha desempeñado el autor". Pero se abstuvo de pronunciarse sobre "la exactitud de los hechos que le han ayudado a fundar su doctrina". Por lo que prefirió no manifestar nada sobre las razones que explicarían "el carácter y la tendencia de los partidos políticos que dividieron la república en los primeros tiempos de su existencia". Para poder emitir una opinión de tal calibre era necesario, consideraba la comisión, "tener cabal idea de los actos que se han obrado bajo su dirección e influjo, y conocer de un modo asertivo el resultado práctico que esos actos han producido en la suerte de cosas" (159-160). Porque de lo contrario, se aducía, no podría confeccionarse una historia con un mínimo grado de verosimilitud. No es difícil reconocer entre las líneas del informe la influencia intelectual de Bello. De hecho estaba suscrito por dos discípulos suyos, Antonio Varas y Antonio García Reyes, este último autor de una de las memorias anuales ya premiadas y explícitamente elogiadas por el rector. Al concluir su dictamen, la comisión expresaba una convicción que resume bien las aspiraciones de la historia *ad narrandum* defendida por el caraqueño:

> Sin ese conocimiento individual de los hechos, sin tener a la vista el cuadro en donde aparezcan de bulto los sucesos, las personas, las fechas y todo el tren material de la historia, no es posible trazar lineamientos generales sin exponerse a dar mucha cabida a teorías, y a desfigurar en parte la verdad de lo ocurrido [...] La Comisión se siente inclinada a desear que se emprendan, ante todo, trabajos destinados principalmente a poner en claro los hechos; la

> teoría que ilustra esos hechos vendrá enseguida andando con paso firme sobre un terreno conocido (Lastarria 1868b: 160).

Jacinto Chacón, amigo de Lastarria y compañero en sus preocupaciones intelectuales, reaccionó contra el juicio emitido por la comisión informante. Su prólogo a la edición del texto de Lastarria, mucho más que el propio contenido del "Bosquejo", desataría una nueva ronda de la polémica historiográfica en 1848, pues le interesó mostrar las ventajas de estudiar la "historia constitucional", y enfatizó su aprecio por una investigación histórica abierta a la "luz que nos viene de Europa", generada en los textos de Michelet o Cousin, y no plegada a los intereses políticos de la conservadora élite dirigente (Chacón 1868: 139-154).

Andrés Bello respondió al "Bosquejo" y en especial al prólogo de Chacón que tan directamente cuestionaba su visión de la investigación histórica (Chacón 1868: 139-154). Sobre lo sostenido por Lastarria escribió relativamente poco nuevo respecto a su réplica de 1844. El 7 de enero de 1848, en *El Araucano*, afirmaba que era:

> [...] ventajosamente conocido por otras producciones literarias, que le colocaban entre los más distinguidos y laboriosos miembros de la Universidad y del Instituto Nacional. El presente no es el menos interesante de los trabajos que, desde la reorganización de la Universidad en 1843, han ilustrado la historia de Chile, y a que dio principio el señor Lastarria.

En cambio, su reacción a las críticas de Chacón, en dos artículos de carácter programático titulados "Modo de Escribir la Historia" y "Modo de Estudiar la Historia", publicados en *El Araucano* entre enero y febrero de 1848, fue bastante menos conciliadora:

> No se trata, pues, de saber si el método *ad probandum* es bueno o malo en sí mismo; ni sobre si el método *ad narrandum*, absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata sólo de saber si el método *ad probandum*, o más claro, el método que investiga el íntimo espíritu de los hechos de un pueblo, la idea que expresan, el porvenir a que caminan, es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir [...] Cada uno de los métodos tiene su lugar; cada uno es bueno a su tiempo; y también hay tiempos en que, según el juicio o talento del escritor, puede emplearse el uno o el otro. La cuestión es puramente de orden, de conveniencia relativa (Bello 1957: 231-233).

Al margen del posicionamiento metodológico claro en contra de la universalización de "leyes sociales", Bello volvía a acudir, como en 1844, al argumento de la oportunidad, de la oportunidad disciplinaria, pero también de la oportunidad política, en el sentido de la conveniencia de no

alterar la estructura social que permitía la hegemonía de la clase dirigente. So pretexto de una discusión puramente intradisciplinaria, una suerte de *Methodenstreit*[10] austral, se estaban marcando las líneas no sólo de lo historiográficamente factible, sino, sobre todo, de lo sociopolíticamente deseable (Stuven 2000: 248-250). Bello creía que la forma de enfrentar la investigación histórica propugnada por Jacinto Chacón impediría obtener resultados perdurables en el sentido de la forja cultural de una nueva nación chilena. Y, en el presente, el implícito compromiso ideológico de la indagación histórica amenazaba con favorecer el reinado de la anarquía al postular una ruptura radical con la tradición hispánica:

> Nuestra juventud ha tomado con ansia el estudio de la historia; acabamos de ver pruebas brillantes de sus adelantamientos en ella; y quisiéramos que se penetrase bien de la verdadera misión de la historia para estudiarla con fruto. Quisiéramos sobre todo precaverla de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa. Es una especie de fatalidad la que subyuga las naciones que empiezan a las que las han precedido. Grecia avasalló a Roma; Grecia y Roma a los pueblos modernos de Europa, cuando en ésta se restauraron las letras; y nosotros somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de la Europa, a quien, al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces, debiéramos imitar en la independencia del pensamiento. Es preciso [...] no dar demasiado valor a nomenclaturas filosóficas; generalizaciones que dicen poco o nada por sí mismas al que no ha contemplado la naturaleza viviente en las pinturas de la historia, y, si ser puede, en los historiadores primitivos y originales. No hablamos aquí de nuestra historia solamente, sino de todas. ¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa (Bello 1957: 250-251).

La referencia directa a las fuentes originales de la época colonial ha de entenderse no sólo como crítica velada a la historiografía extranjera anclada

10 *Methodenstreit* es la denominación genérica para un conjunto de discusiones metodológicas generadas en las ciencias sociales en el espacio lingüístico alemán durante el siglo XIX y continuadas en diversas variantes hasta bien entrado el siglo XX. Incluye entre otras la llamada "disputa del juicio de valor" (*Werturteilstreit*), y también la tradicional dicotomía entre investigación cuantitativa e investigación cualitativa en la sociología.

en los estereotipos de la leyenda negra antiespañola. También posee una dimensión política: Bello nunca deseó una ruptura total entre el orden ideal e institucional de la Colonia y el nuevo régimen republicano. Un intelectual moderado como él no podía pasar de largo sobre los indudables peligros que, desde su perspectiva, entrañaba una construcción social completamente exenta de elementos tradicionales. Los partidarios de la "historia filosófica", y aquí concretamente Lastarria y Chacón, favorecían por el contrario la consecución del cambio y el progreso mediante el completo desmontaje de las estructuras coloniales. Bello prefería la opción de reedificarlas pacientemente para garantizar un sistema político sólido y perdurable, desechando lo caduco, pero conservando aquello que fuese prudente conservar. En medio de esta disyuntiva, Bello incorporaba una posición eminentemente gradualista, que lo emparenta con el liberalismo inglés, pero también con los diagnósticos histórico-políticos formulados en la misma época por Alexis de Tocqueville para Francia y los Estados Unidos. No obstante, con independencia de este conflicto estructural de fondo, de alcance universal tras 1789, tanto Bello como Lastarria y Chacón estaban buscando respuestas, de manera ciertamente distinta, a cuestiones bastante similares. Se trataba de contribuir a la "creación", "invención" o "imaginación", del Estado-nación.[11] El rechazo frontal al pasado hispánico, en el caso de Lastarria y Chacón, implicaba la necesidad de crear tradiciones *ex novo* que dotasen de legitimidad a las instituciones recién fundadas. Bello, al defender la recuperación, el "re-procesado" ideal de la Colonia en sus aspectos más positivos, perseguía el mismo fin, por mucho que su apariencia, tanto más en el contexto de un conflicto genuinamente intergeneracional, fuese la del puro continuismo.

La polémica historiográfica acabó resolviéndose, en opinión casi unánime de los contemporáneos, en beneficio del paradigma de historia *ad narrandum* defendido por Bello. Barros Arana llegaría a hablar de "un triunfo arrollador" cosechado por el caraqueño (1905: 448). Desde el punto de vista del canon cultural chileno, y a pesar de la autoestilización y las protestas incluidas posteriormente en sus *Recuerdos literarios*, Lastarria quedó fácticamente expulsado del panteón de la historiografía nacional, y se tuvo que conformar, a pesar de haber escrito sobre historia tanto o más que Bello, con el papel de mero "literato". Pero más allá del protagonismo

11 Sobre la cuestión véanse Hobsbawm/Ranger (1983); Anderson (1983); Guerra/Quijada (1994); Annino/Guerra (2003); Castro-Klarén/Chasteen (2003); Miller (2006).

individual, la forma en que se cerró el debate es característica respecto a la orientación que había de tomar la historiografía nacional chilena en lo sucesivo. En primer lugar, los sucesores de Bello en el papel de guardianes de la investigación histórica seria y rigurosamente documentada, es decir, los Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna, no fueron esencialmente mucho más conservadores en sus planteamientos culturales que Lastarria o Chacón, pero sí, con seguridad, bastante más nacionalistas. En lo social, la interiorización por parte de los historiadores de la metáfora portaliana de "el peso de la noche" los colocó automáticamente del lado de la élite gobernante y los hizo partícipes de la concepción legalista del orden político que, asociada a una tradición de absorción e instrumentalización de las expresiones ciudadanas por parte del poder estatal, tan negativamente ha incidido sobre la posibilidad del surgimiento y desarrollo en Chile de una sociedad civil fuerte (Jocelyn-Holt 1999; Portales 2004; Salazar 2006; Sanhueza Cerda 2007).

En segundo lugar, la integración del pasado colonial en un discurso identitario de cuño conservador implicó ciertamente no sólo la revalorización de los elementos españoles de la identidad chilena sino también, dialécticamente, la devaluación, cuando no la directa exclusión del elemento indígena (Yaeger 2009: 131-132). El discurso originalmente positivo sobre la Araucanía y sus habitantes, sustanciado durante la fase fundacional de la República en una suerte de "filoindigenismo" retórico y simbólico, fue dando paso, aceleradamente a partir del periodo 1840-1855, a la práctica de la denigración verbal, la discriminación y, finalmente, la liquidación física de los mapuches (Pinto 2000; Gallardo Porras 2001; Earle 2008).

Finalmente, el hecho de que la construcción del sujeto histórico "nación" se verificase, como hemos podido constatar a partir de los juicios de Andrés Bello, en clave de oportunidad tanto disciplinaria como política, redujo la historiografía nacional chilena al estatus de ciencia de legitimación del Estado. Concentrada en su función suministradora de identidad colectiva mediante la inoculación de valores nacionales unívocos y en buena parte excluyentes (tanto desde su inserción en el sistema educativo como a través de la intervención de sus representantes en la esfera pública),

la constitución de la Historia como *disciplina*, en el sentido más estricto y etimológico, se operó ciertamente en detrimento de su potencial emancipador e *ilustrado*.[12]

Bibliografía

ANDERSON, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* London: Verso.

ANNINO, Antonio/GUERRA, Francois-Xavier (eds.) (2003): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX.* México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

BARNARD, Frederick M. (1965): *Herder's Social and Political Thought: From Enlightenment to Nationalism*. Oxford: Clarendon Press.

BARROS ARANA, Diego (1905): *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851).* Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Universitaria.

BELLO, Andrés (1846): "Discurso pronunciado por el Señor Rector de la Universidad Don Andrés Bello en la Inauguración de este Cuerpo el día 17 de septiembre de 1843". En: *Anales de la Universidad de Chile*, 1, pp. 139-152.

— (1957): "Modo de estudiar la historia". En: *Obras Completas*, vol. 19. Caracas: Ministerio de Educación, pp. 243-252.

— (1958): *Obras completas*, vol. 10. Caracas: Comisión editora de las obras completas de Andrés Bello y Fundación la Casa de Bello.

BENGOA, José (ed.) (2004): *La memoria olvidada. Historia de los pueblos indígenas de Chile*. Santiago de Chile: Presidencia de la República.

BLANKE, Horst Walter/RÜSEN, Jörg (eds.) (1984): *Von der Aufklärung zum Historismus. Zum Strukturwandel des historischen Denkens.* Paderborn: Schöningh.

BRAHM, Enrique (2007): *Mariano Egaña. Derecho y política en la fundación de la república conservadora*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario.

BRAVO LIRA, Bernardino (1985): *De Portales a Pinochet. Gobierno y régimen de gobierno en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile Andrés Bello.

CARRILLO ZEITER, Katja (2011): *Die Erfindung einer Nationalliteratur. Die Literaturgeschichten Chiles und Argentiniens. 1860-1920*. Frankfurt am Main: Vervuert.

CARVALLO Y GOYENECHE (1861): *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.

CASTRO-KLARÉN, Sara/CHASTEEN, John Charles (eds.) (2003): *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson Center Press.

CHACÓN, Jacinto (1868): "Prólogo a la primera edición". En: Lastarria, José Victorino: *Miscelánea histórica y literaria*. Valparaíso: Imprenta de la Patria, pp. 139-154.

12 Sobre las implicaciones del binomio *Disziplin/Aufklärung* en la historia y en la práctica de la historiografía véase Kocka (1989: 140-159); más en general Reill (1975) y Blanke/Rüsen (1984).

Collier, Simon (1967): *Ideas and Politics of Chilean Independence. 1808-1833*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (1989): "Gobierno y sociedad en Chile durante la 'República conservadora' 1830-1865". En: *Boletín del Instituto Ravignani*, 1, pp. 115-126.

— (1993): "From Independence to the War of the Pacific". En: Bethell, Leslie M. (ed.): *Chile Since Independence*. Cambridge/New York: Cambridge University Press, pp. 1-31.

— (2003): *The Making of a Republic, 1830-1865: Politics and Ideas*. Cambridge: Cambridge University Press.

Collier, Simon/Sater, William F. (2004): *A History of Chile. 1808-2002*. Cambridge: Cambridge University Press (ampliación de la primera edición de 1996).

Colom González, Francisco (ed.) (2005): *Relatos de la nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. 2 vols. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.

Dager Alva, Joseph (2002): "El debate en torno al método historiográfico en el Chile del siglo xix". En: *Revista Complutense de Historia de América*, 28, pp. 97-138.

Earle, Rebecca (2008): *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*. Durham: Duke University Press.

Gallardo Porras, Viviana (2001): "Héroes indómitos, bárbaros y ciudadanos chilenos: el discurso sobre el indio en la construcción en la identidad nacional". En: *Revista de Historia Indígena*, 5, pp. 119-134.

Gay, Claudio (1844-1854): *Historia física y política de Chile*. 8 vols. Paris/Santiago de Chile: Casa del autor/Museo de Historia Natural.

Gazmuri, Cristián (1999): *El '48' chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

— (2006): *La historiografía chilena (1842-1970).* Santiago de Chile: Taurus/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

González-Stephan, Beatriz (2002): *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo xix*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.

Guerra, Francois-Xavier/Quijada, Mónica (1994): *Imaginar la nación*. Münster: Lit.

Henríquez, Camilo (1960): "Sermón en la instalación del Primer Congreso Nacional de Chile". En: Silva Castro, Raúl (ed.): *Escritos políticos de Camilo Henríquez*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, pp. 50-59.

Hobsbawm, Eric J./Ranger, Terence (ed.) (1983): *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Jaksic, Iván (2001): *Andrés Bello: Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Latin America.* Cambridge: Cambridge University Press.

— (2004): "Andrés Bello y la prensa chilena, 1829-1844". En: Alonso, Paula (comp.): *Construcciones impresas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 107-137.

Jocelyn-Holt, Alfredo (1992): *La Independencia de Chile: tradición, modernización y mito*. Madrid: Mapfre.

— (1999): *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago de Chile: Planeta Chilena.

— (2005): "¿Un proyecto nacional exitoso? La supuesta excepcionalidad chilena". En: Colom González, Francisco (ed.): *Relatos de la nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Tomo 1. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 417-438.

— (2007): "Balance historiográfico y una primera aproximación al canon". En: Mussy Roa, Luis G. de (ed.): *Balance historiográfico chileno*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Finis Terrae, pp. 31-74.

Kinsbruner, Jay (1967): *Diego Portales: Interpretative Essays on the Man and Times.* Den Haag: Martinus Nijhoff.

Kocka, Jürgen (1989): *Geschichte und Aufklärung*. Göttingen: Vandenhoek & Ruprecht.

Krebs, Ricardo (1984): "Orígenes de la conciencia nacional chilena". En: Buisson, Inge/ Kahle, Günter et al. (eds.): *Problemas de la formación del Estado y la nación en Hispanoamérica*. Köln: Böhlau, pp. 107-125.

Lastarria, José Victorino (1868a): "Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile". En: Lastarria, José Victorino: *Miscelánea histórica y literaria*. Tomo I. Valparaíso: Imprenta de la Patria, pp. 3-136.

— (1868b): "Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución, desde 1810 hasta 1814". En: Lastarria, José Victorino: *Miscelánea histórica y literaria*. Tomo I. Valparaíso: Imprenta de la Patria, pp. 137-266.

— (2001): *Recuerdos literarios*. Santiago de Chile: Ediciones LOM.

Leersen, Joep (2006): *National Thought in Europe. A Cultural History*. Amsterdam: Amsterdam University Press.

Mattioli, Aram (1996): "Geschichte als nationale Legitimationswissenschaft. Der schweizerisch-deutsche Gelehrtenstreit um die Hochrheingrenze". En: *Westfälische Forschungen*, 46, pp. 186-209.

Miller, Nicola (2006): "The Historiography of Nationalism and National Identity in Latin America". En: *Nations and Nationalism*, 12, 2, pp. 201-222.

Mizón Morales, Luis (2001): *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Molina, Juan Ignacio (1788-1795): *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile, escrito en italiano por don Juan Ignacio Molina*. Traducida en español por Domingo Joseph de Arquellada Mendoza. Madrid: Antonio de Sancha.

Pérez García, José (1861): *Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile en su descubrimiento, conquista, gobierno, población, predicación evangélica, erección de catedrales y pacificación*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.

Pinto, Jorge (2000): *De la inclusión a la exclusión. La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche*. Santiago de Chile: Dibam.

Portales, Felipe (2004): *Los mitos de la democracia chilena*. Santiago de Chile: Catalonia.

Reill, Peter Hans (1975): *The German Enlightenment and the Rise of Historicism*. Berkeley: University of California Press.

Sagredo Baeza, Rafael Luis (2008): "'Chile': de 'finis terrae imperial' a 'copia feliz del

Edén autoritario'". En: Chiaramonte, José Carlos/Marichal, Carlos/Granados, Aimer (eds.): *Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 41-67.

— (2009): "Geografia y nación. Claudio Gay y la primera representación cartográfica de Chile". En: *Estudios geográficos*, 70, 266, pp. 231-267.

— (2010): "Ciencia, historia y arte como política. El Estado y la Historia Física y política de Chile de Claudio Gay". En: Sagredo Baeza, Rafael (ed.): *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, pp. 165-233.

Salazar Vergara, Gabriel (2006): *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los "pueblos", militarismo ciudadano, golpismo oligárquico*. Santiago de Chile: Sudamericana.

San Francisco, Alejandro (2009): "La excepción honrosa de paz y estabilidad, de orden y libertad. La autoimagen política de Chile en el siglo xix". En: San Francisco, Alejandro/Cid, Gabriel (eds.): *Nación y Nacionalismo en Chile. Siglo xix*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, pp. 55-84.

Sanhueza Cerda, Carlos (2007): "La identidad chilena hacia el bicentenario: ¿El peso de la noche o el peso de una interpretación?". En: Parentini, Luis Carlos (ed.): *Los historiadores chilenos frente al bicentenario*. Santiago de Chile: Comisión Bicentenario, pp. 465-468.

Schneuer, María José (2004): "Visión del caos americano y del orden chileno". En: Soto, Angel (ed.): *Entre tintas y plumas. Historias de la prensa chilena del siglo xix*. Santiago de Chile: Universidad de los Andes, pp. 45-77.

Serrano, Sol (1994): *Universidad y nación. Chile en el siglo xix*. Colección Imagen de Chile. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Stuven, Ana María (2000): *La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo xix*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Católica de Chile.

Subercaseaux, Bernardo (1997): *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Villalobos, Sergio (2005[4]): *Portales, una falsificación histórica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Woll, Allen (1982): *A Functional Past: The Uses of History in Nineteenth-Century Chile.* Baton Rouge/London: Louisiana University Press.

Yaeger, Gertrude (2009): "Sobrellevar el pasado español. Liberalismo hispanoamericano y la carga de la historia colonial en el siglo xix: el caso chileno. En: San Francisco, Alejandro/Cid, Gabriel (eds.): *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo* xix. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, pp. 117-136.

Geografía e interés nacional en Perú a través de la Sociedad Geográfica de Lima (1888-1941)

Leoncio López-Ocón

Introducción

En los últimos lustros se ha desarrollado un creciente interés por abordar los procesos y mecanismos de formación de los Estados nacionales en la época contemporánea desde múltiples perspectivas,[1] desentrañándose su dimensión de comunidad imaginada, su fundamentación narrativa o su carácter de construcción social. Dada la importancia del componente territorial y espacial en la configuración de los Estados nacionales, que son comunidades territoriales con fronteras políticas, los geógrafos han producido una significativa literatura sobre la relación existente entre la producción de conocimientos geográficos, con la consiguiente elaboración de representaciones espaciales del territorio, y la construcción de identidades nacionales, basadas en estrategias de inclusión –de quienes habitan el territorio marcado por los poderes estatales– y exclusión –de quienes están más allá de las fronteras delimitadas para ejercer la soberanía nacional.[2] Particularmente los historiadores de la cartografía, bajo la influencia de la obra renovadora de Brian Harley,[3] han prestado una persistente atención a la importancia de los mapas en la formación de los Estados nacionales, como acreditan trabajos sobre áreas geográficas tan diferentes como la actual Tailandia (Winichakul 1994: cap. 6 y 7), los Estados Unidos (Brückner 2006) y Argentina y Brasil (Andermann 2007). Se ha producido entonces un tránsito de una concepción del mapa como lenguaje a una concepción del mapa como discurso, de manera que las lecturas de los mapas como símbolos, narrativas, retóricas y textos han dado la razón a los planteamientos de Benedict Anderson, para quien los mapas

1 Un reciente balance bibliográfico desde el campo de la historia de la educación en Del Pozo Andrés (2008)

2 Obras significativas al respecto en la década de 1990 serían Hooson (1994) Herb/Kaplan (1999).

3 Ver al respecto Díaz Ángel (2009).

y los censos crearon "un paisaje humano de perfecta visibilidad" que permitió al Estado-nación apoderarse del control del territorio y de sus habitantes (1993: 258).

La producción historiográfica efectuada en y sobre América Latina acerca de estos problemas desde hace tres décadas, cuando se publicó el libro Espace et identité nationale en Amérique Latine (Girault et al. 1981), ha sido continua aunque desigual, como se aprecia en algunos repertorios bibliográficos.[4] En diversos países, especialmente México, Colombia y Argentina, empieza a acumularse un conjunto de conocimientos sobre la imbricación entre la producción de conocimientos sobre el espacio y la construcción de los Estados nacionales, en el que últimamente se muestra activa una incipiente comunidad científica de historiadores de la cartografía.[5]

En el conjunto de esta producción historiográfica se constata que la institucionalización de saberes geográficos y el desarrollo de una producción de conocimientos geográficos y cartográficos en los países latinoamericanos estuvieron influenciados no sólo por la imitación del modelo de geografía elaborado en las metrópolis europeas, sino por las motivaciones, necesidades y objetivos locales.

Esta combinación de factores sociales y técnicos de procedencia foránea y surgidos en el propio contexto local y estatal dio origen a la creación de determinadas instituciones científicas, generadoras de un pensamiento y práctica geográfica específicos, puestos al servicio de la construcción de su respectivo Estado nacional y de la implementación de un orden en el territorio sobre el que se asienta la soberanía nacional, como se puede apreciar al efectuar un análisis del surgimiento y desarrollo de la Sociedad Geográfica de Lima.

Un primer objetivo de este texto es precisamente intentar delimitar y explicar las claves de la dinámica política y cultural local que operaron en la fundación y los primeros años de funcionamiento de esta institución científica, la tercera de su género en tierras latinoamericanas, tras la constitución en 1833 de la Sociedad Mexicana de Geografía e Historia y del Instituto Histórico e Geographico do Brazil en Río de Janeiro en 1838.

4 Entre ellos cabe destacar el aporte del sitio "Razón Cartográfica. Noticias de la Red de Historia de las Geografías y Cartografías de Colombia", en <http://razoncartografica.com/bibliografia/> (15.02.2014), y el más ceñido a la producción cartográfica de Mendoza Vargas/García (2007).

5 Para una presentación en sociedad de esta comunidad de historiadores de la cartografía latinoamericanos y un balance de su producción véase Dym (2010).

Un segundo objetivo consiste en ubicar y relacionar el quehacer generado a lo largo de medio siglo por la Sociedad Geográfica de Lima en el marco de un pensamiento y de una práctica geográfica que atraviesan la época republicana en sus etapas fundacionales, destinados –como sugiriera Orlove (1993) en un interesante trabajo– a establecer un nuevo orden en el espacio en el que se procuró ejercer la soberanía nacional a través de un triple impulso: disciplinar, administrativo y político. Un tercer y último objetivo consistirá en hacer un balance de los logros y limitaciones del proyecto nacionalizador de la Sociedad Geográfica de Lima tras medio siglo de actuación. Esperamos contribuir así a ofrecer más elementos de reflexión a la producción existente sobre la relación entre elaboración de conocimientos geográficos y desarrollo de un sentimiento nacional, interrelación que en el caso peruano se remonta a los tiempos iniciales de la construcción de la república y se desarrolla a lo largo de gran parte del siglo XIX.

Los precursores republicanos

Por ahora disponemos de escasos estudios del pensamiento geográfico de las primeras décadas republicanas que hunde sus raíces en las postrimerías coloniales. Entre 1791 y 1795 la Sociedad Académica de Amantes del País de Lima editó el Mercurio Peruano, un tercio de cuyas páginas se dedicaron al conocimiento del país, en un sentido lato.[6] Sus colaboradores dedicaron esfuerzos a explicitar los rasgos sobresalientes de la geografía del Perú. Los "mercuristas" expresaron en sus estudios la convicción de habitar en un espacio singular defendiendo las producciones naturales y culturales americanas en general, y andinas en particular, frente a las tesis de filósofos y naturalistas europeos, como Buffon, Raynal, y De Pauw, quienes en diversas obras habían denigrado la naturaleza y el hombre americanos. El principal animador de esa publicación fue Hipólito Unanue (1755-1833), un ilustrado dispuesto siempre a poner sus conocimientos médicos, botánicos, geográficos e historiográficos al servicio de los proyectos surgidos tanto desde la burocracia virreinal limeña como de los primeros gobernantes republicanos peruanos. Debemos a Jorge Cañizares (1995) un sugerente análisis de la visión utópica de la naturaleza y de la sociedad peruanas de Unanue que llegó a tener una fuerte influencia en las élites locales que sobrevivieron a las guerras de in-

6 El mejor estudio bibliográfico de esta revista se lo debemos a Clement (1979).

dependencia. El pensamiento geográfico de Unanue, formulado fundamentalmente en su escrito "Geografía física del Perú" publicado en el Mercurio Peruano el 8 de enero de 1792, estaba encaminado a mostrar que el Perú era una región privilegiada para el desarrollo del comercio internacional, ya que contaba con ríos que fluían hacia el Atlántico y el Pacífico, comercio que había que estimular acelerando la "circulación" de mercancías mejorando su transporte. Esa visión utópica se basó en una confianza ilimitada en la calidad y cantidad de los productos naturales de su país, contemplado como una tierra escogida puesto que Dios demostró su predilección por el Perú "por el influxo que le ha concedido en el equilibrio del Globo terráqueo". Insistió además en el carácter único de la naturaleza peruana y en que el Perú era un lugar privilegiado porque se agrupaban en él todos los climas y productos de la tierra, de manera que según Unanue en los Andes se encontraban no sólo todas las variedades vegetales del planeta sino también todas las razas humanas. Sus planteamientos geográficos se plasmaron en un escudo nacional diseñado por un Congreso de la República, presidido por él en 1822, en el que además de una cornucopia de monedas de plata que simbolizaba la riqueza minera del país, incluyó un árbol de la quina y otras plantas como la coca, símbolos de la utopía comercial de Unanue (Cañizares 1995: 101).

Lamentablemente el estudio de la influencia posterior de la práctica geográfica en la construcción del Estado nacional peruano no se ha efectuado aún con la acuciosidad que sería necesario. Sólo disponemos de un análisis, estimulante pero excesivamente genérico, del antropólogo Benjamin S. Orlove (1993), interesado en sopesar y comparar la importancia de las imágenes de orden en el pensamiento geográfico peruano de la época colonial y republicana. Según este autor, en la época colonial se enfatizó la existencia de diferencias raciales en el marco de un espacio homogéneo y relativamente equilibrado, mientras que en la época postcolonial se subrayaron las diferencias regionales de los lugares en el marco de una población homogénea, aunque encubiertamente racializada. Ese orden en ambos períodos históricos sería establecido por un triple impulso: 1) disciplinar, que permite discutir conceptos, ideas y evidencias de una manera coherente y sistemática; 2) administrativo, que se apoya en la tendencia de las burocracias estatales y de los especialistas en ese campo de conocimiento para establecer vínculos duraderos entre unos y otros, de manera que el campo de conocimiento está conformado por las estructuras del Estado; 3) hegemónico, basado en la importancia de tal campo de conocimiento en la configuración de los debates culturales, estableciendo determinados

puntos de vista como verdades incuestionables o promoviendo puntos de vista alternativos. La primera fase del desarrollo de una geografía republicana, coincidente con un fortalecimiento del gobierno central durante la era del guano la ubica Osborne en las décadas centrales del siglo XIX, cuando aparecen algunos trabajos fundamentales para el conocimiento del territorio peruano.

En esa producción geográfica tan significativa para entender el proceso de construcción del Estado nacional peruano destacan los trabajos de destacados integrantes de la familia Paz Soldán –con lazos de parentesco con Hipólito Unanue y el mineralogista Mariano Eduardo Rivero– y la obra del naturalista Antonio Raimondi. Unos y otro desempeñaron un importante papel en la "invención" de la nación peruana.

En 1862 apareció publicada en París la Geografía del Perú, obra póstuma del notable arequipeño Mateo Paz Soldán quien, en el prólogo de la obra, manifestó su convicción de que, a pesar de carecer de datos estadísticos y físicos "sin los que no puede haber certeza en los resultados y cómputos que sobre asuntos geográficos se trate de hacer", su trabajo significaba un paso adelante en el conocimiento de una materia que era "de sumo valor para la ciencia" (Paz Soldán/Paz Soldán 1862: I, I).

Representativo de los ideales de la "generación romántica" peruana, ese trabajo, que significó el primer libro que ofrecía una visión de conjunto del territorio peruano aunque careciese de mapas, tuvo que ser finalizado por el hermano de Mateo, Mariano Felipe Paz Soldán, geógrafo e historiador, además de político que ocupó cargos relevantes en la administración del Estado en la época conocida como la República del Guano. Gracias al apoyo oficial del gobierno del mariscal Ramón Castilla, Mariano Felipe Paz Soldán viajó a la capital de Francia donde completó el trabajo iniciado por su hermano, ampliando fundamentalmente la información y estructurando la obra, tal y como detalla en el prólogo que firmó en Paris el 23 de octubre de 1861 (Paz Soldán/Paz Soldán 1862: I, VII).

El libro se inicia con un esbozo de la historia del Perú y una presentación general de su territorio, para exponer a continuación "los usos y costumbres de las masas que forman la mayoría de la nación". Historia, territorio y pueblo están así fundidos en la configuración de una nación que se presenta como tierra promisoria. Se ofrece información estadística "de sus producciones y comercio con todas las naciones" y de la situación de su hacienda y de su sistema de instrucción pública, así como de su marina de guerra y mercante. Además Mariano Felipe Paz Soldán movilizó

conocimientos de otros estudiosos del Perú para determinar las posiciones geográficas y para mostrar la distribución geográfica de los vegetales, una de las preocupaciones de la ciencia humboldtiana, en la que se insertó el naturalista Raimondi: "El cuadro de las longitudes y latitudes de muchos puntos del Perú, alturas e itinerarios, es el resumen de cuanto hasta hoy se ha publicado acerca del Perú; y para terminar la idea general de tan vasto territorio se ha copiado la Geografía Botánica del acreditado señor Raimondi" (Paz Soldán 1862: I, VII). Junto a esa visión de conjunto, el responsable final de la obra procuró también ofrecer detalles de los elementos que integraban la república, dando "idea del régimen político y administrativo de la nación con el cuadro de los departamentos y provincias" (I, VII), conduciendo al lector por los aspectos más significativos de las múltiples partes administrativas que componían el Estado nacional: "al tratar de cada departamento en particular, después de determinar su posición, se procede a describir cada provincia en todos sus reinos, a fin de instruir en lo posible al lector de cuanto notable hay como monumento del arte o de la naturaleza, productos, industria, etc." (I, VI-VII).

Ese significativo esfuerzo organizador del territorio peruano lo completó Mariano Felipe Paz Soldán con otras dos grandes iniciativas efectuadas respectivamente en las décadas de 1860 y 1870. Tras ser comisionado en 1859 para formar una carta general de la república, logró cumplir ese mandato publicando en 1865, también en París, un gran mapa del Perú acompañado de un lujoso atlas geográfico (Paz Soldán 1865). Con el mapa ofrecía una representación general de la república, cuyas fronteras no estaban aún delimitadas y cuyo territorio aún estaba insuficientemente explorado y estudiado según los métodos científicos modernos. Junto a ese mapa, el lector tenía además a su disposición un voluminoso atlas que contenía los mapas de cada departamento en particular, los planos topográficos de ciudades capitales de departamento, elaborados varios de ellos por Raimondi, proyectos de ferrocarriles, vistas de ciudades como una gran vista panorámica plegable de Arequipa –patria chica de los Paz Soldán–, algunas cartas físicas, grabados con representaciones de costumbres populares e informaciones estadísticas. Ese atlas era una de las expresiones visuales más elocuentes del optimismo de las élites de la República del Guano. La elaboración de esas representaciones visuales fue una tarea ardua para la que Mariano Felipe Paz Soldán encontró el apoyo decidido del gobierno y realizó una labor de bricolaje geográfico notable. Reunió los mapas y cartas marinas que se habían publicado y aprovechó los planos de los

ingenieros que tenía a su disposición pues desempeñaba entonces el cargo de director general de obras públicas (Raimondi 1879: 296). También se valió de importantes trabajos inéditos, como los elaborados por el coronel Althaus. Este militar había nacido en el seno de una familia de la nobleza alemana, había combatido en Europa contra Napoleón y luego había participado activamente en la campaña libertadora del Perú de San Martín y alcanzado posiciones preeminentes en el ejército del nuevo Perú independiente. En su nueva patria de adopción trabajaría como ingeniero militar y hacia 1834, poco antes de su fallecimiento, había sido capaz de levantar un mapa general de Perú, Bolivia y parte de Ecuador, al que cabe considerar el primer mapa republicano peruano, inspirador del trabajo cartográfico de Mariano Felipe Paz Soldán.

En la década de 1870, cuando empezaba a dominar la vida política la primera administración del Partido Civil, liderado por Manuel Pardo, Mariano Felipe Paz Soldán publicó otra obra de largo aliento y que significó un hito en los estudios geográficos del Perú y en la voluntad de introducir orden en el manejo del complejo espacio de esa república andina para facilitar el control de su territorio. En efecto, la imprenta del Estado publicó su importante Diccionario geográfico estadístico del Perú en 1877, un año después de que se hubiese organizado el primer censo de la república, que señaló que vivían en el Perú dos millones setecientos mil habitantes, de los cuales un 58% fue calificado como indígena (Contreras/Cueto 1999: 126). En esa monumental obra, resultado de tres décadas y media de investigaciones, se recogían por orden alfabético 30.233 términos geográficos, señalando su posición astronómica, su calificación administrativa o política, sus características geográficas y la etimología aymara y quechua de las principales poblaciones, lagos, ríos y montañas. Dada la importancia de la etimología para la correcta ortografía de los lugares, el autor optó por incorporar como primer apéndice de su obra unas explicaciones sobre la declinación y conjugación en las lenguas aymara y quechua.

El Diccionario –apoyado en una amplia y selecta bibliografía, presentada por el autor en la "Biblioteca geográfica del Perú", que incorporó como un valioso apéndice tercero de su obra (Paz Soldán 1877: 1055-1077)– fue concebido por tanto como un instrumento destinado a crear un sistema ordenado del territorio peruano que facilitase el control de la autoridad central sobre un territorio muy heterogéneo y compartimentado. Con él además se aspiraba a fortalecer la unidad nacional, como se aprecia, por ejemplo, en las páginas dedicadas por Paz Soldán al artículo Perú de

su Diccionario (1877: 688-761). Conocido el número de sus habitantes, Mariano Felipe Paz Soldán, que era en aquel momento el presidente de la comisión de demarcación territorial del Perú, abordó el problema de la clasificación de los asentamientos en los que se distribuía la población peruana para reorganizar una demarcación territorial, que consideraba confusa y de difícil gobernación por su inestabilidad. A veces las dificultades para establecer una nomenclatura coherente de todas las poblaciones le había hecho creer que se encontraba en un laberinto (Paz Soldán 1877: IX-XVI).

La labor geográfica de los Paz Soldán se complementó en las décadas centrales del siglo XIX con el importante trabajo efectuado por el naturalista de origen milanés Antonio Raimondi (1824-1890) en tierras peruanas desde su llegada a Lima en 1850. En aquella época, la república estaba organizada en 11 departamentos, 2 provincias litorales, 64 provincias y 613 distritos, división territorial que estaba en continua transformación, en parte por la falta de un conocimiento preciso del espacio sobre el que la república ejercía la soberanía nacional al menos nominalmente. Gran parte de ese territorio lo recorrería Raimondi entre 1851 y 1869 efectuando innumerables observaciones geográficas y recolectando y estudiando objetos de la gea, la flora y la fauna peruana, así como materiales arqueológicos, y etnográficos. La vinculación de Raimondi con la élite de la República del Guano ha sido analizada (Seiner Lizárraga 2003) y conocemos los trabajos que llevó a cabo como geólogo consultor del Estado, evaluando por ejemplo la calidad de los depósitos de guano y salitre. Él mismo reconoció que desde 1858 todos los gobiernos apoyaron sus investigaciones, dotándole de importantes recursos. En ese mecenazgo destacaría el líder del Partido Civil Manuel Pardo quien, a través de un decreto de 20 de junio de 1873 siendo presidente de la República, auspició la edición de El Perú. Ésta fue la gran publicación en la que Raimondi dio a conocer los resultados de sus expediciones científicas y exploraciones geográficas, trabajos emprendidos "con el exclusivo objeto de estudiar este rico cuanto poco conocido país, bajo el punto de vista geográfico y de sus variadas producciones naturales" (Raimondi 1874: III-V). La obra, lujosamente editada, quedaría truncada, pues sólo se publicaron tres volúmenes entre 1874 y 1879, que fueron precisamente los dedicados al conocimiento geográfico del Perú.

En ellos además de ofrecer una síntesis de sus innumerables viajes en el primer volumen, efectúa en los otros dos volúmenes una pormenorizada historia de la geografía peruana desde los inicios de la época colonial hasta su tiempo presente, dando a entender que su quehacer era el resultado de

una larga tradición de conocimientos aportados por los saberes andinos y occidentales. Raimondi fue muy consciente de que su labor era deudora de un esfuerzo acumulativo de conocimientos de generaciones anteriores, y de que los nuevos conocimientos sobre el territorio peruano que se debían de generar usando métodos científicos modernos tenían que realizarse colectivamente, a través de comisiones. Fruto de estas preocupaciones resulta significativo que dedique el primer libro a cuestiones metodológicas explicando los fundamentos científicos de su quehacer, basado en el uso de instrumentos de precisión, que enumera particularmente en el capítulo titulado "Modo cómo ha sido recogido el material para la obra 'El Perú' y datos para los que quieran continuar los estudios en este país" (Raimondi 1874: 61-110).

Es indudable que la obra de Raimondi fue un acicate fundamental para la constitución de la Sociedad Geográfica de Lima, que se conformó en cierta medida para proseguir los estudios y aportaciones del naturalista de origen italiano Raimondi. Esas actividades se encaminaron a lograr una mejor vertebración territorial del Estado nacional peruano y fomentar el sentimiento de nacionalidad, tras el trauma que supuso para las élites peruanas la derrota ante Chile en la Guerra del Pacífico, como veremos a continuación.

El trasfondo nacionalista de una sociedad científica

El nacimiento y desarrollo de la Sociedad Geográfica de Lima puede ser contemplado como el trasplante a territorio peruano de los roles y las normas sociales de comportamiento científico existentes en las sociedades geográficas que ya funcionaban desde hacía tiempo en Europa. Estas normas, que se fueron consolidando en la Europa del siglo XIX, promovían la asociación de los estudiosos del mundo natural, una relación más estrecha con el Estado y la difusión de sus resultados en función de objetivos utilitarios y educativos. Asimismo, la fundación de esa sociedad ha de ser vista como el resultado de la decisión tomada por las élites científica y política peruanas para dar respuesta a los retos de carácter político, económico y cultural, procedentes de su espacio de acción social. Estos retos estaban ligados a la necesidad de desarrollar una economía abierta basada en la exportación de materias primas, atraer la ansiada inmigración europea y delimitar la

identidad limítrofe del Perú en relación con sus vecinos. Varias de estas necesidades surgieron o se acentuaron a fines del siglo pasado.

Tras su derrota con Chile en la Guerra del Salitre (1879-1883), los grupos sociales dirigentes de la sociedad peruana quedaron conmocionados y emprendieron un amplio proceso de reflexión colectiva y de reorganización institucional tendiente a reconstruir el Estado peruano, que tan debilitado había quedado tras las acciones victoriosas del ejército chileno. Se inició entonces una nueva fase de la construcción del Estado nacional peruano que debe considerarse como uno más de los aspectos del largo proceso de modernización del Perú republicano, fenómeno que en líneas generales puede definirse como la expansión del control sobre el entorno mediante una interacción más estrecha entre los hombres (Sinkin 1979: 6).

Representantes de las élites dirigentes peruanas llegaron entonces a la convicción de que estaban obligados a estudiar con nuevos bríos los diversos problemas del Perú y a crear obras que estimulasen su resolución. Un conspicuo representante de esa élite –el político e historiador Eugenio Larrabure y Unanue, presidente del Club Literario, que reinició sus actividades en 1885– expresó con elocuentes palabras las ilusiones y los proyectos de estos reconstructores del Estado nacional peruano, que decidieron poner en práctica el programa económico y cultural que el civilismo había intentado aplicar en los años 1870: "Encontraremos todos el gran secreto de cicatrizar las heridas aún abiertas, de difundir la instrucción y la moral, de levantar de su postración a la agricultura y la minería, de abrir nuevos horizontes al comercio y de vigorizar el organismo nacional, gastado tristemente por las estériles luchas en que se ha consumido nuestra vida interior" (cit. sg. Kristal 1991: 106).

En esa élite dirigente caló hondo el positivismo. Este movimiento socio-cultural, que afectó a todas las estructuras de las sociedades latinoamericanas entre 1880 y 1910, fue complejo y heterogéneo, tal y como han destacado diversos autores (Zea 1949; Terán 1983). A él se adscribieron desde liberales progresistas hasta darwinistas sociales. Todos ellos coincidieron en alentar desde supuestos cientificistas una amplia reflexión sobre "los males latinoamericanos", vistos como las resistencias que ofrecía la realidad para plegarse mansamente a sus objetivos de hacer convivir armónicamente la "estática" del orden y la dinámica del "progreso" (Terán 1987: 12-13).

En el caso peruano la mentalidad positivista fue usada como un buen instrumental para fortalecer los sentimientos nacionales (Zea 1949: 241). Para llevar a cabo esa obra nacionalista se recurrió a todo tipo de instru-

mentos culturales, educativos, y particularmente científicos, máxime en una etapa histórica en la que la ciencia fue vista como una fuerza redentora, tal y como expresara vehementemente Manuel González Prada: "Si la ignorancia de los gobernantes y la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores acudamos a la ciencia, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la naturaleza... a la ciencia positiva que en un siglo de aplicaciones industriales ha producido más bienes a la humanidad que milenios de teología y metafísica" (citado sg. Zea 1980: XLII].

De esta manera, mostrar la realidad, enfrentarla científica, positivamente, dominarla como se domina a la misma naturaleza, se convirtió en el desiderátum de los impulsores y sostenedores de la Sociedad Geográfica de Lima. En su opinión, la regeneración de la nación peruana sería posible a partir del conocimiento científico de la propia realidad.

En ese ambiente de afanes regeneracionistas y renovada confianza en las posibilidades futuras del Perú, un decreto del presidente de la República, el general Andrés A. Cáceres, de 22 de febrero de 1888 determinó crear la Sociedad Geográfica de Lima para "fomentar los estudios científicos de aplicación, facilitar la explotación e incremento de los productos naturales del país, y crear un centro de datos e informaciones sobre la Geografía en general y sobre la especial que interesa a la buena marcha de la administración pública".[7] Pero a pesar de los deseos de poner en marcha inmediatamente la sociedad, ésta no inició de forma efectiva su vida oficial hasta 1891 (Palacios Rodríguez 1988: 56). En ese año el Gobierno peruano pudo al fin asignar recursos a la incipiente institución limeña. Esta sociedad inauguró entonces sus sesiones, ordenó sus tareas e inició la edición de un Boletín, que se convirtió en su órgano oficial. En el transcurso del tiempo esa publicación se transformó en el instrumento fundamental que han tenido los miembros de la Sociedad Geográfica de Lima para difundir sus estudios e investigaciones, con los que han procurado obtener un mejor conocimiento del territorio peruano con el fin de incrementar el control y aprovechamiento de los recursos del espacio nacional.

Según expusiera en un editorial el organizador y primer presidente de la sociedad, el médico, político liberal y codirector del prestigioso diario de Lima El Comercio Luis Carranza los objetivos de la sociedad eran fundamentalmente tres.[8]

7 Decretos de creación y organización de la Sociedad Geográfica de Lima en Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima (de aquí en adelante BSGL), I (1891), p. 3.
8 "Editorial", en BSGL, I (1891), p. 23.

El primer objetivo era aumentar los conocimientos que se tenían de los recursos naturales del país, principalmente de los mineralógicos, para vincular más estrechamente el Perú al mercado mundial. Este objetivo estaba estrechamente vinculado con las perspectivas de explotación minera que empresarios nacionales, en primer lugar, y posteriormente extranjeros, realizarían sobre todo en la sierra central del país (Thorp/Bertram 1978: 72-94). El segundo era defender las condiciones de habitabilidad del espacio peruano, para captar inmigrantes europeos, frente a quienes sostenían que el clima del Perú y el carácter de sus habitantes no eran favorables para el arraigo de población de origen europeo.[9] El tercer objetivo, según Carranza, era mejorar el nivel de información de los peruanos acerca del nivel de desarrollo de los países vecinos del Perú para evitar sorpresas como las que habían tenido en el conflicto bélico con Chile una década atrás.

La sociedad, como apuntara Marcos Cueto (1989: 76; 1992), generó un nacionalismo geográfico al crear una ideología territorial, con lo que disponemos de una confirmación más de las observaciones de ciertos autores de que los nacionalismos son una forma territorial de ideología.[10]

Ese nacionalismo, entendido como una ideología territorial, pudo a su vez desarrollarse gracias a una serie de actividades que desenvolvió o estimuló la Sociedad Geográfica de Lima, tales como exploraciones geográficas dirigidas a favorecer la explotación de recursos naturales, la demarcación política del interior del territorio peruano, la reseña de provincias, el reconocimiento de rutas de transporte y comercio, la difusión del conocimiento geográfico y el establecimiento de fronteras precisas con los países vecinos.

Este último objetivo era de especial interés político porque se consideraba que para las negociaciones diplomáticas pendientes era imprescindible acopiar materiales para la defensa de los derechos territoriales cuestionados por los países vecinos del Perú. A fines del siglo XIX el Perú tenía problemas limítrofes pendientes con todos los países vecinos y no existía una imagen definida y suficientemente difundida del territorio del país. Este problema fue parcialmente solucionado a partir de 1898 cuando la sociedad publicó 32 hojas seccionales que correspondían a un mapa del Perú, y posteriormente en 1912 cuando ella misma confeccionó un Mapa

9 Esta discusión continuaba la disputa sobre la habitabilidad del Nuevo Mundo que se remontaba a la época colonial. Véase Gerbi (1960).

10 Véanse por ejemplo Anderson (1986); Knight (1982); Nogue i Font (1989); Nadal (1990).

Mural del Perú que fue distribuido y exhibido en numerosas oficinas públicas, centros educativos y publicaciones (Cueto 1989: 78).

De esta manera, el reconocimiento del espacio geográfico peruano fue concebido y utilizado por los integrantes de la Sociedad Geográfica de Lima como un soporte de relaciones socio-económicas sobre el que desarrollar un mercado nacional, como un referente político sobre el que había que desplegar estrategias geopolíticas, como un medio de construcción de una estructura estatal, y como un elemento ideológico y cultural sobre el que había que elaborar un conjunto de símbolos y valores que favoreciesen la integración y cohesión de una sociedad pluricultural habitada por diversos elementos étnicos, a los que había que dotar de una identidad común.

El nacionalismo impregnó pues a los fundadores y socios futuros de la Sociedad Geográfica de Lima y se convirtió en una poderosa fuerza de la organización y transformación territorial del Perú que emprendió esa sociedad científica.

Las líneas de acción de un plan cultural

De esta manera los integrantes de la Sociedad Geográfica de Lima, impulsados por su nacionalismo, desarrollaron un programa de trabajos científicos encaminado a lograr una serie de objetivos que favoreciesen la construcción del Estado nacional peruano. Entre esos fines cabe destacar los siguientes:

- contribuir a definir geográfica y culturalmente su territorio y su paisaje para ayudar a que quienes eran considerados miembros de la comunidad nacional pudiesen identificarse con ellos;
- buscar y delimitar los elementos físicos y humanos, y los rasgos geográficos particulares, que definían y daban personalidad al territorio peruano;
- potenciar los sistemas de comunicaciones para reforzar los vínculos culturales y sociales de los integrantes de la comunidad peruana; y
- reforzar el sentimiento de pertenencia al territorio peruano, fortaleciendo los nexos comunitarios de las diversas unidades político-geográficas de ese espacio como eran los departamentos, provincias y distritos.

Al ponerse en marcha en 1891 la Sociedad Geográfica de Lima, su primer Consejo Directivo[11] diseñó un amplio programa de investigaciones con el que se deseaba hacer efectiva la labor de cohesión, orientación y promoción de la ciencia que caracteriza a cualquier institución científica. Este programa enfatizaba la necesidad de hacer trabajos de carácter práctico y concreto, dada la ideología positivista dominante entre los miembros de la sociedad, y estaba organizado en torno a siete líneas de trabajo, que desarrollaron otras tantas comisiones técnicas. A lo largo de la primera década de funcionamiento de la Sociedad estas comisiones funcionaron con desiguales resultados.[12] Las más activas fueron las encargadas del estudio:

- de la Geografía General Descriptiva del Perú,
- de la Historia Natural del Perú,
- de las Razas, Etnografía, Arqueología y Geografía Histórica del Perú,
- y del Archivo de Raimondi, el naturalista italiano al que se con-

11 Este primer Consejo Directivo estaba formado por:
- un vicepresidente, encargado de la Presidencia: Luis Carranza
- dieciocho vocales: Celso Bambarén, Modesto Basadre, Manuel Melitón Carvajal, José Granda, Eduardo Habich, Manuel Irigoyen, José Agustín La Puente, Ernesto Malinowski, Guillermo Nation, José Pardo, Octavio Pardo, Carlos Paz-Soldán, P. Paz-Soldán y Unanue, Leonardo Pflücker y Rico, José Casimiro Ulloa, José Unanue, Leonardo Villar y Manuel A. Viñas
- un secretario: Gabino Pacheco Zegarra
- un tesorero: coronel José B. Huertas

(BSGL, I, 1891, p. 30).

12 Así en los once primeros tomos del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima se publicaron:
35 artículos de Antropología, Etnografía y Lingüística
14 artículos de Arqueología
6 artículos de Astronomía
10 artículos de Bibliografía
16 artículos de Botánica
12 artículos de Colonización, Inmigración e Irrigación
8 artículos de Estadística
102 artículos de Geografía
25 artículos de Geología, Mineralogía y Paleontología
18 artículos de Hidrografía
114 artículos de Meteorología y Climatología
10 artículos de Oceanografía
22 artículos de Orografía, Topografía y Geodesia
3 artículos de Zoología
Ver: "Indice por Materias de los artículos publicados en los primeros once tomos del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", BSGL, XI (1901), 423-449.

sidera el fundador de la geografía contemporánea del Perú (Janni 1942).

Esta comisión, presidida en sus orígenes por el ingeniero civil Ernesto Malinowski, logró con el transcurrir de los años sistematizar y editar parte de los materiales recopilados por ese naturalista en los innumerables viajes que realizó por el territorio peruano durante el tercer cuarto del siglo XIX, según se señaló páginas atrás. Raimondi contribuyó así a crear una especie de escuela geográfica peruana y sus mapas, una parte de los cuales se conserva actualmente en el museo Raimondi de Lima[13], se convirtieron en el fundamento de la labor cartográfica que llevó a cabo la Sociedad Geográfica de Lima, tarea que hizo posible la construcción de una nueva imagen del Perú en las primeras décadas del siglo XX.

Las menos activas, por su parte, fueron las comisiones dedicadas al estudio:

- de la Meteorología y Climatología del Perú,
- de la Estadística y Demografía Nacional y Estadística Civil y Militar de las naciones vecinas,
- y la encargada de la Comisión de límites y dirección del archivo del ramo.

Entre 1891 y 1901 la Comisión encargada del estudio de la Geografía General Descriptiva del Perú fue, debido a su carácter generalista, la que suscitó mayor número de colaboraciones por parte de los socios y simpatizantes de la sociedad.

En un momento histórico en el que se renovó el interés por el conocimiento del Oriente peruano al surgir en el mercado mundial un gran interés por el caucho amazónico (Bonilla 1977: 123-133; García Jordán 1998), proliferaron los estudios sobre esa inmensa región. Esta área geográfica abarcaba más de dos terceras partes de la extensión de la república, y sus inmensos territorios permanecían en su mayor parte inexplorados y desconocidos para la población peruana no originaria de esas regiones selváticas. Así, a lo largo de la última década del siglo XIX se presentaron

13 El autor de este trabajo tuvo la oportunidad de visitar los fondos de ese museo durante el mes de agosto de 1991, custodiados en aquel momento diligentemente por Ricardo La Torre Silva. Para conocer la riqueza de los materiales existentes en esa institución consultar Colombo Silvestri/La Torre/García (1990) y Cueto (1995: 174-178).

en las páginas del Boletín más de una docena de trabajos[14] dedicados al estudio de los recursos naturales de la región amazónica así como al análisis de su orografía, topografía e hidrografía. Desde el informe que elaboraron los ingenieros José E. Castañón y Teobaldo Eléspuru y el coronel Samuel Palacios Mendiburu sobre los territorios del río Marañón en 1891[15] hasta la conferencia dada por el doctor Manuel Patiño Salmudio sobre el departamento de Loreto en 1901[16] los integrantes de la sociedad volcaron parte de sus energías en el apoyo a una política de conocimiento y control de los territorios amazónicos, estimulados por el crecimiento del puerto fluvial de Iquitos, gracias al boom del caucho. La explotación de este producto abría entonces la posibilidad de integrar esos alejados e inhóspitos territorios al incipiente mercado nacional que los gobernantes de la denominada República Aristocrática estaban construyendo. Ese plan de trabajo destinado a conocer mejor los recursos naturales de las regiones amazónicas, puesto en marcha en la década 1890-1900, continuó en los primeros años del siglo XX gracias a las actividades llevadas a cabo por la Junta de Vías Fluviales. Este organismo fue creado en 1901 por el Ministerio de Fomento con un doble objetivo: el de organizar el envío de expediciones al Oriente amazónico peruano y el de asesorar sobre los medios que había que usar para proteger a las empresas industriales que allí estaban ubicadas (Basadre 1963: 3319-3320). Sus importantes trabajos científicos, observaciones astronómicas y trazado de cartas hidrográficas pueden seguirse puntualmente a través de las páginas del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima. Todo ese esfuerzo de conocimiento estuvo encaminado fundamentalmente a orientar los trabajos que asegurasen el más rápido contacto de la región cauchera recorrida por el río Madre de Dios con el litoral del Pacífico, para lo cual, por ejemplo, se fundó Puerto Maldonado. Ese renovado interés peruano por esa área amazónica originaría conflictos limítrofes con Brasil y Bolivia, a propósito de la región del Acre.

14 Los firmantes de esas colaboraciones fueron C.H. Dolby Tyler, el coronel Samuel Palacios, el ingeniero R.F. Letts, Albino Carranza, Dávalos y Lissón, el doctor Claudio Osambela, Rafael Quiroz, Luis M. Robledo, y el doctor Manuel Patiño Salmudio. Para una referencia precisa de estas colaboraciones consultar el índice elaborado por Díaz Marín (1988).

15 "Informe sobre territorios del río Marañón, por los ingenieros José E. Castañón y Teobaldo Eléspuru y coronel Samuel Palacios Mendiburu", en: BSGL, I (1891), pp. 11 ss.

16 "El caucho y la shiringa, navegación fluvial, colonización, etc., del departamento de Loreto", por el doctor Manuel Patiño Samudio, en: BSGL, XI (1901), pp. 62 ss.

A su vez los territorios de la costa del Pacífico y de la sierra andina suscitaron un desigual interés entre los miembros de la institución en los años iniciales de su funcionamiento. Así, respecto a la geografía descriptiva del litoral, los once primeros volúmenes del Boletín sólo publicaron dos trabajos, concernientes respectivamente a las provincias de Tumbes[17] y Chiclayo[18]. Sin embargo la región serrana sí fue un objetivo prioritario de estudio de los integrantes de la sociedad. Se editaron once relatos de viajeros que se internaron por diversas áreas de los Andes peruanos, bien desde Lima o desde los importantes núcleos urbanos existentes en la sierra central peruana, como Huancayo, y Ayacucho.[19] Los principales centros de atención de esos viajes fueron los centros mineros de Cerro de Pasco y de la provincia aurífera de Carabaya, y la región del Apurímac, visitada varias veces por el coronel Pedro Portillo, uno de los exploradores más activos del piedemonte amazónico peruano en esos años finales del siglo XIX, y quien como prefecto de Loreto entre 1902 y 1904 impulsó el conocimiento y

17 Froilán P. Morales: "Datos generales sobre la provincia de Tumbes", en: BSGL, III (1893), pp. 442 ss.

18 José Clodomiro Soto: "Provincia de Chiclayo", en: BSGL, IV (1894), pp. 220 ss.

19 Estos relatos son los siguientes:

- "Viaje a Andamarca y Pangoa", por E. Barraillier, en: BSGL, II (1892), pp. 121 ss.
- "Viaje de exploración a las montañas y regiones auríferas del río de San Gabán, provincia de Carabaya (1889)", por Manuel César Vidal, en: BSGL, VI (1896), pp. 164 ss.
- "Observaciones hechas en un viaje a Carabaya", por el ingeniero José Balta, en: BSGL, VII (1897), pp. 105 ss.
- "Itinerario de Ayacucho a Ica", por el doctor Teobaldo Cancino", en: BSGL, II (1892), pp. 406 ss.
- "Discurso del doctor Luis Carranza al abrir la séptima conferencia dada en la Sociedad por el coronel E. de la Combe", en: BSGL, III (1893), pp. 58 ss.
- "Viaje descriptivo de Ayacucho a Pelechuco: conferencia dada en la Sociedad por el coronel E. de la Combe", BSGL, III (1893), pp. 61 ss.
- "Lima al cerro de Pasco", por Modesto Basadre, en: BSGL, IV (1894), pp. 319 ss.
- "Exploración de la región del Apurímac por las montañas de Huanta y La Mar" por el coronel Pedro Portillo, en: BSGL, VI (1896), pp. 271 ss.
- "Viaje de Ayacucho al Apurimac", por el coronel Pedro Portillo, en: BSGL, IX (1899), pp. 313 ss.
- "Excursión por el sur del Perú desde el Pacífico hasta las montañas de Carabaya, 1884", anónimo, en: BSGL, IX (1899), pp. 328 ss.
- "Viaje al Ucayali", por fray Tomás Alcántara, en: BSGL, IX (1899), pp. 442 ss; BSGL, X (1900), pp. 77 ss.
- "De Quilca a Puno", por Pentland, en: BSGL, X (1900), pp. 243 ss.
- "Itinerario de Huancayo a Lunahuaná", por Nemesio A. Ráez, en: BSGL, XI (1901), pp. 164 ss.

el control del territorio de esa región. Construyó puentes, fundó puertos fluviales, elaboró cuidadosos mapas de la hoya amazónica y publicó detallados estudios de la geografía de Loreto y del departamento de Madre de Dios en las páginas del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, en 1909 y 1914 respectivamente.[20]

En fin, como prueba de ese interés por el estudio de las diversas áreas del interior del Perú se publicaron hasta veintidós informes y monografías sobre diversas unidades político-administrativas de la república o lugares de su territorio.[21]

Por su parte, la comisión técnica que se formó en el seno de la Socie-

---

20 Estas serían las obras más importantes de Pedro Portillo: Las Montañas de Ayacucho y los ríos Apurímac, Mantaro, Ene, Perené, Tambo y Alto Ucayali (Lima, Imp. del Estado, 1901); Acontecimientos realizados con los ecuatorianos, colombianos y brasileños en los ríos Napo, Putumayo, Yurua y Purus durante los años de 1901 a 1904 (Lima, Tip. del Panóptico, 1909) y Memoria que presenta al Supremo Gobierno el coronel Pedro Portillo, ministro de Fomento en comisión especial al Departamento de Madre de Dios (Lima, Imp. Chávez, 1914).

21 Estos trabajos son los siguientes:
- "El distrito de Acobamba", por S. Torres Vicuña, en: BSGL, I (1891), pp. 104 ss.
- "Descripción geográfica, histórica y estadística de algunas provincias del centro del Perú", por el doctor L. Carranza, en: BSGL, I (1891), pp. 176 ss, 201 ss, 281 ss.
- "Informe sobre división de la provincia de Lampa", por los doctores José M. Macedo, y Pedro M. Rodríguez y coronel Juan N. Eléspuru, en: BSGL, I (1891), pp. 250 ss.
- "Provincia de Carabaya", por M. Basadre, en: BSGL, II (1892), pp. 190 ss.
- "Provincia de Huancayo", por Nemesio A. Ráez, en: BSGL, II (1892), pp. 327 ss.
- "El distrito de Comas, sus anexos y la montaña del Pangoa", por Víctor Enzián, en: BSGL, III (1893), pp. 207 ss.
- "Provincia de Puno", por M. Basadre, en: BSGL, III (1893), pp. 212 ss.
- "Los valles de Huancabamba, Palcazu y Oxapampa", por Aparicio Chávez Rey, en: BSGL, III (1893), pp. 241 ss.
- "Provincia de Chucuito", por M. Basadre, en: BSGL, III (1893), pp. 365 ss.
- "Departamento de Moquegua", por M. Basadre, en: BSGL, III (1893), pp. 426 ss.
- "Provincias de Huancané, Azángaro y Lampa", por M. Basadre, en: BSGL, IV (1894), pp. 80 ss.
- "El departamento de Puno en general", por M. Basadre, en: BSGL, IV (1894), pp. 108 ss.
- "Estudio de geografía descriptiva y datos estadísticos de la provincia de Tarma", por Albino Carranza, en: BSGL, V (1895), pp. 203 ss.
- "La Mar: montañas del distrito de Tambo", por Braulio Zúñiga, en: BSGL, VI (1896), pp. 440 ss.
- "Monografía de la provincia de Huánuco", anónimo, en: BSGL, VII (1897), pp. 61 ss.
- "Moho: ligeros apuntes descriptivos", por A.B., en: BSGL, VII (1897), pp. 213 ss.
- "Ambar, datos estadísticos y topográficos", por el doctor Claudio Osambela, en: BSGL, VII (1897), pp. 216 ss.

dad Geográfica de Lima para estudiar la Historia natural en sus relaciones geográficas dedicó fundamentalmente su atención a los trabajos geológicos, pues uno de los objetivos fundamentales de la sociedad era dar a conocer la riqueza mineralógica peruana. Así, de 43 trabajos relacionados con esa comisión técnica publicados en las páginas del Boletín de la Sociedad a lo largo de su primera década de existencia, 20 de ellos –es decir casi un 50%– fueron dedicados a temas de mineralogía, geología y paleontología, y se centraron en torno a tres líneas de investigación:

- el análisis de la distribución de las diversas capas geológicas del territorio peruano[22];
- el estudio de fósiles, publicándose entonces algunas de las investigaciones paleontológicas de Raimondi[23], o del geógrafo Modesto Basadre sobre un notable fósil peruano: el Scedilotherium leptocephalum[24]; y
- el estudio de las áreas mineralógicas y de sus respectivos recursos carboníferos, petrolíferos, argentíferos, auríferos y cupríferos. Se dieron a conocer, por ejemplo, observaciones sobre los recursos minerales

- "Provincia de la Unión: apuntes geográficos e históricos", por Juan Gastelu, en: BSGL, VII (1897), pp. 225 ss.
- "Provincia de Yauyos", por el ingeniero Ricardo Rey y Basadre, en: BSGL, VII (1897), pp. 441 ss; BSGL, VIII (1898), pp. 62 ss.
- "Provincia de Canta", por el coronel Mariano Alcázar, en: BSGL, VIII (1898), pp. 108 ss.
- "Monografía de la provincia de Tayacaja" por Nemesio A. Ráez, en: BSGL, VIII (1898), pp. 278 ss.
- "Departamento de La Libertad", por Carlos B. Cisneros y Rómulo E. García, en: BSGL, IX (1899), pp. 96 ss. y 170 ss.

22 El ingeniero Rey y Basadre estudió por ejemplo diversos aspectos de la geología de la costa: "Sumersión bajo el océano y posterior levantamiento de la costa del Perú durante el actual período geológico (con un croquis)", en: BSGL, V (1895), pp. 461 ss; y "Contribución al estudio de la geología de la costa del Perú (con dibujos ilustrativos)", en: BSGL, IX (1899), pp. 419 ss. y BSGL, X (1900), pp. 178 ss.

23 Antonio Raimondi: "Caverna de Huarari", en: BSGL, IV (1894), pp. 258 ss. y "Mandíbula inferior del Mastodon andium (con dos fotograbados)", en: BSGL, VII (1897), pp. 406 ss.

24 Modesto Basadre: "Un fósil peruano notable (con un fotograbado), en: BSGL, III (1893), pp. 86 ss.

del departamento de Piura[25], los minerales de Cacachara[26], el distrito minero de Cailloma,[27] y la zona mineral de Ananea-Poto;[28] y asimismo sobre las minas de oro del Perú,[29] los filones de oro de Carabaya[30] y la mina de cobre de San Pedro de Pampa Colorada[31].

Todas estas investigaciones muestran un renovado interés por los estudios geológicos en el Perú en la última década del siglo XIX, el cual coadyuvó al renacimiento minero que experimentó el país durante esos años al descubrirse en 1897 riquísimos yacimientos de cobre en la zona de Cerro de Pasco, y establecerse allí en 1901 la empresa norteamericana Cerro de Pasco Mining Company. Se fundó por ese entonces la Sociedad Nacional de Minería, se elaboró un nuevo Código de Minería en 1901 –que perduró hasta 1950– para alentar la inversión extranjera y se empezó a elaborar el primer Mapa Geológico del Perú, tarea que se encomendó al miembro de la Sociedad Geográfica de Lima José J. Bravo (Basadre 1963: 3197, 3203-3204). Este ingeniero minero fue un investigador que hizo descubrimientos originales sobre el mineral del tungsteno y el vanadio, que publicó en el Perú y fuera del Perú, y uno de los promotores en "nacionalizar" las actividades científicas reorientándolas hacia la producción industrial. Así cuando asumió el cargo de director del prestigioso Cuerpo de Ingenieros de Lima en 1909, que conservó hasta 1927, empezó a promover el desarrollo de una industria siderúrgica nacional en el yacimiento de Marcona, y alentó la creación de una industria petrolera dirigida por el Estado.

Los trabajos de botánica, a su vez, abarcaron casi el 40% del total de textos dedicados a la Historia natural en las páginas del Boletín de la sociedad a lo largo de su primera década de existencia (16 de un total de 43 artículos). Estos trabajos dieron a conocer, por ejemplo, aspectos poco conocidos de la

25 Federico Moreno, "Yacimientos de petróleo, carbón, azufre y marga, y vertientes de aguas minerales, :odo y bromo del departamento de Piura", en: BSGL (1893), III, pp. 283 ss.
26 Modesto Basadre: "Minerales de Cacachara", en: BSGL (1891), I, pp. 346 ss.
27 Bernard Hunt: "Informe sobre el distrito mineral de Cailloma", en: BSGL, VI (1896), pp. 414 ss.
28 Adolfo Hilfiker: "Informe sobre la zona mineral de Ananea-Poto" (con un plano)", en: BSGL, pp. VIII (1898), pp. 171 ss.
29 Federico Moreno: "Las minas de oro del Perú", en: BSGL, V (1895), pp. 473 ss.
30 José Balta: "Nota preliminar sobre los filones de oro de Carabaya (con un mapa)", en: BSGL, VIII (1898), pp. 111 ss.
31 Antonio Raimondi: "Mina de cobre San Pedro de Pampa Colorada", en: BSGL, VIII (1898), pp. 179 ss.

flora de la cordillera peruana,[32] diversas plantas y árboles útiles para la industria textil [33] y las posibilidades económicas de explotación del café.[34]

Quizás por sus menores posibilidades para favorecer la creación de empresas rentables, la sección de zoología fue la menos activa de las secciones de la comisión técnica de la Historia natural, ya que entre 1891 y 1901 sólo aparecieron en las páginas del Boletín tres trabajos dedicados a la fauna peruana en los que se presentaron otros tantos estudios sobre la vizcacha o Lagidium peruvianum,[35] las podicipideas de los lagos más elevados de los Andes[36] y la auchenia huicuña[37].

Esos planes de trabajo impulsados por la Sociedad Geográfica de Lima hicieron posible el desarrollo durante las primeras décadas del siglo xx de ciertas disciplinas, como sucedió con la paleontología, gracias a las actividades, entre otros, del ingeniero de minas Carlos I. Lissón (1868-1947). Este catedrático de Geología y Petrografía de la Facultad de Ciencias, rector de la Universidad de San Marcos y jefe del Laboratorio de Micropetrología y del Museo geológico de la Escuela de Ingenieros de Lima, fue autor de una fecunda obra en la que efectuó contribuciones importantes al conocimiento de la paleontología peruana. Desde 1911 registró sistemáticamente la ubicación de afloramientos fosilíferos y catalogó su fauna y flora, tareas que le permitieron hacer el primer mapa paleontológico del Perú, dibujado por el cartógrafo de la Sociedad Geográfica de Lima Camilo Vallejos Z.[38] Algunos

---

32 Juan Ball: "Contribución al estudio de la flora de la cordillera peruana", en: BSGL, IV (1894), pp. 430 ss. y V (1895), pp. 71 ss, pp. 228 ss, pp. 412 ss.

33 Augusto Dorca: "Una planta textil: La Sanseviera", en: BSGL, IV (1894), pp. 458 ss; Manuel García Merino: "Arboles textiles", en: BSGL, III (1893), pp. 420 ss.

34 Alejandro Garland: "El café económicamente considerado", en: BSGL, III (1893), pp. 408 ss.

35 Alberto L. Gadea: "La Vizcacha (Lagidium peruvianum), en: BSGL, IV (1894), pp. 281 ss.

36 William Nation: "Las podicipideas de los lagos más elevados de los Andes", en: BSGL, V (1895), pp. 476 ss.

37 B. Pacheco Vargas: "Auchenia huicuña", en: BSGL, II (1892), pp. 172 ss.

38 De la numerosa obra de Carlos I. Lissón cabe destacar Contribución a la geología de Lima y sus alrededores (Lima: Imp. Gil, 1907) y sobre todo su obra de síntesis escrita en colaboración con el ingeniero de minas Bernardo Boit, Contribución a la geología del Perú. Edad de los fósiles peruanos y distribución de sus depósitos en toda la República acompañado por un mapa paleontológico del Perú (Lima: La Opinión Nacional, 1913). Este libro fue reeditado en 1917, 1924 y 1942.

de los resultados de ese plan de trabajo serían presentados en las páginas del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima.[39]

Los actores de un programa de trabajo y los altibajos de una institución

El grueso de este ambicioso programa de trabajo fue desarrollado por unas decenas de activos socios pertenecientes fundamentalmente a cuatro profesiones: abogados, médicos, ingenieros y militares, profesionales que tuvieron una amplia legitimidad social en el Perú en el período de 1895 a 1930 (Cueto 1992). Los integrantes de esos grupos se apoyaron en el prestigio, la autoridad y la utilidad de los trabajos científicos y en las relaciones con el Estado y la élite política para mejorar su posición en la sociedad peruana.

Los cuatro primeros presidentes del Consejo Directivo de la Sociedad Geográfica de Lima fueron destacados representantes de esos grupos profesionales. Su adscripción política revela la estrecha conexión existente entre esa institución científica y el Partido Civil, eje de la República Aristocrática, que abarcó el cuarto de siglo que media entre 1895 a 1919.

El primer presidente, el ayacuchano Luis Carranza (1843-1898), era un destacado médico cirujano con notables relaciones con los integrantes más relevantes de su profesión, los cuales dieron inusitadas muestras de actividad en los años previos a la constitución de la Sociedad Geográfica de Lima, como lo revela la fundación de la Academia Libre de Medicina en 1884 o la organización del Congreso Sanitario de Lima en 1888. Su papel como motor inicial de la sociedad fue muy importante, llegando a pagar con sus propios fondos parte de las actividades y publicaciones de la Sociedad debido a los montos irregulares que dedicaba a tal fin el Estado (Caravedo 1941).

Eulogio Delgado y José Balta, presidentes de la sociedad en los períodos 1900-1913 y 1913-1918 respectivamente, fueron destacados ingenieros, uno de los grupos de profesionales más activos en la vida de la sociedad. Balta, por ejemplo, llegó a efectuar notables trabajos geológicos. Manuel Melitón Carvajal (1847-1935), presidente del Consejo Directivo de la sociedad durante dos períodos de tiempo (1899-1901; 1919-1924), fue una de las figuras más destacadas de la Marina peruana. De joven ex-

39 Ver por ejemplo: "El Megatherium de Yantac, Yauli", en: BSGL, XXVIII (1912), pp. 126-129.

ploró los ríos Marañón, Huallaga y Paranapura para establecer su navegabilidad y preparar el desarrollo del comercio en esa región fluvial. Y en 1904 fue presidente de la Comisión hidrográfica que se creó en ese año para estudiar las comunicaciones fluviales.

Todos ellos promovieron una relación estrecha de la Sociedad Geográfica de Lima con el Estado peruano y el Partido Civil. Este partido fue la base política con la que se dio fin en 1895 a diez años de militarismo, iniciándose entonces un régimen de democracia formal conocido como la República Aristocrática, que duró hasta 1919. Carranza, por ejemplo, no sólo concurrió a la formación del Partido Civil en la década de 1870, sino que en 1895 era miembro de su Junta Directiva y al año siguiente integrante del Consejo Gubernativo del Poder Ejecutivo. Eulogio Delgado fue ministro de Hacienda y Comercio entre 1889 y 1890. Carvajal llegó a ser sucesivamente, mediante una notable hoja de servicios al Estado peruano, profesor y subdirector de la Escuela Naval (1872-1875), director general de Correos y Telégrafos (1898), prefecto de Junín (1899), ministro de Hacienda (1894), ministro de Guerra y Marina (1914) y segundo vicepresidente de la República (1915-1919). Balta también sería ministro de Fomento en 1900, y en 1902 formó el Cuerpo de Ingenieros de Minas. Ambos, Carvajal y Balta, fueron asimismo masones, notorios miembros de la Gran Logia del Perú (Cueto 1989: 58).

Algunos de los integrantes de la sociedad, adoptando posturas políticas próximas a las de un liberalismo "responsable", afín al republicanismo francés de la III República, buscaron un nuevo orden social más orgánico o coordinado, basado en una filosofía socio-económica regionalista, enfática en la creación de mecanismos de solidaridad social.[40] Se interesaron entonces por la situación social de los indígenas y se esforzaron en mejorarla elaborando propuestas políticas que vinculasen más estrechamente la Costa con la Sierra andina y que disminuyesen la situación de atraso económico y marginación social que tenían los habitantes andinos, mayoritariamente quechuaparlantes. Esos afanes integracionistas se expresaron en el informe que la Sociedad Geográfica de Lima presentó en 1897 al Gobierno sobre una reforma de la demarcación departamental del territorio de la república, y que fue elaborado por una comisión integrada por Carvajal, Eulogio Delgado y el médico Pablo

40 Una panorámica general de la filosofía del orden social que inspiró a la III República francesa y que pudo influir en el ideario de los promotores de la Sociedad Geográfica de Lima, se encuentra en Berdoulay (1981: 109-139).

Patrón.[41] En él se defendía, entre otras cuestiones, la necesidad de trasladar la capital al centro del territorio, a las regiones andinas, medida que alentaría "vigorosamente la vida de la Nación" y cooperaría "activamente a la integración de las razas" del Perú.[42]

Pero probablemente fue en la personalidad del socio Joaquín Capelo (1852-1925) donde positivismo e indigenismo se combinaron más estrechamente. Este ingeniero y catedrático de la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad de San Marcos, considerado como el más destacado pensador positivista del Perú, y que llegó a ser ministro de Fomento en 1914, fue uno de los líderes más destacados de la Asociación Pro-Indígena (Kapsoli 1980; Tamayo 1982: 205; Contreras/Bracamonte 1988).

Frente al positivismo "pesimista" de los darwinistas sociales de la región andina, que consideraban a la población autóctona un obstáculo a sus planes modernizadores, como atestigua por ejemplo la obra del boliviano Alcides Arguedas (Terán 1987: 12), los integrantes de la mencionada Asociación Pro-Indígena, convencidos de que el Perú estaba formado por "todas las sangres", se agruparon para combatir las injusticias sufridas por la población nativa andina. Sus esfuerzos se centraron en una doble dirección. Por un lado, revitalizaron el papel de la participación indígena en la formación de la nación peruana y así los científicos afines a esta corriente revalorizaron las tradiciones científicas andinas, es decir, los conocimientos autóctonos en el campo de la astronomía, de la salud o del urbanismo. Y por otro, abogaron por su plena integración a la sociedad republicana, combatiendo su aislamiento. Para ello defendieron la consolidación de un mercado libre de trabajo que ayudara a eliminar los abusos cometidos contra la población nativa andina en las zonas rurales del Perú (Kristal 1991: 35), y se esforzaron en mejorar las comunicaciones.[43]

Así, una honda preocupación de Capelo fue el desarrollo de una red nacional de carreteras. El mismo trazó personalmente el primer camino de penetración a la montaña por Tarma y Chanchamayo, tarea de la que dio puntual cuenta en las páginas del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima y en su trabajo La vía central del Perú (1896), donde expuso con rigor todas las coordenadas geográficas que llegó a determinar con

41 M. Melitón Carvajal, Eulogio Delgado y Pablo Patrón: "Informe sobre nueva demarcación departamental de la República", en: BSGL, VIII (1898), pp. 193 ss.

42 Ibíd., p. 202.

43 Un buen estudio del indigenismo peruano de principios del siglo xx es el de Deustua/Renique (1984).

sus observaciones personales. En su Sociología de Lima publicada entre 1895 y 1896 solicitó que se protegiese a los pocos hombres de ciencia que había en el Perú y que se publicasen los estudios que tenían hechos sobre las riquezas naturales y la flora y la fauna del país, así como sus trabajos y observaciones personales sobre la agricultura y el comercio. Entre esos científicos destacó a Sebastián Barranca, Manuel Melitón Carvajal, Ignacio La Puente, Manuel García Merino, William Nation, Pablo Patrón y Federico Villarreal, colaboradores activos todos ellos de la Sociedad Geográfica de Lima de cuyo concurso el Perú no podía prescindir, si quería progresar, dadas las energías que representaban para el estudio y la acumulación de conocimientos que atesoraban (Capelo 1895/1896: III, 253).

La mayor parte de esta aristocracia científica destacada por Capelo llevó a cabo, junto a sus estudios para conocer diversos aspectos del espacio geográfico peruano, una serie de trabajos destinados a crear una tradición científica nacional, formada por los aportes de las diversas culturas que confluyeron en el Perú. De esta manera reconstruyeron aspectos del proceso de conocimiento del Perú tanto de la época precolombina como a lo largo de la época colonial. Así, el matemático y astrónomo Federico Villarreal, aparte de editar una serie de trabajos en los que fijaba las coordenadas geográficas o las posiciones astronómicas de diversos lugares,[44] publicó un texto sobre "Los cometas en tiempo de Huayna Capac".[45] Y el médico Pablo Patrón escribió tanto unos apuntes históricos sobre la verruga americana, como un trabajo sobre la flora peruana y chilena, así como un interesante texto sobre la domesticación y consiguiente cultivo de la papa o patata por parte de los hombres andinos en el Perú precolombino.[46] El objetivo de esos trabajos era mostrar que la ciencia y la tecnología no habían sido actividades extrañas a

44 Estos trabajos publicados en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima fueron los siguientes:
- "Coordenadas geográficas del departamento de Lambayeque", II (1892), pp. 241 ss.
- "Límites entre el departamento de Lima y la provincia constitucional del Callao (con un croquis), vol. II (1892), pp. 471 ss.
- "Posición astronómica del Observatorio meteorológico 'Unánue', III (1893), pp. 101 ss.
- "Posición del faro de Palominos", VI (1896), pp. 417 ss.

45 Federico Villarreal: "Los cometas en tiempo de Huayna-Capac", en: BSGL, IV (1894), pp. 269 ss.

46 Pablo Patrón: "Apuntes históricos sobre la verruga americana", en: BSGL, V (1895), pp. 435 ss.; "La flora peruana y chilena de Ruiz y Pavón", en: BSGL, X (1900), pp. 441 ss.; y "La papa en el Perú primitivo", en: BSGL, XI (1901), pp. 316 ss.

los habitantes del Perú, y que de alguna manera los miembros de la sociedad encarnaban la continuidad de esas actividades.

El empuje fundacional de la Sociedad Geográfica de Lima sobrevivió a lo largo de la República Aristocrática (1895-1919) y de los primeros años de gobierno del dictador Augusto Leguía, presidente de la República entre 1919 y 1930 cuando intentó crear una nueva patria en el Perú. Pero tras esas décadas de activo funcionamiento, la institución entró en una vida letárgica.

Dos tipos de razones pueden explicar ese decaimiento institucional: políticas, debido a la inestabilidad que sacudió al Perú por el impacto de la crisis de 1929, sucediéndose entonces una serie de gobiernos dictatoriales y militares hasta 1945, y funcionales, al llegar los investigadores peruanos de la década del 30 a la convicción de que el trabajo científico debía ser más especializado y diversificado, actitudes que se contraponían con la amplitud de criterios e intereses que regía el funcionamiento de la Sociedad Geográfica limeña (Cueto 1992). Fue entonces cuando las instituciones militares empezaron a ejercer un control sobre la actividad geográfica.

No obstante, la Sociedad Geográfica de Lima fue aún capaz de organizar con éxito la Tercera Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia celebrada en Lima en 1941. Cuando su sede sufrió un voraz incendio en 1942, dio muestras de fortaleza, pues logró reorganizarse y reactivarse por unos años llegando por ejemplo en 1949 a organizar las denominadas Primeras Jornadas de Geografía Nacional. En esas sesiones, acudiendo a eficaces instrumentos de propaganda, como la radio, se reconocieron todas las tareas que aún quedaban por hacer para lograr un mejor conocimiento del territorio nacional y vertebrar la sociedad peruana, y se difundió y divulgó todo un amplio espectro de conocimientos geográficos.

Conclusiones

Tanto en sus inicios como a finales de la década de 1940 se apeló al nacionalismo para lograr la consecución de la integración social, cultural y política del Perú. Con el desarrollo de ese sentimiento nacional, tan íntimamente vinculado a la Sociedad Geográfica de Lima, como se ha intentado mostrar en estas páginas, se pretendía favorecer la construcción de un Estado nacional mediante la integración de su territorio a través de la acción conjunta del conocimiento científico, el desarrollo económico y la intervención política y administrativa del Estado.

De este modo entre los logros culturales favorecidos por la Sociedad Geográfica de Lima conviene señalar que, a lo largo de más de medio siglo de vida activa, los miembros de esa sociedad científica llevaron a cabo toda una amplia gama de tareas integracionistas del marco físico y social en el que operaron. Con esa labor procuraron dar una respuesta a la segmentación, heterogeneidad estructural y dualización del Perú republicano, fenómenos explicables dadas las distancias espaciales y culturales existentes entre las diversas áreas geográficas peruanas. Hay que tener en cuenta que hacia 1930 las tasas de analfabetismo en las zonas rurales eran muy altas, el número de alumnos matriculados en las cinco universidades del país (San Marcos y Católica, en Lima; Arequipa; Cuzco y Trujillo) ascendía a 2.948 estudiantes (Contreras/Cueto 1999: 193), y la participación en la vida política era muy restringida. Si en 1927 la población de la república era de 6.147.000 habitantes, en las elecciones de 1931, la primera contienda política en la que se utilizaron métodos novedosos de propaganda y proselitismo, sólo votaron 392.363 ciudadanos (Contreras/Cueto 1999: 203).

En el marco de esas tareas integracionistas conviene destacar que las actividades y debates promovidos por la Sociedad Geográfica de Lima coadyuvaron a producir avances en la integración del país mediante la construcción de obras públicas, aunque fuesen insuficientes. En 1926 se inauguró la línea Huancayo-Huancavelica y comenzó a prolongarse el ferrocarril del Cuzco hacia Quillabamba. Este fue el canto del cisne del costoso tendido ferroviario por los Andes peruanos. A partir de entonces las inversiones se ciñeron a la construcción de carreteras. Se inició por entonces la construcción de la carretera panamericana, efectuándose los primeros viajes de Lima a Ica y Trujillo, tomando un día entero cada tramo (Contreras/Cueto 1999: 191).

En el haber de esa institución científica también cabe señalar que el interés por el estudio geográfico del país animó a un mejor conocimiento del Perú profundo por parte de las élites limeñas, como revela el viaje que hizo el historiador José de la Riva-Agüero desde Lima a la Sierra peruana en 1912, cuando tenía 27 años, germen de su importante obra Paisajes peruanos (1955), trabajo que ha sido objeto de múltiples interpretaciones, expresivas de las ambivalencias del proyecto cultural de la Sociedad Geográfica de Lima. Para el prologuista de Paisajes peruanos, el historiador Porras Barrenechea, Riva Agüero contribuyó con ese libro a redescubrir la Sierra, que estaba aislada y separada del resto de la nacionalidad. Para otros estudiosos, la imaginación geográfica que recorre la narrativa de esa obra

revela un "nacionalismo criollo de corte elitista y autoritario cuya principal característica consistió en una compleja operación que alternaba la glorificación del pasado inca con un pavoroso desprecio por el indio contemporáneo" (Méndez citada por Vich 2002: 129), en tanto en cuanto que el paisaje aparece vacío, pues la erudición no permite al viajero descubrir a los hombres que habitan esos territorios (Vich 2002: 129; Flores Galindo 1988: 289).

Quizás en estas observaciones quepa encontrar una de las principales limitaciones del esfuerzo desplegado por los integrantes de la Sociedad Geográfica de Lima, quienes no lograron ensamblar, en el período del despliegue de esa institución considerado en estas páginas, todas las piezas del complejo puzzle geográfico y humano existente en el variopinto y multicolor territorio peruano.

Habría que esperar entonces a la irrupción con fuerza en el Perú de la década de 1920 del indigenismo, como movimiento social y cultural, para que el pensamiento y la acción geográfica adquiriesen un nuevo impulso y reorientasen sus preocupaciones más allá a veces del marco de la Sociedad Geográfica de Lima. Fue así como a lo largo de la década de 1930 Javier Pulgar Vidal, en contacto con uno de sus maestros, el arqueólogo Julio Tello, elaboró una singular obra geográfica: Las ocho regiones naturales del Perú, con la que intentó superar lo que puede denominarse una visión tripartita y jerarquizada del espacio peruano, organizado en torno a la costa pacífica, la sierra andina y la selva amazónica. Esta poderosa representación tripartita del espacio peruano se había elaborado en la época colonial y se había propagado en la época republicana a través de representaciones múltiples, como consta en el perfil del espacio peruano mostrado por Carlos Wiesse en un libro de texto de geografía de principios del siglo xx (Wiesse 1921).

El trabajo de Pulgar Vidal, bien fundamentado científicamente, estaba destinado a mostrar que las peculiaridades geográficas peruanas habían dado origen a ocho regiones naturales-tipo, algunas de las cuales se extienden en fajas sucesivas continuas o discontinuas, de sur a norte, de oeste a este y desde el nivel del mar hasta las cumbres nevadas de la cordillera andina. Esa nueva representación del medio ambiente natural peruano se basaba en el hecho de que Pulgar Vidal, procedente del interior peruano, de un remoto poblado a 2.340 metros de altura, al este de la ciudad de Huánuco, se había mostrado sensible al papel desempeñado históricamente por el hombre andino en la organización y ocupación del territorio peruano. Y por esa razón

decidió nombrar a esas ocho regiones naturales con nombres nativos que habían quedado inscritos en la toponimia regional peruana: Chala, Yunga, Quechua, Suni, Puna, Janca, Rupa-Rupa y Omagua. Los planteamientos expuestos en esa obra fueron la base de esfuerzos posteriores de ese geógrafo por impulsar una regionalización transversal del Perú (Pulgar Vidal 1987), diferenciada de la dominante en la historia republicana.

Esa significativa obra presentada en la Tercera Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia celebrada en Lima en 1941 (Pulgar Vidal 1941), tendría posteriormente numerosas ediciones, y marcaría un antes y un después en el desarrollo de la geografía peruana y en las relaciones de esta disciplina con el desenvolvimiento de una nueva conciencia nacional en el seno de la sociedad peruana, cuestión aún insuficientemente explorada. Convendría considerar por tanto a esa singular obra de Pulgar Vidal como una expresión del conjunto de logros geográficos auspiciados por la Sociedad Geográfica de Lima, en tanto y en cuanto que esa sociedad favoreció una continua reflexión geográfica en el seno de determinados ámbitos de la sociedad peruana durante décadas, y como un esfuerzo por superar las limitaciones del pensamiento nacionalista generado por las élites que impulsaron la vida de esa sociedad científica, constructoras de una visión espacial jerarquizada del territorio peruano.

Bibliografía

Andermann, Jens (2007): *The Optic of the State: Visuality and Power in Argentina and Brazil*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Anderson, James (1986): "Nationalism and Geography". En: Anderson, James (ed.): *The Rise of the Modern State*. Atlantic Highlands: Humanities Press International, INC, pp. 115-142.

Basadre, Jorge ([5]1963): *Historia de la República del Perú*. Volumen VII. Lima: Ediciones "Historia".

Berdoulay, Vincent (1981): *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*. Paris: Bibliothèque Nationale.

Bonilla, Heraclio (1977): *Gran Bretaña y el Perú. Los mecanismos de un control económico.* Vol. V. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú.

Brückner, Martin (2006): *The Geographic Rrevolution in early America: Maps, Literacy, and National Identity.* Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Cañizares, Jorge (1995): "La Utopía de Hipólito Unanue: comercio, naturaleza, y religión en el Perú". En: Cueto, Marcos (ed.): *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 91-108.

Capelo, Joaquín (1895/1896): *Sociología de Lima*. 3 vols. Lima: Librería Francesa Científica y Casa editora.

— (1896): *La vía central del Perú*. 2 vols. Lima.

Caravedo, Baltasar (1941): *Luis Carranza (Ensayo biográfico)*. Lima: Imprenta del Hospital Víctor Larco Herrera.

Clement, Jean-Pierre (1979): "Índices del Mercurio Peruano". En: *Fénix*, Revista de la Biblioteca Nacional, 26-27, pp. 5-234.

Colombo Silvestri, Nicola/La Torre, Ricardo/García, Wenceslao (1990): *Inventario del Museo Antonio Raimondi*. Lima: Asociación Educacional Antonio Raimondi.

Contreras, Carlos/Bracamonte, Jorge (1988): "Rumi Maqui en la sierra central: documentos inéditos de 1907". En: *Revista Andina*, 6, 2 (diciembre 1988), pp. 537-554.

Contreras, Carlos/Cueto, Marcos (1999): *Historia del Perú contemporáneo*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Cueto, Marcos (1989): *Excelencia científica en la periferia. Actividades científicas e investigación biomédica en el Perú 1890-1950*. Lima: GRADE.CONCYTEC.

— (1992): "Apogeo y crisis de la Sociedad Geográfica de Lima: 1888-1940". En: *Dynamis*, 12, pp. 35-45.

— (1995) "Guía para la historia de la ciencia: archivos y bibliotecas en Lima". En: Cueto, Marcos (ed.): *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 159-213.

Del Pozo Andrés, María del Mar (2008): "Bibliografía sobre educación y construcción de las identidades nacionales". En: *Historia de la Educación*, 27, pp. 397-432.

Deustua, José/Renique, José Luis (1984): *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú. 1897-1931.* Cusco: Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas".

Díaz Ángel, Sebastián (2009): "Aportes de Brian Harley a la nueva historia de la cartografía y escenario actual del campo en Colombia, América latina y el mundo". En: *Historia Crítica*, 39, pp. 180-200.

Díaz Marín, Santos (1988): *Indice analitico del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima. Tomo I al CIV. Años 1891 a 1984.* Lima: Editor Santiago E. Antúnez de Mayolo.

Dym, Jordana (2010): "Presentación: Mapeando patrias chicas y patrias grandes: cartografía e historia iberoamericana, siglos xviii-xx". En: *Araucaria*. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, 12, 24, pp. 99-109.

Flores Galindo, Alberto (1988): *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes.* Lima: Horizonte.

García Jordán, Pilar (ed.) (1998): *Fronteras, colonización y mano de obra indígena en la Amazonía Andina (siglos xix-xx). La construcción del espacio socio-económico amazónico en Ecuador, Perú y Bolivia (1795-1948).* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/Universitat de Barcelona.

Gerbi, Antonello (1960): *La disputa del Nuevo Mundo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Girault, Christian et al. (1981): *Espace et identité nationale en Amérique latine: essais sur la formation des consciences nationales en Amérique latine.* Paris: Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique.

Herb, Guntram/Kaplan, David H. (eds.) (1999): *Nested Identities: Nationalism, Territory, and Scale*. Lanham, Md.: Rowman and Littefield.

Hooson, David (ed.) (1994): *Geography and National Identity.* Oxford/Cambridge: Blackwell.

Janni, Ettore (1942): *Vida de Antonio Raimondi*. Lima: T. Scheuch.

Kapsoli, Wilfredo (1980): *El pensamiento de la Asociación Pro-Indígena*. Cusco: Centro de Las Casas.

Knight, David B. (1982): "Identity and Territory: Geographical Perspectives on Nationalism and Regionalism". En: *Annals of the Association of American Geographers*, 72, 4, pp. 514-531.

Kristal, Efrain (1991): *Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1848-1930*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

Mendoza Vargas, Héctor/García, João Carlos (2007): "A história da cartografia nos países iberoamericanos". En: *Terra Brasilis. Revista de História do Pensamiento Geográfico no Brasil*, VI-VII-VIII, 7-8-9, pp. 9-29.

Méndez, Cecilia (1994): "Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú". Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Nadal, Francesc (1990): "Los nacionalismos y la geografía". En: *Geo-Crítica*, 86, <http://www.ub.edu/geocrit/geo86.htm> (15.02.2014).

Nogue i Font, Joan (1989): "Nacionalisme i territori". En: *Revista de Catalunya*, 34, pp. 25-40.

Orlove, Benjamin S. (1993): "Putting Race in Its Place: Order in Colonial and Postcolonial Peruvian Geography". En: *Social Research*, 60, 2, pp. 301-336.

Palacios Rodríguez, Raúl (1988): *La Sociedad Geográfica de Lima: fundación y años iniciales*. Lima: Universidad de Lima.

Paz Soldán, Mariano Felipe (1862): "Prólogo del editor". En: Paz Soldán, Mateo/Paz Soldán, Mariano Felipe: *Geografía del Perú.* 2 tomos. Paris: Librería de Fermín Didot, pp. V-VII.

— (1865): *Atlas Geográfico del Perú*. Paris: Librería de Augusto Durand.

— (1877): *Diccionario Geográfico Estadístico del Perú*. Lima: Imprenta del Estado.

Paz Soldán, Mateo/Paz Soldán, Mariano Felipe (1862): *Geografía del Perú*. 2 tomos. Paris: Librería de Fermín Didot.

Pulgar Vidal, Javier (1941): *Las ocho regiones naturales del Perú*. Tesis presentada y aprobada en la III Asamblea general del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Lima: Impr. D. Miranda.

— (1987): *Geografía del Perú: las ocho regiones naturales, la regionalización transversal, la microregionalización*. Lima: PEISA (9ª ed).

Raimondi, Antonio (1874): *El Perú. Tomo I. Parte preliminar*. Lima: Imprenta del Estado.

— (1876): *El Perú. Tomo II. Historia de la Geografía del Perú.* Libro Primero. Lima: Imprenta del Estado.

— (1879): *El Perú. Tomo III. Historia de la Geografía del Perú.* Libro Segundo. Lima: Imprenta del Estado.

Riva-Agüero, José de la (1955): *Paisajes peruanos. Con un estudio preliminar de Raúl Porras Barrenechea*. Lima: Imprenta Santa María.

Seiner Lizárraga, Lizardo (2003): "Antonio Raimondi y sus vinculaciones con la ciencia europea". En: *Bulletin de l'Institut d'Études Andines*, 32, 3, pp. 517-537.

Sinkin, Richard N. (1979): *The Mexican Reform, 1855-1876: A Study in Liberal Nation Building*. Austin: University of Texas Press.

Tamayo Herrera, José (1982): *Historia social e indigenismo en el Altiplano*. Lima: Ediciones Treintaitrés.

Terán, Oscar (1983): *América Latina: positivismo y nación.* México, D.F.: Editorial Katún.

— (1987): *Positivismo y nación en la Argentina*. Buenos Aires: Punto Sur.

Thorp, Rosemay/Bertram, Geoffrey (1978): *Peru: Growth and Policy in an open Economy 1890-1977*. New York: Columbia University Press.

Vich, Victor (2002): "Vicisitudes trágicas: territorio, identidad y nación en los Paisajes peruanos de José de la Riva-Agüero". En: *Revista Andina*, 34, pp. 123-134.

Wiesse, Carlos (1921): *Geografía del Perú para los colegios de segunda enseñanza y las escuelas especiales*. Lima: Librería Francesa y Casa Editorial H. Rosay.

Winichakul, Thongchai (1994): *Siam Mapped: a History of the Geo-body of a Nation.* Honolulu: University of Hawaii Press.

Zea, Leopoldo (1949): *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo.* México, D.F.: El Colegio de México.

— (comp.) (1980): *Pensamiento positivista latinoamericano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Ciencia a medida: fronteras, cartografía y nación en la invención de la Argentina[1]

Carla Lois

En el marco de las celebraciones de los bicentenarios de las revoluciones independentistas en América Latina es oportuno reflexionar sobre el papel que le cupo a la ciencia en la formación de las naciones latinoamericanas. Por razones historiográficas, políticas y también pragmáticas, se ha tendido a "desgajar" el momento de las independencias para seleccionar aquellos eventos o personajes que permitan anclar en el pasado algún mito de origen, ya sea de la nación misma o de las disciplinas científicas. Desde esas perspectivas, ya han sido bastante estudiados los modos en que las reconstrucciones de la evolución de cada uno de los campos del saber en cada uno de los países latinoamericanos han servido para construir "historias oficiales" que, articuladas con otras prácticas nacionalizantes, crearon imaginarios e identidades nacionales. Mucho se ha insistido acerca del papel que tuvieron los intelectuales, los científicos y los expertos en la invención apresurada de tradiciones nacionales.[2] Sin desprenderse del todo de aquella matriz nacional, los estudios críticos que revisaron las mitologías nacionales desde la década de 1980 se han propuesto desnudar la artificialidad de esas narrativas, deconstruirlas y ponerlas en cuestión, a veces sin aportar mucho más que denuncias repetidas e impugnando anacrónicamente procesos que todavía deben ser explicados. Más recientemente, el interés por la movilidad y la circulación de los saberes permite suponer que es posible

---

1 Este artículo forma parte del proyecto de investigación "Looking at Ourselves through Others' Eyes: Foreign Maps and International Networks in Argentinean Cartographical Institutions and Early Argentinean Maps, 1853-1955", desarrollado en la biblioteca de la American Geographical Society – University of Madison (Milwaukee) con el apoyo de una beca del McColl Research Program (2009), y durante una estancia de investigación en la University of Wisconsin-Madison con el apoyo de una beca David Woodward Memorial (2010). Este artículo se ha beneficiado también del trabajo realizado en el Équipe d'Épistémologie et Histoire de la Géographie – CNRS Paris 1. EHGO/UMR Géographie-cités en el marco del Programa de Becas de Investigación Postdoctoral HERMES (Fondation Maison des Sciences de l'Homme, MAE/CNRS/MESR, 2009-2010).

2 Para una compilación de estudios sobre casos relacionados con la historia de la Argentina, véase Montserrat (2000).

encarar los estudios sobre historia de la ciencia desde enfoques renovados que superen tanto las fronteras nacionales como disciplinares.[3]

La existencia de una extensa bibliografía sobre las historias de las cartografías narradas en clave nacional sugiere que la mirada retrospectiva hacia los orígenes de la nación parece haber sido el ángulo dominante para mirar los mapas. Esto no es reprochable en sí mismo, excepto porque, en los hechos, esos estudios tendieron a asumir relaciones causales simples (como por ejemplo la justificación de políticas de control de territorio) para explicar el papel de la cartografía en los Estados nacionales modernos y, por lo tanto, terminaron por contentarse con representar "estudios de casos" que servían para constatar la premisa general de que la cartografía estuvo al servicio de las élites intelectuales que instalaron las narrativas oficiales (a menudo xenófobas) y que disputaron territorios con los países vecinos.

Menos atención han recibido las prácticas de producción, publicación y circulación de mapas europeos sobre el imperio ibérico en disolución, y menos aún los modos en que esas prácticas fueron recuperadas por las élites locales para reelaborar mapas existentes o para hacer nuevos (esto es, configurar sus propios imaginarios territoriales, sus prácticas científicas y sus redes institucionales).

En la primera parte de este ensayo se abordará cómo esa implosión de lo que en Europa era visto como una unidad fue tomando la forma de un mapa político moderno en el momento de las revoluciones independentistas, es decir, en un periodo particularmente inestable y anterior a las políticas cartográficas oficiales que hicieron un uso sistemático de los mapas como parte de un programa articulado de consolidación estatal. En la segunda parte, se pondrá el acento en la reelaboración y en los usos que se hicieron de los mapas políticos de Sudamérica publicados en la primera mitad del siglo XIX durante los procesos de formación territorial de los

3 El impacto de estas perspectivas sobre estudios de caso se aprecia tanto en la construcción de objetos de estudio nuevos como en la revisión de temas tradicionales. Un ejemplo sintomático de ellas son los trabajos editados por Pohl-Valero/González Silva (2009). Especialmente en proximidad con los intereses de este trabajo el de Cházaro García (2009), con su análisis comparado de tradiciones científicas aparentemente ajenas la una a la otra, como la geodesia y la medicina, establece algunos parangones entre la compulsión por medir el espacio y el cuerpo en las instituciones académicas hacia mediados del siglo XIX en México. Para un panorama de estudios de casos que abordan la multiescalaridad de las prácticas científicas que configuraron los campos de las ciencias en la Argentina, véase Salvatore (2007).

Estados nuevos.[4] La conexión entre ambas partes es, de algún modo, la hipótesis general de este trabajo: recuperando las formulaciones de David Livingstone sobre la necesidad de hacer una "geografía de la historia de la ciencia" que explique los modos históricos y concretos en que el conocimiento científico (especialmente las teorías científicas) es recibido, leído y juzgado por audiencias específicas en espacios específicos (Livingstone 2005: 626-634), se propone aquí conectar una red de imágenes con las prácticas de uso y circulación en las que esas imágenes se usaron para discutir la cuestión de la frontera, en particular, entre la Argentina y Chile.

¿Cuáles son los mapas políticos que los europeos hicieron con posterioridad a las independencias? ¿Cómo fue que las élites locales se apropiaron de las imágenes existentes para construir sus propias geografías oficiales? ¿Cuál era la legitimidad del conocimiento que podían aportar los mapas? ¿Qué tipo de prácticas de producción de conocimiento movilizaba la actividad cartográfica y qué tipo de demandas procuraban satisfacer esas prácticas? Estas son algunas de las preguntas que esta contribución somete al debate y propone responder.

Las revoluciones independentistas y las imprecisiones de los mapas políticos de Sudamérica bajo la lente de las instituciones cartográficas argentinas

Los mapas de la América hispánica publicados en las primeras décadas del siglo XIX se inscribieron dentro de una tendencia más general, a saber, la preocupación por inscribir en los mapas las novedades recientes, tanto sobre la geografía física explorada y medida como sobre las alteraciones en la configuración político-territorial.[5]

4 Los casos más estudiados han sido los de Colombia, Argentina y Brasil. Para una revisión bibliográfica e historiográfica de los modos en que se ha desarrollado la historia de la cartografía en Hispanoamérica, véase Lois (2011).

5 Los títulos de los mapas y de los atlas solían reflejar esta preocupación por la actualización y la actualidad de la información con expresiones tales como "construido con los datos más recientes". Las reediciones de algunas obras expresaban también la necesidad de actualizar la información sobre la nueva situación política de la América hispánica. Así se comenta en las Advertencias de la edición londinense (1822) de la descripción histórica, geográfica y estadística de Henry Charles Carey y Isaac Lea que se había publicado un año antes en Filadelfia: "To render their digest of these materials as perfect as possible, the original Publishers obtained the assistance of several persons

En el momento de las independencias, varios mapas de la América meridional ya habían familiarizado a las audiencias ilustradas de Europa con estas geografías lejanas.[6] Cuando se desataron las revoluciones que amenazaban esos trazados, se volvió imperioso rediseñar esas imágenes y actualizarlas para imaginar ese escenario en ebullición: luego de las revoluciones independentistas, en un contexto donde pululaban las asociaciones "por el conocimiento útil"[7], burócratas y empresarios europeos demandaban mapas que les presentaran información sobre posibles interlocutores en América. En tanto los mapas eran un producto más de un mercado muy amplio y complejo de "objetos que hacían furor en Europa" (Podgorny 2011: 32), no sorprende que tanto su diseño como su factura se ajustaran, en la medida de lo posible, al gusto y a las necesidades de los potenciales clientes. En la práctica, eso significaba la multiplicación de materiales, no necesariamente congruentes, que pintaban el nuevo cuadro de lo que había sido la América hispánica. Una expresión de esto fue la variedad de fórmulas toponímicas utilizadas para designar las recientes unidades políticas en formación.

Algunos autores siguieron cartografiando las geografías coloniales. Es el caso de Richard Henry Bonnycastle, un ingeniero militar y oficial de la Armada Británica activo en Canadá, quien en 1818 publicó una obra titulada *Spanish America, or, A descriptive, historical, and geographical account of the dominions of Spain in the Western hemisphere, continental and insular: illustrated by a map of Spanish North America, and the West-India islands: a map of Spanish South America, and an engraving, representing the comparative altitudes of the mountains in those regions.* Otros atlas, como el de Carey de 1816, mantuvieron algunos virreinatos (como el del Río de la Plata), pero innovaron con el diseño de otras unidades que no se correspondían necesariamente con una formación político-territorial estatal efectiva (tales

distinguised by their attainments in the various departments of knowledge embraced by the work; and that nothing essential might be ommited, which its re-publication in this country has afforded an opportunity for introducing, a gentleman, well known for his geographical acquirements, has been engaged to supply what either the plan, or other circumstances connected with the American world, had induced its editors to omit: these particularly relate to the new states of South America, and the late Spanish dominios in Mexico" (Carey/Lea 1822: v).

6 Acerca de los mapas, las pinturas y los grabados sobre Sudamérica que circulaban en Europa durante el siglo XVIII, véase Penhos (2005).

7 Sobre la relación entre este tipo de sociedades "for useful knowledge" y la producción de mapas, véase Bosse (2000).

como "Caracas"). Otros usaron nombres plausibles para designar de una manera moderna regiones que, en rigor, se correspondían con los recortes geográficos de antiguas unidades del mapa administrativo de las colonias: Henry Charles Carey y Isaac Lea (1822) usan el nombre "Provincias Unidas de Sudamérica"[8] para referirse a la gran porción de América del Sur antiguamente conocida con el nombre de La Plata o Buenos Aires, pero que cuyo nombre "desde la revolución ha cambiado" (Carey/Lea 1822: 409).[9]

Hacia mediados del siglo XIX, en los mapas europeos seguían resonando topónimos y designaciones del periodo hispánico incluso cuando estos hubieran perdido vigencia o resignificado sus funciones en la nueva organización política (La Plata, Nueva Granada). Por otro lado, también los mapas otorgaban espacio a regiones que nunca, ni durante la colonia ni durante el periodo nacional, tuvieron entidad política.[10] El denominador común de gran parte de este universo ecléctico de imágenes es que ellas ofrecían una relectura de la plantilla territorial colonial "traducida" con urgencia para poder identificar a los actores del nuevo escenario.

Todas esas variaciones toponímicas son indicios de las dificultades que imponía la inestabilidad política a la tarea de cartografiar los resultados de los procesos independentistas en el mundo colonial hispánico. Otra expresión, acaso más sutil, de este desconcierto es la forma de organización de las láminas sudamericanas en los atlas europeos: en lugar de organizar la sucesión de descripciones de los países según el criterio de unidades políticas (que funcionaba para los mapas de Europa), los atlas recortaban el espacio sudamericano según "ventanas". Así, el mapa de Sudamérica era dividido en sucesivos rectángulos, y a cada uno de ellos se dedicaba una lámina cartográfica y, a veces, su correspondiente hoja de descripción geográfica. De esta manera se lograba un uso racional del espacio del libro y, al mismo tiempo, se resolvía (al menos provisoriamente) el problema de la vigencia del atlas que imponía la inestabilidad de esas geografías políticas.

Ahora bien: este modo de organizar las láminas del atlas hacía evidente

---

8 En el texto que acompaña el mapa dice que Sudamérica está dividida en los siguientes países: República de Colombia, Guyana, Perú, Brasil, Provincias Unidas de Sudamérica, Chile y Patagonia (Carey/Lea 1822: 409).

9 Sobre la geografía política de este período véase Chiaramonte (1994).

10 La Patagonia, por ejemplo, solía aparecer como una unidad geográfica autónoma y diferente de los territorios de lo que luego serán Argentina y Chile. También aparecía demarcada con un color diferente y con las estrategias visuales que se usaban para señalar cada una de las piezas del rompecabezas político.

que la cuestión de las fronteras entre los Estados latinoamericanos no figuraba entre los temas candentes para este universo de impresores y clientes europeos. Sin embargo, no puede menospreciarse el hecho de que algunas de las narrativas geográficas "nacionales" fundantes fueron elaboradas por profesionales extranjeros, publicadas en idiomas extranjeros e impresas en Europa.

Durante los primeros años de organización nacional no había un mercado suficientemente rentable que justificase el desarrollo autónomo de una producción editorial especializada en cartografía.[11] En el caso de Argentina, los mapas "para el gran público" se imprimían casi "fuera" de las instituciones cartográficas de perfil técnico y a la medida de la necesidad de visualizar la Argentina. Esos trabajos resolvían la carencia de materiales en los que apoyarse para construir una nueva tradición. Y, aunque mucho se ha dicho acerca de los profesionales extranjeros contratados especialmente para fundar el campo científico local, menos se ha discutido el papel de los funcionarios de la Corona que se quedaron en América luego de la ruptura, personajes que conseguían contratos con gobiernos locales para formar parte de las nuevas administraciones y para producir saberes que sirvieran a las nuevas organizaciones. Eran personas que "trataron de sobrevivir en América gracias a su saber" y que ponían en circulación imágenes e imaginarios, hablando el "lenguaje de la civilización" (Podgorny 2011: 33).

Hubo además personajes que no forman parte de uno ni de otro grupo. Fue el caso de Victor Martin de Moussy. Casi al mismo tiempo que Buenos Aires se sumaba a la Confederación Argentina, organizada en base a la Constitución de 1853, el médico francés Jean Antoine Victor Martin de Moussy no parecía especialmente idóneo para emprender el encargo de escribir una geografía nacional de un país que apenas conocía. Sin embargo, llegó a la cuenca del Plata, desplegó sus redes de informantes e inició la publicación de su *Description géographique et statisque de la Confédération Argentine*, que constó de tres tomos (el primero, publicado en 1860; los

11 Algo similar se ha señalado para el caso norteamericano: "At the time of American independence, commercial map making in the new republic bore little resemblance to European cartographical publishing. There existed no American counterpart to firms such as those of William Fadenin London, Robert de Vaugondyin Paris, or J. B. Homann's heirs in Nuremberg. Workshops consisting of cartographers or geographical editors, draftsmen, engravers and printers, such as that of Thomas Jefferys in London, were unheard of in the colonies. In Boston and elsewhere, one or two individuals typically served as a map's compiler, engraver, printer, publisher and retailer" (Bosse 2000: 144).

dos siguientes, en 1864) y un *Atlas de la Confédération Argentine* (cuya primera edición parisina es de 1865 y la reedición del Atlas en Buenos Aires, de 1873). Para la realización de este trabajo, Martin de Moussy contó con financiación de los gobiernos nacionales de la Confederación Argentina y su obra fue considerada no sólo una publicación oficial sino también una referencia sobre la geografía nacional, por lo menos, hasta fines del siglo XIX. En una suerte de génesis, el apéndice cartográfico se inicia con la "Carte de l'Empire Espagnol dans les deux Ameriques en 1776 a l'époque de la fondation de la Vice Royaute de la Plata".

Aunque el trabajo de Martin de Moussy fue recuperado por la historiografía canónica como una de las imágenes fundantes de la nación argentina[12], su obra no puede ser comprendida si no se la reinscribe dentro de una red de prácticas y de objetos que no estaban claramente definidos en términos institucionales o políticos ni prolijamente delimitados dentro de campos de saberes cerrados. Esa complejidad de la red de trabajo en la que circularon los materiales de la ciencia explica que ciertas obras financiadas por gobiernos locales no abandonaran imaginarios geográficos configurados según "mirada europea". Uno de los aspectos en los que es posible reconocer esas diferentes miradas es, precisamente, en la atención que se le presta a las fronteras. En rigor, no se trata de la traza de la frontera en sí, sino más bien de la diferente valoración que se hace del trazado limítrofe en los diferentes casos.

Podría sugerirse, de modo provisorio e incluso deliberadamente general, que mientras que en Europa se trataba de publicar mapas que permitieran visualizar un nuevo escenario y nuevos actores, en América los mismos mapas o variaciones elaboradas a partir de ellos eran llamados a resolver las exigencias que se imponían en la pugna de proyectos de construcción y gestión estatal. Al mismo tiempo que los mapas europeos seguían saturando sus geografías con inventarios recopilados de todas las fuentes posibles, las élites locales comenzaban a reescribir los grandes relatos nacionales recurriendo a los más variados registros, formatos y tradiciones. La producción de literatura y de imágenes fue acompañada por la apertura de nuevos circuitos donde se exhibieron los materiales que daban formas y sentidos a la nación.

El carácter emblemático del mapa en la cultura política decimonónica así como sus funciones propagandísticas pueden ser tomados como

12 Véanse IGM (1979) y Orellana (1986).

indicios del valor cultural que tenía el mapa como objeto. Pero hay que recalcar que, a diferencia del destino que tuvieron otros objetos coleccionables como los fósiles, los libros o las monedas, con los que los mapas compartieron itinerarios, mercaderes y cotizaciones, los mapas que fueron a parar a una vitrina de museo fueron pocos y no necesariamente los de mejor factura.

A los mapas se les demandaba actualidad y precisión, y aquellos que no satisfacían esas premisas pasaban a gozar del descrédito científico. Esto no haría sino acentuar el interés por poner rápidamente en circulación los materiales cartográficos. Las sociedades geográficas europeas y americanas recibían ejemplares de las publicaciones del Instituto Geográfico Argentino (fundado en 1879) así como también otros documentos oficiales que incluían mapas.[13] La silueta de una nueva Argentina se promocionó en las exposiciones universales y en exhibiciones equivalentes que se hicieron en diversas ciudades latinoamericanas y argentinas.[14]

Al mismo tiempo, las élites locales buscaron inscribir sus proyectos de elaboración de mapas del territorio nacional en la por entonces renovada tradición de la cartografía topográfica a gran escala[15] porque esos mapas eran un insumo fundamental para el desarrollo de la infraestructura urbana y de comunicaciones. Esto significa, como han demostrado Francesc Nadal y Luis Urteaga, en primer lugar, que la elaboración de mapas fue, cada vez más, una tarea de naturaleza institucional, cuya ejecución dependía del concurso de diversas corporaciones técnico-profesionales: geodestas, topógrafos, dibujantes y grabadores, entre otros; corporaciones que estaban reguladas en su formación, reclutamiento y ejercicio por una detallada reglamentación administrativa. En segundo lugar, que la actividad cartográfica apareció gobernada por factores externos a los propia-

---

13 Sobre las relaciones entre las sociedades geográficas argentinas y sus pares extranjeras, véase Zusman (1996).

14 En diversos trabajos anteriores he analizado la dimensión simbólica de la cartografía nacional exhibida en las exposiciones universales. En particular cabe destacar que desde el mapa que von Seelstrang y Tourmente prepararon para la exposición de Filadelfia de 1876, ningún otro mapa oficial de la Argentina dejó de incluir la Patagonia como parte del territorio argentino (Lois 2006). En un trabajo anterior he analizado el papel de la cartografía en las conmemoraciones del primer centenario de la Revolución de Mayo, en particular en relación con el mapa que se distribuyó entre los materiales de la Exposición Nacional de Buenos Aires de 1910 (Lois 2010).

15 Sobre la autonomización de la cartografía topográfica véase Palsky (2003). Sobre la relación entre el Estado y los programas institucionales de confección de cartografía topográfica véase Nadal/Urteaga (1990).

mente científico-técnicos; en esencia, pasó a depender de las necesidades político-administrativas y de las posibilidades presupuestarias de cada país (Nadal/Urteaga 1990: 10). Los gobiernos nacionales crearon instituciones orientadas al relevamiento topográfico y a la investigación astronómica y geodésica.[16] En la práctica, se trataba de una cartografía de factura militar, que buscaba distanciarse de la cartografía elaborada a partir de la recopilación erudita de fuentes cartográficas históricas, y cuyo público se restringía a los circuitos de expertos. Entonces una de las estrategias que se impuso fue el vaciamiento de la información que dejaba de ser pertinente, relevante o científicamente aceptable. Uno de los resultados de estas carencias fue la aparición de grandes blancos en el mapa que se reservaban para alojar conocimientos más apropiados a las exigencias de ese presente. Aunque en los hechos, esa pretensión resultaba irrealizable (ya sea por las enormes superficies, por los recursos limitados o por la urgencia por contar con mapas), la cartografía topográfica se consolidó como una práctica y como un discurso asociados a la empresa de la construcción del Estado.

Durante los procesos de formación territorial de los Estados modernos, una de las necesidades político-administrativas que impulsó la práctica de la cartografía ha sido, precisamente, la definición de las fronteras. Esta tarea movilizó un conjunto de saberes topográficos y también recursos del Estado para mensurar el terreno o para dibujar mapas recopilando información cuidadosamente seleccionada. En general, ese proceso fue acompañado por la invención de una historiografía que se apoya en el supuesto de una permanente evolución técnica que ha permitido representaciones cartográficas cada vez más precisas. En la Argentina, el hecho de que la cartografía, a diferencia de otros saberes, no tomó la forma de disciplina científica universitaria y quedó en cambio anclada en una esfera de saberes técnicos hizo posible que esa historiografía tendiera a concentrarse casi exclusivamente en las prácticas de la institución cartográfica oficial, el Instituto Geográfico Militar (IGM, hoy Instituto Geográfico Nacional).[17] Sin

16 Sobre las instituciones de relevamiento topográfico en América Latina durante el siglo XIX véase Lois (en prensa). Sobre la historia de la astronomía en la Argentina véase Rieznik (2011). Sobre la relación entre los proyectos internacionales de mapeo de la tierra y de los cielos iniciados a fines del siglo XIX y las prácticas científicas en la Argentina véase Rieznik/Lois (2010).

17 En 1979 el IGM publicó una obra cuyo título, *100 años en el quehacer cartográfico del país. 1879-1979,* situaba claramente el momento del origen y citaba para ello la creación de la Oficina Topográfica Militar (1879). Entre la creación de la Oficina Topográfica Militar (1879) y la del Instituto Geográfico Militar (1904) hubo sucesivas re-

embargo, poco se ha indagado acerca de los vínculos del IGM con otros organismos en relación a la validación de sus propias prácticas científico-técnicas y, en particular, a los modos de ejercer el "principio de la precisión" que parece fundamentar, al menos desde los discursos, la legitimidad del saber cartográfico. El debate sobre la frontera argentino-chilena ofrece un terreno para el análisis de los pliegues entre prácticas y discursos.

La "precisión" cartográfica en la cuestión de frontera entre Argentina y Chile

El momento de organización política independiente de los Estados latinoamericanos coincide con la progresiva reconceptualización de la propia idea de límite, que pasa de ser concebido como (o, al menos, aceptado en forma de) una franja o zona a ser pensado como línea discreta y cartografiable.[18] Por lo tanto, mientras que durante siglos la capacidad dife-

organizaciones que tendieron a la especialización y desagregación de tareas geodésicas, cartográficas y estadísticas: en 1884 la Oficina Topográfica Militar se transformó en la Cuarta Sección "Ingenieros Militares del Estado Mayor"; en 1890 esta Cuarta Sección se subdividió en seis departamentos (Topografía, Cartografía, Geografía, Estadística, Fortificación y Construcciones); en 1895 la Cuarta Sección pasó a constituir la Primera División Técnica, que tenía a su cargo las divisiones de Servicio Geográfico y Cartográfico Militar; en 1901 la Tercera División del Estado Mayor del Ejército, también llamada Sección Geográfica Militar, pasó a concentrar todo lo relativo a la cartografía, la geodesia, la topografía, y el Archivo de Planos e Inspección, así como la formación de "un plantel militar para el levantamiento de planos" (IGM 1979: 18); finalmente, en 1904 la Sección Geográfica Militar se constituyó en el Instituto Geográfico Militar, que asumió todas las tareas mencionadas anteriormente. Véase al respecto IGM (1979: cap. 1).

18 "El término límite deviene del latín *limes-itis*, concepto empleado para denominar la línea fortificada que separaba a los romanos de los pueblos bárbaros. Contrariamente a lo que se suele afirmar, el *limes* no era una línea delgada y recta. Tal como ha señalado Duroselle, el *limes* era una franja ancha, un espacio articulado por puestos avanzados, fortificaciones principales y secundarias, y calzadas de retaguardia para casos de frontera" (Lacoste 2003: 10). Claude Raffestin (1980) también afilia la propiedad lineal del concepto de límite al surgimiento de los Estados modernos, pero agrega que el otro factor indispensable para la consolidación de esa resemantización fue la "vulgarización de un instrumento de representación: el mapa. El mapa es el instrumento privilegiado para definir, delimitar y demarcar la frontera. […] Se trata, en el fondo, el pasaje de una representación 'vaga' a una representación 'neta' inscrita en el territorio. La línea frontera no es verdaderamente establecida sino a partir de la demarcación en el lugar. 'Verdaderamente establecida' significa que no está sujeta a contestación de ninguno de los Estados parte que tienen esa frontera en común. Con la demarcación se elimina

renciadora de la cordillera misma –como cadena montañosa– había sido operativa, las redefiniciones del concepto de límite no tardarían en instalar la inexorable discusión acerca de cómo demarcar una línea sobre los Andes. De ese modo, hacia fines del siglo XIX, la preocupación por la línea de frontera se vuelve, desde el punto de vista epistemológico y pragmático, un imperativo novedoso en la práctica cartográfica.

El momento del arbritraje británico (1902) que dirimiría uno de los desacuerdos entre Chile y Argentina por el trazado del límite en un sector de la cordillera de los Andes ofrece un conjunto de materiales para examinar los debates acerca del lugar que ocupaba la cartografía en la agenda política del momento y, en particular, su apreciación como dispositivo para el conocimiento de la topografía.

Luego de haber firmado el Tratado de 1881, el Protocolo de 1893 y el Acuerdo de 1896, la Argentina y Chile no lograron acordar la demarcación efectiva de la línea que separaría sus respectivos territorios y siguieron reclamando la rectificación del límite, ambos amparándose en sus propias interpretaciones de las letras jurídicas suscritas.

La controversia puede resumirse en pocas palabras: mientras que la Argentina pretendía que la línea se trazara siguiendo la línea de las más altas cumbres, Chile sugería que se dibujara siguiendo la línea que dividía las aguas según la vertiente pacífica y la atlántica. La Argentina promovía lo que llamaba "el criterio orográfico" y Chile, el "hidrográfico". Huelga decir que cada uno de los países sostenía un criterio cuya aplicación se traduciría en una ganancia de superficie territorial para sí mismo en detrimento del otro.

Cuando se sometieron al arbitrio de la Corona Británica los puntos controversiales, la Argentina presentó un informe –enteramente redactado en idioma inglés– que llevaba por título *Argentine Evidence*[19] y en el que

---

un conflicto –si bien no se elimina el conflicto general, por lo menos se elimina un conflicto en el que la frontera podría ser un pretexto" (Raffestin 1980: 150-151). En cualquier caso, hay que remarcar que esta tendencia hacia la linealidad no implicó necesariamente la desaparición de ciertas prácticas de frontera más compatibles con la noción medieval de frontera-zona o lugar híbrido sin límites netos (Zusman 2001), y que incluso la demarcación estricta de esos límites en el terreno tampoco se tradujo en todos los casos en una diferenciación cultural o social concreta.

19 El título completo es *Argentine Evidence. Argentine-Chilian Boundary. Report presented to the Tribunal appointed by her Britannic Majesty's "to consider and report upon the differences which have arisen with regard to the frontier between the Argentine and Chilian (sic) Republics" to justify the Argentine claims for the Boundary in the summit of the*

ofrecía a Su Majestad Británica las pruebas o evidencias que demostrarían fehacientemente que la posición defendida era la correcta interpretación de los acuerdos diplomáticos celebrados. El valor de este documento no radica en el rol que le cupo durante las negociaciones[20], sino, más bien, en la riqueza de detalle con la que se construyó la argumentación diplomática con base en afirmaciones geográficas. *Argentine Evidence* es una obra compuesta por cuatro volúmenes y un atlas. Los volúmenes compilan textos en los que esencialmente se desarrolla la argumentación diplomática de los reclamos argentinos y se refuta la posición chilena. A lo largo de las 1091 páginas que suman los cuatro volúmenes se reproducen 71 mapas, 182 fotos, 175 fotos panorámicas insertas en láminas plegadas, 12 grabados y 15 croquis.

Con el propósito de "facilitar el trabajo" del árbitro, Francisco Pascasio Moreno[21] elaboró una obra que "intentaba reunir todos los datos que permiten apreciar la exactitud y la aptitud de la línea trazada por el experto de la Argentina" (*Argentine Evidence* 1900: xvi).

Cordillera de Los Andes, according to the Treaties of 1881 & 1893". Printed in compliance with the request of the Tribunal, dated December 21, 1899. London. Printed for the Government of the Argentine Republic by William Clowes and Sons, Limited. Stamford Street and Charing Cross, 1900.

Dos años más tarde se publicó una versión en español, en dos volúmenes: *Frontera argentino-chilena. Memoria presentada al Tribunal nombrado por el gobierno de Su Majestad británica "para considerar é informar sobre las diferencias suscitadas respecto á la frontera entre las Repúblicas Argentina y Chilena" á fín de justificar la demanda argentina de que el límite se trace en la cumbre de la cordillera de los Andes de acuerdo con los tratados de 1881 y 1893. Impresa para satisfacer la indicación hecha por el Tribunal en diciembre 21 de 1899.* Londres, Impresa para el gobierno de la República Argentina por W. Clowes e hijos, 1902.

20 El 20 de noviembre de 1902 se dio a conocer el laudo arbitral de Su Majestad Británica, Eduardo VII, que fijaba un límite *ad hoc*, una línea que a veces coincidía con la línea de altas cumbres y a veces coincidía con la divisoria de aguas (con la intención de respetar los asentamientos ya instalados). Sobre ella debían establecerse más de 400 puntos medidos en el terreno. La superficie en disputa (alrededor de 90.000 km^2) fue distribuida de manera tal que, al final de cuentas, cada una de las partes recibió territorios casi equivalentes.

21 Francisco Pascasio Moreno (1852-1919) fue un naturalista argentino que, desde muy joven, se dedicó a la exploración y al coleccionismo de fósiles. Su intensa trayectoria como explorador de la Patagonia le valió un lugar destacado en las comisiones y las delegaciones argentinas que participaron en las negociaciones con Chile y ante terceros. Participó en la elaboración de diversas obras sobre el mismo tema (aunque en muchas de ellas no figura su nombre, como era habitual en los documentos diplomáticos de este tipo).

Es necesario señalar que, contra la creencia generalizada en nuestros días, hacia fines del siglo XIX los mapas no eran pruebas demostrativas en los referéndums. En esta época, en el ámbito de la jurisprudencia "las palabras eran suficientes": en las batallas legales se asumía que las "opiniones escritas tienen [en estos contextos] un aura de dignidad, y que ofrecen una oportunidad para la explicación y la reflexión" (Dellinger 1997: 1704). Sin embargo, diversas memorias oficiales y también los libros publicados para instalar ciertas posturas frente a los temas de controversias limítrofes en la opinión pública solían explicar didácticamente que incluían "documentación escrita" y "documentación gráfica".[22] Poco se decía, sin embargo, sobre el valor estrictamente probatorio de ese arsenal gráfico. Lee (2005) demuestra que los libros y los mapas antiguos, si bien no eran completamente excluidos, eran tenidos en cuenta siempre y cuando no contradijeran otras pruebas verbales, no sólo las escritas, ya que también se le daba preferencia al testimonio oral de un testigo vivo. En el mismo sentido, se ha señalado que la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos ha admitido "fotografías, mapas o ambos" como prueba en los casos judiciales por disputas entre dos estados a causa de desacuerdos en asuntos de trazado de límites sólo ocasionalmente (Dellinger 1997: 1705), y que esto es congruente con la tendencia que se registra en el ámbito internacional, donde los mapas han sido aceptados como pruebas sólo recientemente (Lee 2005).[23]

22 Como ejemplo valga la siguiente cita: "La *documentación escrita* comprende todas las actas que levantaron y firmaron los Jefes de las Subcomisiones Mixtas que han intervenido en aquella operación, las actas aprobatorias de las mismas subscriptas por los Peritos y las que se refieren a resoluciones importantes adoptadas por estos en cumplimiento de su cometido.
La *documentación gráfica*, en la que se cuentan once mapas generales de las secciones demarcadas, varios diagramas, croquis, etc., informa sobre la situación relativa de los hitos y el consiguiente emplazamiento de la línea divisoria, y se reduce en cuanto a la frontera respecta, a la representación de una extensión limitada de terreno a uno y otro lado del límite, abarcando, además de las zonas en que actuaron las Comisiones arriba mencionadas, todas aquellas en que la Comisión especial enviada por el Gobierno Británico ha materializado la línea definitivamente establecida en el Laudo de 20 de noviembre de 1902" (Oficina de Límites Internacionales 1908: I, 1, destacado nuestro).

23 Estudios recientes están comenzando a poner en tela de juicio axiomas tales como que el mapa siempre ha funcionado como un documento en cuestiones jurídicas, algo que parecía natural en virtud de sus cualidades de registro neutral, científico y objetivo de lo real. Ese presupuesto sería una de las resonancias que tuvo y tiene el peso de una tradición "instrumentalista" (Edney 2005), muy propensa a apreciar la precisión de la representación y la codificación del lenguaje cartográfico. Sin embargo, ninguno de

El documento argentino presentado para ilustrar a Su Majestad Británica planteaba que todos los antecedentes diplomáticos habían ratificado el criterio orográfico que estaba implícito en decir que la Cordillera de los Andes era una barrera natural porque ese enunciado suponía que su línea de más altas cumbres era la línea divisoria. Reivindicaba que todas las cláusulas del Tratado de 1881 refieren a la orografía y que "such limit will remain at all events 'immovable' between the two Republics" (*Argentine Evidence* 1900: 475). Más todavía, allí se sostenía que el Protocolo de 1893 reafirmaba los términos del Tratado de 1881 –que ya había consagrado a la cordillera como límite– y que, por lo tanto, lo que estaba en discusión no era un criterio demarcatorio sino la forma en que se realizarían las prácticas de demarcación en el terreno (que terminarían evidenciando o haciendo patente el criterio ya acordado). Se afirmaba también que el Acuerdo de 1896 se basaba exclusivamente en criterios orográficos. Finalmente se sugería que el criterio hidrográfico propuesto por los chilenos era relativamente reciente[24] y se dejaba entrever que se trataría de un reclamo caprichoso y malintencionado.

La Argentina insistió en transformar el conflicto en un asunto de demarcación del límite sobre el terreno. Para ello, evocó la capacidad técnica de los expertos en topografía y afines. Para ese entonces existían comisiones de límites *ad hoc*, que se ocupaban de cada uno de los conflictos binacionales (con Chile y con Brasil). Pero ante la superposición de trabajos y ante eventuales contradicciones de la diplomacia argentina, en 1891 se creó un organismo centralizado que atendería todas las cuestiones de las fronteras internacionales: la Oficina de Límites Internacionales. Entre sus funciones, la Oficina debía ocuparse de: a) compilar todos los datos históricos, geográficos y topográficos relativos a las fronteras de la República; b) certificar el trazado de los límites internacionales en la cartografía oficial, según títulos y derechos de los tratados sobre fronteras; c) coordinar los trabajos

estos atributos parece haber sido un rasgo constitutivo, definitorio ni excluyente del objeto mapa con anterioridad al siglo XX. No obstante ello, la interpretación sobre las funciones y los usos de los mapas en la vida política y, en particular, su función documental en litigios parece fuertemente impregnada de estos presupuestos, que se fueron haciendo extensivos –en forma imprecisa y tal vez demasiado ligera– hacia el pasado.

24 "During the whole course of the negotiations which preceded the Treaty of 1881, the advisability of a hydrographic limit was never mentioned" *(Argentine Evidence* 1900: 476).

de las comisiones de límites (Brasil, Chile) y archivar los documentos elaborados por ellas (Mazzitelli Mastricchio 2008).

Las comisiones de límites tenían como objetivo primario realizar trabajos de campo en zonas que no habían sido objeto de levantamientos topográfico. Estaban compuestas por un primer comisario, a cargo de la comisión; un segundo comisario por lo general con título de ingeniero y un tercer comisario con título de agrimensor. Estas comisiones trabajaban conjuntamente con las comisiones enviadas por la contraparte y se formaban así comisiones mixtas. Una vez firmado un tratado o protocolo, ambos gobiernos nombraban a los funcionarios de las comisiones a través de decretos. En una primera etapa, las comisiones se reunían para acordar la época del año en la que se harían los trabajos, el orden que debía seguirse en los reconocimientos de las zonas y las "tolerancias que la comisión mixta aceptará para sus operaciones científicas" (República Argentina 1910: 173). Existía la posibilidad, si el Ministerio de Relaciones Exteriores lo autorizaba, de organizar comisiones auxiliares que dependían de la comisión principal y estaban encargadas de "estudiar el terreno tanto en lo que sea el territorio litigioso en sí mismo, como en lugares que la Comisión mixta deberá cruzar para llegar a él" (República Argentina 1910: 177). Además, entre las tareas de las comisiones se contaba que debían levantar planos ilustrativos de los terrenos recorridos, armar picadas y levantar mojones que sirvieran de vértice para los trabajos topográficos posteriores, y establecer la determinación geográfica de los principales puntos. Por otro lado, el naturalista que acompañaba la expedición hacía el relevamiento estadístico y el relacionado a las ciencias naturales. El "reparador de instrumentos" estaba a cargo del instrumental de mediciones decir del teodolito, la plancheta y el cronómetro. Los medios de transporte utilizados en las comisiones eran principalmente la mula y las canoas (aunque podían variar de acuerdo a las condiciones físicas del lugar en que se realizaría la campaña). Además de este personal de carácter científico-técnico, las comisiones incluían personal militar, quienes recibían un sobresueldo por el trabajo; peones, encargados de las tareas menos calificadas; un secretario y un escribiente, encargados de las comunicaciones entre las subcomisiones y los gobiernos; un médico; un farmacéutico y numerosos técnicos auxiliares.

Desde un ángulo estrictamente geográfico, la argumentación argentina buscaba impugnar el criterio propuesto por Chile diciendo que "a divortium aquarum is not a permanent line" (*Argentine Evidence* 1900: 490). Insistía además en la existencia de "geographical facts which entirely

support the Argentine line" (529). ¿Cómo transformar esos hechos geográficos en evidencias?

En primer lugar, se desacreditaron todos los mapas históricos que no concordaran con la posición diplomática del reclamo argentino. En rigor, semejante coherencia no debe sorprender. Pero lo verdaderamente curioso es el argumento utilizado, es decir la afirmación de que sólo algunos mapas mostraban la expresión natural del hecho geográfico que implicaba la Cordillera de los Andes. La Cordillera era presentada como un "hecho geográfico" que no era pasible de ser contradicho por ningún mapa. La oposición entre hecho geográfico (o realidad) y documento (o mapa) llevaba a sostener que la barrera natural era una realidad y los mapas –que no serían entonces la realidad– eran buenos sólo si mostraban esa realidad:

> *Neither Argentina nor Chile, when agreeing to the boundary on the edge of the Cordillera de los Andes, have looked on maps*: The frontier was imposed itself. The limit along the mountain range was not arrived at as a consequence of cartographical work: the law of nations and the patrimony of the two countries pointed to it, as any other better division of the inheritance from Spain could be sought for. *Maps were used only as helps* to appreciate certain features of the range, but never have the indications contained in them preponderated over the traditional natural boundary" (*Argentine Evidence* 1900: 556, destacados nuestros).

Sin reparar en la falacia argumentativa que entramaba ese criterio de validación/invalidación de los mapas, el mismo criterio se hacía extensivo a los cartógrafos: los mapas que mostraban el límite en la divisoria de aguas demostraban que sus dibujantes no estaban lo suficientemente familiarizados con el "verdadero carácter físico" de la cordillera, mientras que los otros mapas que mostraban los "water-gaps" revelaban que sus cartógrafos tenían un mejor conocimiento del terreno.[25]

Por lo tanto, en *Argentine Evidence* se aducía que era completamente inútil que los chilenos siguieran buscando mapas que probasen algo que es contrario a los hechos geográficos (en los que se apoyaba completamente la línea argentina) (*Argentine Evidence* 1900: 556). Cuando se acusaba al experto chileno y a su consejero técnico de tener una "fe incuestionable"

25 "This coincidence only proves the complete unaquaintance of the cartographers who drew those maps with the true physical character of the range, while other maps showing the water-gaps in the same reveal that their draughtsman had more knowledge of the ground" (*Argentine Evidence* 1900: 556).

sujeta a mapas erróneos, se apuntaba que dichos mapas no tenían una base geográfica confiable (*Argentine Evidence* 1900: 556).

El mapa era mostrado así como un dispositivo manipulable y, de hecho, manipulado (por los chilenos, naturalmente):

> Recently, owing to the active propaganda on the part of the Chilian geographers in favour of the boundary line in the continental divide, *some cartographic publications have modified the traditional boundary*, although not always in complete agreement with the Chilian ideas (*Argentine Evidence* 1900: 521, destacados nuestros).

En el horizonte de la argumentación jurídica argentina, un "mal mapa" no sólo no podría ser una prueba diplomática sino que sería usado para demostrar que las evidencias del oponente estaban corrompidas.

Aunque se dedicaba un capítulo entero a abundar en "la inutilidad de mapas imprecisos", no se acertaba a dar ningún criterio metodológico-epistemológico sobre la precisión de la cartografía. Todo parámetro quedaba sucintamente restringido a la condición del "apego al hecho geográfico". Pero el remate de ese capítulo terminaba de clarificar los límites de la validez de los mapas que podrían participar del grupo de "evidencias": eran los mapas oficiales los únicos pasibles de ser discutidos en este referéndum. El carácter documental de la cartografía sería una prerrogativa de los mapas oficiales.[26] Algo que, bien entendido, tomaba distancia de cualquier "hecho geográfico" y remitía a un conjunto intrincado de intereses que no siempre tenían que ver con las formas del terreno. Por eso, para descalificar la argumentación chilena se decía que: "it is to be found in the lack of geographical information and in the *erroneous views* as to the elements characterizing the traditional natural boundary" (*Argentine Evidence* 1900: 535, el destacado es nuestro).

26 "These words which are strictly applicable to the present question, deprive erroneous maps of any value, where dealing with the geographical lines proposed by the two Experts. Of what avail are the maps commented upon in this and the previous chapters –the map of Napp, those attributed to Burmeister, and Siemiradzky, the map of Brackebusch, quoted in the Chilian statement in support of the theory maintained by Señor Barros Arana, etc.? Further, what force can maps have for that purpose, which do not bear an official character? The maps have no reliable geographical basis, and neither the Argentine nor the Chilian Government have accepted them as an evidence to define the common boundary. *The only ones which bear that character are the official maps published in reference to this question*" (*Argentine Evidence* 1900: 562, destacado nuestro).

Sabiendo que la tarea del arbitraje británico iría necesariamente a materializarse en una demarcación física y en una imagen cartográfica, la Argentina elaboró y publicó un mapa.[27] Como era de esperar, el mapa representaba elementos que demostrarían la administración efectiva de esos territorios por parte del Estado argentino (fundamentalmente, infraestructura: asentamientos y carreteras), así como también varias líneas limítrofes, concretamente como se indica en el mismo mapa, la línea propuesta por la Argentina según registro del 1 al 3 de septiembre de 1898, la línea propuesta por Chile según registro del 29 de agosto de 1898 y la línea internacional según registro de octubre de 1898.

El documento en cuestión fue puesto en circulación con cuidadosa atención: durante el año siguiente a su aparición fue enviado no sólo a los destinatarios para los cuales había sido elaborado, es decir los expertos de la Corona Británica, sino también a instituciones que gozaban de legitimidad científica –entre ellas, la American Geographical Society Library–, cuyo eventual apoyo podía dar mayor contundencia al reclamo argentino.

Conclusiones

Mientras que la mayor parte de los estudios dedicados a la cartografía se ocupan de indagar cómo las élites impusieron una visión monolítica de la política oficial del Estado a través de un discurso cartográfico congruente, en este artículo se propuso relacionar esos procedimientos con otros que le fueron contemporáneos y que a menudo son ignorados o menospreciados: los modos de uso y valoración de las imágenes en torno a una de las prerrogativas que se le exigía a la cartografía, esto es, la precisión.

A diferencia de otros campos del saber, la producción de mapas no se disciplinó exclusivamente bajo el formato de conocimiento académico. Más cercana a la estadística, la cartografía se posicionó como un saber técnico, estratégico y útil para la administración del Estado. Aunque la cartografía es aparentemente definida por un discurso sobre la mensura y la precisión de los parámetros utilizados para representar el relieve y otros elementos de interés, es en realidad un conjunto de prácticas que producen objetos,

27 Su título completo era: *Preliminary Map of the South-Western of the Argentine Republic. Showing the different points from which Photographs, reproduced in the "Argentine Evidence" have been taken*. Pie de imprenta: Drawn on stone and lithographed by W. & A. K. Johnston, Limited, Edinburgh and London, 1901.

los mapas, los cuales resultan especialmente sensibles a diversas demandas específicas. El mapa encarnó un "discurso científico", más por su forma que por sus enunciados o sus métodos de confección. Por eso aún habría que revisar la densa red de prácticas cartográficas que no se inscribieron necesariamente dentro de las instituciones que sirvieron al Estado.

La relevancia que adquirió la delimitación de la frontera en el marco de los procesos de formación territorial en América Latina motivó una serie de prácticas de búsqueda y selección de cartografía histórica sesgadas a los fines que se pretendía justificar. También justificó un ensamblado de prácticas de producción de mapas (que podían incluir mensuras pero esto no fue excluyente) y su puesta en circulación dentro de itinerarios que intersectaron campos técnicos, políticos, diplomáticos, comerciales, educativos y estéticos.

Los mapas europeos no acusaron recibo inmediato de esa nueva agenda de preocupaciones centrada en asuntos de fronteras que expresaban los nuevos mapas "locales", ni fueron tan sensibles a todas sus variaciones. Como si resultara evidente que los mapas locales participaban de una disputa que no podía explicarse solamente en el interés por acumular datos, los mapas europeos siguieron mostrando un mapa político tan incierto como durante la primera mitad del siglo hasta casi entrado el siglo xx. Rara vez tomaron posición frente al complejo asunto de las fronteras.

Todavía tenemos mucho que aprender sobre la relación entre cartografía y procesos independentistas. En general, queda aún mucho por estudiar sobre los vínculos entre el Estado nacional y los mapas de América Latina desprendidos de viejos esquemas interpretativos: tanto de aquellos esquemas que usaron los mapas (ciertos mapas, una selección muy sesgada de ellos) para justificar reclamos territoriales como de los que denunciaron la utilización sistemática de discursos científicos para imponer un proyecto político. La variedad de imágenes cartográficas que circularon y se cruzaron sugiere que los itinerarios de las prácticas cartográficas fueron más complejos y menos controlados de lo que las historias conocidas nos han contado.

Bibliografía

Argentine Evidence. Argentine-Chilian boundary. Report presented to the Tribunal Appointed by Her Britannic Majesty's Government "to Consider and Report upon the Differences which have arisen with Regard to the Frontier Between the Argentine and Chilian Republics" to Justify the Argentine Claims for the Boundary in the Summit of the Cordillera de los Andes, According to the Treaties of 1881 & 1893. Printed in Compliance with the Request of the Tribunal, dated December 21, 1899. Redactada por Francisco P. Moreno. London: Printed for the gov't of the Argentine Republic by W. Clowes and Sons, 1900.

Bonnycastle, Richard (1818): *Spanish America, or, A Descriptive, Historical, and Geographical Account of the Dominions of Spain in the Western Hemisphere, Continental and Insular: Illustrated by a Map of Spanish North America, and the West-India Islands: A Map of Spanish South America, and an Engraving, Representing the Comparative Altitudes of the Mountains in those Regions.* London: Printed for Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, Paternoster-Row.

Bosse, David (2000): "To Promote Useful Knowledge: 'An Accurate Map of the Four New England States' by John Norman and John Coles". En: *Imago Mundi*, 52, pp. 143-157.

Carey, Henry Charles (1816): *Carey's General Atlas. Improved and Enlarged. Being a Collection of Maps of the World and Quarters, their Principal Empires, Kingdoms.* Philadelphia: M. Carey.

Carey, Henry Charles/Lea, Isaac (1822): *The Geography, History and Statistics of America and the West Indies. Exihibiting a Correct Account of the Discovery, Settlement and Progress of the Various Kingdoms, States and Provinces of the Western Hemisphere to the Year 1822, by Henry Charles Carey and Isaac Lea, Philadelphia, with Addition Relative to the New States of South America. Illustrated by Maps, Charts, and Plates*. London: Printed for Sherwood, Jones and Co. Paternoster-Row.

Cházaro García, Laura (2009): "Recorriendo el cuerpo y el territorio: instrumentos, medidas y política a fines del siglo xix en México". En: *Memoria y Sociedad.* 13, 27, pp. 101-119.

Chiaramonte, Juan Carlos (1994): "Modificaciones del Pacto Imperial". En: Annino, Antonio/Castro Leiva, Luis/Guerra, François-Xavier (eds.): *De los Imperios a las Naciones*. Zaragoza: IberCaja, pp. 107-128.

De Moussy, Jean Antoine Victor Martin (1860-1864): *Description géographique et statisque de la Confédération Argentine*. 3 tomos. Paris: Librerie Didot.

— (1865): *Atlas de la Confédération Argentine*. Paris: Librerie Didot.

Dellinger, Hampton (1997): "Words are Enough: the Troublesome Use of Photographs, Maps, and Other Images in Supreme Court Opinions". En: *Harvard Law Review*, 110, 8, pp. 1704-1753.

Edney, Matthew H. (2005): "Putting 'Cartography' into the History of Cartography: Arthur H. Robinson, David Woodward, and the Creation of a Discipline". En: *Cartographic Perspectives,* 51, pp. 14-29.

Igm (1979): *100 años en el quehacer cartográfico del país (1879-1979).* Buenos Aires: IGM.

Lacoste, Pablo (2003): *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lee, Hyung K. (2005): "Mapping the Law of Legalizing Maps: The Implications of the Emerging Rule on Map Evidence in International Law". En: *Pacific Rim Law & Policy Journal*, 14, pp. 159-188.

Livingstone, David (2005): "Historical Geography: Knowledge, in Place and on the Move". En: *Progress in Human Geography*, 29, pp. 626-634.

Lois, Carla (2006): "Técnica, política y 'deseo territorial' en la cartografía oficial de la Argentina (1852-1941)". En: *Geocrítica. SCRIPTA NOVA. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, X, 218 (52), <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-52.htm> (14.10.2013).

— (2010): "El mapa del Centenario o un espectáculo de la modernidad argentina en 1910". En: *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades,* 24, pp. 176-196.

— (2011) "¿Desde la periferia? Enfoques y problemas de la agenda actual sobre Historia de la Cartografía en América Latina". En: *EspacioTiempo, Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades,* 7, pp. 11-36.

— (en prensa): "The Topographical Survey in Latin America". En: Pedley, Mary/Ednet, Matthew (eds.): *The History of Cartography.* Chicago: University of Chicago Press.

Mazzitelli Mastricchio, Malena (2008): "Límite y cartografía en la frontera argentina durante el último tercio del siglo xix". En: Mendoza Vargas, Héctor/Lois, Carla (comps): *Historia de la ciencia cartográfica de Iberoamérica.* México, D.F.: UNAM, pp. 427-440.

Montserrat, Marcelo (comp.) (2000): *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial.

Nadal, Francesc/Urteaga, Luis (1990): "Cartografía y Estado. Los mapas topográficos nacionales y la estadística en el siglo xix". En: *Geocrítica,* 88, pp. 1-93.

Oficina de Límites Internacionales (1908): *La frontera Argentino-Chilena. Demarcación General, 1894-1906.* 2 vols. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional.

Orellana, Raúl (1986): "La cartografía básica de interés nacional. Su evolución". En: IGM (ed.): *Contribuciones científicas*, Congreso Nacional de Geografía, XLVIII Semana de Geografía, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos. Buenos Aires: IGM, pp. 183-190.

Palsky, Gilles (2003): "Mapas topográficos y mapas temáticos en el siglo xix". En: Ramada Curto, Diogo/Cattaneo, Angelo/Ferrand Almeida, André (eds.): *La cartografia Europea tra Primo Rinascimento e fine dell'Illuminismo*. Firenze: Leo S. Olschki Editore, pp. 275-291.

Penhos, Marta (2005): *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo xviii.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Pohl-Valero, Stefan/González Silva, Matiana (eds.) (2009): *La circulación del conocimiento y las redes del poder. Memoria y sociedad. Revista de historia*, 13, 27, número monográfico.

Podgorny, Irina (2011): "Fronteras de papel: archivos, colecciones y la cuestión de límites en las naciones americanas". En: *Historia Crítica,* 44, pp. 56-79.

Raffestin, Claude (1980): *Pour une géographie du pouvoir.* Paris: Libraires Techniques LITEC.

República Argentina (1910): *Frontera Argentino Brasileña. Estudios y demarcación general 1887-1904*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional.

Rieznik, Marina (2011): *Los cielos del sur. Los observatorios astronómicos de Córdoba y de La Plata, 1870-1920*. Rosario: Prohistoria.

Rieznik, Marina/Lois, Carla (2010): "En el 'glorioso sendero de la ciencia universal'. La Carte Inernationale du Monde 1: 1.000.000, la Carte du Ciel y las prácticas de representación del territorio argentino. 1890-1920". En: *Llull. Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas,* 34, pp. 121-160.

Salvatore, Ricado (comp.) (2007): *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

Zusman, Perla (1996): *Sociedades Geográficas na promoção do saber ao respeito do território. Estratégias políticas e acadêmicas das instituições geográficas na Argentina (1879-1942) e no Brasil (1838-1945).* Universidade de São Paulo, Mestrado em Geografia Humana: Dissertação.

— (2001): "Entre el lugar y la línea: la constitución de las fronteras coloniales patagónicas (1780-1792)". En: *Fronteras de la Historia*, 6, pp. 37-60.

La institucionalización de las ciencias antropológicas en las nuevas naciones y el papel de los museos[1]

Jesús Bustamante

Durante el siglo XIX el ser humano pasó a ser un objeto privilegiado de reflexión e investigación científica, tanto en su dimensión social como individual, en su aspecto físico como en el moral, pero siempre afrontado desde una dimensión estrictamente material e inmanente. Las ciencias antropológicas, como hoy las llamamos, se convirtieron en uno de los grandes protagonistas de la época. Su especial vocabulario ("matriarcado", "endogamia", "sociedad primitiva", "atavismo"....) y algunas de sus propuestas teóricas ("evolucionismo social y cultural", "jerarquización racial"...) se difundieron mucho más allá de los medios ilustrados o científicos, creando un estilo y una moda de pensamiento de enorme repercusión. Parte de su éxito radicó en que esas nuevas ciencias antropológicas nunca fueron neutras y nunca pudieron ser sólo ciencias, sino que desde el principio aspiraron a una dimensión pragmática, que fuera aplicable y provechosa para los conciudadanos, y eso implicaba que de forma explícita o implícita siempre hubiera una agenda política.[2]

Resulta relativamente sencillo hablar de la notable repercusión de las nuevas ciencias antropológicas en el siglo XIX, de su protagonismo y de su dimensión política tanto en los procesos de construcción de los nuevos Estados nacionales en Europa y América (sobre todo a la hora de definir sus ciudadanos y la forma de actuar diferenciadamente sobre ellos), como de su papel en la construcción de los nuevos imperios coloniales o en la ocupación de las llamadas fronteras internas (sobre todo a la hora de definir las características y los tipos de relación posibles entre occidentales y no occidentales). Al fin y al cabo ellas aportaron o desarrollaron conceptos

1 Investigación realizada en el marco del proyecto de investigación HAR2009-10107 "Museos, memoria y Antropología" del Ministerio de Ciencia e Innovación, España.

2 Sobre estos temas existe una bibliografía amplia y variada, a la que nuestro equipo de investigación ha contribuido también durante los últimos años. Véase especialmente Bustamante (2005b).

claves como los de "pueblo", "etnia" y "raza" (a veces utilizados de una forma que no es fácil de diferenciar) y, sobre todo, "cultura" (en su sentido amplio y actualmente dominante), "patrimonio cultural" y "folklore" (asociados siempre a un "pueblo"). Nociones todas ellas esenciales a la hora de caracterizar al propio Estado nacional, de clasificar la variedad de sus poblaciones y de favorecer o dirigir los procesos de homogenización que se consideraban necesarios. Conceptos muy instrumentales aportados en el momento oportuno por unas disciplinas que resultaban especialmente convincentes por la notable cantidad de energía y tiempo que invertían en cuantificar (pesar, medir, numerar) y clasificar (jerárquicamente) todo lo relativo a los cuerpos humanos y sus sociedades.

La Antropometría fue sin duda la gran subdisciplina de la época y estuvo muy vinculada al surgimiento de la Estadística y la Demografía modernas. El último libro de Adolf Quetelet (el creador de los estándares estadísticos internacionales) se titulaba precisamente *Anthropométrie* (1870) y la primera cátedra de Demografía la impartió a partir de 1876 Adolph Bertillon, discípulo de Quetelet, en la École d'Anthropologie de París. Pero los miembros de la prestigiosa École d'Anthropologie fundada por Paul Broca no fueron los únicos que participaron en la elaboración de estudios y estadísticas demográficas; las sociedades de Antropología de Alemania y del Reino Unido tuvieron un papel todavía más activo en la elaboración de las grandes encuestas demográficas nacionales que, entre otras cosas, definieron los distintos tipos humanos que componían la población de sus respectivos Estados nacionales y, en el caso de Inglaterra, también la de su imperio (son especialmente importantes la encuesta realizada por el Bundesrat für die Statistik con ayuda de la Deutsche Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte entre 1873 y 1875 –cuya publicación se extendió hasta 1885– y la realizada por la British Association for the Advancement of Science y su Racial Committee entre 1875 y 1883).

Sin embargo, por paradójico que parezca, hablar sobre la institucionalización de esas mismas disciplinas antropológicas durante este período resulta muy difícil. Se trata de un proceso notablemente complejo que estuvo lleno de contradicciones tanto en Europa como en América. Con este trabajo trataremos de mostrar algunas de las características principales del proceso de institucionalización tanto a un lado como a otro del Atlántico, destacando el papel clave que desempeñaron los museos y algunas conse-

cuencias que de ello se derivaron. Nos centraremos particularmente en dos casos latinoamericanos: México y Argentina.

Antropología e institucionalización

El primer problema al hablar de las ciencias antropológicas y su institucionalización surge por el hecho de que un solo término servía entonces para designar a todo el nuevo conjunto disciplinar. Antropología era y sigue siendo la voz dominante y más abarcadora, pero en lo físico era muy difícil de diferenciar de disciplinas tan consolidadas como la Anatomía y la Fisiología médicas, por no mencionar a la Frenología, y en lo social convivía conflictivamente con disciplinas emergentes como la Etnología y el Folklore, pero también con la Sociología y con la Física Social (que fue la disciplina que aplicó por primera vez el principio de causalismo y probabilidad de Laplace a los comportamientos "morales", dando lugar a la Estadística moderna y a la Demografía).[3] Pero el problema de límites no paraba ahí, porque también lo encontramos con disciplinas –o subdisciplinas– como la Paleontología y Prehistoria, o incluso la Filología Comparada, que la Antropología no consideraba como ciencias ajenas en cuanto tenían algo que ver con lo humano y el estudio de sus características o de su origen.[4] La Antropología era, sin duda, una disciplina ambiciosa y tenía una voluntad aglutinadora muy fuerte, lo que hacía que bajo su capa nominal cupiera casi todo.

Paul Broca y Armand de Quatrefages la definieron como una disciplina de "síntesis" que tenía por objeto de estudio al ser humano en sus dimensiones "física, moral e intelectual", es decir –expresado en una terminología más actual– "física, social y cultural" (incluyendo lo lingüístico

3 Sobre la Física Social, su relación con la Sociología de Comte y en general el surgimiento de la Estadística moderna en relación con las nuevas disciplinas antropológicas y la consolidación de los Estados nacionales véase Bustamante/Giraudo/Mayer (2014).

4 Sobre la ciencia del lenguaje como una disciplina antropológica e incluso arqueológica, véase Tovar (1997). Esta dimensión de las ciencias del lenguaje en el siglo XIX está hoy muy poco atendida. Por eso la monografía más completa sobre un tema y una bibliografía actualmente casi olvidados sigue siendo Schrader (1890). Véase sin embargo Morpurgo Davies (1975).

dentro de la dimensión cultural).[5] Ese carácter sintético tan acentuado y la notable heterogeneidad de sus objetos de estudio afectaron seriamente a la manera en que se produjo su concreción institucional.

Dicho de un modo muy genérico y según mi propia síntesis, los procesos de institucionalización de una profesión o de una disciplina tienden a ajustarse a tres modelos diferentes.

El primero se desarrolla a partir de un campo de especialidad excluyente, como diría Pierre Bourdieu.[6] En su forma más simple ese campo de especialidad se asienta en unos materiales de estudio que se reconocen como específicos de una disciplina. Son las plantas de la Botánica, los animales de la Zoología o los textos escritos de la Filología, por poner tres ejemplos muy poco sofisticados pero sí muy claros. Por el contrario, la reivindicación de la totalidad del ser humano y sus obras, parafraseando a Herskovits (1948), como material de estudio específico de una sola disciplina, la Antropología, era algo bastante cuestionable en lo científico además de claramente imposible de poner en práctica como exclusividad profesional, tanto por la inmensidad y complejidad del campo que se pretendía acotar como porque esa exclusividad era inaceptable para toda una pléyade de disciplinas que iban desde las sólidamente establecidas (como la Medicina o la Filología), hasta las que estaban en proceso de consolidación pero tenían campos de actuación más precisos (como la Prehistoria, la Sociología o la Estadística moderna, por ejemplo). Lo que en cambio nadie cuestionó como materiales específicos de la Antropología fueron aquellos que se referían al hombre primigenio, al hombre natural o elemental –fuera éste el primitivo o el salvaje– con todas sus obras. Es decir un tipo de material muy variado pero también muy característico, que a partir de mediados del siglo XVIII –con el incremento de los viajes de exploración y las expediciones científicas– se había ido haciendo cada vez más abundante en las colecciones y gabinetes más importantes del mundo occidental, y al que desde muy pronto se le reconoció una lógica diferenciada de tratamiento y exposición. Por ejemplo, si el British Museum se creó oficialmente en 1753, ya en 1780 se constituyó de forma estable dentro de él una Galería

5 Esta definición de la Antropología de Broca y Quatrefages como "une science de *synthèse*" es el punto de partida de la monografía de Dias (cursiva del original. 1991, véanse especialmente pp. 13-15).

6 La noción de campo es una de las claves centrales de la sociología de Bourdieu, por lo que evolucionó y fue adoptando diferentes desarrollos a lo largo de sus escritos. Véase especialmente Bourdieu (1979, 1992 y 1994).

de los Mares del Sur (South Seas Room) para exponer los ricos materiales etnográficos recolectados por James Cook.[7] Colecciones y museos se transformaron así en una de las vías de institucionalización más tempranas e importantes para la Antropología en cuanto disciplina y fueron además los que la asociaron a un campo de actuación identificable con unos materiales específicos.

El segundo modelo de institucionalización se desarrolla también a partir de un campo de especialización, pero que ahora está definido por un paradigma teórico o por un principio hermenéutico, es decir ya no por los materiales mismos de estudio, sino por una estrategia de aproximación a esos materiales y por una manera específica de trabajarlos. En el caso de la Antropología el principio hermenéutico más significativo probablemente fue la biologización de los comportamientos sociales y culturales, así como la aplicación sistemática a los seres humanos y sus conductas de paradigmas teóricos procedentes de las Ciencias Naturales como la evolución o la racialización, por poner dos ejemplos muy significativos y de enorme influencia más allá de la disciplina. El vocabulario y los discursos que la Antropología supo desarrollar a partir de esos planteamientos, como mínimo, le dieron una considerable visibilidad e influencia social, lo que fue muy importante para su profesionalización.

El tercer modelo de institucionalización se desarrolla a partir de la existencia de un conjunto de especialistas o profesionales que con su propia acción definen la nueva disciplina y, al luchar por sus intereses, establecen su campo de especificidad excluyente. Es un modelo que deriva de la propuesta clásica de Max Weber y en el que se enfatiza tanto la importancia del asociacionismo institucional, como el papel de redes informales y *lobbies*. Es también el modelo que pone mayor énfasis en la importancia de los sistemas de producción, difusión y reproducción de ideas y profesionales.[8] Es decir

---

7 Sobre los materiales antropológicos y su papel en la formación del British Museum véase Braunholtz (1970), sobre la evolución institucional de la sección etnográfica dentro del British Museum, véase especialmente pp. 37-45.

8 El modelo clásico de Max Weber aparece sobre todo en su monumental *Wirtschaft und Gesellschaft* (1922). Manejo la traducción al inglés Weber (1978). La teoría weberiana ha sido desarrollada de muy diferentes maneras, también en lo que se refiere a las ciencias y sus instituciones, desde los planteamientos clásicos de Robert K. Merton a los desarrollos constructivistas de Bruno Latour (sociología del conocimiento y la *Actor-Network-Theory*) o Steven Shapin (construcción social del conocimiento). Véase una breve exposición en Porter (1990). En cuanto a la *Actor-Network-Theory*, la mejor introducción es probablemente la del propio Latour (2005).

la asociación profesional o disciplinar, una sede reconocible, una escuela o cátedra universitaria y un órgano de expresión impreso (una revista especialmente) son los elementos que este modelo de institucionalización suele considerar más significativos. Pero todos ellos, con respecto a la Antropología, siguieron procesos bastante singulares tanto en Europa como en América.

Estos tres modelos, evidentemente, no son incompatibles entre sí. En realidad cada uno atiende a una dimensión diferente, pero igualmente importante, de los procesos de institucionalización. El primero destaca la importancia de los materiales de valor patrimonial o científico, enfatizando de ese modo el papel de los museos. El segundo prioriza la importancia de crear un vocabulario y un discurso disciplinar propio, capaz de imponerse hegemónicamente sobre espacios sociales que van más allá de los límites disciplinares. El tercero atiende a los mecanismos de profesionalización, de captación de recursos, de producción de respuestas y de reproducción de profesionales.

La mayor parte de las historias de la Antropología se ha centrado, y se sigue centrando, sobre todo en el segundo modelo, elaborando fundamentalmente una historia de las teorías antropológicas, o de las teorías y los discursos antropológicos en el caso de la historiografía más reciente.[9] El resultado es una historia fragmentada, que es más bien la de las principales escuelas antropológicas, que deja en un plano secundario o no atiende en absoluto todo lo que no sea las escuelas británica, francesa y norteamericana, con algunos añadidos puntuales sobre la alemana y, a veces, la austríaca.[10] Se trata además de un modelo historiográfico fuertemente internalista, que se interesa muy poco por la dimensión pragmática de esas mismas escuelas de Antropología y mucho menos todavía por sus compromisos e implicaciones políticas y sociales. Hay que señalar dos notables excepciones, la de la Antropología racista y los regímenes autoritarios de la primera mitad del siglo xx (especialmente el caso alemán), y la relación entre Antropología y colonialismo desarrollada a partir de finales de los años 1960, como consecuencia de los procesos de descolonización y el surgimiento de

---

9 La bibliografía sobre estos temas es muy abundante, véase por ejemplo Barnard (2000), Fabietti (2001), Petermann (2004), Kuklick (2008) y Erickson/Murphy (2008).

10 Hasta la *History of Anthropology*, dirigida por George W. Stocking y luego por Richard Handler (12 volúmenes entre 1983-2010) adolece de esta misma tendencia. Mayor atención hacia otras áreas y tradiciones encontramos en el *Histories of Anthropology Annual* que dirigen Regna Darnell y Frederick W. Gleach (7 volúmenes entre 2005-2011).

la llamada "corriente crítica".[11] Se trata de dos excepciones clamorosas que, por regla general, más que estudios han generado inteligentes denuncias y apasionadas declaraciones de principios, que nunca vienen mal pero que han tenido el efecto de proyectar una profunda sombra sobre todo lo demás, como por ejemplo el juego de relaciones que existe entre el desarrollo de las ciencias antropológicas y la consolidación de los nuevos Estados nacionales, dos procesos que son estrictamente paralelos, que interactúan y que a nosotros nos interesa especialmente indagar.

Con respecto a los otros modelos, el weberiano clásico ha sido asumido parcialmente por algunos de los estudios del tipo anterior. Pero por desgracia se lo ha desarrollado muy poco porque el caso de las ciencias antropológicas muestra algunas características más bien singulares, casi podríamos decir que desconcertantes. Si el asociacionismo es un fenómeno importante y relativamente temprano (1838 Francia, 1842 EE.UU. y 1843 Gran Bretaña, ambas asociaciones sobre el modelo francés),[12] su consolidación siguió un proceso bastante dubitativo y prolongado (1859 las dos asociaciones de París; 1869 la de Berlín; 1870 la de Florencia; 1871 la definitiva de Londres; 1879 la definitiva de Washington)[13] y, sobre todo, su entrada en la universidad resultó complicada, inusual y decididamente tardía.

Se suele decir que Edward B. Tylor tuvo la primera cátedra de la disciplina en Oxford. Pero lo cierto es que lo que tuvo fue la curaduría del Pitt Rivers Museum de esa universidad, en 1883. Una labor asociada a esa curaduría fue la docencia en Antropología (un *reader*), que empezó a

11 La bibliografía sobre ambos temas constituye una especie de subgénero antropológico que es abordado en cualquiera de las historias generales antes mencionadas.

12 1838: Société Ethnologique de Paris, 1842: American Ethnological Society de Nueva York; 1843: Ethnological Society of London, son los tres ejemplos más claros y conocidos de este período temprano que podríamos llamar "de las sociedades etnológicas" (lo que remite a una etnología de fuerte connotación política que identificaba pueblo y raza al modo en que lo hacían los hermanos Thierry o el propio W.F. Edwards, punto de partida para desarrollos posteriores como los de Gobineau).

13 1859: Société d'Anthropologie (Paul Brocca) y Société d'Ethnographie de París (Leon de Rosny); 1869: Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte de Berlín; 1870: Società Italiana di Antropologia e Etnologia (Paolo Mantegazza); 1871: Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland (que aglutina la Ethnological Society of London y la Anthropological Society of London); 1879: Anthropological Society de Washington (J.W. Powell). Todas ellas, con raíces muy diferentes, corresponden al período "de las sociedades antropológicas" que aglutinaban tanto la corriente culturalista como la biológica, y en las que lo étnico-racial había perdido protagonismo frente a un interés creciente por los orígenes y las primeras edades del hombre. Esto último es muy importante para los desarrollos latinoamericanos.

ejercer en 1884 y que en 1896 fue reconocida por la universidad con una categoría docente equivalente a la de un catedrático (un *professor*). Pero Tylor en ningún momento tuvo una cátedra ordinaria de esa universidad y hay que esperar hasta 1908 para encontrar cursos de Antropología oficiales en las universidades de Oxford, Cambridge y Londres (o más bien en su School of Economics), cursos que –salvo los que se impartían en los departamentos de arqueología y estudios clásicos– solían tener por objetivo cuestiones relativas a la administración colonial, es decir que se ofrecían como una suerte de Antropología aplicada.[14]

La estrecha relación entre museo y universidad también la encontramos en Estados Unidos, donde las dos primeras cátedras reconocidas fueron la de Daniel Brinton en Pensilvania (1884, en la Academy of Natural Sciences, es decir en una institución mitad centro académico y mitad museo) y la de Frederic W. Putnam en Harvard (propiamente en el Peabody Museum at Harvard, en 1887). Una relación que se repite en los casos de la Universidad de Berkeley y el Phoebe A. Hearst Museum, la Universidad de Chicago y el Field Columbian Museum o la Universidad de Columbia y el American Museum of Natural History de Nueva York (en este caso con Franz Boas como figura central, la misma que resultaría clave para el posterior desarrollo de la Antropología como disciplina en EE.UU.).[15]

En el caso alemán la cosa resulta todavía más confusa. Adolf Bastian enseñó desde 1866 en la Universidad de Berlín, pero siempre como *Privatdozent*,[16] sólo Felix von Luschan, en 1908, obtendría –precisamente en Berlín– la primera cátedra propiamente dicha de Antropología (física y cultural) en Alemania. Aunque debe reconocerse que existió otra previa (sólo de Antropología Física) en Múnich, la que estableció en 1886 el eminentísimo Johannes Ranke. De todas formas, según mis datos, en 1903 sólo en seis de las 21 universidades alemanas se impartían cursos de Antro-

---

14 La escuela británica de Antropología ha sido objeto de un número considerable de monografías, aunque no tanto el proceso de su institucionalización y desarrollo universitario. Véase sobre esto Kucklick (1991) y Stocking (1995).

15 Sobre la escuela norteamericana de Antropología existe también una bibliografía abundante, aunque no tanto para su desarrollo institucional y universitario. Véase en especial Hinsley (1981), Patterson (2001) y Darnell (2001).

16 El *Privatdozent* es un profesor habilitado para la enseñanza universitaria y la dirección de tesis doctorales, pero que no tiene un cargo en propiedad ni forma parte del consejo universitario. Su actividad en la universidad es legal, pero no recibe remuneración del organismo público al no tratarse de un cargo.

pología, y sólo en una de ellas quien impartía el curso tenía la categoría de catedrático (el ya mencionado J. Ranke en Múnich).[17]

Por sorprendente que resulte, es en Italia donde aparecen cronológicamente las primeras cátedras universitarias de Antropología: la que se crea para Paolo Mantegazza en la universidad de Florencia en 1869 y las que se constituyen para sus discípulos en 1880 en las universidades de Nápoles (para Francesco de Sanctis) y de Bolonia (para Giuseppe Sergi).[18]

En cuanto al caso francés, es el que responde de forma más ejemplar al modelo de progresiva institucionalización definido por Weber, pero con un sorprendente final. La primera cátedra de la disciplina es –como bien se sabe– la de Armand de Quatrefages, cuando en 1855 decidió transformar la vieja cátedra de "anatomie et d'histoire naturelle de l'homme" en el Museo de Historia Natural de París, en una "chaire d'anthropologie". De nuevo un museo, no la universidad.

Luego vino el proceso institucional arquetípico según Weber, que corresponde casi punto por punto al llevado a cabo por Paul Broca. Primero constituyó la asociación disciplinar: la Société d'Anthropologie de Paris (1859); luego el lugar de investigación y formación: el Laboratoire d'Anthropologie vinculado inicialmente a la École Pratique de la Faculté de Médicine (1867) e integrado poco después al complejo de docencia e investigación conocido como École Pratique des Hautes Études (1868), lo que permitió tener autonomía administrativa y recursos económicos, e hizo posible que se creara una verdadera École d'Anthropologie de Paris en 1875, con reconocimiento oficial a partir de 1878. Se trata de un modelo educativo muy francés, no exactamente universitario, pero que podía equivalerle. Ese mismo año de 1878 se constituyó el primer museo específicamente de Antropología de Francia: el Museo de Etnografía del Trocadero, en el que se reunieron las colecciones antropológicas antes repartidas por el Louvre, el Museo de Historia Natural y las secciones museísticas de las tres grandes bibliotecas parisinas: la Nacional, la del Arsenal y la de Sainte-Geneviève. Como culminación de todo este proceso y para poner orden entre las distintas instituciones, se estableció que en el nuevo museo no se podría impartir docencia ni formar nuevos antropólogos, lo cual que tuvo

17 Sobre el desarrollo de la Antropología alemana véase especialmente Bunzl (1996), Massin (1996), Zimmermann (2001), Penny (2002), Fischer/Bolz/Kamel (2007).

18 El caso de la Antropología italiana está bastante más desatendido. Véanse especialmente Grottanelli (1977), Puccini (1991) y las partes dedicadas específicamente a Italia de Fabietti (2001).

por consecuencia una quiebra efectiva en el desarrollo de la Antropología en Francia, que implicó su paralización y hasta un claro retroceso en beneficio de otras disciplinas como la Sociología, el Folklore o la Historia de las Religiones. En Francia la Antropología sólo consiguió cobrar nuevo impulso al entrar oficialmente en la universidad con la creación en 1925 del Institut d'Ethnologie de l'Université de Paris, obra conjunta de Marcel Mauss, Marcel Cohen, Lucien Lévy-Bruhl y Paul Rivet. Se inició así una nueva era de la Antropología francesa, una de cuyas primeras expresiones fue la apertura, en 1931, del Musée des Colonies y, en 1938, del Musée de l'Homme, lo que implicó la clausura definitiva del viejo Museo del Trocadero. Es decir, también en Francia la entrada de la disciplina en la universidad fue relativamente tardía y estuvo asociada a una Antropología entendida sobre todo como una ciencia aplicada y estrechamente orientada a la administración colonial.[19]

Así pues, el modelo de institucionalización weberiano con culminación en la universidad refleja importantes desajustes al aplicarse a los distintos desarrollos que siguió la Antropología decimonónica. Por el contrario, el modelo de institucionalización que mejor parece responder a las particularidades de las ciencias antropológicas del siglo XIX es el primero de los que hemos propuesto, es decir el que enfatiza la importancia de los museos y colecciones como vertebradores y definidores de la disciplina y de sus estrategias a la hora de presentarse a la sociedad. Se trata de un modelo al que hasta ahora se ha prestado más bien poca atención, lo cual no quiere decir que no haya estudios sobre museología, nueva museología, vida social de los objetos, Antropología de los objetos. o investigaciones sobre la historia de museos específicos.[20] Lo que quiero decir es que hay pocos estudios que afronten la estrechísima relación de la Antropología y los museos, del museo en cuanto "laboratorio", como "lugar de producción" de la disciplina (en el sentido tanto de Foucault como de Latour). Una perspectiva que, sin embargo, me parece riquísima y llena de posibilidades.[21]

19 Una vez más la bibliografía es muy abundante sobre el caso francés, y en esta ocasión existen además monografías sobre las principales instituciones (en especial las más tempranas), pero no tanto sobre la dimensión universitaria. Entre la rica bibliografía disponible puede destacarse en particular Dias (1991), Blanckaert (1997), Gaillard (1997), Laurière (2008).

20 La bibliografía es muy amplia, véanse por ejemplo Appadurai (1986), Bennet (1995 y 2004), Hooper-Greenhill (1992), Karp/Lavine (1991), Pearce (1992 y 1997), Witcomb (2003).

21 Probablemente el mejor estudio con este tipo de aproximación sea Dias (1991), obra

El XIX fue el siglo de oro de los museos, instituciones que los nuevos Estados nacionales –a un lado y a otro del Atlántico– desarrollaron no sólo como lugares para la conservación de un patrimonio, sino también como centros de educación de la ciudadanía y de investigación y elaboración de nuevos conocimientos útiles. Los museos eran entonces una institución en auge que, en lo que se refiere a educación e investigación, competía abiertamente con otras como la universidad, que todavía no había impuesto su hegemonía excluyente sobre esos ámbitos.

Los museos eran un espacio institucional de prestigio, de gran visibilidad, que por su propia naturaleza daba legitimidad y transfería su prestigio a las actividades que se desarrollaban dentro de él. Algo que resultaba muy conveniente para una disciplina en consolidación como la Antropología.

Pero los museos eran algo todavía más importante para la Antropología de aquella época. Al tratarse de una disciplina con pocos recursos materiales, cuyos individuos practicantes por lo general viajaban poco o lo hacían pocas veces,[22] el museo y sus colecciones constituían el lugar ideal para realizar el *trabajo de campo*, eran de hecho el espacio casi único donde podía producirse la confrontación con el material empírico, y eran por tanto el lugar preferente de la experiencia y de la experimentación, es decir: el *laboratorio*. Siguiendo el modelo tradicional de las Ciencias Naturales, el mundo entero podía aportar información y materiales en bruto (sobre todo mediante aficionados, funcionarios, misioneros y marineros; rara vez por científicos expedicionarios), pero esos materiales recolectados sólo se volvían material científico y adquirían valor demostrativo –y didáctico– en el propio museo y gracias a la labor de los científicos que trabajaban en su interior. El museo era literalmente un laboratorio y la Antropología decimonónica una de las disciplinas que mejor supo sacarle provecho. La forma de sacarle provecho variaba según cada una de las situaciones locales y nacionales, respondiendo a sus singularidades, a sus necesidades y a sus preferencias, pero manteniéndose siempre dentro del desarrollo general de una disciplina científica, que era reconocida como tal por todos sus practicantes y en todos los espacios donde ésta tenía lugar. Y esto es muy

---

ya varias veces mencionada. Pero véanse también las propuestas de Henare (2005), Henderson/Kaeppler (1997) y McCarthy (2007).

22 Por eso la Antropología universitaria posterior a la Primera Guerra Mundial los calificaría como armchair anthropologists, un término claramente despectivo que enfatizaba el profundo cambio hermenéutico que se había producido en el concepto de experiencia y material empírico.

importante de recordar cuando se estudian casos no habituales, como los latinoamericanos por ejemplo.

Museos y Antropología

Los museos nacionales, es decir lo que solemos llamar museos modernos, son una creación sobre todo del siglo XIX que nació con una vocación enciclopédica generalista heredada del siglo anterior. Querían ser un microcosmos lo más completo posible. Pero, según los casos, ese pretendido carácter generalista podía variar considerablemente en la amplitud de su horizonte. El primero de todos, el British Museum (1753), surgido en plena Ilustración, se constituyó como un *universal museum* en el que debía caber todo. Por supuesto, eso incluía –como ya hemos mencionado antes– una sección antropológica.

El British Museum ha sido siempre un museo bastante singular por la asombrosa amplitud del universalismo al que aspiraba y probablemente es además el museo que ha intentado conservar ese carácter por más tiempo. Pero incluso en su caso ha sido inevitable que a lo largo de los años se fueran escindiendo fragmentos muy significativos de esa universalidad inicial: 1824, la National Gallery; 1881-83, el llamado British Museum of South Kensington, que propiamente es el British Museum of Natural History (la separación de sedes y colecciones se completó legalmente en 1963); y en 1997, la British Library. Dentro del imponente conjunto de materiales y documentos que forman tan inmensa institución, la sección antropológica nunca fue autónoma; de hecho ni siquiera fue un departamento por sí mismo hasta 1946.[23] Hubo un momento, entre 1970 y 1997, en que el departamento de etnología contó con notable autonomía y hasta con un edificio propio, conocido oficialmente como Museum of Mankind. Sin embargo, la crisis de la Antropología y sus museos que se produjo a finales del siglo XX acabó con esa etapa, volviendo fondos y expositores al edificio principal del British Museum.

23 Con anterioridad la sección antropológica (mencionada por primera vez en 1845) formaba parte de unidades más amplias con denominaciones bastante peculiares: Departamento de antigüedades orientales y etnografía (1857), Departamento de antigüedades británicas, medievales y etnografía (1866) y Departamento de cerámica y etnografía (1921).

Para los objetivos de este trabajo lo que nos importa destacar es que en el momento clave de la institucionalización de la Antropología durante el último cuarto del siglo XIX, ni siquiera en el British Museum estaban juntos los materiales antropológicos formando un solo discurso expositivo, sino repartidos entre sus dos sedes principales: el British Museum de Bloomsbury (o sea, el edificio tradicional) y el de Historia Natural de South Kensington. Esa división es un estándar que se repite en muchos otros casos. En Francia, por ejemplo, es la que se produce entre el museo nacional del Louvre (1792), de carácter general y vocación muy "universalista", y el Musée national d'histoire naturelle (1793), de carácter especializado,[24] y cabe añadir además que sólo en el segundo se desarrolló la actividad científica y docente que llevaría a crear la primera cátedra formal de la disciplina.[25]

Museos generales, más o menos universalistas, y museos de historia natural, más o menos especializados, fueron las instituciones en que habitualmente se coleccionaban los materiales antropológicos, que de ese modo competían con todo tipo de intereses y disciplinas. Los museos especiali-

---

24 Los museos franceses son propiamente los primeros museos nacionales, una exposición general sobre su desarrollo puede encontrarse en Schaer (1993); una exposición específicamente dedicada a los museos y exposiciones de tema antropológico en L'Estoile (2007).

25 En los EE.UU. el desarrollo del gran museo nacional y su relación con la Antropología es algo diferente pero termina con unos resultados bastante parecidos. Como es sabido, la donación de James Smithson que permitió crear la Smithsonian Institution en 1846 tenía por objetivo, entre otras cosas, crear el US National Museum, que según los criterios de la época debía estar unido a un centro de estudio e investigación. Ese gran museo nacional, responsable de conservar todo el material asociado a las exploraciones y a la expansión hacia el Oeste norteamericano (lo que incluía sus poblaciones indígenas), fue reestructurado en 1910 y rebautizado como The National Museum of Natural History. Previamente, en 1879 se había creado el Bureau of Ethnology, luego Bureau of American Ethnology (1897), una institución pensada específicamente para poder transferir a la Smithsonian los riquísimos materiales –documentales y museísticos– sobre las poblaciones indígenas que se guardaban hasta entonces en el Interior Department. La riqueza de esos materiales antropológicos, junto con la habilidad personal y los contactos políticos de John Powell, transformaron esa peculiar oficina, inscrita dentro del Smithsonian United States National Museum, en el primer núcleo institucional vertebrador de la Antropología norteamericana. Sobre estos temas la monografía de Hinsley (1981) sigue siendo fundamental. Es importante no confundir esta institución y sus materiales con el actual National Museum of the American Indian, creado en 1989 al integrarse dentro de la Smithsonian el antiguo Museum of the American Indian, institución hasta entonces privada, creada por George Gustav Heye en 1916 y cuya sede principal estaba en Nueva York.

zados sólo empezaron a surgir en la segunda mitad del siglo XIX, aunque es cierto que con anterioridad hubo alguna propuesta teórica (como la parisina de François Jomard de 1831) y hasta alguna concreción institucional, como el excepcional Museo Siebold de la Universidad de Leiden (1837), embrión del futuro Rijksmuseums voor Volkenkunde.[26] Sin embargo, su verdadero momento se produjo en el tercer cuarto del siglo, y las sucesivas creaciones museísticas son un indicio clarísimo de la progresiva organización institucional y creciente visibilidad de la disciplina antropológica: 1866, Museo de Arqueología y Etnografía de la Universidad de Harvard (a partir de la donación de George Peabody = Peabody Museum at Harvard); 1873, Nordiska Museet de Estocolmo (a partir de la donación de Arthur Hazelius); 1874, Museo Preistorico e Enográfico de Roma (Luigi Pigorini, a partir del antiguo museo barroco de los jesuitas, habitualmente identificado con Athanasius Kircher); 1874, museos de Antropología y etnografía de Dresde y Múnich; 1877, Museum für Völkerkunde de Hamburgo (heredero del viejo Museo Godeffroy y ubicado en la primera planta del Museo de Historia Natural); 1878, Museo de Etnografía del Trocadero, París; 1883, Museo de Etnografía de Oxford (a partir de la donación del general August Pitt-Rivers, que impuso como condición que la universidad estableciera una *permanent lecturer* en Antropología; museo y *lecturer* se inauguran en 1884); 1884, Cambridge University Museum of Archaeology and Anthropology (a partir de la donación de las colecciones de la Cambridge Antiquarian Society en 1883);1886, Museum für Völkerkunde de Berlín (la creación de Adolf Bastian que se volvería modélica a un lado y otro del Atlántico). Hubo varios otros más, de menor volumen y hasta de carácter privado, entre los que me permito destacar el Museo Antropológico del Dr. Pedro González Velasco en Madrid, fundado en 1875.[27]

Una segunda oleada de museos antropológicos tuvo lugar con el cambio de siglo y, sobre todo, una profunda reestructuración se produjo a partir de la crisis de los años 1930, en relación directa con una nueva definición de las disciplinas antropológicas y de su incorporación a la universidad. Pero no entraremos en ello, porque nuestro objetivo en este trabajo

26 El Rijks Ethnographisch Museum de Leiden se constituyó propiamente en 1864. Antes existió el Rijks Japansch Museum Von Siebold, considerado su primera forma institucional. Se trata de la rica colección de objetos japoneses que el naturalista Philipp Franz von Siebold donó a la Universidad de Leiden y que se hizo de acceso público en 1837. Véase sobre todo Effert (2008).

27 Sobre el caso español véanse Ronzón (1991) y Romero de Tejada (1992).

es intentar mostrar cómo los desarrollos latinoamericanos decimonónicos se ajustaron de forma bastante regular y al mismo tiempo innovadora a lo que ocurría en el resto de Occidente.

Dos ejemplos latinoamericanos: México y Argentina

Como ocurre en Europa, un buen número de los museos nacionales latinoamericanos nacieron en fechas tempranas, concebidos como museos generales y con una declarada voluntad de constituirse en microcosmos lo más completos posibles. Ejemplos de ello son el Museo Público de Buenos Aires (1812 y 1823), el Museo Nacional de Santiago de Chile (1813 y 1838), el Museo Nacional de Río de Janeiro (1818) o el Museo Nacional de México (1825 y 1831).[28]

Sin embargo, todos ellos muestran también otra característica muy importante. Quizá porque su creación formaba parte de los procesos institucionales que se consideraban obligatorios durante el período inmediatamente posterior a las independencias, lo cierto es que esos museos generales de Latinoamérica nacieron con la singularidad de poner como horizonte de referencia su propio cosmos nacional, y no el universal de tradición ilustrada que caracterizaba al British Museum o al Louvre. Es decir, desde muy temprano estos museos entendieron que su objetivo preferente debía ser elaborar la totalidad nacional como microcosmos museal, dejando en segundo plano lo que fuera externo a ella. Se interesaban por todo lo relativo a la historia, arte y naturaleza de un espacio concreto, que no iba más allá de las fronteras territoriales de la propia nación o del área geográfica en la que estaba inscrita. Un rasgo que desde luego se encuentra también en los museos nacionales europeos, pero no con el mismo nivel de importancia. Y eso incidió en el posterior desarrollo de este tipo de instituciones en suelo americano, como veremos a continuación, aunque centrándonos sólo en dos casos concretos que me parecen especialmente significativos y que se ubican en sus dos extremos geográficos: México y Argentina.

---

28 Sobre los museos de la América Latina existe una bibliografía amplia y variada, a la que no siempre es fácil acceder. Una buena aproximación de conjunto, al menos para los países más sureños, puede encontrarse en Andermann (2000c), que incluye monografías sobre diferentes museos argentinos, brasileños y chilenos. Una aproximación general sobre el caso mexicano puede encontrarse en Rico Mansard (2004).

Sobre estas instituciones museales en su momento fundacional sabemos muy poco. De hecho, como ocurre también en otros casos del continente, los estudiosos suelen mencionar dos fechas, una con una fundación más bien teórica, que se produce sobre todo como declaración de intenciones en el papel, y después otra que corresponde a una fundación práctica o refundación, mediante la cual se consigue reunir un patrimonio material en un lugar concreto: 1812 y 1823 para Buenos Aires;[29] 1825 y 1831 para el caso mexicano.[30] Pero más que esa condición dubitativa del momento fundacional preciso, lo que interesa destacar aquí es que esa primera etapa de constitución estuvo determinada no tanto por un proyecto de qué hacer hacia el futuro como por la tradición coleccionista y el tipo de patrimonio previamente existente con la que se constituyeron tales museos, pues debe recordarse que en ambos casos existían y además con unas características bien determinadas.

Con respecto al primer Museo Nacional de México los estudiosos han debatido sobre cuánto podía deber a los fondos artísticos de la Academia de San Carlos y a la rica colección mineralógica y química del antiguo Colegio de la Minería, por ejemplo. Pero de lo que nadie duda es que las características de esa primera institución museal mexicana estuvieran determinadas sobre todo por los fondos procedentes del antiguo Gabinete de Historia Natural, creado por José Longinos en 1790 en relación con la Real Expedición Botánica a la Nueva España (la que dirigieron Sessé y Mociño entre 1787 y 1803), y más aún por la enorme colección de antigüedades, nunca enviada a España, recolectada por la Real Expedición Anticuaria a la Nueva España (la que dirigió Guillermo Dupaix entre 1805 y 1808).[31] Un fondo de historia natural de primera magnitud y un fondo

29 Fue ubicado en la planta alta del antiguo convento de Santo Domingo, junto a otras dependencias como un gabinete de Física, un laboratorio de Química y un observatorio astronómico, aprovechando la exclaustración que se había producido ese mismo año de 1823. El museo se denomina, hasta 1882, Museo Público de Buenos Aires.

30 Fue ubicado en el edificio de la antigua Universidad de México, ocupando un salón y una parte del claustro (donde estaban las piezas más monumentales, como la estatua ecuestre de Carlos IV o la famosa escultura azteca de la Coatlicue). En 1825 –aunque en otros documentos aparece noviembre de 1822– se creó en el edificio universitario un "conservatorio de antigüedades y un gabinete de historia natural", que en 1831 pasaría a designarse Museo Nacional, denominación que se mantendría sin cambios hasta 1909. Véase en García (1909) una primera historia documentada de la institución, pero véase en Sánchez (1877) otra historia temprana con datos discordantes.

31 La bibliografía sobre las expediciones científicas ilustradas es muy abundante y se ha incrementado en los últimos años. Sobre la de Sessé y Mociño a la Nueva España,

arqueológico también excepcional, que en ambos casos se habían constituido buscando la especificidad del hombre y de la naturaleza en el suelo mexicano. Sin duda, un buen punto de partida para un museo nacional de carácter general, pero una herencia que inevitablemente enfatizaba los criterios de territorialidad y singularidad (es decir, lo contrario del universalismo ilustrado que, paradójicamente, había impulsado la formación de esas mismas colecciones).

En el caso del Museo Público de Buenos Aires la información disponible es mucho menos detallada, entre otras cosas porque en el Río de la Plata no existió una tradición expedicionaria ilustrada tan poderosa y una cultura colectora científica tan fuerte como la que hubo en Nueva España, ni llegó a materializarse en instituciones previas a la creación del propio museo nacional. Pero eso no quiere decir que no existieran. De hecho, hubo importantes prácticas de recolección naturalista, frecuentemente asociadas a expediciones científicas, destacando muy especialmente la de delimitación de fronteras de Félix de Azara por la larga labor recolectora llevada a cabo (entre 1781 y 1801) y por la influencia que tuvo en la zona. Y hubo además prácticas de recolección impulsadas por las autoridades virreinales y locales, normalmente sobre cuestiones relativas a las riquezas naturales y la farmacopea,[32] pero también al debate sobre los huesos de gigantes, seres vinculados al suelo argentino desde el siglo XVI y que a lo largo del XVIII se concretaron como una megafauna asombrosa. Uno de esos ejemplares especialmente completo, el megaterio o perezoso gigante descubierto por un estudioso local –Manuel de Torres– terminó siendo remitido, con la mediación de varias autoridades y del propio virrey, al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde Juan Bautista Bru lo reconstruyó y describió, despertando la atención no sólo de una figura científica como George Cuvier (que fue quien dio nombre a la especie) sino también la del propio presidente de Estados Unidos, Thomas Jefferson.[33] El megaterio daba nueva vida a la polémica internacional sobre los

sin embargo, me parece que sigue siendo una buena introducción la obra de Lozoya (1984). En cuanto a la Real Expedición Anticuaria, una buena visión general la proporcionan Alcina (1995) y Cabello Carro (1992).

32 Sobre la cultura científica en el Río de la Plata en el período de la independencia véase Asúa (2010).

33 Sobre este episodio y sus consecuencias, véase López Piñero/Glick (1993). Sobre la primera etapa de la paleontología en el Río de la Plata, véase Tonni/Pasquali/Laza (2007, especialmente pp. 23-33).

gigantes antediluvianos en el momento mismo en que se estaba forjando la nueva ciencia paleontológica,[34] lo que proporcionaba un protagonismo muy especial a la Argentina en este aspecto.

A diferencia del ejemplo mexicano, el primer Museo Público de Buenos Aires o Museo del País, como lo denominó inicialmente Bernardino Rivadavia en su resolución constitutiva de 1823, no parece haber nacido a partir de una gran colección de piezas, ni que estas fueran muy significativas. Pero en todo caso surgió, tal como dice la primera resolución constitutiva de 1812, haciendo "acopio de todas las producciones, extrañas y privativas de este territorio [...]. Invitando a los ciudadanos que las posean a que con ellas hagan un presente que reconocerá este Gobierno con la mayor estimación" (Tonni/Pasquali/Laza 2007: 33-36).[35] Es decir, también en Buenos Aires se recurrió a una tradición colectora previa, aunque en este caso fuera sobre todo privada, y una vez más la nueva institución se hizo poniendo énfasis en los criterios de territorialidad y de singularidad local, lo que en el Río de la Plata implicaba enfatizar la Historia Natural y, dentro de ella, los famosos huesos de gigantes.

Así pues, a pesar de todas sus diferencias, los museos nacionales de México y Buenos Aires desde su misma fundación coincidieron en priorizar todo lo que se creía que daba singularidad al propio territorio y en utilizar la temporalidad como clave explicativa de esa singularidad (natural o humana). Se fijaba así el binomio Historia Natural y Arqueología en México; y el de Historia Natural y Paleontología en Buenos Aires. En ambos casos no se trataba de un discurso o un proyecto articulado, sino que era consecuencia de una tradición colectora previa.

La falta de un proyecto fuerte y de un discurso museístico articulado se hace evidente porque, tanto en México como en Argentina, tras esa temprana fundación siguió un largo período de escasa actividad (o, al menos, muy poco documentada) que se prolongó hasta la década de 1860, que en ambos casos representa una especie de refundación y cambio de trayectoria que, sin embargo, sólo se consolidó a partir de los años 1870 y 1880, con la completa estabilización política de ambos estados nacionales.

34 Sobre esta cuestión véase Pelayo (1996, especialmente pp. 290-302).
35 Texto original en *Gaceta Ministerial* del 7 de agosto de 1812, otros relacionados en Tonni/Pasquali/Laza (2007: 33-36).

En el caso del Museo Público de Buenos Aires ese período fue bastante complicado y llegó a afectar negativamente a las partes más científicas de la institución.[36] A cambio se incrementó la colección de objetos históricos y emblemáticos de la patria (asociados a figuras como San Martín o Juan Manuel de Rosas). Aunque quizá lo más significativo es que en 1841, en vez de incorporar dos importantes colecciones de fósiles (la de Francisco Javier Muñiz y la de Pedro de Angelis), se prefirió enviarlas –al parecer por iniciativa del propio Rosas– a Londres (Royal College of Surgeons Museum, la colección de Angelis) y París (Muséum d'Histoire Naturelle, la colección de Muñiz) con la finalidad de poner a la Argentina en los foros científicos internacionales (repitiendo, de alguna manera, lo ocurrido con el megaterio en el siglo anterior) (Onna 2000). Tras la caída de Rosas, y siguiendo un modelo aprendido por los exiliados en Brasil, se trató de revivir la institución creando una Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata (1854), sin demasiado éxito pero a la que debemos una memoria (1856) con la primera descripción completa del museo. Allí se lo define como un organismo destinado al "estudio de las ciencias, las letras y las artes", que se estructuraba en seis secciones: Zoología, Botánica, Mineralogía, Numismática, Bellas Artes y Varios Ramos (destacando entre ellos la Arqueología y Etnología, con piezas egipcias y romanas, además de las propias de los "salvajes americanos") (Sauro 2000).

El cambio verdaderamente importante, hay que volver a decirlo, se produjo en la década de 1860, coincidiendo con el período de estabilización política y organización nacional representada por Mitre y Sarmiento, es decir los dos primeros presidentes de la república federal unida. Ese cambio estuvo asociado sobre todo a la profesionalización del museo y de su administración, con la designación del científico alemán Carl Hermann Burmeister como director (cargo que ocuparía de 1862 hasta su muerte en 1892). Burmeister reorganizó la institución reduciéndola a tres grandes secciones: Arte, Historia y Ciencia, pero impulsó sobre todo esta última, entendida como Ciencia Natural y dando particular atención a la Paleontología. De hecho llegó a reconvertir la Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata en una Sociedad Paleontológica Argentina (1866), una de las primeras en el continente y fuera de él. A Burmeister se debe

36 Desaparecieron el gabinete de Física y el laboratorio de Química, y hasta el primer director de la institución –Carlos Ferraris– renunció a su cargo (1836) y se marchó del país (1842). Sólo entonces fue nombrado un sustituto en la persona de Antonio Demarchi.

además la primera catalogación sistemática de las piezas y su publicación, para lo que creó los *Anales del Museo Público de Buenos Aires*, pero con la reveladora característica de que todas las entregas del primer volumen (1864-1869) fueron escritas por el propio Burmeister. El naturalista alemán había asumido el museo como una empresa tan personal que hizo de ella un ámbito poco acogedor, dificultando que ese espacio institucional de creciente prestigio internacional pudiera cumplir un papel semejante al que encontramos en sus homólogos de París o Berlín, pero sobre esto volveremos más adelante porque corresponde al momento decisivo de la institucionalización de la Antropología en las tierras del Plata.[37]

Con respecto al museo mexicano, la información correspondiente a este período intermedio del siglo XIX es todavía más escasa y aún menos significativa que la que disponemos sobre Argentina. Pero basta para confirmar que se trataba de un museo general, con fondos en los que destacaba sobre todo lo arqueológico y lo relacionado con la Historia Natural. Es decir, nada especialmente novedoso. Hay que añadir que la institución tuvo un importante impulso durante el imperio de Maximiliano, en el contexto de otros grandes proyectos culturales como la Comisión Científica Franco-Mexicana o la creación de una Biblioteca Nacional, lo que tuvo por consecuencia su traslado en diciembre de 1865 a un nuevo espacio junto al Palacio de Gobierno, en la antigua Casa de la Moneda, que sería su sede por los cien años siguientes. Pero como es lógico, el verdadero desarrollo y consolidación del Museo Nacional mexicano sólo se produjo una vez conseguida la estabilización política e institucional del país, lo que estuvo asociado –para bien o para mal– con las sucesivas presidencias de Porfirio Díaz (1876-1880 y 1884-1911).[38]

En el caso mexicano, la figura clave fue Gumesindo Mendoza, director del Museo Nacional desde 1876 hasta su repentina muerte en 1886. A él se debió la profesionalización de la institución, la reorganización de sus fondos o, mejor dicho, su primera organización general con criterios científicos, su catalogación y su publicación, para lo cual dotó al museo de una imprenta y de un órgano de expresión estable: los *Anales del Museo Nacional* (que comenzaron a editarse en 1877).[39] El museo mantuvo su carácter

37 Sobre Burmeister y el Museo Público véanse Andermann (2000a) y Tonni/Pasquali/Laza (2007, sobre todo pp. 39-46), además de Biraben (1968) y Arenas (1991, sobre todo pp. 37-48).
38 Para la historia de este museo véase muy especialmente Morales Moreno (1994).
39 Sobre Gumesindo Mendoza y su papel en el museo véase Guevara Fefer (2004).

general y quedó dividido en tres grandes departamentos: Historia Natural, Arqueología e Historia (este último con dos secciones: "objetos históricos" y "objetos artísticos"). Es decir, a las secciones tradicionales (Historia Natural, Antigüedades y Arte) se agregó una nueva, cada vez más importante, con las "reliquias patrias" y otros objetos históricos de especial significación, como había ocurrido también en Argentina. Ahora bien, a pesar de la importancia de la sección naturalista y de que el primer director de esta nueva etapa (Gumesindo Mendoza, 1876-86) fuera un farmacéutico, el segundo un botánico (Jesús Sánchez, 1887-89) y el tercero un médico (Francisco del Paso y Troncoso, 1889-1892),[40] el departamento privilegiado fue siempre el de Arqueología, quizá –como dice el propio Gumesindo Mendoza– porque "la sección de Antigüedades mexicanas [...] es la que de preferencia desean conocer los extranjeros, quienes por fortuna, ya comienzan a visitar nuestro país" (Mendoza 1877: 112),[41] y este fenómeno se refleja también en las publicaciones, sobre todo en los *Anales del Museo Nacional*, [42] y en la forma en que fue creciendo y remodelándose la propia institución en cuanto tal. Resulta ejemplar en este sentido la incorporación de piezas como el llamado Calendario Azteca, auténtico icono nacional que desde su descubrimiento en 1790 se había exhibido en el lateral de una de las torres de la catedral mexicana y cuyo traslado al museo en 1885 implicó la remodelación de toda la sección de Antigüedades. El 16 de septiembre de 1887, solemne fiesta patria, se inauguró la nueva sala de arqueología, conocida a partir de entonces como Galería de los Monolitos, en la que se aunaba lo científico, lo patrimonial y la educación ciudadana (con una propuesta bien precisa[43]). Se consolidaba y se difundía con ella una imagen de enorme vigor o, mejor dicho, todo un imaginario sobre las antiguas culturas prehispánicas y las esencias nacionales. Y también quedaba explícito cuál tenía que ser la función pública de un museo nacional. Precisamente

40 La historia institucional precisa es algo complicada, véase una lista de los directores del Museo y su períodos en *Anales del Museo Nacional de México* (1905, 2ª época, 2: 412).

41 Citado también en Guevara Fefer (2004: 147).

42 Para un análisis de los *Anales del Museo* durante este primer período, véase Brambila Paz/Gortari (2004).

43 "La idea dominante en las reformas emprendidas, ha sido hacer del Museo Nacional una *Escuela popular de enseñanza objetiva*, tanto más útil cuanto que en ella recibirá instrucción principalmente la multitud de personas que no adquieren en las escuelas los beneficios de la enseñanza". Así lo dice Jesús Sánchez, director de la institución, en su informe de 1887 (Sánchez 1887: 4). El subrayado es del texto original.

por eso Luis Gerardo Morales identifica esa fecha y esa propuesta como el inicio de la museografía moderna en México.

En todo caso, no cabe duda alguna de que el Museo Nacional mexicano entró en su fase más madura y profesional asumiendo la pedagogía patria como uno de sus objetivos prioritarios y actuando él mismo como institución creadora y legitimadora de la historia oficial. En cuanto tal no sólo dispuso del apoyo y la protección gubernamental, sino que participó activamente en la definición de políticas concretas, como las relativas a la realización de excavaciones arqueológicas y a la protección del patrimonio nacional por ejemplo.[44] Además el museo fue centro de una formidable campaña de propaganda internacional para difundir la imagen de la naturaleza, los hombres, el pasado y el presente de la República Mexicana (y de su gobierno), aprovechando todas las coyunturas posibles (congresos internacionales, conmemoraciones como las de los centenarios, etc.) y, especialmente, el extraordinario escaparate que ofrecían las grandes exposiciones universales del último cuarto del siglo XIX y principios del XX (Tenorio Trillo 1998).

En ese contexto, dentro de una institución cada vez más inclinada hacia la historia y la arqueología nacionales, pero buscando el reconocimiento y los estándares internacionales, se creó una nueva sección monográficamente dedicada a "Antropología y Etnografía" para lo que se llevó a cabo una importante ampliación y mejora de las instalaciones. Era el año 1895 y se hizo en el contexto de la celebración del XI Congreso Internacional de Americanistas (un evento muy sonado porque fue el primero celebrado en suelo americano). Pero la nueva sección respondía sobre todo a una creciente preocupación mexicana por las cuestiones antropológicas, especialmente de Antropología Física, tanto en su lado criminológico, como eugenésico y médico (en particular los problemas asociados a la respiración en tierras altas y las posibles consecuencias para el desarrollo cerebral de una oxigenación deficiente),[45] porque los problemas relativos a la propia

44 En 1885 se creó la Dirección de Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos dentro del Museo Nacional, aunque guardando una relación complicada en cuanto a presupuestos y dirección. Esta institución fue muy importante para el desarrollo de la arqueología profesional y de antropólogos vinculados a su práctica.

45 Se trata de temas que en el México positivista inquietaban cada vez más y que solían asociarse a la cuestión de la "sangre" indígena y el mestizaje. En esta línea se inscriben los trabajos de los doctores Daniel Vergara Lope y Alfonso L. Herrera, así como los de los criminólogos Francisco Martínez Baca y Manuel Vergara, entre otros muchos. Sobre estas cuestiones hay una amplia bibliografía que no cabe citar aquí. Véase Busta-

población y a sus variedades, a su categorización y a las políticas que debían aplicarse sobre ellas habían pasado entonces a un primer plano social. Junto a la Arqueología y su poderosa pedagogía patria, la Antropología abría así su propio espacio institucional y lo hacía, una vez más, en el museo. Y en él encontraba también la vía para su profesionalización y la formación de especialistas.

Nicolás León, director de la sección de Antropología del museo entre 1900 y 1907 y miembro muy activo de la institución hasta su fallecimiento en 1929, decidió aprovechar el espacio institucional del museo para iniciar la enseñanza formal de la disciplina en la República Mexicana.[46] En 1906, aunque sin duda hubo actividad docente previa,[47] comenzó a impartirse en el Museo Nacional el primer curso oficial de Arqueología, Historia y Etnología; en 1907 el curso se amplió con las materias de Idioma Mexicano (náhuatl) y Prehistoria; y en 1911 se amplió aún más con Antropología Física. Genaro García se encargaba de la Historia; Jesús Galindo y Villa de la Arqueología; y Nicolás León de la Antropología Física y de la Etnología, materia esta última en la que muy pronto fue sustituido por Andrés Molina Enríquez. Después fueron llegando otros profesores. Entre los primeros alumnos se contaba Manuel Gamio.

Esta pionera actividad docente del museo entró en competencia, a partir de 1911, con la nueva Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, impulsada por figuras de la talla de Franz Boas y Eduard Seler y considerada por muchos como la introductora de la Arqueología y la Antropología modernas en México.[48] Hay que decir que la actividad de

mante (2005a, especialmente pp. 308-310 y referencias allí citadas).

46 "El año 1903 se fundó en el Museo la cátedra de Antropología y Etnología que se me confió, tocándome por ello ser el primero que en México diese, oficialmente, enseñanza de estas materias", dice Nicolás León (1919: 234; texto idéntico en León 1922: 104).

47 No sólo la llevada a cabo por Nicolás León desde 1903, sino que sabemos que en 1887, dentro de la reestructuración del Museo Nacional promovida por Jesús Sánchez (que incluyó la creación de la Galería de los Monolitos y la nueva función "pedagógica" de la institución), se creó una efímera sección de Antropología a cargo del Dr. Francisco Martínez Calleja, "siendo él, en México, el primer profesor oficial de *Antropología física*", según dice el propio Nicolás León (1919: 231; también en León 1922: 102). Esta temprana actividad docente no está nada clara, porque el mismo Nicolás León afirma poco después que aunque Calleja tenía "el título de Profesor de Antropología, no fue, en realidad, sino el conservador de esa Sección" (León 1919: 234; también León 1922: 104).

48 La Escuela Internacional se constituyó en septiembre de 1910 con el auspicio de los gobiernos de México, Alemania (Prusia) y Francia, y el apoyo de las universidades nor-

la famosa Escuela Internacional se hizo muy discontinua a partir de 1914 (como consecuencia de la inestabilidad revolucionaria pero sobre todo por el comienzo de la Primera Guerra Mundial) y aunque hubo varios intentos de revitalizarla a partir de 1919, lo cierto es que para 1921 había cesado por completo. Por el contrario, los cursos impartidos en el Museo Nacional, que también tuvieron sus problemas, fueron incorporados a partir de 1916 al currículum oficial de la Escuela Nacional de Altos Estudios cuya actividad –algo irregular al principio– había comenzando en 1910 (con la creación de la nueva Universidad Nacional) y cuyos dos primeros cursos de Antropología (1910-11 y 1912-13) contaron con la participación del propio Franz Boas como profesor,[49] pero cuya estabilización sólo empezó a producirse al incorporar las cátedras del Museo Nacional.

Es decir, en el caso mexicano el Museo Nacional fue sin duda un lugar privilegiado para la institucionalización y profesionalización de las disciplinas antropológicas. No sólo porque ejerció como su laboratorio y espacio de reconocimiento (nacional e internacional), sino porque la evolución que siguieron y las posibilidades sociales que se ofrecieron a estas disciplinas estuvieron estrechamente asociadas a los programas culturales y políticos (tanto los porfirianos como, después, los revolucionarios) pensados para el Museo Nacional, respondiendo al papel que se le atribuía en la construcción nacional y pedagogía patria. Un papel en el que Arqueología y Antropología adquirieron una creciente importancia, que además se fue acentuando todavía más a lo largo de buena parte del siglo xx. Cabe agregar que eso mismo fue determinante para que la Arqueología y Antropología institucionalizadas en México se centraran en el propio territorio, desinteresándose o no haciendo viables propuestas más universales,[50] algo que

teamericanas de Columbia, Harvard y Pensilvania. Franz Boas y Eduard Seler fueron dos de sus principales valedores internacionales, además sus dos primeros directores. La inauguración y puesta en marcha tuvo lugar el 20 de enero de 1911. Véase una interesante reseña sobre su historia en Rivet (1913). Para estudios actuales Peña (1996) y Rutsch (2004 y 2007).

49 León (1919: 243-244; también en León 1922: 112-113). Por cierto, la participación de Boas tanto en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología como en los cursos de la Escuela Nacional de Altos Estudios de la nueva Universidad Nacional ha ocasionado más de una confusión entre ellas.

50 Ejemplar resulta el caso de Georges Engerrand, el discípulo de Reclus que a partir de 1910 ocupó la cátedra de Prehistoria del Museo Nacional, enseñó además en el Instituto Nacional de Altos Estudios y hasta en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, de la que fue director en 1912-13, pero que finalmente tuvo que trasladar su docencia de Prehistoria Universal a Estados Unidos porque no había

de hecho sigue caracterizando la escuela mexicana de ambas disciplinas.

El primero de febrero de 1909, dentro de los preparativos para la celebración al año siguiente del Centenario de la Independencia y del XVII Congreso Internacional de Americanistas (el segundo en suelo mexicano), el Museo Nacional fue reestructurado, dando forma material a lo que había sido una tendencia dominante en los treinta años anteriores. La antigua sección de Historia Natural fue segregada de la institución y, junto con otros materiales procedentes de varios fondos, se creó un nuevo Museo Nacional de Historia Natural. El viejo museo, que seguía en su sede de la Casa de la Moneda junto al Palacio Nacional, pasó a denominarse entonces Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (en consonancia con la especialización de sus colecciones y con los cursos que en él se impartían). Sólo en 1940, tras una nueva segregación de fondos, pasaría a designarse Museo Nacional de Antropología, en el contexto de un nuevo modelo de formación disciplinar y de las funciones que los profesionales de la Antropología debían desempeñar en la sociedad mexicana, lo que estuvo asociado a un complejo proyecto político y social que llevó a la creación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1938) y del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939).[51]

Frente a este proceso institucional casi ejemplar por su continuidad y coherencia, que fue capaz de superar rupturas y períodos de inestabilidad tan importantes como la propia Revolución Mexicana de 1910, el caso argentino ofrece un proceso notablemente distinto. Y la primera variante de importancia es la quiebra de la institución central, lo que implicó la aparición de otras instancias institucionales alternativas y en competencia, que hicieron más complejo y variado todo el proceso.

Señalábamos antes el notable papel que Carl Hermann Burmeister desempeñó en la profesionalización y reorganización del Museo Público de Buenos Aires, consiguiendo además un importante reconocimiento internacional sobre todo entre 1862, cuando asumió la dirección del museo,

lugar para ella en México. Sobre la trayectoria y obras de Engerrand véase Campbell (1962).

51 Propiamente lo que se fundó en 1938 fue el Departamento de Antropología Biológica en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, el mismo que en 1942 se integró al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) ampliando su horizonte de especialización a las disciplinas histórico-culturales y adoptando el nombre actual de Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

y 1869, año en que Burmeister empezó a dedicar una atención creciente a la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas que se acababa de crear en la Universidad de Córdoba y a la propia Academia Nacional de Ciencias de esa ciudad (instituida por Sarmiento en 1868 y encomendada a Burmeister entre 1868-71 y 1873-75).[52] La excesiva personalización con que Burmeister llevó inicialmente la gestión del Museo Público de Buenos Aires y la creciente desatención en la que cayó esta institución desde finales de la década de 1860, cuando el sabio alemán prefirió concentrarse en sus actividades cordobesas, potenciaron la aparición de otras instituciones porteñas alternativas como la Sociedad Científica Argentina, creada en 1872 por un grupo de estudiosos liderado por Estanislao S. Zevallos, al que se fueron uniendo otras personalidades claves para el desarrollo de las ciencias antropológicas como Francisco P. Moreno.[53] La nueva Sociedad Científica Argentina actuó como un ateneo y espacio de actos académicos de creciente prestigio nacional e internacional, impulsó además empresas científicas de gran volumen, entre las que se cuentan varias de las expediciones más importantes a los territorios inexplorados de la Patagonia (la del ya mencionado Francisco Moreno y la de Ramón Lista, entre otras) y, finalmente, supo dotarse de un importante órgano de comunicación impreso (los *Anales Científicos Argentinos*, que empezaron a publicarse en 1874 y que a partir de 1876 fueron sustituidos por los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* de mucho más largo aliento). En otras palabras, durante la década de 1870 esta asociación argentina estuvo cumpliendo funciones y actividades que en el caso mexicano eran propias del Museo Nacional, incluyendo la puesta en práctica de políticas de Estado relacionadas con el conocimiento del territorio patrio y de las poblaciones que lo habitaban. Poblaciones y territorios que durante este período pasaron a ocupar un primerísimo plano en los procesos de construcción nacional a todos los niveles.[54]

Aparece en ese contexto una nueva institución, el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, creado el 17 de octubre de 1877 por el gobierno de la provincia sobre la base de las colecciones aportadas por Francisco Moreno, ya varias veces mencionado. Se trataba de una institución pensada específicamente para cubrir el hueco que estaba dejando el envejecido Museo Público y que la Sociedad Científica Argentina no podía

52 Sobre estas instituciones cordobesas y Burmeister véase Tognetti (2000).
53 Sobre las características y principales nombres de la Antropología argentina de este período véase Stagnaro (1993).
54 Sobre estas cuestiones véase Quijada/Bernand/Schneider (2000).

suplir. La creación del nuevo museo se hizo al volver Francisco Moreno de una gira por Europa en la que había establecido relaciones con varias de las principales instituciones antropológicas, a las que además había entregado materiales muy apreciados (los famosos cráneos de "patagones antiguos") como una forma de volver a poner la Argentina en el centro del debate científico internacional (una estrategia varias veces puesta en práctica con anterioridad, como ya sabemos). El momento era especialmente oportuno a nivel internacional, con unas disciplinas antropológicas cada vez más interesadas por el origen de la especie humana, sus rasgos más antiguos y la identificación de su cuna. Un debate que se hacía cada vez más paleontológico, campo en el que la Argentina tradicionalmente había tenido un papel de privilegio, aunque sólo fuera por la extraordinaria riqueza de sus materiales fósiles. La aparición en 1880 de la obra más famosa de Florentino Ameghino, *La antigüedad del hombre en el Plata*, y su notable repercusión, es buena muestra de la creciente importancia que el tema estaba adquiriendo en esos años.

Sin embargo, el desarrollo institucional volvió a quebrarse en este punto y de forma muy importante. No es este lugar para entrar en detalles de un proceso bastante complejo. Lo que importa destacar es que en esas fechas se produjeron los movimientos y tensiones que llevaron a la fijación del modelo de organización estatal y nacional definitivo en Argentina. Eso tuvo como consecuencia inmediata, entre otras cuestiones, la transformación de la ciudad de Buenos Aires en un territorio federal, capital de toda la nación (1880), lo que implicó su enajenación del gobierno de la Provincia de Buenos Aires, que así perdía su principal centro urbano y la flor de todas sus instituciones políticas y culturales. La provincia necesitó entonces una nueva capital, que creó de nueva planta con el nombre de La Plata (1882), comenzando así un complicado baile institucional y patrimonial que afectó de lleno la suerte del antiguo Museo Público y del nuevo Museo Antropológico y Arqueológico, ambos originalmente de titularidad provincial.

Simplificando los resultados y omitiendo las tensiones políticas, en 1884 el viejo Museo Público pasó a ser Museo Nacional de Buenos Aires, manteniendo su carácter generalista y a Burmeister como su director. Y ese mismo año de 1884, el gobierno de la provincia creó el nuevo Museo General de La Plata con la finalidad de "empezar a formar los establecimientos que han de reemplazar a los cedidos [al Gobierno Nacional]" (Moreno 1890-91: IX-X), utilizando para ello el Museo Antropológico

y Arqueológico, cuya titularidad provincial era inenajenable y al propio Francisco Moreno como responsable.[55]

Nacía así un nuevo museo de carácter general, en el que la dimensión naturalista y la antropológica tenían un papel muy destacado, y que gozaría casi de forma inmediata de prestigio internacional.[56] Su programa expositivo, tal como lo explica el propio Francisco Moreno (1890-91), integraba lo natural y lo humano, lo físico y lo cultural siguiendo un modelo netamente evolutivo. La singular arquitectura de un edificio hecho *ex professo* transforma la secuencia de salas en un "aro prolongado que representa el anillo biológico que principia en el misterio y termina con el hombre" (Moreno 1890-91: 39). Más aún, "en el Museo de La Plata las galerías no terminan; se encuentran en la gran rotonda central; allí nace y concluye la vida americana austral" (52). Pero sobre todo: "la imagen humana debe coronar el plan del Museo destinado a contener la *Historia física y moral de la República Argentina*, y si posible es, la del continente sud-americano a través de los tiempos" (53). Estamos claramente ante una museografía moderna de fuerte voluntad pedagógica para la formación de la ciudadanía y, al mismo tiempo, ante un museo que hacía de la investigación un objetivo prioritario, como base de su prestigio y de su autoridad (imprescindibles para poder proponer con éxito un discurso interpretativo o/y didáctico). Se trataba de un museo general, que incluía una sección de Bellas Artes por ejemplo, pero cuyos ejes centrales eran la Historia Natural y la Antropología, con fuerte énfasis en la Paleontología y la Arqueología. A su lado, el Museo Nacional de Buenos Aires, con sus prodigiosas colecciones acumuladas en un edificio en condiciones cada vez más precarias, sin espacio físico y sin discurso expositivo claro, era una institución envejecida que difícilmente podía cumplir las funciones de prestigio y pedagogía pública que se le exigían.[57] Todo lo contrario que el Museo de La Plata.[58]

---

55 La documentación fundamental sobre este proceso fue publicada por Francisco P. Moreno (1890-91). El propio Moreno hizo además una historia bastante completa (1890-91: 35-38).

56 Es muy significativo el relato de Henry A. Ward (1890-91) comparando los museos de Buenos Aires y La Plata.

57 El Museo Nacional entró de hecho en una grave crisis en cuanto institución y con el tiempo llegó a cerrarse al público, por falta de recursos y hasta peligro de ruina. De él se fueron segregando cada vez más partes: en 1893 sus fondos históricos y patrióticos pasaron al nuevo Museo Histórico Nacional (creado en 1889); en 1896 sus fondos artísticos pasaron al nuevo Museo Nacional de Bellas Artes (constituido en 1895); y en 1947 sus colecciones antropológicas pasaron al Museo Etnológico "J.B. Ambro-

Sin embargo, aunque en el Museo de La Plata se hacía investigación, se realizaban expediciones y se exponían sus ricas colecciones con criterios pedagógico-políticos, lo cierto es que la docencia formal no apareció hasta principios del siglo xx (como pasa también en el caso mexicano). El modelo original de Moreno, que no contemplaba cátedra alguna, exigía en cambio la creación de áreas de especialización a cargo de científicos con formación y reconocimiento universitarios, lo que implicaba que normalmente debían ser reclutados en Europa. En 1895 se creó la Sección de Antropología y el holandés Herman ten Kate fue su primer director, sustituido a partir de 1897 por el alemán Robert Lehmann-Nitsche (que se mantendría en el cargo hasta su jubilación en 1930). Se trataba del primer cargo profesional como antropólogo en Argentina y estaba ubicado en una estructura académica de prestigio, pero no era una cátedra. La dimensión docente entró en el Museo de La Plata como consecuencia de la creación por parte de las autoridades provinciales (las mismas que sostenían el museo) de una Universidad Provincial de La Plata que, desde su puesta en marcha en 1897, aprovechó el espacio físico y los recursos científicos –materiales y humanos– del museo. Pero el momento decisivo se produjo en 1905, cuando el gobierno nacional transformó esa universidad provincial en la tercera universidad nacional de Argentina. Y con ese cambio el riquísimo museo provincial de La Plata pasó a ser legalmente un museo universitario: centro físico y experimental de enorme importancia para la nueva universidad nacional, pero carente de autonomía e incapaz a partir de entonces de mantener el programa de investigaciones y pedagogía patria ideado por Moreno, quien renunció a su cargo de director en 1906.[59] En el nuevo contexto universitario Lehmann-Nitsche, director de la Sección de Antropología del museo, sería también el encargado de dictar la cátedra de Antropología en la Universidad de La Plata.

Universidad nacional, museo universitario y, dentro de él, formalización de la docencia en Antropología con una cátedra es también el proceso institucional que tuvo lugar en esos mismos años en la Universidad

setti" de la Universidad de Buenos Aires (creado en 1904). El museo, transformado en Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia", sólo se recuperó institucionalmente al ser trasladado en 1937 a su actual sede, edificada ex professo para él, junto al Parque Centenario.

58 Sobre el Museo de La Plata véanse Teruggi (1994), Quijada (1998), Podgorny (1999), Lopes/Murriello (2005), Podgorny/Lopes (2008).

59 Sobre el cambio de museo provincial a museo universitario véase Podgorny (1995).

de Buenos Aires. Por iniciativa de Juan Bautista Ambrosetti (antiguo jefe de la sección de Arqueología del Museo Nacional, antes Museo Público) se creó en 1904 el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, que el propio Ambrosetti dirigió hasta su fallecimiento en 1917. Ese museo, el primero especializado de su género en Latinoamérica, fue además la sede donde la Universidad de Buenos Aires estableció en 1905 la primera cátedra de Antropología de Argentina, y una de las primeras del continente. Juan Bautista Ambrosetti, figura clave en muchos sentidos,[60] fue un notable impulsor de la disciplina y buscó la homologación de las prácticas locales con lo que se hacía internacionalmente. En ese contexto se inscribe la campaña de Ambrosetti para que el XVII Congreso Internacional de Americanistas de 1910 se celebrase en Buenos Aires, que coronó con bastante éxito (finalmente hubo una sede compartida: mayo en Argentina, septiembre en México). Pero de no menor importancia institucional es que Ambrosetti fuera el encargado, en 1912 y a solicitud personal de Franz Boas, de llevar a cabo los trámites necesarios para que Argentina formara parte integrante de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas con primera sede en México.[61] Una iniciativa que desgraciadamente se truncó por el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 y por el cese de las actividades regulares de la Escuela Internacional.

El caso argentino y el mexicano convergen institucionalmente en este punto y tienen como interlocutor común a la figura de Franz Boas. Es el momento no sólo de la institucionalización más clara, sino de la homologación profesional a nivel internacional. No parece casualidad que fuera una vez más Ambrosetti quien invitó a Aleš Hrdlicka –el otro padre de la Antropología americana– al Congreso Internacional de Americanistas de 1910 y quien le encargó la revisión científica de los famosos materiales paleoantropológicos. El informe, como es bien sabido, fue demoledor. Florentino Ameghino murió en 1911 y en 1912 salió impreso *Early Man in South America*, con el que Hrdlicka puso fin a toda una época.

La singular evolución del caso argentino, con sus sucesivas quiebras institucionales, es reflejo de la propia evolución del país y de los sucesivos proyectos de construcción nacional. A diferencia de lo que ocurre en México, que tiene un proyecto relativamente estable en el que las cuestiones

60 Sobre Ambrosetti, que necesita un estudio más moderno, véase Cáceres Freyre (1967).
61 Lo tratado entre Boas y Ambrosetti sobre la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas figura en el informe sobre el XVIII Congreso Internacional de Americanistas (Londres) presentado por Alfonso Pruneda (1912: 164-165).

antropológicas y etnológicas adquieren cada vez mayor significación, en Argentina vendría a ocurrir más bien lo contrario. En el país del Plata el proyecto de construcción nacional que finalmente se impuso otorgaba un papel cada vez más secundario a las cuestiones antropológicas, salvo en los temas de Eugenesia y Antropología Criminal (también muy presentes en México). Un fenómeno que sin duda afectó al desarrollo posterior de estas disciplinas.

Pero hasta ese momento las ciencias antropológicas tanto en México como en Argentina siguieron un proceso bastante similar al que se produjo en Europa y en Estados Unidos. En todos los casos los museos desempeñaron un papel destacado en su institucionalización y profesionalización, que culminó en la primera década del siglo XX con un máximo nivel de internacionalización y con la aparición de las universidades como un nuevo actor que terminará siendo hegemónico. Pero eso corresponde a lo que yo considero una nueva etapa profesional e institucional que con frecuencia no ha sido capaz de reconocer los desarrollos anteriores, en parte porque se ha constituido sobre ellos.

Bibliografía

Alcina Franch, José (1995): *Arqueólogos o anticuarios. Historia antigua de la Arqueología en la América española*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Andermann, Jens (2000a): "The Museo Nacional de Ciencias Naturales, Buenos Aires". En: Andermann, Jens (coord.): *Relics and Shelves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile (1880-1890)*. London: Birkbeck College/The Iberoamerican Museum of Visual Culture, web exhibition, <http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/Andermann05.htm> (10.06.2010).

— (2000b): "The Museo de La Plata, 1877-1906". En: Andermann, Jens (coord.): *Relics and Shelves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile (1880-1890)*. London: Birkbeck College/The Iberoamerican Museum of Visual Culture, web exhibition, <http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/Andermann04.htm> (10.06.2010).

— (coord.) (2000c): *Relics and Shelves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile (1880-1890)*. London: Birkbeck College/The Iberoamerican Museum of Visual Culture, web exhibition, <www.bbk.ac.uk/ibamuseum> (10.06.2010).

Appadurai, Arjun (1986): *The Social Life of Things: Commodities on the Origin and Spread of Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Arenas, Patricia (1991): *Antropología en la Argentina. El aporte de los científicos de habla alemana*. Buenos Aires: Institución Cultural Argentino-Germana/Museo Etnográfico "J.B. Ambrosetti".

Asúa, Miguel de (2010): *La Ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata 1800-1820*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Barnard, Alan (2000): *History and Theory in Anthropology*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bennett, Tony (1995): *The Birth of the Museum: History, Theory, Politics*. London: Routledge.

— (2004): *Pasts beyond Memory: Evolution, Museums, Colonialism*. London: Routledge.

Biraben, Max (1968): *German Burmeister. Su vida, su obra*. Buenos Aires: Secretaría de Estado y Educación.

Blanckaert, Claude (1997): "La création de la chaire d'anthropologie du Muséum dans son contexte institutionel et intellectuel (1832-1855)". En: Blanckaert, Claude/Cohen, Claudine/Corsi, Pietro/Fischer, Jean-Louis (eds.): *Le Muséum au premier siècle de son histoire*. Paris: Éditions du Muséum National d'Histoire Naturelle, pp. 85-123.

Bourdieu, Pierre (1979): *La distinction. Critique sociale du jugement*. Paris: Éditions du Minuit.

— (1992): *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. Paris: Seuil.

— (1994): *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Paris: Seuil.

Brambila Paz, Rosa/Gortari, Rebeca de (2004): "Los *Anales del Museo Nacional*". En: Rutsch, Mechthild/Wacher, Mette Marie (coords.): *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*. México, D.F.: INAH/Universidad Iberoamericana, pp. 243-274.

Braunholtz, Hermann Justus (1970): *Sir Hans Slone and Ethnography*. London: Trustees of the British Museum.

Bunzl, Matti (1996): "Franz Boas and the Humboldtian Tradition: From *Volksgeist* and *Nationalcharakter* to an Anthropological Concept of Culture". En: Stocking, George W., Jr. (ed.): *"Volkgeist" as Method and Ethic. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition*. Colección History of Anthropology, 8. Madison: The University of Wisconsin Press, pp. 17-78.

Bustamante, Jesús (2005a): "La conformación de la Antropología como disciplina científica, el Museo Nacional de México y los Congresos Internacionales de Americanistas". En: *Revista de Indias*, 65, 234, pp. 303-318.

— (ed.) (2005b): *Ingenieros sociales en América Latina: el papel de la Antropología en las nuevas repúblicas*. *Revista de Indias* (dossier), 65, 234, pp. 299-452.

Bustamante, Jesús/Giraudo, Laura/Mayer, Leticia (2014): *La novedad estadística: cuantificar, cualificar y transformar las poblaciones, en Europa y America Latina, siglos* xix *y* xx. Madrid: Ediciones Polifemo.

Cabello Carro, Paz (1992): *Política investigadora de la época de Carlos III en el área maya. Descubrimiento de Palenque y primeras excavaciones de carácter científico*. Madrid: Ediciones de la Torre.

Cáceres Freyre, Julián (1967): *Juan B. Ambrosetti*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas/Secretaría de Estado de Cultura y Educación.

Campbell, Thomas Nolan (1962): "George Charles Marius Engerrand 1877-1961". En: *American Anthropologist*, 64, pp. 1052-1956.

Darnell, Regna (2001): *Invisible Genealogies: A History of Americanist Anthropology*. Lincoln: University of Nebraska Press.

DIAS, Nélia (1991): *Le Musée d'ethnographie du Trocadéro (1878-1908). Anthropologie et muséologie en France*. Paris: Éditions du CNRS.

EFFERT, Rudolf (2008): *Royal Cabinets and Auxiliary Branches: Origins of the National Museum of Ethnology, 1816-1883*. Leiden: CNWS Publications. Mededelingen van het Rijksmuseum voor Volkenkunde, 37.

ERICKSON, Paul S./MURPHY, Liam D. (2008): *A History of Anthropological Theory*. 3ª ed. Toronto: University of Toronto Press Higher Education.

FABIETTI, Ugo (2001): *Storia dell'Antropologia*. Bologna: Zanichelli.

FISCHER, Manuela/BOLZ, Peter/KAMEL, Susan (eds.) (2007): *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity. The Origins of German Anthropology*. Hildesheim/Zürich/New York: Georg Olms Verlag.

GAILLARD, Gérald (1997): *Dictionnaire des ethnologues et des anthropologues*. Paris: Armand Colin/Masson.

GARCÍA, Genaro (1909): "Introducción [Reseña Histórica del Museo Nacional]". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 1, 3ª época, pp. V-VIII.

GROTTANELLI, Vinigi (1977): "Ethnology and/or Cultural Anthropology in Italy: Traditions and Developments". En: *Current Anthropology*, 18, 4, pp. 593-614.

GUEVARA FEFER, Rafael (2004): "La danza de las disciplinas. El Museo Nacional a través de los trabajos y los días de Gumesindo Mendoza". En: Rutsch, Mechthild/Wacher, Mette Marie (coords.): *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*. México, D.F.: INAH/Universidad Iberoamericana, pp. 141-156.

HENARE, Amiria J.M. (2005): *Museums, Anthropology and Imperial Exchange*. Cambridge: Cambridge University Press.

HENDERSON, Amy/KAEPPLER, Adrienne L. (eds.) (1997): *Exhibiting Dilemmas. Issues of Representation at the Smithsonian*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

HERSKOVITS, Melville J. (1948): *Man and his Works. The Science of Cultural Anthropology*. New York: Alfred Kopf.

HINSLEY, Curtis M., Jr. (1981): *Savages and Scientists: The Smithsonian Institution and the Development of American Anthropology, 1846-1910*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

HOOPER-GREENHILL, Eilean (1992): *Museums and the Shaping of Knowledge*. London/New York: Routledge.

KARP, Ivan/LAVINE, Steven D. (eds.) (1991): *Exhibiting Cultures: The Poetics and Politics of Museum Display*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.

KUKLICK, Henrika (1991): *The Savage Within: The Social History of British Anthropology, 1885-1945*. Cambridge: Cambridge University Press.

— (ed.) (2008): *A New History of Anthropology*. Malden/Oxford/Carlton/Victoria: Blackwell Publishing.

LATOUR, Bruno (2005): *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press.

LAURIÈRE, Christine (2008): *Paul Rivet, le savant et le politique*. Paris: Publications Scientifiques du Muséum d'Histoire Naturelle.

León, Nicolás (1919): "Historia de la Antropología física en México". En: *American Journal of Physical Anthropology*, II, 3, pp. 229-264.

— (1922): "La Antropología Física y la Antropometría en México. Notas históricas". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 1, 4ª época, pp. 99-136.

L'Estoile, Benoît de (2007): *Le Goût des Autres. De l'Exposition coloniale aux Arts premiers*. Paris: Flammarion.

Lopes, Maria Margaret/Murriello, Sandra Elena (2005): "El movimiento de los museos en Latinoamérica a fines del siglo xix: el caso del Museo de La Plata". En *Asclepio*, LVII, 2, pp. 203-222.

López Piñero, José María/Glick, Thomas F. (1993): *El Megaterio de Bru y el Presidente Jefferson, una relación insospechada en los albores de la paleontología*. Valencia: Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia/Universidad de Valencia/CSIC.

Lozoya, Xavier (1984): *Plantas y luces en México. La Real Expedición Científica a Nueva España (1787-1803)*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Massin, Benoit (1996): "From Virchow to Fischer. Physical Anthropology and "Modern Race Theories" in Wilhelmine Germany". En: Stocking, George W., Jr. (ed.): *"Volksgeist" as Method and Ethic. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition*. Madison: The University of Wisconsin Press, pp. 79-154. Colección History of Anthropology, 8.

McCarthy, Conal (2007): *Exhibiting Maori. A History of Colonial Cultures of Display*. Oxford/New York: Berg Publishers.

Mendoza, Gumesindo (1877): "Informe presentado al Ministerio de Justicia". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 1, 1ª época, pp. 111-112.

Morales Moreno, Luis Gerardo (1994): *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.

Moreno, Francisco A. (1890-91): "Documentos". En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. VII-XV.

— (1890-91): "El Museo de La Plata. Rápida mirada sobre su fundación y desarrollo". En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. 27-55.

Morpurgo Davies, Anna (1975): "Language Classification in the Nineteenth Century". En: Seboek, Thomas A. (ed): *Current Trends in Linguistics*. Vol. 13: *Historiography of Linguistics*. Den Haag/Paris: Mouton, pp. 607-716.

Onna, Alberto F. (2000): "Estrategias de visualización y legitimación de los primeros paleontólogos en el Río de La Plata durante la primera mitad del siglo xix: Francisco Javier Muñiz y Teodoro Miguel Viardebó". En: Montserrat, Marcelo (comp.): *La Ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 53-70.

Patterson, Thomas C. (2001): *A Social History of Anthropology in the United States*. Oxford/New York: Berg Publishers.

Pearce, Susan M. (ed.) (1992): *Museums, Objects and Collections: A Cultural Study*. London: Leicester University Press.

— (ed.) (1997): *Experiencing Material Culture in the Western World*. London: Leicester University Press.

Pelayo, Francisco (1996): *Del Diluvio al Megaterio. Los orígenes de la Paleontología en España*. Madrid: CSIC.

Penny, H. Glenn (2002): *Objects of Culture. Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Peña, Guillermo de la (1996): "Nacionales y extranjeros en la historia de la Antropología mexicana". En: Rutsch, Mechthild (comp.): *La historia de la Antropología en México. Fuentes y transmisión*. México, D.F.: Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana/INAH, pp. 41-81.

Petermann, Werner (2004): *Die Geschichte der Ethnologie*. Wuppertal: Peter Hammer Verlag.

Podgorny, Irina (1995): "De razón a facultad: Ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918". En: *Runa*, XXII, pp. 89-104.

— (1999): "De la antigüedad del hombre en el Plata a la distribución de las antigüedades en el mapa: los criterios de organización de las colecciones antropológicas del Museo de La Plata entre 1897 y 1930". En: *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, VI, 1, pp. 81-101.

Podgorny, Irina/Lopes, Maria Margaret (2008): *El desierto en una vitrina: museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México, D.F.: Limusa.

Porter, Roy (1990): "The History of Science and the History of Society". En: *Companion to the History of Modern Science*. London/New York: Routledge, pp. 32-46.

Pruneda, Alfonso (1912): "Informe del delegado de México en el XVIII Congreso de Americanistas". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 4, época 3, pp. 145-168.

Puccini, Sandra (1991): "Institutionnalisation de l'anthropologie italienne au xixe siècle". En: *Gradhiva*, 9, pp. 63-76.

Quijada, Mónica (1998): "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina". En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 9, 2, pp. 21-46.

Quijada, Mónica/Bernand, Carmen/Schneider, Arnd (2000): *Homogeneidad y nación, con un estudio de caso: Argentina, siglos* xix *y* xx. Madrid: CSIC.

Rico Mansard, Luisa Fernanda (2004): *Exhibir para educar. Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*. México, D.F./Barcelona: Ediciones Pomares.

Rivet, Paul (1913): "Escuela internacional de Arqueología y Etnología americanas". En: *Journal de la Société des Américanistes*, 10, 2, pp. 684-687.

Romero de Tejada y Picatoste, Pilar (1992): *Un templo a la ciencia. Historia del Museo de Etnología*. Madrid: Ministerio de Educación.

Ronzón, Elena (1991): *Antropología y Antropologías. Ideas para una historia crítica de la Antropología española. El siglo* xix. Oviedo: Pentalfa Ediciones.

Rutsch, Mechthild (2004): "Sobre la historia de la Antropología mexicana: 1900-1920". En Rutsch, Mechthild/Wacher, Mette Marie (coords.): *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*. México, D.F.: INAH/Universidad Iberoamericana, pp. 275-292.

— (2007): *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la Antropología mexicana (1877-1920)*. México, D.F.: INAH/UNAM.

Sánchez, Jesús (1877): "Reseña histórica del Museo Nacional de México". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 1, 1ª época, pp. 1-2.

— (1887): "Informe al Secretario de Justicia é Instrucción Pública". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 4, 1ª época, pp. 3-4.

Sauro, Sandra (2000): "El Museo Bernardino Rivadavia, institución fundante de las Ciencias Naturales en la Argentina del siglo xix". En: Montserrat, Marcelo (comp.): *La Ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 329-344.

Schaer, Roland (1993): *L'invention des Musées*. Paris: Découvert Gallimard/Réunion des Musées Nationaux.

Schrader, Otto (1890): *Sprachvergleichung und Urgeschichte: Linguistisch-historische Beiträge zur Erforschung des indogermanischen Altertums*. Jena: H. Costenoble.

Stagnaro, Adriana Alejandrina (1993): "La Antropología en la comunidad científica: entre el origen del hombre y la caza de cráneos-trofeo (1870-1910)". En: *Alteridades*, 3, 6, pp. 53-65.

Stocking, George W., Jr. (1995): *After Tylor. British Social Anthropology 1888-1951*. Madison: University of Wisconsin Press.

Tenorio Trillo, Mauricio (1998): *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Teruggi, Mario E. (1994): *Museo de La Plata 1888-1988: una centuria de honra*. Brandsen: Fundación Museo de La Plata.

Tognetti, Luis (2000): "La introducción de la investigación científica en Córdoba a fines del siglo xix: la Academia Nacional de Ciencias y la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas (1868-1878)". En: Montserrat, Marcelo (comp.): *La Ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 345-365.

Tonni, Eduardo P./Pasquali, Ricardo C./Laza, José H. (2007): *Buscadores de fósiles. Los protagonistas de la paleontología de los vertebrados en la Argentina*. Córdoba: Jorge Sarmiento Editor.

Tovar, Antonio (1997): "El lenguaje en el tiempo". En: Tovar, Antonio: *Estudios de Tipología Lingüística. Sobre el euskera, el español y otras lenguas del Viejo y el Nuevo Mundo*. Madrid: Istmo, pp.19-45.

Ward, Henry A. (1890-91): "Los museos argentinos". En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. 145-151.

Weber, Max (1978): *Economy and Society. An Outline of Interpretative Sociology*. 2 vols. Edición de Guenther Roth y Claus Wittich. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.

Witcomb, Andrea (2003): *Re-imagining the Museum: Beyond the Mausoleum*. London: Routledge.

Zimmermann, Andrew (2001): *Anthropology and Antihumanism in Imperial Germany*. Chicago: University of Chicago Press.

Caballeros de la noche. Antropología y museos en la Argentina de las últimas décadas del siglo XIX

Irina Podgorny, Máximo Farro, Alejandro Martínez y
Diego Ballestero

Introducción

En los últimos veinte años, los museos, hasta entonces un objeto prácticamente invisible, incluso para los historiadores, se transformaron en sinónimo de lugares de la memoria por los que valía la pena combatir (Huyssen 2000). Y aunque los teóricos de la cultura de vanguardia del siglo XX habían pronosticado su pronta extinción, cobraron una vitalidad que pocos se hubieran imaginado hace un siglo. Más aún, los museos de historia natural de América del Sur empezaron a analizarse como mero dispositivo de propaganda o de control de los Estados nacionales. Esta línea, originalmente promovida por la crítica ideológica de los llamados "estudios culturales" y de los estudios "postcoloniales", se combinó en la década de 1990 con el furor que desencadenaron los trabajos sobre el nacionalismo, la construcción de las tradiciones y la creación de "comunidades imaginadas".[1] En ese marco, se instaló como lugar común que los museos se establecían como máquinas de representación de la nación. Nadie, sin embargo, se encargó de demostrar este enunciado. Bajo la impresión de los edificios monumentales, se creyó en la eficacia de los mismos y se repitieron los tópicos que sus creadores habían usado para defender la necesidad de construirlos. En esos relatos llenos de juegos de palabras, los museos aparecen como instrumentos del poder y ojos de un Estado que, con un poco de suspicacia y de oficio historiográfico, se hubiese descubierto menos fuerte que el argumentado por la lógica de este tipo de trabajos. Más aún, con ellos se reforzaban las conclusiones de la historiografía más tradicional sobre el papel que, en el marco de creación de los Estados nacionales, habrían tenido la ciencia

1 Inspirados por la lectura de la obra de Benedict Anderson (1991) y la de Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1992).

y sus instituciones, ahora ya no como vehículo del progreso sino de la dominación y consolidación del lado oscuro de la modernidad (Podgorny/ Lopes 2013). No deja de llamar la atención el grado con que la teleología del nacionalismo y las simplificaciones de los estudios culturales corroyeron parte de la reflexión histórica sobre la ciencia del siglo XIX, situándola cerca de la condena ética del proceder de la ciencia y de los científicos o transformadas en un postulado que se acepta sin dificultades por su fácil digestión. Así, en esos veinte años, se instaló un vocabulario y un tono de discusión donde no se trata de demostrar el carácter de esa relación entre museos e investigación científica y la formación de los Estados nacionales sino de atacarla desde la sensibilidad política contemporánea.

En las páginas que siguen, muy someramente, se analizan las prácticas de la antropología en los museos de la Argentina de fines del siglo XIX. Nos referimos a las contingencias que incidieron sobre la creación de espacios institucionales y de las prácticas asociadas al trabajo y estudio de cráneos, esqueletos y fotografías y lo que los actores definían como colecciones antropológicas.

Un turista de la antropología

En la Argentina, las colecciones antropológicas y los espacios institucionales para albergarlas surgieron en las últimas décadas del siglo XIX como iniciativa particular de algunos individuos, principalmente de las provincias de Salta y Buenos Aires (Podgorny 2000b y 2009). El Museo Público de la Provincia de Buenos Aires, creado en 1823 y dirigido por Hermann Burmeister desde los inicios de la década de 1860, estaba orientado, por el contrario, por los intereses científicos de su director, concentrado en promoverse a sí mismo a través de la descripción de los imponentes mamíferos fósiles de las pampas (Podgorny/Lopes 2008). En ese museo, situado a pocos metros del centro político de la ciudad, el estudio del hombre americano o europeo ocupaba poco o ningún lugar (Podgorny 2009), pese a que desde la década de 1860 el tema resonaba cada vez más en Europa, vinculado a las cuestiones acerca de la etnogénesis de los grupos humanos, la antigüedad, el origen y la evolución de la humanidad (Blanckaert 1989, Van Riper 1993). Las iniciativas particulares en el estudio de la antropología americana se irían conglomerando –para después volver a dispersarse– en la Sociedad Científica Argentina (establecida en 1872), donde algunos

de sus socios anudaron el intercambio de datos, favores y colecciones que caracterizaba la práctica de la antropología en la Argentina y en el resto del mundo (Dias 1990, Farro 2009, Podgorny 2009).

Sin pretender reducir la cuestión a un individuo, analizaremos el caso paradigmático de Francisco P. Moreno (1852-1919), uno de los tantos que permite observar la relación entre el Estado y los practicantes de la ciencia en esa época. Moreno formaba parte de una familia de aseguradores y financistas, ligada a la política, los clubes y a la banca porteña, que le abrió el acceso a los circuitos de negociación para obtener un lugar en el Estado para sus intereses científicos (Podgorny 2006b, Farro 2009). Su padre, Francisco F. Moreno (1819-1888), amigo del influyente Vicente G. Quesada (1830-1913), fue el primer secretario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, director del Banco Provincia, diputado y senador en la legislatura de 1854. Sus hijos Josué y Francisco P. se incorporaron desde temprano a la empresa familiar. Josué continuó en el negocio de los seguros, siguiendo la tradición de su abuelo materno, Joshua Thwaites, comerciante y ganadero inglés establecido en Buenos Aires, uno de los fundadores del Banco Nacional y propietario de una extensa estancia en la laguna de Vitel, Chascomús, dedicada a la cría de ovinos (Farro 2009, Podgorny 2006b). Los hábitos familiares de Moreno hablan de una relación constitutiva entre los coleccionistas, las colecciones y la infraestructura del comercio (redes de circulación de cosas, depósitos de almacenaje, necesidad de inventarios y registro de entradas y salidas), tema que permanece pendiente en la historia de la ciencia en la Argentina. Sin embargo, se trata de un rasgo compartido por varios de los caballeros que, como Moreno, Juan M. Leguizamón y Teodoro Vilardebó, entre muchos otros, fueron devorados por el afán coleccionista (Podgorny 2009 y 2011). El apoyo familiar, por su parte, constituye un dato estructural para entender la antropología de Moreno, surgida gracias al fomento paterno a su interés juvenil en la escuela antropológica de París y reflejado en la ayuda económica para la realización de viajes de estudio y la compra de bibliografía e instrumental científico. Como se repetiría en varios casos, la práctica de la ciencia se armó a modo de empresa familiar, buscando recursos estatales para costear los emprendimientos a gran escala o que excedían las posibilidades particulares, tal como un gran museo o los costos de flete y pasajes desde y hacia el puerto o las estaciones de Buenos Aires y, más tarde, La Plata (Podgorny 2005 y 2006b).

Durante la década de 1870, Moreno realizó expediciones en la Provincia de Buenos Aires, la Patagonia y el Noroeste argentino, utilizando recursos estatales y su red de relaciones familiares para el montaje de colecciones de cráneos indígenas y objetos arqueológicos que serían depositadas en su domicilio particular para recreación de sus conocidos (Farro 2009: 25-61). Al mismo tiempo, se convertiría en corresponsal de varios estudiosos europeos dedicados al estudio de la antropología, quienes lo estimularon para que les enviara la mayor cantidad de cráneos posible, indispensables para el desarrollo de los trabajos de craneología comparada a escala global. En 1874 publicó en la *Revue d'anthropologie* una memoria sobre las colecciones de cráneos que había recogido en el Río Negro, incluyendo las primeras mediciones craneométricas realizadas en la Argentina con el goniómetro de Broca, uno de los tantos instrumentos promovidos y vendidos desde la École d'Anthropologie de París (Moreno 1874).[2] Esas mediciones tomadas por Moreno debieron ser ajustadas posteriormente, en esa institución francesa, a la nomenclatura en uso, agregándole el nombre técnico apropiado, y debieron ser cotejadas sobre las mismas colecciones, dos años después, por una comisión de viajeros franceses de paso por Buenos Aires (Farro 2009). En 1877 Moreno preparó también un álbum compuesto por una serie de fotografías que ilustraban sus colecciones de cráneos y de objetos arqueológicos,[3] que formarían parte del pabellón de la República Argentina en la Exposición Universal que se realizaría al año siguiente en París (Podgorny/Lopes 2008). Una vez finalizada esa exhibición, estos materiales fueron donados a la Société d'Anthropologie, en cuyas reuniones serían exhibidos y discutidos, para ser luego publicados en las obras de clasificación y síntesis de Armand de Quatrefages (1810-1892), Ernest-Théodore Hamy (1842-1908) y Paul Topinard (1830-1911).

Simultáneamente, Moreno ofreció en donación sus colecciones –unos 300 cráneos humanos–, al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires para crear un Museo Antropológico y Arqueológico, con la condición de alquilar un local fijo para ellas y ser nombrado director vitalicio del estableci-

2 El goniómetro facial había sido inventado por Morton en 1838 para la craneometría más que para la cefalometría. El goniómetro facial mediano era de 1874; el goniómetro lateral, una versión anterior, se había vendido a más de 500 viajeros (Broca 1879: 39 s.). El goniómetro lateral de Broca era barato y ligero: 190 gramos a un costo de 29 francos, incluyendo la caja para transportarlo en los viajes.

3 Las fotos, expresamente tomadas para la exposición, se presentaban a una escala a mitad del tamaño natural.

miento (Moreno [1877] 1935). El proyecto, presentado el 8 de agosto de 1877, no recibió inicialmente un trato favorable en las cámaras legislativas, generando una serie de debates que ponían de manifiesto la inconveniencia de sostener con fondos públicos una serie de colecciones que, por las condiciones estipuladas en el acta de donación, parecían satisfacer las aspiraciones y deseos de un individuo más que el desarrollo de una actividad de carácter científico que, para los diputados y senadores, distaba de poseer una "utilidad pública inmediata" (Farro 2009: 63-95). Para defender su proyecto en ese contexto adverso, Moreno empleó una retórica que apelaba a la utilidad pública y al orgullo nacional: no ceder las prioridades en la descripción de esos materiales a los estudiosos europeos. Finalmente, el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires surgiría como la primera institución consagrada a la historia del país y al "conocimiento del origen de sus habitantes, de sus caracteres anatómicos, morales e intelectuales, sus inmigraciones, cruzas, distribución geográfica y estado de su civilización primitiva" (Moreno 1935: 130). En ese esquema, o mejor dicho en la retórica de defensa de la utilidad del museo, la antropología y la arqueología servirían a la patria ayudando al sometimiento y pacificación de los grupos indígenas. La creación de un museo donde atesorar la historia natural del hombre en el territorio argentino equivalía así a reservar para el país "la gloria y el derecho de dar al mundo su descripción" (Moreno 1935: 129). Para apuntalar más aún su proyecto, Moreno publicó a comienzos de 1878 *El estudio del hombre Sud-Americano*, donde deseaba demostrar "el interés que para los argentinos tiene el pasado más remoto de nuestros precursores en este suelo, como base de nuestra historia" (Moreno 1878: 15). En este escrito, impregnado del vocabulario francés propio del transformismo y de las disciplinas parisinas de la época (Podgorny 2006a), sobresalen las siguientes ideas: primero, la aceptación de la idea de unidad de leyes rectoras del mundo material y moral y de la ley de perfeccionamiento válida para todos los organismos. Moreno difundía la animalidad del hombre y su cualidad de "contener en su constitución física, la organización viviente de todo lo que ha aparecido en la tierra" (Moreno 1878: 4). La Antropología, es decir el estudio del hombre por el hombre y las expediciones científicas, el medio necesario para confirmar los grandes eslabones en la marcha hacia la civilización, se presentaban como resultados de la llamada ley del progreso. Segundo, un hecho rotundo: "el hombre salvaje que vive hoy en el Chaco, en los arenales Patagónicos y en la helada Tierra del Fuego, y el habitante prehistórico de la Europa, son el mismo moral-

mente" (Moreno 1878: 12). Moreno adoptaría la idea de la preponderancia moral y efectiva de los pueblos civilizados sobre los pueblos detenidos en la barbarie y lanzaba la siguiente pregunta al futuro: "por qué hay razas estacionarias en sus progresos y si es que están condenadas moralmente desde su infancia, ó si su decrepitud es debida a la influencia del medio en que moran" (Moreno 1878: 13). Este interrogante, de puras resonancias lamarckianas contradictorias con su retórica darwinista (Montserrat 1980, Stocking 1988, Blanckaert 1988: 44-51), no dejaba afuera a los "hombres salvajes contemporáneos", habitantes de los territorios que, en 1878, todavía permanecían en los márgenes del dominio del Estado. Por otro lado, Moreno sentenciaba:

> [...] todo pueblo que se interesa en inquirir el origen de su prosperidad y de su raza, trata de seguir de etapa en etapa el desenvolvimiento de los hombres que han habitado el terreno que hoy ocupa como nación, estudiándolo en sus mas insignificantes manifestaciones, aun las casi infantiles de cuando al principio trataba de desligarse del reino animal, y luego hasta el día que lo dominó completamente, desde la edad del conocimiento del fuego hasta la del acero (Moreno 1878: 15).

La prosperidad y el devenir de los argentinos, se ataba, en estos discursos, al estudio del pasado y a los constituyentes de la raza; y la prosperidad del museo al éxito de estos discursos frente a quienes no estaban muy dispuestos a creer que desde el gabinete de un joven de una familia acomodada de Buenos Aires se resolvieran los problemas de la provincia.

Aunque las explicaciones acerca de cómo contribuiría a concretar dichas metas nunca se dieron, el museo se inauguraría el 1 de agosto de 1878 en el cuarto piso del antiguo Teatro de Colón (Podgorny 1998), como resultado eficaz de las gestiones de Moreno ante el gobierno provincial y con el apoyo indudable del ministro Vicente Quesada, él mismo interesado por los estudios americanistas. En este punto es importante indagar acerca del sentido con que se apelaba a la antropometría y a las determinaciones antropológicas como elementos de utilidad indispensables para la patria. Los trabajos producidos por Moreno no contribuyen a esclarecer este interrogante, sobre todo porque desde su museo antropológico solo se produjeron las fotografías depositadas en París, una narrativa de viaje y discursos de promoción de sí mismo. En cierto sentido, se puede afirmar que el Museo Antropológico y Arqueológico, como otros trabajos realizados desde la Argentina, resultaban más funcionales a la École d'Anthropologie parisina. Por otro lado, la presencia en su biblioteca personal de un ejemplar pro-

fusamente anotado del *Manuel du Voyageur* del suizo David Kaltbrunner (1879), un producto dedicado a los turistas deseosos de colaborar en la empresa científica, da indicios de la importancia de esta obra para que Moreno entendiera las técnicas de relevamiento topográfico y las técnicas antropológicas acuñadas en París. De esa obra parece proceder también la inspiración de los párrafos que mucho más tarde redactaría como instrucciones para los naturalistas viajeros que actuarían bajo sus órdenes en el Museo de La Plata (Podgorny 2002 y 2009). Recordemos, por su parte, que este manual, aunque muy utilizado por los turistas de la antropología, fue muy criticado en las revistas especializadas, que insistían en que el envío de un cráneo no se podía sustituir por medidas mal tomadas por los viajeros instruidos virtualmente por Kaltbrunner (Podgorny 2009). De tal manera, surge la paradoja de que los patrones de observación y recopilación de datos de esa figura que cierta historiografía consagra como una suerte de "herramienta de la Nación" y otra como "arquetipo de la argentinidad", fueron modelados por un producto de la empresa editorial comercial europea del tardío siglo XIX (Podgorny 2009).[4] La óptica del Estado, en todo caso, se ajustó a los parámetros de los ojos del ocio burgués, siempre dispuesto a distraerse en las modas del momento y, como Bouvard y Pécuchet, confundirlas con la búsqueda del conocimiento.

En esa línea, en 1879, los contemporáneos de Moreno, en ocasión de la publicación de su obra *Viaje a la Patagonia Austral,* señalarían que allí primaban las descripciones impresionistas de carácter "poético" en detrimento de los datos científicos (Podgorny 2000a). En abril de ese mismo año, la Presidencia de la Nación comisionó a Moreno el último de sus viajes de juventud: la exploración de la costa patagónica entre el Río Negro y el Deseado. Ese viaje se realizó en medio de las turbulencias generadas por la campaña militar a cargo del general Julio A. Roca (1843-1914), desplegada en los territorios de la Patagonia para desplazar a los grupos indígenas que la habitaban e incorporar esas tierras al dominio estatal. Desobedeciendo órdenes, Moreno se internó por tierra hasta el Nahuel Huapí, donde fue tomado prisionero por el cacique Shayehueque en represalia por las acciones de las tropas nacionales contra miembros de su clan. Moreno regresó a Buenos Aires en febrero de 1880, destituido de su cargo

4 Este manual fue reseñado críticamente en la *Revue d'Anthropologie* (1879: 323-325), precisamente por su carácter general y el error que induce en cuanto a los métodos craneométricos (Farro 2009, Podgorny 2009).

de jefe de la Comisión Exploradora de los Territorios Australes. Tras largas pruebas justificativas médicas, le sería aceptada la renuncia y, en 1880, partía hacia Europa, buscando refugio de la acusación de incumplimiento del deber público.[5] Aconsejado una vez más por Vicente Quesada, se alejó del país para refugiarse en Europa. Quesada le indicó además que aprovechara para estudiar antropología en Francia. Y aunque asistió a clases y trabó relación personal con alguno de sus corresponsales, como señaló más tarde Ernesto Quesada en su particular hagiografía de Moreno (Quesada 1923, Podgorny 2006b), desoyó los consejos del experto político y se dedicó, en cambio, a las negociaciones para agilizar el olvido que le permitiera regresar a Buenos Aires como un estudioso consagrado. En esos años marcados por el cuestionamiento público y la crítica de sus contemporáneos, Moreno trabajó para consolidar en la prensa su imagen de "explorador heroico" de los territorios nacionales, asociando la historia de sus colecciones y las instituciones que las albergarían con su propia biografía y con el destino de grandeza de la "Nación" (Farro 2009).

El Museo General de La Plata y sus caballeros de la noche

A su regreso de París, Moreno recurrió a la Sociedad Científica como tribuna de propaganda para promover la construcción de un museo moderno, al estilo del inaugurado recientemente en Londres. En una conferencia de 1881, inspirada en la visita a los museos parisinos y londinenses, desarrollaba la idea de poseer un gran museo, donde la antropología coronaría la historia natural. En este discurso, la antropología y la arqueología ya no podrían localizarse en un gabinete, proponiendo en cambio la creación en Buenos Aires –capital de la República– de un museo como un gran monumento nacional (Moreno 1881). Por entonces empezaba a decidirse qué instituciones pasarían a la ciudad de La Plata, la nueva capital de la provincia, y cuáles permanecerían en la prestigiosa ciudad del puerto y de la aduana. En París, Moreno había contactado al joven Florentino Ameghino (1854?-1911), quien desde la década de 1870 promovía la idea de la contemporaneidad de los grandes mamíferos fósiles con el hombre

5 Moreno había abandonado sus viajes de exploración aduciendo graves problemas de salud, certificados por diversos médicos como "anemia cerebral y ataxia locomotriz" (Podgorny 2002).

prehistórico de las pampas y que, desde 1878, se hallaba estudiando en los laboratorios del Muséum d'Histoire Naturelle (Podgorny 2000a, 2005 y 2009). Hacia 1880, esa alianza coyuntural, les permitía hablar del linaje de científicos transformistas, es decir, un grupo de naturalistas unidos por la pertenencia generacional y el interés en el hombre americano del pasado. Moreno y Ameghino –quien en esos años publicaba un extenso estudio sobre la contemporaneidad del hombre de las pampas con la fauna extinguida– cimentarían mutuamente su identidad de naturalistas formados y reconocidos en París, difundiendo el reconocimiento que sus hallazgos e ideas tenían entre los arqueólogos y antropólogos europeos. A ello se sumaba la ventaja de residir de este lado del Atlántico y de haber visto con sus propios ojos y en su sitio aquello que en Europa solo podía ser visto en fotos o en los museos. Otro tópico los unía: la oposición a las figuras dominantes en la ciudad porteña y la transformación de su saber en utilidad pública, en aras de la obtención de recursos y del apoyo de los políticos (Podgorny 2000a).

La correspondencia entre Moreno y Domingo F. Sarmiento (1811-1888), publicada en abril de 1883 en *El Nacional*[6] forma parte de esa búsqueda de alianzas para la legitimación recíproca. Moreno, en viaje por los territorios y provincias del norte argentino, desestimaba las críticas aparecidas en *La Nación* y *The Standard* a la obra del ex presidente, comparándolas con las del periódico católico *El Eco de Córdoba*. Allí se había acusado a Moreno de "caballero de la noche" y "ladrón de vasos sagrados", cerrando con una frase lapidaria: "es muy amigo de Sarmiento [...] no solo amigo, sino discípulo y muy aprovechado del Señor General; puede que ese sea su gran título en la pampa, aquí no".[7] La acusación refería a la profanación de tumbas con fines deshonestos: en agosto de 1881 el cadáver de Inés Dorrego fue robado del cementerio de la Recoleta por un misterioso grupo apodado "Caballeros de la Noche" comandado por un aristócrata belga, Alfonso Kerchowen de Peñaranda, que exigió un rescate a la familia (Cañas

6 "Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta II", en: *El Nacional*, 10 de abril de 1883; "Redacción. Correspondencia epistolar", en: *El Nacional*, 11 de abril de 1883; "Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta III", en: *El Nacional*, 12 de abril de 1883. *El Nacional*, dirigido por Samuel Alberú, seguía los lineamientos del Partido Nacionalista de Roca.

7 Citado "Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta II", en: *El Nacional*, 10 de abril de 1883. En la década de 1870, *El Eco de Córdoba* había recogido las acusaciones contra Burmeister, otro protegido del "general", publicadas por los profesores alemanes contratados para la Academia Nacional de Ciencias.

1968). Es decir que se comparaba a Moreno con un traficante de cadáveres que, lejos de ser vendidos a los estudiantes o profesores de medicina como era habitual en la época (Sappol 2002), se utilizaban para lucrar con los deudos. Si *El Eco de Córdoba* apelaba a la figura de un secuestrador, queda la pregunta de si el establecimiento del museo sostenido con fondos del erario no se veía como un equivalente al rescate solicitado por el señor de Peñaranda. Los debates parlamentarios sobre el museo de Moreno, singularmente, habían hablado de la deuda de la Nación con el señor Moreno.

Moreno respondía, recordando los cursos de etnología tomados en París pero también cimentando su relación con Sarmiento y reconociendo las lecciones obtenidas de su obra.[8] Más aún, *Conflicto y armonías de las razas en América* lo acompañaba en los viaje de exploración en busca del hombre sudamericano en los distritos andinos, ofreciéndose como aprendiz y como peón para recoger los elementos que el maduro general necesitaba para estudiar el gran edificio del cuerpo americano. Sarmiento agradecía y le enviaba cartas de recomendación para usar en Calingasta, donde debía abrir "ocho, al menos, sepulcros, bóvedas, que le mostrará un señor Villarino o Caicedo, u otro de los habitantes del lugar".[9] Moreno estaba recorriendo, en parte, los itinerarios trazados en *Civilización y barbarie* pero también los indicados por Topinard: en las cordilleras podrían llegar a encontrarse los restos de las antiguas razas arrinconadas. Es de señalar que en este intercambio epistolar entre Moreno y Sarmiento, el viaje científico se unía al plan de la generación de Mayo y adquiría un marcado tono político. Hacer arqueología o antropología se politizaba pero también se llevaba al terreno del lucro criminal: habiendo sido llevado al terreno del secuestro y la disputa por la administración de lo sagrado, se reaccionaba transformando en indiscutible el valor de las opiniones del general y haciendo ostentación

8 "Me leyó Ud. Prolegómenos, y robándole su tiempo, le escuché horas enteras después, para aprovechar de sus palabras como si fueran poderosos anteojos de larga vista, para orientarme y ver más lejos en el kaleidoscopio del movimiento diario de los pueblos […] ¿Recuerda Ud. un día en que dejó el trabajo y salimos juntos, y caminamos mucho tiempo conversando?, (como el 20 de mayo en que después de la conferencia à Darwin, y en seguida de aparecer su artículo de las 'Armitas', fuimos de *El Nacional* al Museo Antropológico, donde usted me refirió a grandes rasgos un capítulo del tomo 2º del libro que recién principiaba […] con lo que me probó que el plan de su libro estaba hecho ya con todos los perfiles, desde el primero hasta el último, en la sustancia gris, antes de fijarlo con tinta en el papel". "Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta II", en: *El Nacional*, 10 de abril de 1883.

9 "Redacción. Correspondencia epistolar", en: *El Nacional*, 11 de abril de 1883.

de los vínculos necesarios para la práctica de estas ciencias. En efecto, Moreno celebraba el apoyo del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, en parte debido también a los favores de Sarmiento[10], para emprender dichas exploraciones y enriquecer las colecciones del Museo Antropológico para transformarlas en otra cosa (Podgorny 2006b).

En efecto, el 25 de octubre de 1881 la Cámara de Senadores había aprobado, con modificaciones, el proyecto del Poder Ejecutivo sobre la fundación del Museo Nacional con sede en la ciudad de Buenos Aires. Un mes antes, el 2 de septiembre y en una conferencia brindada en la Sociedad Científica Argentina, Moreno había expuesto la importancia del estudio de la antropología y la arqueología en la Argentina, otro simple manifiesto sobre la necesidad de constituir un museo que, a la manera de los museos visitados recientemente en Europa, funcionara como un centro para el estudio del hombre americano (Moreno 1881, Podgorny/Lopes 2008). Recordemos que para el momento en el que Moreno arengaba por la construcción de un edificio que emulara a los "monumentos actuales, donde se guardan los monumentos perdidos" (Moreno 1881: 164) ya había iniciado anteriormente las negociaciones para la creación de un museo nacional y esto constituía una buena oportunidad para arengar por él. Moreno no ahorraría palabras y elogios para convertir sus sueños de monumentalidad en objeto de exhibición y admiración pública. Estos sueños de monumentalidad se habían ampliado exponencialmente luego del viaje a Europa, las visitas a las instituciones científicas y a exhibiciones, por lo cual –y en constante comparación con los museos ingleses y franceses– el proyecto original del Museo de Antropología y Arqueología quedaba pequeño ante la idea del gran centro de acopio donde debía conservarse la "evolución del hombre americano".

El proyecto modificado por el Senado en 1881 recortaba el presentado por el Poder Ejecutivo en pos de "hacer economías positivas",[11] transformándolo en un mero subsidio y aplazando la constitución del museo nacional. Sin embargo, hacía un especial énfasis en el apoyo a Moreno, ya que este proyecto debía "hacer honor á un talento argentino como lo es el doctor Moreno, naturalista muy distinguido; y bien merece la pena que se

10 Moreno se preguntaba retóricamente: "¿Alcanzaré a cumplir mis deseos? Si así sucede, veneraré siempre las cornalinas y los jaspes de Palermo?", refiriéndose a sí mismo pero también a la obra del Parque 3 de Febrero promovida por Sarmiento. "Francisco P. Moreno al General Sarmiento, Carta III", en: *El Nacional*, 12 de abril de 1883.

11 Este debate se desarrolla en extenso en Podgorny/Lopes (2008: 179-191).

haga este gasto de cinco mil pesos fuertes, á fin de que este señor complete la colección que tenia de varios objetos disecados, cráneos, etc.". Esto, sin embargo, suscitó la intervención de varios de los presentes. Ante la pregunta sobre ¿cuánto podría gastarse en la formación de un museo?, Aristóbulo del Valle (1845-1896), senador por Buenos Aires, fue el único de los presentes que parecía contar con datos concretos. Si bien Del Valle llamaba a ser cautos en el gasto, los rumores acerca de la cesión de la Provincia a la Nación del Museo Antropológico dirigido por Moreno, llamaban a que se tuviera en cuenta la perentoriedad de que el "personal directivo y científico sea rentado por la Nación". A pesar de que Moreno no contaba con título alguno, su reconocimiento por los miembros del Senado ponía en valor sus talentos de naturalista y como propagandista de sí mismo (Podgorny/Lopes 2008). De tal manera, las intervenciones de los senadores Civit y Del Valle –el cual hacía gala de su conocimiento de los museos, la antropología y la arqueología geológica– se centraban más en la figura pública de Moreno que en los réditos que el establecimiento de un museo podrían tener para el país. En estos debates, las dotes y cualidades de Moreno para las relaciones públicas se exaltaban y se entremezclaban con halagos a sus capacidades como naturalista y sus virtudes como explorador. El 13 de diciembre la Cámara de Diputados discutió el fomento al Museo Antropológico y Arqueológico. Algunos, como el diputado Calvo, llegaron a argumentar que la Nación tenía una deuda con Moreno. Calvo buscaba postergar los debates en torno a la pertenencia nacional, provincial o particular de un museo y recordaba que el significado de un Museo Arqueológico y Antropológico eran "los trabajos de un argentino patriota que a una edad muy temprana, ha podido aglomerar preciosos conocimientos".[12] Calvo iba más allá, y en su apoyo total al proyecto de Moreno, argumentaba que si bien el Museo Antropológico pertenecía a la Nación, había que tener presente que éste era "propiedad de un niño, que se ha adelantado a su edad, y que ha descubierto lo que nadie ha descubierto".[13] Esta postura contrastaba con otras que despersonalizaban el debate para centrarse más en la importancia de la creación de un Museo Nacional como un centro de estudios científicos y a su vez como una galería para exhibir ante el mundo las riquezas del país.

12 "Sesión del 13 de diciembre de 1881". En: *Diario de Sesiones de la Cámara Diputados.* Buenos Aires, 1882, p. 1295.

13 "Sesión del 13 de diciembre de 1881". En: *Diario de Sesiones de la Cámara Diputados.* Buenos Aires, 1882, p. 1295.

A un paso del triunfo por establecer el gran museo nacional, Moreno fracasó, debiendo optar por un nuevo emplazamiento para sus sueños monumentales: éstos se realizarían hacia fines de 1884 en la ciudad de La Plata en el Museo General de la nueva capital de la Provincia de Buenos Aires. Allí, la antropología –como la historia física y moral de las razas indígenas antiguas y modernas– presidiría, solo por un tiempo, a todas las otras ramas. En el diseño del recorrido de sus salas, la espiral evolutiva llevaría a las destinadas al hombre y a la casa del mismo director. Partiendo del mundo de los sedimentos geológicos, el plan original incluía las bellas artes y la industria contemporánea. La sección de Antropología del Museo de La Plata fue la única en conservar la idea de una naturaleza universal y, en parte, la relación con la naturaleza no americana en función de su objetivo de archivar "antigüedades" y restos osteológicos humanos de distintas partes del mundo. En la retórica de Moreno, este archivo suministraba el material de comparación necesario para dilucidar, entre otras hipótesis, los orígenes de las razas antiguas y –en etapas sucesivas de civilización– los contactos continuos entre los pobladores americanos y los del Viejo Mundo, la presencia de invenciones tecnológicas independientes, los contactos entre los pobladores de ambas Américas; y la ocupación del territorio argentino desde los tiempos más remotos de la humanidad (Moreno 1888, 1890a y 1890b). En este sentido, la antropología del Museo también exhibía metafóricamente un proceso contemporáneo: desde el hombre de la época glacial pasando por el indio recientemente vencido, se podía ver también el reemplazo –y las mezclas– de la población local por la inmigración europea. Los instrumentos hallados en diversos sitios del territorio de los pueblos nativos extinguidos podían estudiarse como parte del proceso evolutivo atravesado por toda la humanidad. Asimismo, los pueblos indígenas contemporáneos representaban etapas detenidas o degeneradas o parte de una infancia que no pudo abandonarse (Moreno 1890b).

Hay que recordar que todos los grandes museos fueron el producto de un cruce de intereses atados a distintas alianzas. En el caso concreto del Museo de La Plata, la labilidad de las mismas se plasmaría en la ausencia de condiciones materiales apropiadas para el trabajo y en la influencia de los intereses personales, que modelarán el proceso de formación, clasificación y estudio de las colecciones. Lejos quedaría la retórica de un plan orgánico y coordinado de exploración del país: en los seis años que mediaron entre la instalación de las colecciones en La Plata y la aparición del primer tomo de las publicaciones oficiales, en el museo no se produjo descripción

alguna de las colecciones que éste almacenaba. En las décadas siguientes el problema se agravaría: la entrada de colecciones no marchaba paralela a la creación de inventarios, un problema que todos los científicos contratados para trabajar en el museo destacaron y que nos hace pensar que la habilidad comercial de Moreno para promocionar sus proyectos había dejado de lado la importancia del registro de lo almacenado.

Los trabajos en la Sección Antropológica del Museo de La Plata

Las colecciones exhibidas en las salas de la Sección Antropológica permanecerían sin ser estudiadas hasta comienzos de la década de 1890, con la incorporación un poco azarosa de personal científico, en un contexto general marcado por los cambios permanentes en los perfiles de la institución y la consecuente falta de supervisión y coordinación de los trabajos. En efecto, desde su establecimiento, el museo atravesaría varias crisis de financiación a raíz del cuestionamiento o el interrogante sobre la utilidad de semejante institución (Podgorny/Lopes 2008, Farro 2009). Si en los años fundacionales el museo fue concebido como centro de estudio de la naturaleza americana y como un espacio que contribuiría a la instrucción general de los habitantes de la Provincia de Buenos Aires, hacia 1892, motivado por los fuertes recortes presupuestarios, Moreno ofreció los servicios de la institución al Gobierno Nacional, con el fin de conseguir nuevos fondos para el normal funcionamiento, reorientando en consecuencia los objetivos institucionales hacia la exploración del territorio nacional con el doble propósito de identificar recursos naturales explotables y contribuir al estudio topográfico de las regiones andinas. Este nuevo perfil se consolidó aún más con el nombramiento oficial de Moreno como perito en Límites en 1896, cuando el Museo de La Plata se puso al servicio de la cuestión limítrofe con Chile.

Este fenómeno, recordemos, no era privativo del museo: por el contrario, como ha señalado Claude Schnitter (1996), las reformulaciones permanentes en los objetivos institucionales de los museos deben ser entendidas como movimientos estratégicos de carácter pragmático de sus directores con el objeto de obtener los fondos del Estado necesarios para poder sobrevivir. En la década de 1890 Moreno supo atar la supervivencia del museo a una delicada coyuntura política que tuvo importantes efectos en la organización interna: el creciente compromiso de la institución con el Ministerio de Relaciones Exteriores, para contribuir al trabajo de exploración de recursos

naturales y para la determinación de los límites del territorio nacional, afectó notablemente el desarrollo de actividades en las secciones referidas a la "historia moral del hombre americano". Esto se manifestó en proyectos que no llegaron a consolidarse debido a la falta de apoyo por parte de la dirección, puesta de manifiesto en la dilación de los tiempos editoriales, la imposibilidad de adquirir series bibliográficas actualizadas indispensables para los trabajos de clasificación y la negativa a incorporar nuevas secciones con personal para atenderlas, siendo las secciones vinculadas a la exploración del territorio las que prioritariamente consumieron los recursos financieros y humanos (Farro 2009). Hacia 1893, Samuel A. Lafone Quevedo (1835-1920), encargado honorario de la Sección de "Arqueología y Lenguas Americanas", ante el incumplimiento del ofrecimiento de Moreno de publicar una *Biblioteca Lingüística del Museo de La Plata*, buscaría apoyo en otras instituciones, como el Instituto Geográfico Argentino y la Sociedad Científica, para desarrollar su proyecto de una "geografía histórica" de las lenguas indígenas del noroeste y del Chaco, que incluía la elaboración de mapas étnico-lingüísticos y la edición de manuscritos de los siglos XVI y XVII (Farro 2013). La fuerte orientación hacia la cuestión de límites conspiró también contra dos proyectos de creación de una Sección Etnográfica, propuestos sucesivamente por Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917) y por el explorador italiano Guido Boggiani (1861-1901)[14], que contemplaban la clasificación de las colecciones, una serie de viajes de estudio y un ambicioso plan editorial con detallados trabajos monográficos sobre las distintas etnias del territorio argentino (Farro 2009).

En el caso puntual de la Sección Antropológica, la ausencia de un proyecto orgánico que emanara de la dirección hizo que sus sucesivos encargados desarrollaran estudios de acuerdo a su formación e intereses personales. La craneometría iba a instalarse de manera muy crítica de la mano de éstos, quienes, a diferencia de Moreno, discutirían profundamente las ideas sobre

14 Boggiani había nacido en Omegna, Italia, el 25 de setiembre de 1861. Formado como dibujante y pintor llegó a Paraguay en 1888, dedicándose al comercio de pieles de venado y de objetos de manufactura indígena, por lo que entabló contacto con los Chamacoco (Ishir) del Chaco, y con los Caduveo del Pantanal brasileño (Bonati 2006: 125). Si bien este contacto tuvo inicialmente fines comerciales, Boggiani pronto se dedicó a coleccionar objetos de interés etnográfico y datos lingüísticos sobre esos pueblos. A partir de 1896 comenzó a emplear una cámara fotográfica en los viajes de campo que realizó hasta 1901, cuando encontró la muerte a manos de los Chamacoco. En 1904, Lehmann-Nitsche editó una parte de estas fotografías, que salieron a la venta en forma de tarjetas postales.

el hombre americano y los métodos creados en Europa. Así, el holandés Herman F. C. ten Kate (1858-1931), que conocía a Moreno por haber compartido con él los cursos de Broca en París en 1880, se incorporó al museo hacia fines de 1892, permaneciendo solo siete meses, hasta mayo de 1893, debido al contexto de inestabilidad política provincial que recortó severamente el presupuesto destinado a la institución. Ya en Europa, le escribiría a Moreno, pero ante la falta de respuesta a sus cartas, decidió permanecer allí perfeccionando sus estudios en medicina. A pesar de haber sido oficialmente nombrado en marzo de 1895 como encargado de la Sección Antropológica del Museo de La Plata, ten Kate se incorporó recién a principios de 1896 y trabajó allí hasta mayo de 1897. En el transcurso de sus dos breves estadías, ten Kate desarrolló una serie de trabajos que marcaron la primera ruptura con el esquema impuesto originalmente por Moreno a las colecciones de esa sección, ligado al estudio del problema de la antigüedad del hombre americano, con la geología y la paleontología como disciplinas aliadas. En efecto, los trabajos llevados a cabo por este estudioso se referían a la determinación de "tipos" raciales observables sobre los indígenas vivos y al establecimiento de su posible relación de filiación con "tipos primordiales" inferidos a partir de las colecciones de museos y gabinetes y de los materiales extraídos de las excavaciones arqueológicas. Por sus años de formación en Francia y Alemania y sus numerosos viajes de estudio en los Estados Unidos, América del Sur, Asia y el Pacífico, ten Kate colocó las colecciones antropológicas del Museo de La Plata en la discusión internacional sobre los procesos de etnogénesis, la identificación de caracteres físicos descriptivos, las técnicas de deformación craneal, la distribución de los tipos raciales en el continente americano y los esquemas de clasificación de los mismos en relación con sus contrapartes asiáticas o europeas (Farro 2009: 137-169). A partir de una serie de 109 cráneos de indígenas "araucanos", a la que consideraba por la calidad y cantidad de las piezas como la colección más valiosa de la sección, identificó la presencia de tipos variados en el norte de la Patagonia, que habrían sido el resultado de mezclas y migraciones (ten Kate 1892). Varias quejas asomaban en el trabajo, referidas al poco tiempo para la redacción del mismo por cierta premura del director del museo[15] y fundamentalmente a la falta de recursos

15 Ten Kate (1893) se quejó repetidamente de los ritmos impuestos por Moreno para la publicación y las investigaciones, tal como aparece también en las cartas enviadas a Lehmann-Nistche desde Indonesia. Véase Instituto Ibero-Americano (IAI), Legado Lehmann-Nitsche, N-0070 b 684.

bibliográficos. Citando a las autoridades en craneología americana, combinó distintas técnicas craneométricas consideradas pertinentes a su objeto de estudio, analizando de manera comparada las técnicas de deformación artificial observadas en esa serie con las de una colección de cráneos que había recolectado previamente en Tahití (ten Kate 1894).

Durante el transcurso de una expedición del museo a las provincias del Noroeste en 1893, ten Kate recolectó evidencia para probar una idea sostenida por los norteamericanos Frank Hamilton Cushing (1857-1900) y Washington Matthews (1843-1905), que se basaba en analogías observadas a escala continental en los caracteres físicos, la cultura material y los aspectos mítico-religiosos, entre las "culturas del desierto" del sudoeste de los Estados Unidos y las del antiguo Perú. El estudio detallado de las colecciones de cráneos y esqueletos procedentes de Catamarca, San Juan y Salta le permitió determinar, en primer lugar, la presencia marcada de rasgos métricos observados entre los cráneos y esqueletos de indígenas peruanos y, en segundo lugar, una disposición física muy similar a la de los grupos del Sudoeste norteamericano, entre las que se destacan la baja estatura, la braquicefalia, la baja capacidad craneana, los tipos de deformación, las medidas de la escápula y de la pelvis, la perforación del olécranon, el índice tibio-femoral y los tipos de enfermedades óseas (ten Kate 1893 y 1896a). Las vastas colecciones del museo le brindaron también las condiciones materiales para desarrollar, por un lado, aquellos puntos poco trabajados por la antropología física europea precisamente por la escasez de materiales óseos representativos, como el estudio de ciertas disposiciones del conducto auditivo externo, del hueso hioides, de las vértebras, del esternón y, particularmente, de la rótula (ten Kate 1896b). Por otro, las series de fotografías de indígenas de la Patagonia asociadas a las colecciones de cráneos y esqueletos y a un conjunto de mediciones antropométricas que registró sobre individuos vivos de aquellos grupos que visitaron el museo, le posibilitaron agregar evidencia visual a sus ideas acerca de las relaciones de filiación entre los tipos raciales americanos y los tipos "mongoloides" del Asia oriental y del Pacífico, a partir del estudio comparado de los llamados "caracteres físicos descriptivos" (Farro 2012). Ambos grupos compartirían caracteres como los cabellos lacios de sección cilíndrica, la escasez o ausencia de pelo en el cuerpo, los pómulos salientes, los tonos de piel –que variaban en una escala que iba del amarillo a colores cobrizos, pasando por una gama de tonos amarronados– y los ojos de disposición oblicua. Desde el punto de vista de la clasificación racial, esas ideas impli-

caban en la práctica colocar a los grupos americanos bajo el rótulo de las llamadas "razas amarillas" junto con los malayos, los polinésicos y con las poblaciones mongólicas de Asia. Para plasmar estas ideas en los salones de exhibición del museo hizo adquirir en la casa de comercialización de objetos para museos Ward's Natural Science Establishment, una parte de la afamada colección de mascarillas faciales en yeso, vaciadas del natural, que había sido armada por el zoólogo y etnógrafo alemán Friedrich Hermann Otto Finsch (1839-1917) durante la década de 1880 en sus viajes entre los grupos de Micronesia, Melanesia, Polinesia, el Archipiélago Malayo, China, Japón y Australia. En otro orden de cosas, también pudo discutir un punto de carácter etnográfico, motivado por la presencia de indígenas visitantes en el museo, como era el de la dispersión geográfica del arco musical, registrando mediante fotografías las técnicas de ejecución del *Koh'lo* por parte del joven tehuelche "Tsaiwai José" (ten Kate 1898). Como se ve, los problemas estudiados por ten Kate a partir de las colecciones del museo remitían a sus propios intereses y a una escala de comparación global. La "nación argentina" lejos estaba de sus intereses.

En julio de 1897 Robert P. A. Lehmann-Nitsche (1872-1938), doctor en ciencias naturales de Múnich, ocupó el cargo dejado vacante por la partida de ten Kate. A diferencia de su predecesor y en sintonía con los cambios ocurridos en el campo de la antropología física en las postrimerías del siglo XIX, Lehmann-Nitsche consideraba que el aporte a la investigación de los estudios craneológicos, tal y como se lo había considerado hasta ese entonces en las descripciones métricas y el cálculo de diversos índices, era limitado. En efecto, en el Primer Congreso Científico Latino-Americano, celebrado en Buenos Aires en 1898, presentó las definiciones y el objeto de la antropología y la craneometría (Lehmann-Nitsche 1899a) en discusión con las publicaciones europeas y norteamericanas.[16] Lehmann-Nitsche, apelando otra vez a la autoridad del "estar aquí", cuestionaba las interpretaciones de los europeos por fragmentarias y arbitrarias, e iniciaba desde La Plata una obra de comentario y traducción (Podgorny 2006a). En conexión con ello, introduce en el contexto local una pretendida conciliación entre las escuelas francesa y la alemana de antropología. Para él, el método de Broca y las recomendaciones de la convención de Frankfurt (Frankfurter Verständigung) representaban elementos "esencialmente mé-

16 Cf. Lehmann-Nitsche (1899b), donde discute la idea propuesta por Ashmead de Nueva York a la Sociedad Antropológica de Berlín sobre la presencia americana de la lepra.

tricos", poco centrales en el desarrollo de la disciplina (Lehmann-Nitsche 1899c); de tal manera, siendo tan poco importante la adhesión a uno u otro método, lo más importante residía en saber compararlos (Podgorny 2006a). Lehmann-Nitsche (1904a, 1904b y 1904c) insistía sobre el "valor relativo, secundario o auxiliar" del cráneo para la clasificación de las razas humanas. Asimismo, subrayaba la necesidad de desarrollar métodos especiales para describir las "tribus" de la raza americana y trascender los creados en Europa para caracterizar las diferencias "entre los negros y los europeos" (Lehmann-Nitsche 1904b). Lehmann-Nitsche combinaba métodos tomando, a su parecer, los más convenientes de las distintas escuelas antropológicas con otros de su creación (Podgorny 2006a) . En este sentido, los factores que determinaban las técnicas más apropiadas no residían en el método sino en el objeto de estudio y las limitaciones del contexto local. Esta posición polémica y "liberada" de los métodos inventados en Europa reflejaba un modelo que Lopes (1997) ha descripto como "con los ojos en Europa y los pies en América", un "estar aquí" metodológico que creaba una marca de identidad y discutía con los parámetros enunciados en otros contextos.

Esta combinación de Lehmann-Nitsche también debe ser entendida como un mecanismo utilizado para poder insertar sus trabajos en las discusiones internacionales. En este escenario de cooperación científica que trascendía las fronteras locales, Lehmann-Nitsche era uno de los tantos colaboradores en el entramado internacional de la ciencia y en ciertos casos una suerte de "comisionado en el campo", un eslabón más en la economía colectiva de la práctica de la antropología decimonónica. Recordemos también que los problemas en la periodicidad de las publicaciones del museo obligaban a sus investigadores a editar sus trabajos en publicaciones francesas y alemanas (Farro 2009: 171-200). Por ello, en esta "conciliación" planteada por Lehmann-Nitsche se entremezclarán objetivos científicos, dificultades materiales, ausencia de la figura del director del museo y anhelos personales de reconocimiento intelectual.

Pero Lehmann-Nitsche no solo se limitaba al intento de inserción en las controversias internacionales, sino que también buscaba complementar y extender las investigaciones que otros estudiosos europeos realizaban o habían realizado sobre materiales americanos. En este sentido el arribo de un grupo de indígenas Onas a la Exposición Nacional de la Industria de Buenos Aires de 1898 será una oportunidad para que Lehmann-Nitsche realice mediciones, fotografías y el acopio de dibujos realizados por los

indígenas. Pudiendo contar con un grupo indígena de sumo interés para los estudiosos europeos, Lehmann-Nitsche buscaba continuar parte de la obra *Zur physischen Anthropologie der Feuerländer* (1893) de Rudolf Martin (1864-1925). En su trabajo, Martin llamaba la atención sobre la rareza y escasez en la literatura antropológica de monografías dedicadas al estudio sistemático sobre las distintas "razas primitivas" que todavía habitaban el planeta, y más aún sobre los indígenas de Tierra del Fuego. Agregaba a su vez que muchas veces el escaso material del cual se disponía llevaba a teorías prematuras y generalizaciones demasiado amplias. Criticaba la amplitud de medios de medición existentes y llamaba a una breve descripción de cada técnica utilizada, a fin de obtener un control de las mismas y poder hacer un correcto uso de los datos obtenidos. Finalmente insistía en la necesidad de monografías, especialmente osteológicas, sobre las "tribus" de Tierra del Fuego (Martin 1893).

La conciliación planteada por Lehmann-Nitsche entre las escuelas antropológicas francesa y alemana se daba no solamente en el plano de las mediciones sino que también buscaba complementar lo propuesto por ambas líneas en relación a la aplicación de la fotografía en los estudios de antropología física. En el trabajo que realizó en 1899 sobre los indígenas Takshik que se hallaban en Buenos Aires, Lehmann-Nitsche señala que se basó, para la toma de las fotografías, en el método propuesto por la École d'Anthropologie de París, en tanto que una parte importante de las imágenes publicadas fue ordenada y distribuida teniendo en cuenta el "método" utilizado por el profesor de fisiología de la Universidad de Berlín, Gustav Fritsch (1838-1927) (Lehmann-Nitsche 1904c). El "método de la Escuela de París" correspondía a los resultados de los estudios hechos por una comisión encabezada por el antropólogo Gabriel de Mortillet (1821-1898), en la que participaron además Léonce Manouvrier (1850-1927) y el fotógrafo Edouard Fourdrignier (1842-1907), quienes por medio de un ejemplo práctico presentaban una rigurosa propuesta para aplicar la fotografía a los estudios antropológicos (Mortillet 1898). Mortillet, quien era también profesor de Antropología Prehistórica de la École d'Anthropologie de París desde 1876 (Dias 1991), hacía un vehemente alegato a favor de los retratos al desnudo para fines científicos,[17] ya que según observaba, para estudiar a

17 "Si un naturalista fuera a describir, a fotografiar y a dibujar a los animales del teatro Corvi con los trajes de general, de gran dama, de criado, de confidenta, etc., con que se los atavía, usted se encogería de hombros exclamándole: – ¡Esto no es serio!" (Mortillet 1898: 105, nuestra traducción)

una persona los antropólogos fotografiaban "más trajes que partes descubiertas", lo que volvía al método de la fotografía antropológica "ridículo y vicioso". Así, Mortillet afirmaba que para estudiar al hombre había que fotografiarlo desnudo del mismo modo que lo exigía el arte. Sin embargo, la fotografía antropológica que proponía Mortillet implicaba ubicar a los sujetos de forma rigurosamente pautada, por lo que el acercamiento que planteaba entre arte y antropología se circunscribía únicamente a la posibilidad de representar cuerpos desnudos. De esa forma, cualquier movimiento o desplazamiento en la postura de los retratados haría que las imágenes obtenidas resultaran inútiles para la antropología, que necesitaba de "informaciones precisas y comparables" (Mortillet 1898: 107).

Por otra parte, al igual que sus colegas en Francia, el antropólogo y médico alemán Gustav Fritsch había propuesto, hacia mediados de la década de 1870, una serie de reglas "científicas" sobre la fotografía antropológica[18] para los viajeros, entendiendo que la estandarización de ese proceso contribuiría a la medición de las proporciones humanas y la creación de una base de datos para la comparación de los "tipos" humanos. Sin embargo, el énfasis puesto por Fritsch en estos estrictos principios iría modificándose hacia finales de siglo, cuando su interés en el uso de la fotografía en antropología fuera cambiando desde lo científico a lo estético, expresándose en un lenguaje de proporciones ideales y "belleza racial". En ese sentido la mayoría de las fotografías de desnudos tomadas por él mismo, así como aquellas obtenidas de otras fuentes no cumplían con los estándares que él mismo había establecido dos décadas antes (Lewerentz 2008: 152-156). En el año 1900 y estando en Berlín, Lehmann-Nitsche visitó a Fritsch, quien le dio a conocer su "método". Este consistía sencillamente en disponer una serie de fotografías sobre una cartulina de forma tal que mediante un golpe de vista pudiera capturarse la esencia común de los retratos y visualizarse el tipo característico del grupo fotografiado. En este sentido, el énfasis no estaba puesto en la fiabilidad depositada en algún instrumento o pautas de procedimiento, sino que dependía fundamentalmente del entrenamiento y la experiencia del observador (Martínez 2011).

Posteriormente, en 1906 Lehmann-Nitsche realizó otro estudio antropológico en el Ingenio La Esperanza, Provincia de Jujuy, donde dejó

18 Las detalladas instrucciones de Huxley y Fritsch se anticipan al menos en una década a los principios enunciados por el funcionario policial francés Alphonse Bertillon (1853-1914) en cuanto al uso de los retratos fotográficos en la antropometría.

de lado su intención inicial de conjugar los métodos de las antropologías francesa y alemana. Luego de haber conocido el "método" Fritsch y trabajado la colección fotográfica de Boggiani, Lehmann-Nitsche se mostraba entusiasta sobre la utilización de la fotografía para acceder a la visualización de los tipos raciales y, aunque no dejaba de lado el valor de las mediciones, éstas parecían ir perdiendo importancia en su trabajo (Martínez 2011). En ese sentido, estimaba que las fotografías de Boggiani no habían sido hechas de acuerdo a los principios antropológicos dominantes, sino que para ellas primaba otro principio de validez, el artístico, y se preguntaba si tal vez estos principios aplicados por Boggiani no darían "ideas completamente nuevas a la antropología y especialmente a la fotografía antropológica" (Lehmann-Nitsche 1904d y 1904e). Pero este entusiasmo tuvo una duración fugaz, poco tiempo después de la publicación de los resultados de esta campaña, Lehmann-Nitsche abandonaría definitivamente los estudios antropométricos y la fotografía como medio de conocimiento,[19] dedicándose a los estudios folklóricos y a la mitología y cosmología indígena, siguiendo, una vez más, los impredecibles derroteros de sus intereses.

Conclusiones

Las mismas ideas con las que Moreno se promovió a sí mismo y a sus proyectos terminaron consolidando a Moreno como una suerte de brazo instrumental del aparato estatal en la apropiación de los territorios. Esta idea fue promovida y acicateada en la década de 1920 por los sectores de la derecha católica. Sorprendentemente, el "culto laico" a la figura de Moreno ha tenido una enorme eficacia hasta la actualidad aun en los estudios que, imbuidos de la teoría crítica y los estudios postcoloniales, lo toman como punto de partida –invirtiendo el signo de la valoración ideológica– para el análisis de la supuesta relación entre antropología, museos y la "construcción de la nacionalidad". En este esquema, basado fundamentalmente en la exégesis textual de las narrativas de viaje, los discursos parlamentarios y las memorias institucionales, el "aparato estatal" aparece como una estructura que funciona de manera muy eficaz y donde las instituciones

19 Aunque siguió utilizando imágenes fotográficas para ilustrar sus textos y continuó viajando al campo acompañado por su cámara, la fotografía ya no sería utilizada por Lehmann-Nitsche como un dato científico "mensurable" (Spencer 1992).

científicas formaron un engranaje esencial, pero sin explicar los elementos concretos que habrían contribuido a esa supuesta eficiencia. Este trabajo ha intentado matizar esa clase de afirmaciones, argumentando que los espacios, las prácticas y los actores ligados al desarrollo de la antropología en la Argentina finisecular muestran el contexto lábil que los prohijaba, donde los proyectos no llegaban a consolidarse o lo hacían con mucha dificultad, ora por falta de apoyo del Estado, ora por el establecimiento de nuevas prioridades institucionales.

Proponemos así una lectura de la historia de la ciencia en la Argentina basada en las contingencias y no en las teleologías del Estado-Nación. Curiosamente, esa otra línea reposa sobre aquellos argumentos elaborados por la historiografía más tradicional, que celebraba la obra de la "Generación de la década de 1880" como un elemento fundacional de la Nación moderna en base a la ciencia y la educación. Singularmente, al tomar esta retórica como punto de partida para el análisis, los trabajos recientes, que surgen cuestionando la era de los "grandes relatos", parecen sustentarse en esas grandes generalizaciones propias de otras épocas, reemplazando una teleología por otra. Trascendiendo estos enfoques, la historiografía de los últimos años ha señalado tanto las limitaciones heurísticas de la idea de "generación" como las de la supuesta eficacia del Estado, dando cuenta con sutileza de la coexistencia en el último tercio del siglo XIX de múltiples proyectos que no llegaron a consolidarse y del peso de las estrategias de los actores individuales por sobre las estructuras burocráticas. En esta línea, el proceso de creación de colecciones y de instituciones dedicadas a la antropología muestra las tensiones generadas por un Estado poco dispuesto a sostenerlas con fondos públicos, y cómo la acción y los contactos familiares y políticos de individuos como Moreno desempeñaron un papel preponderante tanto en la creación del Museo Antropológico y Arqueológico en 1878, como en el proyecto de 1881 de un Museo Nacional de dimensiones monumentales que no se concretará. Como hemos visto, si bien la retórica empleada en la defensa parlamentaria apelaba al orgullo nacional y a los servicios de utilidad que la antropología le reportaría al gobierno, en los hechos, el Museo Antropológico y Arqueológico resultó ser más funcional a los intereses de la escuela antropológica parisina. Más aún, los viajes de exploración emprendidos en la época por Moreno estuvieron modelados por protocolos de recopilación de datos que fueron pensados por la industria editorial de fines del siglo XIX y, en consecuencia, fueron criticados en su época por el escaso aporte que hicieron al conocimiento

topográfico de las regiones recorridas. En el caso del Museo de La Plata, si bien durante los primeros años la antropología pareció mantener un lugar de preponderancia –al menos en la retórica empleada por Moreno–, pronto debió ceder su lugar a otras secciones y disciplinas que respondían mejor a los sucesivos cambios en los perfiles institucionales que el director debió realizar para asegurar los fondos necesarios para que la institución siguiera funcionando. No solo eso: la rivalidad personal entre Moreno y Florentino Ameghino obsesionaría a los contrincantes por la paleontología de los mamíferos más antiguos de la Patagonia. Sugestivamente, y contra lo que se señala habitualmente, es durante la década de 1890, con el pasaje del museo entendido como monumento y centro de estudio de la naturaleza americana a un servicio de la definición de los límites de la Nación, cuando los trabajos en las secciones dedicadas al estudio de las lenguas indígenas, la etnografía y la antropología física se ven profundamente afectados. Desplazados en el esquema de prioridades presupuestarias y editoriales impuesto por Moreno, los directores de esas secciones desarrollarían planes de trabajo de manera autónoma, siguiendo sus intereses particulares y buscando apoyo para las tareas cotidianas en sus redes de contactos personales con el objeto de publicar sus estudios con regularidad y poder obtener bibliografía actualizada. Esta desvinculación material de las prácticas con el supuesto entramado estructural del Estado tuvo también su correlato en el contenido temático de los estudios desarrollados por los sucesivos encargados de sección quienes, como ten Kate y Lehmann-Nitsche, estaban más vinculados a temas y ámbitos de discusión de carácter internacional. A ellos la "Nación" argentina no los desvelaba, a no ser que se disolviera y dejara de cumplir con sus contratos.

Agradecimientos:
Dedicamos este trabajo a Alfonso Buch, in memóriam.

Bibliografía

Anderson, Benedict (1991): *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London/New York: Verso.

Blanckaert, Claude (1988): "On the Origins of French Ethnology: William Edwards and the Doctrine of Race". En: Stocking, George W. (ed.): *Bones, Bodies, Behavior. Essays on Biological Anthropology*. Madison: University of Wisconsin Press, pp. 18-55.

— (1989): "L'indice céphalique et l'ethnogénie européenne: A. Retzius, P. Broca, F. Pruner-Bey (1840-1870)". En: *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1, 3-4, pp. 165-202.

Bonati, Isabella (2006): *Guido Boggiani. Orme Nell'ignoto*. Torino: Il Tucano Edizioni.

Broca, Paul (1879): *Instructions générales pour les recherches anthropologiques à faire sur le vivant*. Paris: G. Masson.

Cañas, Jaime E. (1968): "Los Caballeros de la Noche: delincuentes sin castigo". En: *Todo es Historia*, 11, pp. 84-92.

Dias, Nélia (1990): "Préface: L'anthropologie comme science pure". En: Topinard, Paul: *L'homme dans la nature*. Paris: Jean Michel Place, pp. i-xi.

— (1991): *Le Musée d'ethnographie du Trocadéro (1878-1910). Anthropologie et Muséologie en France.* Paris: Éditions du CNRS.

Farro, Máximo (2009): *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo xix*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

— (2012): "Imágenes de cráneos, retratos antropológicos y tipologías raciales. Los usos de las primeras colecciones de fotografías del Museo de La Plata a fines del siglo xix". En: Kelly, Tatiana/Podgorny, Irina (eds.): *Los secretos de Barba Azul: fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*. Rosario: Prohistoria Ediciones, pp. 69-95.

— (2013) "Las lenguas indígenas argentinas como objeto de colección. Notas acerca de los estudios lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo xix". En: *Revista de Indias*, LXXIII, 258, pp. 525-552.

Hobsbawm, Eric/Ranger, Terence O. (1992): *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Huyssen, Andreas (2000): *Seduzidos pela memória: arquitetura, monumentos, mídia*. Rio de Janeiro: Aeroplano.

Kaltbrunner, David (1879): *Manuel du voyageur*. Zürich: J.Wurster.

Lehmann-Nitsche, Robert (1899a): "Antropología y craneología". En: *Revista del Museo de La Plata*, IX, pp. 121-140.

— (1899b): "¿Lepra precolombiana? Ensayo crítico". En: *Revista del Museo de La Plata*, IX, pp. 337-370.

— (1899c): "Quelques observations nouvelles sur les indiens Guayaquis". En: *Revista del Museo de La Plata*, IX, pp. 399-408.

— (1904a): "Informe presentado a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires por el delegado de la Facultad al XIV Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Stuttgart en 1904". En: *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, III, pp. 66-81, 173-182, 308-318, 385-397.

— (1904b): "Tipos de cráneos y cráneos de razas. Estudio craneológico". En: *Revista del Museo de La Plata*, XI, pp. 158-170.

— (1904c): "Études anthropologiques sur les indiens Takshik (Groupe Guaicuru) du Chaco Argentin". En: *Revista del Museo de La Plata*, XI, pp. 261-313.

— (1904d): *La colección Boggiani de tipos indígenas de Sudamérica Central*. Buenos Aires: Roberto Rosauer.

— (1904e): "Sammlung Boggiani von Indianertypen aus dem zentralen Südamerika". En: *Zeitschrift für Ethnologie*, 36, pp. 882-885.

Lewerentz, Annette (2008): "The racial theories and nude photography of Gustav Fritsch, 1870-1910". En: Dietrich Keith H./Bank, Andrew (eds.): *An eloquent picture gallery. The South African portrait of Gustav Theodor Fritsch, 1863-1865.* Auckland Park: Jacana Media, pp. 152-161.

Lopes, Maria M. (1997): *O Brasil descobre a pesquisa científica: os Museus e as Ciências Naturais no Século xix*. São Paulo: HUCITEC.

Martin, Rudolf (1893): "Zur physischen Antropologie der Feuerländer". En: *Archiv für Anthropologie*, 22, pp. 155-217.

Martínez, Alejandro R. (2011): *Imágenes fotográficas sobre pueblos indígenas. Un enfoque antropológico*. Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Plata: Tesis Doctoral inédita.

Montserrat, Marcelo (1980): "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso". En: Gallo, Ezequiel L./Ferrari, Gustavo (comps.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 785-818.

Moreno, Francisco P. (1874): "Cementerios y paraderos prehistóricos de la Patagonia". En: *Anales Científicos Argentinos,* 1, 1, pp. 2-13.

— (1878): *El estudio del hombre Sud-Americano*. Buenos Aires: La Nación.

— (1881): "Antropología y arqueología. Importancia del estudio de estas ciencias en la República Argentina". En: *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XII, pp. 160-173 y 193- 207.

— (1888): *Museo de La Plata. Sus progresos durante el primer semestre del año 1888. Memoria elevada al Ministro de Obras Públicas de la Provincia, Dr. Manuel Gonnet*. Buenos Aires: El Censor.

— (1890a): "El Museo de La Plata, rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo". En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. 1-30.

— (1890b): "Project d'une exposition rétrospective argentine a l'occasion du quatrième centenaire de la découverte de l'Amérique". En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. 1-7.

— (1935): "Fundación del Museo de La Plata [Acta de Donación de don F. P. Moreno a la Provincia de Buenos Aires de sus colecciones el 8/11/1877]". En: González, Joaquín V.: *Obras completas*. Buenos Aires: Mercatali, Tomo 14, pp. 127-136.

Mortillet, Gabriel de (1898): "Photographies anthropologiques. Le nu". En: *Revue Mensuelle de l'École d'Anthropologie de Paris*, 8, pp. 105-108.

Podgorny, Irina (1995): "De Razón a Facultad: Ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918". En: *Runa*, XXII, pp. 89-104.

— (1998): "Uma exibição científica dos pampas (apontamentos para uma história da formação das coleções do Museu de La Plata)". En: *Idéias*, 5, 1, pp. 173-216.

— (2000a): *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, estudiosos, museos y universidad en la creación del patrimonio paleontológico y arqueológico nacional (1875-1913)*. Buenos Aires: EUDEBA.

— (2000b): "The 'Non-Metallic Savages': The Use of Analogy in Victorian Geological Archaeology and French Paleonthology and its Reception in Argentina at the Turn of 19th Century". En: Gramsch, Alexander (ed.): *Vergleichen als archäologische Methode. Analogien in den Archäologien, mit Beiträgen einer Tagung der Arbeitsgemeinschaft Theorie und einer kommentierten Bibliographie*. Oxford: Archaeopress, pp. 19-38.

— (2002): "Ser todo y no ser nada: Paleontología y trabajo de campo en la Patagonia a fines del siglo XIX". En: Visacovsky, Sergio E./Guber, Rosana (comps.): *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia, pp. 31-77.

— (2005): "Bones and Devices in the Constitution of Paleontology in Argentina at the End of Nineteenth-Century Argentina". En: *Science in Context*, 18, 2, pp. 249-283.

— (2006a): "La derrota del genio. Cráneos y cerebros en la filogenia argentina". En: *Saber y Tiempo*, 20, pp. 63-106.

— (2006b): "Embodied institutions: La Plata Museum as Francisco Moreno's autobiography". Paper held at 34th CIMUSET Conference, Simposio "Os modos de interpretação de personagens emblematicos".

— (2008): "La prueba asesinada. El trabajo de campo y los métodos de registro en la arqueología de los inicios del Siglo XX". En: Gorbach, Frida/López Beltrán, Clara (eds.): *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*. México, D.F.: El Colegio de Michoacán, pp. 169-205.

— (2009): *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

— (2011): "Mercaderes del pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de la Plata, 1830-1850". En: *Circumscribere*, 9, pp. 29-77.

Podgorny, Irina/Lopes, Maria M. (2008): *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México, D.F.: Limusa.

— (2013): "Trayectorias y desafío de la historiografía de los museos de historia natural en América del Sur". En: *Anais do Museu Paulista*, 31, 1, pp. 15-25.

Quesada, Ernesto (1923): *Francisco P. Moreno. Conmemoración de 1923.* Buenos Aires: Talleres Gráficos Araujo.

Sappol, Michael (2002): *A Traffic of Dead Bodies: Anatomy and Embodied Social Identity in Nineteenth Century America*. Princeton: Princeton University Press.

Schnitter, Claude (1996): "Le développement du Muséum National d'Historie Naturelle de Paris au cours de la seconde moitié du XIXe siècle: 'Se transformer ou périr'". En: *Revue d'Histoire des Sciences*, 49, pp. 53-97.

Spencer, Frank (1992): "Some Notes on the Attempt to Apply Photography to Anthropometry during the Second Half of the Nineteenth Century". En: Edwards, Elizabeth (ed.): *Anthropology & Photography 1860-1920*. New Haven/London: The Royal Anthropological Institute/Yale University Press, pp. 99-107.

Stocking, George W. (1988): *Bones, Bodies, Behavior. Essays on Biological Anthropology*. Madison: University of Wisconsin Press.

Ten Kate, Herman F. C. (1892): "Contribution à la craneologie des Araucans argentins". En: *Revista del Museo de La Plata*, IV, pp. 209-220.

— (1893): "Rapport sommaire sur une excursión archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucuman et de Salta". En: *Revista del Museo de La Plata*, V, pp. 329-346.

— (1894): "Notiz über Deformation des Schädels (Araucanien und Tahiti)". En: *Internationales Archiv für Ethnographie*, VII, pp. 90-98.

— (1896a): "Anthropologie des anciens habitants de la région calchaquie". En: *Anales del Museo de La Plata*, Serie 1ª, Sección Antropología, I, pp. 1-62.

— (1896b): "Sur quelques points d'ostéologie ethnique imparfaitement connus". En: *Revista del Museo de La Plata*, VII, pp. 264-276.

— (1898): "Geographical Distribution of the Musical Bow". En: *American Anthropologist*, XI, pp. 93-94.

— (1906): "Matériaux pour servir à l'anthropologie des Indiens de la République Argentine". En: *Revista del Museo de La Plata*, XII, pp. 31-64.

Van Riper, A. Bowdoin (1993): *Men among the Mammoths. Victorian Science and the Discovery of Human Prehistory.* Chicago: University of Chicago Press.

Aportación e influencia de algunos científicos alemanes en la antropología de México (siglos XIX y XX)

Mechthild Rutsch

Introducción

El ensayo que sigue se ocupa de la labor de algunos científicos extranjeros de origen alemán en México, específicamente de su contribución al imaginario del pasado prehispánico, la difusión de éste en el mundo y la profesionalización de la antropología moderna y postcolonial de México. Los casos escogidos aquí ilustran tanto el coleccionismo de antigüedades, más bien individual y con fines lucrativos, como los intentos y logros por incidir en la institucionalización, la enseñanza y los paradigmas prevalecientes en la antropología del país.

Diríamos que la condición del científico extranjero en un país, sobre todo si se trata de una estancia prolongada o definitiva, se asemeja a la del antropólogo cuyo oficio, al decir de Hans-Peter Duerr (1985), es o debería ser el de estar o el de caminar entre dos mundos. Con suerte, la experiencia del antropólogo lo llevará a re-conocerse a sí mismo y convertirse en un traductor de culturas y conocimientos, esto es, en alguien que deja huella en una u otra tradición académica. Sin embargo, muchas historias académicas, políticas y personales de antropólogos extranjeros en México, sobre todo durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, nos enseñan que fueron hijos de un *Zeitgeist,* un contexto social y académico de origen que no siempre facilitó la tarea de desenvolverse en un medio ajeno; algunas veces, éste resultó bien distinto de lo que se habían imaginado como una "vida nueva".

Hasta donde sabemos, entre los inmigrantes a México durante el periodo posindependentista y hasta principios del siglo XX había sólo un

pequeño porcentaje de científicos.[1] Entre éstos hubo una gama extensa de motivaciones y actividades para trasladarse a México. Por curiosidad científica o afán de coleccionista, algunos realizaron un solo viaje de exploración sin volver después al país; otros fueron contratados por el gobierno mexicano para realizar tareas específicas. Algunos apostaron a una carrera académica más exitosa en México y a extender la influencia de sus teorías y obras; otros más huían de una cultura política represiva en sus países de origen, motivados por un imaginario que dibujaba al continente americano y a México como "nuevos", es decir, lugares de mayores libertades y frescura cultural y política. También hubo quienes fundaron instituciones en el país y otros que comprometieron gran parte de su vida y carrera académica en México. Desde luego, tales motivos podían combinarse para llevar a muchos hombres y unas cuantas mujeres a las costas mexicanas a fin de vivir en otra cultura y su contexto de hombres e instituciones científicas. La atracción que ejercía el estudio de las "altas" y antiguas culturas de México, esto es, la maya y la mexica, fue para muchos no sólo un afán académico sino que también se convirtió en obsesiva búsqueda del pasado y los orígenes de estas culturas. El siglo XIX, conocido como el siglo de la búsqueda de los orígenes, tuvo así sus diversas expresiones en la antropología de la época que resuena hasta el día de hoy, por ejemplo en las investigaciones relativas a los "genomas" humanos, el genoma mexicano y otros proyectos científicos (Saade 2009; López-Beltrán/Vergara-Silva s. f.).

En la primera parte de este ensayo resumiré algunos casos de científicos y residentes extranjeros en México desde principios del XIX hasta sus postrimerías; en seguida, en la segunda parte, se revisará el caso de los científicos extranjeros específicamente ocupados en la profesionalización y la enseñanza de la antropología en México y la fundación de sus primeras instituciones. A la luz de una escueta comparación, me propongo resaltar, en un tercer apartado, algunas diferencias entre este periodo y el de entreguerras a propósito del caso de Paul Kirchhoff, quien llegó al país en una época algo posterior, durante el decenio de 1930.

1 Así, entre los años de 1890 y 1910, los extranjeros apenas representaban el 0,43 y el 4,7% de la población total del país. La mayoría de los ciudadanos de nacionalidad francesa se dedicaba a actividades tales como el comercio, los bancos y otros oficios como la fabricación de textiles y papel. Esta migración fue fundamentalmente (88%) masculina y de temprana edad (entre los 16 y 20 años) (Salazar Anaya 2006: 233 s).

Desde la independencia hasta finales del Porfiriato: Waldeck, Maler y Reiche

La Guerra de Independencia puso fin al desarrollo científico ilustrado de historia natural, a las expediciones arqueológicas llevadas a cabo por cuenta de la Corona Española y a la vida del primer Museo Naturalista, fundado por el hispano José Longinos Martínez en agosto de 1790 en México capital.[2]

El historiador de la ciencia Elías Trabulse (1985: 28) escribe que durante las décadas posteriores a la independencia el panorama científico se ensombreció a tal punto que "en pocos años se había pasado del adelanto y del optimismo científico" a "la raquítica labor de investigación" y la "ausencia de ediciones de obras de ciencia de cierto valor". No obstante, durante los años inmediatamente posteriores al establecimiento de México como nación independiente surgen las primeras leyes y decretos para formar un "Museo Nacional". Ya en 1822 se establece en la universidad un Conservatorio de Antigüedades con un gabinete de historia natural y en 1831 se confiere legalidad a la institución mediante el decreto de su creación.[3]

Para entonces había salido su primera publicación que data de 1827, bajo el título de *Colección de las Antigüedades Mexicanas que existen en el Museo Nacional,* ilustrada con litografías de Frédéric Waldeck y Pedro Robert. Es sobre todo a causa de esta publicación que a Johann Frédéric Maximilianus Waldeck (1766?-1875) –quien fuera presumiblemente natural de una región de Hesse, Alemania (Díaz Perera 2008: 119) y después naturalizado francés– se lo conoció en la historia de la antropología de México. Su prolongada estancia en México de once años (1825-1836), sus litografías y planos de las ruinas de Palenque le han valido mención entre los primeros mayistas. Sin embargo, los juicios sobre él son, en general, desfavorables, debido a sus exageraciones, inexactitudes y mentiras (Brunhouse 1989). Entre muchos otros detalles, Waldeck fue criticado por su teoría del origen de la cultura palencana que ubicó entre "los caldeos, los fenicios y especialmente los 'hindúes'" (Coe 1995: 91). A pesar del apoyo

2 Según Lozoya (1984: 166), las autoridades virreinales, a la muerte de Longinos en 1802, "decidieron trasladar todos los materiales del Gabinete de Historia que había fundado Longinos en México al Real Colegio de San Ildefonso, donde quedaron acomodados en una sala para beneficio público".

3 Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropologia (AHMNA), México, v.83, s. 2799, ff. 3-13.

que recibió de eruditos mexicanos como Isidro Gondra, director del Museo de esos tiempos y el historiador y político Lucas Alamán (1792 -1853), interesados en conservar las antigüedades de su país, en realidad Waldeck escasamente compartía esta pasión. Más bien puede considerárselo un coleccionista con un interés individual, egoísta y sobre todo económico. Acerca de su relación con Lord Kingsborough, quien durante un tiempo fue su mecenas, Teobert Maler anotó en su diario lo que sigue:

> Waldeck visitó Palenque por encargo de Lord Kingsborough. Obtuvo un permiso de Sta. Ana para la exploración de las ruinas a condición de que todas las antigüedades que encontrase, la mitad fuera propiedad de él (i.e. de Kingsborough) y la otra mitad se entregara al Museo mejicano. Tomando camino por Tabasco, en 1834 Waldeck arribó a las ruinas. Estuvo acompañado por una gran masa de personas (aparentemente cerca de 60), todos buscadores de tesoros, y esperaban que Waldeck inmediatamente comenzara con las excavaciones. Pero en vez de ello Waldeck, "hombre muy vivo", sacó su portafolio de dibujos y comenzó a dibujar. Enseguida la masa se dispersó y Waldeck se quedó solo con sus sirvientes. Tal parece que Waldeck tuvo un conflicto con Kingsborough, al que seguramente no envió ni antigüedades, ni dibujos. Kingsborough obtuvo del ministro inglés en México la orden de que Waldeck se debía presentar en la capital para rendir cuentas de su misión, incluso, parece ser que la intención fue encarcelarlo. Pero el secretario del ministro inglés era amigo de Waldeck y en secreto le hizo saber lo que le esperaba. En consecuencia, Waldeck se retiró súbitamente de Palenque (1 de julio 1835) después de haber vivido año y medio en las ruinas.[4]

No obstante su carácter aventurero, Waldeck es un personaje fascinante, no sólo por su biografía y longevidad (alcanzó cerca de los 110 años de vida, según decía, gracias a su dieta primaveral de rábanos con limón). Sobre todo lo es, me parece, por su gran calidad de artista neoclásico y porque la influencia de sus litografías de Palenque, la ciudad en ruinas en medio de la selva chiapaneca, participó en un discurso novedoso que con intención circense alcanzaba al imaginario del gran público europeo, no sólo el de los eruditos.[5]

4 Diario de Teobert Maler; traducción de la autora.

5 Díaz Perera, quien estudió los diarios de Waldeck, nos dice que: "El viajar lo indujo a intereses similares a William Bullock o Giovanni Battista Belzoni, escrutando objetos, atesorando documentos, proyectando expediciones, excavando en los sitios, anhelando obtener moldes de yeso para montar una empresa de espectáculos ambulante por las ciudades del Viejo Continente; así más que perseguir acercamientos y aprobación por las asociaciones de alta cultura, apeló a la exhibición como estrategia de validación del discurso y al convencimiento del público para influir en la modificación de consensos sobre el pasado americano" (Díaz Perera 2008: 108). Por otra parte, Aguilar Ochoa (2000) deja en claro que su obra litográfica tuvo poco efecto en México.

Pese a ello, por otra parte, su juicio de los mexicanos es representativo de muchos viajeros y coleccionistas que llegaron al país en esa época. Expresa un gran desprecio y una autoadjudicada superioridad. En su opinión, los mexicanos son “seres degenerados, primitivos”, al estilo de las teorías del erotismo hidráulico, reseñados en la obra magistral de Antonello Gerbi (1993), ya que “[s]i las antigüedades tuvieron valor para él, fue como evidencia de la influencia maliciosa de la naturaleza tropical” (Díaz Perera 2008: 117). De este modo, Waldeck representa un discurso determinista que durante el resto del siglo XIX y hasta el día de hoy subyace al racismo y a los poderes coloniales y neocoloniales. Como advierte Díaz Perera (2008: 17): “La Historia, en este sentido, sirvió para renovar [...] las diferencias entre las naciones, las razas y los grupos humanos dividiéndolas en inferiores-superiores o en estancadas-desarrolladas”.

Si durante la primera parte del siglo XIX Waldeck contribuyó a la difusión de la existencia de las antigüedades mexicanas al gran público europeo, durante la segunda mitad del siglo XIX, y sobre todo durante el Porfiriato (gobierno de Porfirio Díaz, 1876-1911), las condiciones políticas del país resultaron propicias para el inicio de la profesionalización de los estudios ocupados en las antiguas culturas. Tenemos así que se renovó el Museo Nacional, se inauguró su Galería de Monolitos, se ampliaron en gran medida las colecciones arqueológicas, etnológicas y naturalistas, se comenzó una importante labor de publicaciones periódicas y de enseñanza en varias materias de antropología, además de que el Museo hospedó varias sesiones de los Congresos Internacionales de Americanistas.

En estos tiempos el discurso visual sobre ruinas, antigüedades, tipos físicos,[6] etnias y folclor mexicanos, entre otros tópicos, fue influido por las primeras técnicas de la fotografía. En este campo destaca el conocido arquitecto alemán, naturalizado austriaco, Teobert Maler (1842-1917). Maler se había enlistado en el ejército imperial mexicano donde llegó a ser capitán (Leysinger 2006 y 2008; Edison 1999: cap. IX) y participó en muchas batallas del Segundo Imperio (1864-1867). A la muerte de Maximiliano de Habsburgo se ocultó durante un tiempo, pero permaneció en

6 Según Leysinger (2008) las fotografías tipo *cartes-de-visites* fueron muy populares, debido entre otras cosas a su bajo costo. En cuanto a las fotografías de tipos mexicanos: “It was either François Aubert –the French photographer who went to Mexico in 1864, became Maximilian’s court photographer, and even took the last images of the Habsburg archduke– who started photographing and selling Mexican types” (Leysinger 2008: 157-158).

el país. A su excelente e infatigable actividad fotográfica debemos magníficos retratos de indígenas y de burgueses de la época, además de planos e imágenes de los edificios mayas en Yucatán y Palenque. Maler también nos legó escritos interesantes de sus viajes y sus juicios de los sucesos del país, entre ellos *Sobre el Estado de Chiapas* que data de 1885 (Maler 2006).[7] Al contrario de Waldeck, Maler vivió en México hasta su muerte y financiaba gran parte de sus labores con su fortuna personal.

Maler fue un personaje conocido en el mundo antropológico y, a diferencia de Waldeck, respetado por sus colegas mayistas contemporáneos. Por ejemplo, proporcionó información sobre Yucatán y sitios mayas al reconocido americanista alemán Eduard Seler y sostuvo correspondencia con él, enviándole fotografías de diversas piezas y sitios arqueológicos. En 1901, Maler le manda un paquete de 44 placas y copias de fotografías de la región del Usumatzintla que le ofrece para compra por 114 marcos alemanes. En esa ocasión agrega:

> Lamentablemente el gobierno mexicano, prestando oídos a las maliciosas agitaciones de los yucatecos españoles, ha declarado la guerra contra los mayas libres. Esto durante muchos años hará imposible los viajes de exploración en el sur de la península, donde se renovó un antiguo odio! […] Por lo demás, mis expediciones son sumamente laboriosas, muy caras y tampoco carecen de peligros. ¡Tal vez sea por estas razones que nadie compite conmigo![8]

Como muestra su libreta de notas, conservada en el acervo del Instituto Ibero-Americano, también tuvo contacto con los curadores del Museo Nacional de esa época, pues aparecen los nombres de Jesús Galindo y Villa, entonces profesor de arqueología, Isabel Ramírez Castañeda, estudiante de arqueología en el Museo, además de otros personajes. Maler participó en los Congresos Internacionales de Americanistas, como el celebrado en Londres en mayo de 1912, donde expuso sus fotografías. Lejos de las opiniones vertidas por Waldeck sobre los mexicanos, Maler nos legó un discurso visual que es analizado por Claudine Leysinger:

> Maler in particular produced a visual discourse that represented a southern Mexico full of exciting archaeological remains and neatly dressed Indians who embrace modernity by having their likeness portrayed without reflecting insecurity, inferiority, or wretchedness (Leysinger 2008: 144).

7 Véase también Maler (1883).
8 Maler a Seler, 12/06/1901, SBB/PK, HA Slg. Darmst./Zi.1890 (14).

> [t]hus [Maler's portraits of indigenous women] challenge some of the findings of postcolonial studies on photographic practices in colonial or formerly colonized spaces, as his subjects assume a more active and less subdued role (Leysinger 2008: 150).

Sus fotografías fueron bienvenidas tanto por los eruditos de su tiempo como por el público y el gobierno que para entonces trataba de convencer al mundo occidental de su progreso económico, social y científico. Con todo, Teobert Maler siguió siendo un *Einzelgänger,* celoso de su trabajo y con una aportación mayúscula al conocimiento de las culturas y la gente del sur del país; pero su trabajo fue, no obstante ello, esencialmente una labor individual, sin un contexto académico institucional permanente. En este sentido, Maler puede considerarse un científico de transición entre los coleccionistas de periodos anteriores como Waldeck y aquellos específicamente contratados en el contexto de y para la profesionalización de las ciencias naturales y la antropología del país.

Para 1910, en ocasión de la celebración del primer centenario de la independencia política, el gobierno inauguró la universidad y su Escuela Nacional de Altos Estudios (ENAE), la que "impactaría radicalmente a la enseñanza de diversas disciplinas" (Ocampo Carapia 2001: 184). La Escuela Nacional de Altos Estudios debía impartir enseñanza del más alto nivel y para ello se contrató a tres extranjeros: Franz Boas en cátedras de antropología, James M. Baldwin para sociología y Carlos Reiche (1860-1929), botánico alemán, quien había trabajado durante un largo periodo en Chile, desde 1890 hasta 1910.[9] Al parecer, cuando Reiche dejó su carrera productiva en Chile y aceptó la oferta del gobierno de México, su intención fue "liderar" los estudios botánicos en México. Para entonces en el Museo Nacional, los estudios naturalistas en general y los botánicos en particular, estaban en vías de ser desplazados por la arqueología, además de experimentar un cambio generacional. En México, las teorías de Darwin habían tenido todavía escasos efectos y Karl Friedrich Reiche fue quien impartiría las primeras cátedras sobre teoría evolutiva orgánica en general y aplicada a la botánica. Aunque sus clases no tuvieron el éxito esperado por el gobierno, de la promoción de teorías evolutivas deriva parte

9 En Chile, Reiche hizo una carrera productiva: llegó a ser jefe de la sección botánica en el Museo Nacional y fue docente del Instituto Agrícola de Chile. Además publicó cinco tomos sobre la flora de Chile, cuarenta folletos, "tratados y artículos sobre botánica pura y aplicada" (Ocampo Carapia 2001: 187). Algunas de sus obras son consideradas de interés permanente y reeditadas hoy día, véase por ejemplo, Reiche (2010).

de su importancia, además de que instaló un laboratorio de botánica en la ENAE y fue jefe de la sección de sistemática y geografía botánica del Instituto Médico Nacional. Más aún, Boas y Reiche tomaron la iniciativa de dirigir un oficio al Consejo Universitario en el que proponían que éste y el gobierno de México adoptaran lineamientos educativos análogos a los de las reformas de la Prusia de Wilhelm von Humboldt y von Stein (Rutsch 2007: 292-293); sobre todo, sugerían que se fomentara la capacitación de los maestros a nivel elemental y de secundaria. En particular, Reiche insistía en que sus alumnos deberían ser jóvenes a quienes esperaba un empleo digno, una vez concluidos sus cursos con éxito.

Las penurias económicas de los tiempos revolucionarios y la devaluación del peso mexicano en 1914 no impidieron que Reiche lograra renovaciones sucesivas de su contrato que al principio se había firmado por un solo año.[10] Su primer curso de botánica fue impartido a partir del 3 de julio de 1911 y hasta 1919 estuvo activo en el sistema universitario "ofreciendo cursos tales como evolución, evolución orgánica y biología general". Según Jorge Ocampo Carapia, quien estudió la incipiente biología mexicana de esta época, "no cabe la menor duda de que Reiche se transformó en uno de los pilares centrales de la preparación académica y científica de la botánica mexicana del siglo XX" (Ocampo Carpia 2001: 218).[11]

La influencia de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas

Sin duda, la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas debió su origen a iniciativas de científicos extranjeros (Franz Boas, apo-

10 De los tres extranjeros contratados para la inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios, debe decirse que Reiche logró los honorarios más altos, ya que cobraba $ 6000 mientras a Franz Boas se le pagaban $ 4000 y a Eduard Seler, con todo y gastos de viajes de exploración, $ 4650 (Ocampo Carapia 2001: 184).

11 En el prefacio de su obra publicada por vez primera en 1913 y reeditada en 1927, Reiche escribe: "La nacionalización de los textos para la enseñanza de la biología es una necesidad urgente; el uso, corriente entre nosotros, de libros [...] que tratan de seres franceses o ingleses, quita a los alumnos mexicanos el encanto íntimo que el estudio de los productos patrios puede y debe proporcionarles. Por lo tanto, yo, llamado por el Gobierno de la República a servir la cátedra universitaria de Botánica, creí de mi deber subsanar aquella situación anómala, tan pronto que mis propios estudios me permitieran tomar a mi cargo tan complicado trabajo" (Reiche 1927: IX).

yado por Eduard Seler) y su establecimiento tuvo también su dimensión geopolítica. Recordemos que en estos tiempos los museos occidentales (y sus curadores) se empeñaban en encontrar y apropiarse de colecciones y piezas para exhibiciones y estudio en países europeos o en Estados Unidos. Como sucedió en México, en estos negocios participaban también ministros de los gobiernos respectivos y otros personajes de alto nivel. Al respecto, baste recordar el tristemente célebre caso del cenote de Chichén Itzá, hurtado por el cónsul estadounidense en Yucatán Edward Thompson, y cuyas joyas fueron pasadas en secreto por la frontera mexico-estadounidense, cocidas en el abrigo del mayista Alfred Marston Tozzer, a la postre el último director de la Escuela Internacional (Leysinger 2007).[12]

En este contexto cabe hacer notar que las diversas iniciativas para el restablecimiento de la Escuela Internacional después de los movimientos revolucionarios fracasaron debido a que dos alumnos de Boas resultaron espías, pero también porque hubo fricciones entre las facciones de científicos mexicanos, concretamente entre lo que entonces era la Dirección de Antropología a cargo de Manuel Gamio y el director, así como el personal, del Museo Nacional.

Durante los años que van de 1906 a 1910 las negociaciones para el establecimiento de la Escuela Internacional, que se inauguró en enero de 1911, fueron finalmente apoyadas por el gobierno porfirista como una bienvenida oportunidad de legitimación, además de dar a conocer al mundo su rico pasado y elevar el nivel de su estudio. La Secretaría de Instrucción Pública, en las personas de Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, su subsecretario, defendía el proyecto ante la Secretaría de Hacienda y la oposición del Inspector y Conservador de los Monumentos Arqueológicos de la República, Leopoldo Batres (1852-1926).

Walter Lehmann, alumno preferido de Seler, en su viaje por México y América Central (1907-1909) conoció bien a Batres. En correspondencia con Seler, Lehmann argumentaba que se debía convencer a Batres de que la escuela no sería un estorbo o una amenaza para el patrimonio nacional. Boas estaba de acuerdo y añadía a este argumento la necesidad de insistir ante Batres en que la Escuela no sólo se iba a dedicar a la arqueología sino

12 Susan Stewart vio este coleccionismo como nostalgia burguesa de un pasado perdido, pero recientemente y en relación a la II Guerra Mundial y las guerras de Iraq y Afganistán, David Price (2009) mostró que la antropología y algunas de sus más prestigiadas instituciones no son inmunes a los intereses militares, de espionaje y la persistencia de una violencia cínica y racista.

también a investigaciones en lingüística y etnología. Y, finalmente, la resistencia de Batres fue vencida mediante el otorgamiento de la orden de tercera clase del Águila Roja del Reich alemán, distinción que fue gestionada por el consejero imperial Eduard Seler.[13]

Seler, primer director de la Escuela, fue persona conocida en el medio intelectual de México desde su primer viaje, emprendido con su esposa Caecilie, en 1887. Desde hacía tiempo, Seler era amigo personal de Franz Boas, entonces decano de la Antropología norteamericana. A Boas le preocupaba extender su influencia hacia el sur y profesionalizar en particular los estudios arqueológicos que estaban, a juicio suyo, en su infancia, y no creía que los arqueólogos de la costa oeste, esto es, Hewett y su escuela, ni tampoco su colega de la Universidad de Columbia, Marshall Saville, fueran adecuados para este propósito. Cabe decir que México solventó gran parte de los contratos y partidas presupuestales para el funcionamiento de la Escuela hasta el año de 1914. La Escuela además fue financiada por distintos gobiernos europeos y universidades estadounidenses.

La aportación más importante de la Escuela Internacional fue haber establecido una primera sucesión cultural en la cuenca de México, clasificación basada en las primeras estratigrafías arqueológicas del continente americano. Este logro se debió sobre todo al empeño de Franz Boas como segundo director de la Escuela Internacional (1911-1912). Preocupado por la profesionalización de la arqueología, Boas estaba convencido de que la estratigrafía y las tipologías más precisas serían las herramientas fundamentales para establecer secuencias culturales, que a su vez podían favorecer la determinación de áreas culturales.

Para entonces la estratigrafía se conocía en Europa desde hacía un siglo como técnica de la geología y paleontología. En realidad, en México y desde la segunda mitad del siglo XIX, la estratigrafía también fue usada y enseñada en la Escuela de Ingenieros como técnica geológica de fechamiento relativo (Bárcena 1885; Azuela 2005). Además, la presencia del ser humano en el continente americano y en México durante el Cuaternario[14] parecía comprobada y estos indicios habían sido confirmados por hallazgos

13 Archivo Histórico del Ethnologisches Museum zu Berlin, Preußischer Kulturbesitz, Berlín, Acta Seler, Pars I, B26, E. 2491/09; véase Díaz de Arce (2001 y 2003).

14 El Cuaternario es la última de las eras geológicas, también llamado Neozoico. Se desarrolla entre la actualidad como límite superior y el comienzo de las glaciaciones como el inferior. El Cuaternario se divide en dos periodos: Pleistoceno y Holoceno.

similares en América del Sur analizados por P. W. Lund, Paul Rivet y otros, pero sin que se pudieran determinar fechamientos confiables.[15]

Al contrario de los desarrollos europeos, en el contexto de la antropología boasiana la arqueología del continente se concebía como parte de la antropología junto a la etnología y la antropología física, cosa que –según Willey y Sabloff– determinó que en aquel entonces la arqueología seguía siendo el "niño pobre" de las ciencias antropológicas. Las primordiales tareas de la arqueología americana en aquel momento eran: primero, establecer cronologías y secuencias culturales confiables; segundo, y con base en ellas, contestar preguntas más generales sobre áreas, influencias y migraciones culturales; y tercero, su propagación y difusión en tiempo y espacio. Con excepción del trabajo de Max Uhle sobre Pachacamac en Perú, publicado en 1903 en Pensilvania, no se había intentado establecer una secuencia cronológica para un área determinada. Para Willey y Sabloff (1974: 78), Uhle "aparece en la cabeza de la lista de arqueólogos renombrados del periodo clasificatorio descriptivo". Es muy posible que para Seler, al igual que para Boas quien debió haber estado enterado de esta obra, el trabajo de Uhle fue inspirador. Además, Seler conocía al parecer a Uhle desde los tiempos en los que fue curador en el Museo de Dresde, además de su viaje a Perú y Bolivia en 1910.[16]

Quedaba claro pues que, en arqueología, el propósito de los trabajos de la Escuela Internacional debía ser establecer científicamente secuencias culturales y, una vez logrado esto, tratar de responder preguntas más amplias, como aquellas que habían guiado la expedición Jesup, es decir, la cuestión de la difusión cultural por regiones y también la antigüedad del ser humano en el continente.

Boas encargó a Manuel Gamio la excavación que lo hiciera famoso en los textos de historia de la arqueología americana y mexicana. Su misión fue excavar un pozo estratigráfico en un sitio ya notado por el anticuario Guillermo Niven y Eduard Seler, en Azcapotzalco, San Miguel Amantla, que había servido de ladrillera. Eduard Seler no tuvo condiciones políticas para realizar su plan y excavar en Guerrero y restringió su trabajo a la

15 Esto pudo establecerse hasta 1926 "cuando J. D. Piggins descubrió proyectiles de punta labradas de piedra y restos de bisonte extinguido en un contexto geológico provenientes sin duda del Pleistoceno superior en Folson, Nuevo México" (Willey/Sabloff 1974: 126).

16 La calidad del trabajo de Uhle puede verse en su ensayo de 1907, reproducido en Lyman (1997).

colección en superficie y el análisis de pintura mural en Palenque y en los alrededores de la Ciudad de México. En cambio, Gamio encontró ahora tres tipos de cultura superpuestos, esto es, el azteca o tipo del valle (más reciente), el tipo de Teotihuacan[17] y el tipo "de los cerros" o más antiguo, llamado así "por haber sido encontrado también en los declives inferiores de varias eminencias naturales del Valle de México" (Gamio 1912: 184).[18]

El rescate de objetos del mismo tipo en los niveles más bajos de las estructuras de Teotihuacan y la identificación e interpretación de los estratos geológicos fueron exitosos gracias a la colaboración del geólogo Jorge Engerrand (1877-1961), conocedor del terreno. Los análisis futuros debían disipar toda duda en relación con la secuencia cultural establecida (Boas 1912: 176; Mason 1943).

Engerrand, de origen francés y naturalizado mexicano, dejó su patria a causa de sus convicciones anarquistas y el *affair* Dreyfus. Fue alumno de Elisée Reclus y tenía altas esperanzas, como escribió a Boas, de "vivir de una vida nueva" en México, sueño que no se cumplió. En tiempos posrevolucionarios Engerrand emigró a Estados Unidos, donde trabajó fundamentalmente como docente en la University of Austin, Texas. No obstante, en 1912 estuvo ansioso no sólo por dirigir la Escuela Internacional, sino que también aspiraba al puesto de Inspector de Monumentos. Las preguntas que más inquietaban a Engerrand fueron formuladas por él mismo:

> ¿De dónde han venido los americanos, ya sean Iroqués, Chontales ó Araucanes? ¿Cómo se han formado esas naciones tan diversas del inmenso continente? ¿De dónde llegaron los antiguos Charrúas del Uruguay y los príncipes Incas casi blancos? ¿Tenía el hombre americano un tipo físico común? ¿Son sus variaciones debidas solamente á las influencias de los diversos medios y de las selecciones? ¿Si es único el tipo americano, se ha formado en la misma América ó ha venido de Asia ó en parte de Europa ó de Polinesia? (Engerrand/Urbina 1908-1909: 114-115).

Como se ve, sus preocupaciones teóricas generales eran afines a los proyectos que Boas tenía en mente para la Escuela y el geólogo Engerrand,

17 Los cálculos de densidad realizados por Gamio mostraban que éste fue el de más larga duración y denominado así "por la semejanza, que en muchas ocasiones llega á ser identidad, existente entre éste último y el de San Juan Teotihuacan" (Gamio 1912: 181).

18 Mason (1943: 62) nota que Boas con su precaución habitual aplicó nombres geográficos más que de culturas determinadas a los tipos clasificados, lo que a la postre resultó mucho más claro que los intentos de otros por asociar el tipo teotihuacano a la cultura tolteca.

entonces empleado del Instituto de Geología y dedicado a estudios de paleontología, estaba ansioso por mostrar su capacidad y resultados más concretos. Para que Engerrand fuera nombrado por parte de México como tercer director de la Escuela, Boas tuvo que hacer gestiones insistentes ante diversas autoridades mexicanas. Finalmente nombrado director de la Escuela Internacional, Engerrand tuvo muchos problemas con los alumnos, sobre todo con Gamio, de cuyas constantes intrigas en su contra se quejaba con Boas. Estas intrigas se referían a dos cuestiones: una era que Engerrand, según sus estimaciones, aunque se había nacionalizado mexicano, seguía siendo extranjero; y la otra razón fue que Gamio menospreciaba su trabajo en razón de que no era arqueólogo sino geólogo.

Las excavaciones que Engerrand encabezó en 1913 no lograron confirmar del todo la sucesión cultural en cuanto a la difusión de secuencias estratigráficas en toda la cuenca de México, a causa de la constante inundación de los pozos y la falta de presupuesto oportuno. No obstante, el tipo "de los cerros", la cultura hoy llamada "arcaica" o "preclásica" quedó establecida desde entonces. A esto se debe el juicio de Ignacio Bernal, quien escribió que el trabajo científico en la arqueología de México comenzó con la Escuela Internacional y sus excavaciones (Bernal 1979).

Si esta fue la aportación más importante de la Escuela Internacional a la profesionalización de la arqueología en México, había otros proyectos con resultados de mucha menor trascendencia. Me refiero al proyecto de estudio de las ruinas de Palenque llevado a cabo por Eduard Seler en el año de 1911. Seler y sus alumnos mexicanos, Porfirio Aguirre e Isabel Ramírez Castañeda, no se dedicaron a estudios estratigráficos, sino que se enfocaron en la construcción y los planos de los distintos edificios, los midieron, los fotografiaron y los dibujaron. También se concentraron en el estudio de unas pinturas murales del subterráneo, por lo que terminaron en conflicto con Batres.

Por otra parte, los resultados de los estudios lingüísticos que promovió Boas en la Escuela Internacional fueron todos publicados en el extranjero y en México tuvieron poca trascendencia. Para Boas, el folclor y la lengua estaban íntimamente ligados. La única alumna mexicana que trabajó en el sentido de Boas fue Isabel Ramírez Castañeda. Sus trabajos sobre el folclor de Milpa Alta son citados hasta hoy día. Ella, como primera mujer que estudió arqueología en México, tuvo sin embargo un final poco feliz en el Museo Nacional.

En resumen, los aportes de la Escuela Internacional a la antropología de México fueron sobre todo la inauguración de una arqueología científica y la experiencia de un tipo de enseñanza antropológica de nivel internacional que hacía énfasis en el trabajo de campo. Durante las próximas dos décadas la enseñanza antropológica sobrevivió, pero sin reglamentos ni formalización precisos. De manera más sistemática y como escuela especial se pudo retomar solo dos décadas más tarde, pero ya no bajo iniciativa y carácter internacional sino mexicano.

Inicios de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y Paul Kirchhoff (1900-1972), el instigador

Hacia fines de 1938 y en papel membretado del Instituto Politécnico Nacional, Paul Kirchhoff dirigió una carta a Franz Boas en la que le informaba del establecimiento de una escuela para la enseñanza en *Völkerkunde* y antropología física, que él y el Dr. Rubín de la Borbolla habían inaugurado a principios de ese año. "Los principios son modestos, 9 alumnos y tres profesores" y agregaba:

> Hace tiempo, antes de mi viaje a Venezuela y Colombia, usted me habló de la necesidad de encontrar en los mismos países latinoamericanos los estudiantes que más tarde deben asumir el peso entero de las investigaciones etnológicas y antropológicas en México, América Central y América del Sur. Yo creo que ahora estamos en camino de realizar una pequeña parte de este programa.[19]

A principios de la década de 1930, Boas vio en el etnohistoriador Paul Kirchhoff "el antropólogo más prometedor de la joven generación alemana". Y tenía razón, pues Kirchhoff –considerado como "el instigador" por colegas mexicanos como Carlos García Mora– aglutinó, bajo un programa de análisis de la difusión de las culturas y el establecimiento de áreas culturales, el concepto de Mesoamérica. Éste, escribe Kirchhoff,

> [...] fue un intento de señalar lo que tenían en común los pueblos y las culturas de una determinada parte del Continente Americano, y lo que los separaba de los demás. Para lograr este propósito me impuse la limitación de enumerar sólo aquellos rasgos culturales que eran propiedad exclusiva de esos

19 American Philosophical Society, Philadelphia, Boas Papers, Kirchhoff a Boas, 27/09/1938

pueblos, sin intentar hacer una caracterización de la totalidad de su vida cultural (Kirchhoff 2000: s. p.).

Con base en una lista de rasgos culturales, como afirmaba el mismo Kirchhoff, de ninguna manera acabada o estática, la arqueología de México acogió el concepto con entusiasmo, ya que le confirió unidad de análisis y se convirtió en un punto de referencia obligada. Como decía un colega arqueólogo: "En México, o eres mesoamericanista o no eres nada".[20] Esto no sólo sucedió en arqueología, sino también en otras disciplinas antropológicas como la etnología y la lingüística. Hasta fecha muy reciente se dejaban oír voces en todas las disciplinas a quienes el concepto de Mesoamérica parecía poco explicativo, por decirlo amablemente (Rodríguez García 2000; López Aguilar 2000), además de que cayeron en cuenta que era un concepto de raíz difusionista (Vázquez León 2000).

Mesoamérica vino bien a la ideología de un Estado contemporáneo autoritario que se esforzaba por justificar el centrismo y en su imaginario dibujaba una línea directa desde el México antiguo hasta el presente, en aras de un nacionalismo conservador. No pasó así con otras teorías difusionistas de Kirchhoff, por ejemplo su teoría de la difusión cultural desde Asia (China y la India) de los calendarios mexica y maya y otros inventos culturales.

Pero el etnohistoriador Paul Kirchhoff, quien junto con su primera esposa Johanna Faulhaber, había sido miembro del partido comunista y por las leyes del Tercer Reich perdió su nacionalidad alemana en 1939,[21] hizo mella en la antropología de México. Fundó la Sociedad Mexicana de Antropología, cuyos congresos sobreviven hasta hoy día. Hasta su muerte fue docente en la escuela que él cofundara (después Escuela Nacional de Antropología e Historia – ENAH) y formó toda una generación de estudiantes cuyo testimonio y productividad son reconocidos (entre otros, Pedro Armillas, Yolotl González y Linda Manzanilla). También tomó iniciativas de investigación como el proyecto conocido en México como "Puebla-Tlaxcala", en particular financiado por Alemania, en cuyo curso se formaron geógrafos como el austriaco Franz Tichy y muchos otros antropólogos germanos.

Menciono el caso de Kirchhoff no sólo porque él fue el último mexicanista decimonónico en orientación y tradición académica; él mismo solía

20 El arqueólogo Ignacio Rodríguez García, comentario personal.

21 Además de la nacionalidad alemana, también se le revocó su título de doctor, véase *Deutscher Reichsanzeiger,* 19 de junio 1939 y 1º de diciembre 1939.

decir "yo soy un hombre del siglo xix". También porque me parece que su vida en México prueba que sólo a condición de un compromiso sostenido de docencia e investigación se puede tener una influencia prolongada y decisiva sobre las tradiciones locales. Esto ha sido especialmente importante, me parece, en los tiempos en que se formaba y se transformaba esta tradición. Al contrario de Boas, quien tuvo deseos de regresar a México pero nunca lo hizo, Kirchhoff se quedó y, para bien o para mal, principalmente a sus esfuerzos se debió un paradigma que prevaleció medio siglo en la antropología de México. En el decenio de 1940 los anarquistas y difusionistas Georges Engerrand y Paul Kirchhoff impartieron conjuntamente algunos cursos en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional. Pero mientras el testimonio de los alumnos de Kirchhoff es elocuente, en la historia de la antropología de México Engerrand parece ser un desconocido (Rutsch 2010).

A manera de conclusión

A la pregunta qué influencia tuvieron en la antropología mexicana aquellos extranjeros cuya actividad resumimos arriba, la respuesta no es simple. Menos todavía si esta pregunta se formula en términos de la construcción de la nación mexicana y del desarrollo de la antropología en México. En principio, en cuanto a la antropología como disciplina y su relación con la política del país como nación moderna, diversos autores han revelado la importancia de la antropología en general y, en particular, de la arqueología para el Estado porfirista así como para el carácter nacionalista del Estado posrevolucionario. En cuanto al primero, ésta puede medirse "objetivamente" en las cifras del presupuesto otorgado a la reconstrucción de Teotihuacan en vísperas del primer centenario de la independencia que he analizado en otra parte (Rutsch 2007). Aquí sólo anoto que las cantidades fueron tan cuantiosas que, por ejemplo, la investigadora Pilar Iracheta (1998: 8) encuentra que se dedicó más de medio millón de pesos de la época al sitio mencionado. Esto es un indicador de la conciencia en los círculos políticos sobre la importancia y la consecuente conservación de la memoria prehispánica pues, como ya decía Justo Sierra, ésta se vuelve fundamental para la imagen de México ante el mundo así como en su imaginario de nación.

En este marco, los estudiosos extranjeros cuya labor ligada a la antropología reseñé brevemente aquí, de ninguna manera los únicos (si bien

todos de origen alemán), contribuyeron, de una manera u otra, a la forja de esta imagen y este imaginario. A pesar de sus estafas, Waldeck lo hizo mediante la difusión amplia y, como escribe Díaz Perera, "circense" de las ruinas mayas en Europa, difusión que alcanzó al público en general, no sólo a las clases eruditas, y mantuvo el interés por el país y su pasado. En este contexto y aunque controvertida, su ilustración de la primera publicación del Museo Nacional también fue significativa en el país.

En el ámbito de la fotografía, así como el conocimiento de estas mismas ruinas mayas, la contribución de Teobert Maler a la imagen, tanto del México indígena como del burgués y mestizo, está fuera de toda duda; sus juicios fotográficos que retratan la grandeza y dignidad indígena de su época además de su pasado remoto, fueron quizá lo más valioso de su legado. No puede negarse el aporte de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas a la antropología del país y, como vimos, sobre todo a la arqueología. Puede ser polémico el actuar de antropólogos ligados a esta institución, así como los aspectos geopolíticos más amplios de esta empresa; no obstante, es cierto que esta institución formó también alumnos mexicanos y no sólo contribuyó a la antropología de México sino a la del continente americano.

El último antropólogo decimonónico alemán que actuó en México dejó sin duda una honda huella conceptual en la antropología del país. Si bien, desde el punto de vista político y teórico, este concepto es controversial, habrá que reconocer y explicar el éxito asombroso de "Mesoamérica" en la antropología de México junto con sus implicaciones políticas, que duró al menos medio siglo. Éstas evidentemente y en primer lugar se refieren al hecho de que tal concepto logró "superar los regionalismos y los particularismos de un mosaico de pueblos con una extensa gama de características y grados de desarrollo, lo cual impedía ver el conjunto" (García Mora 1997), y contribuyó así a lo que ha sido la debacle del Estado moderno, esto es, la integración sociopolítica nacional. Ante los recientes reclamos por autonomía y las críticas al carácter autoritario de esta integración, acaso tendrá razón Claudio Lomnitz (2005) quien postula el agotamiento actual del carácter nacional de la antropología en México.

Bibliografía

Aguilar Ochoa, Arturo (2000): "La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana, 1837-1849". En: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM*, XXII, 076, pp. 113-142.

Azuela, Luz Fernanda (2005): *De las minas al laboratorio: la demarcación de la geología en la Escuela Nacional de Ingenieros (1795-1895).* Col. Geografía para el Siglo xxi, Serie Libros de Investigación. México, D.F.: Instituto de Geografía-Facultad de Ingeniería/ Universidad Nacional Autónoma de México.

Bárcena, Mariano (1885): *Tratado de geología, elementos aplicables a la agricultura.* Edición de la Secretaría de Fomento. México, D.F.: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.

Bernal, Ignacio (1979): *Historia de la arqueología en México.* México, D.F.: Porrúa.

Boas, Franz (1912): "Archaeological investigations in the Valley of Mexico by the International School 1911-12". En: *XVIII International Congress of Americanists*. London, pp. 176-179.

Brunhouse, Robert L. (1989): *En busca de los mayas: los primeros arqueólogos.* México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Coe, Michael D. (1995): *El desciframiento de los glifos mayas.* Traducción de Jorge Ferreiro. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Díaz de Arce, Norbert (2001): "'Im Grunde bin ich ein unpolitischer Mensch, der nur seiner wissenschaftlichen Tätigkeit nachgeht'. Der Fall Krickeberg". En: Wolff, Gregor (ed.): *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personalien und Institutionen*. Berlin: Wissenschaftlicher Verlag, pp. 163-195.

— (2003): "Die Loubat-Professur-Stiftung in Berlin". Manuscrito proporcionado por el autor.

Díaz Perera, Miguel Angel (2008): *De viajeros y coleccionistas de antigüedades, Frédéric Waldeck en México. Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad.* Tesis doctoral en Historia. Zamora: El Colegio de Michoacán.

Duerr, Hans Peter (1985): *Traumzeit. Über die Grenze zwischen Wildnis und Zivilisation*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.

Edison, Paul N. (1999): *Latinizing America: the French Scientific Study of Mexico, 1830-1930*. Ann Arbor: UMI Dissertation Services.

Engerrand, Jorge/Urbina, Fernando (1908-1909): "Las ciencias antropológicas en Europa, en los Estados Unidos y en la América Latina". En: *Societé Scientifique "Antonio Alzate"*. Tomo 27, pp. 81-123.

Gamio, Manuel (1912): "Arqueología de Atzcapotzalco, D.F., México". En: *XVIII International Congress of Americanists*. London, pp. 180-186.

García Mora, Carlos (1979): "Paul Kirchhoff, el instigador". En: *Antropología y marxismo*, 1, pp. 7-10.

— (1997): "Mesoamérica: ¿Concepto prescindible? (Comentario a la crítica escrita por el arqueólogo Ignacio Rodríguez García)". En: <http://carlosgarciamoraetnologo.blogspot.com/search/label/historia%20de%20la%20antropolog%C3%ADa> (09.05.2011).

Gerbi, Antonello (1993): *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900*. Traducción de Antonio Alatorre. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Iracheta Cenecorta, María del Pilar (1998): "La otra historia de la exploración de Teotihuacan". En: *Revista Expresión Antropológica*, nueva época, 7, pp. 7-21.

Kirchhoff, Paul (2000 [1943]): "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". En: *Dimensión antropológica*, 19, <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1031> (09.05.2011). Reimpresión del artículo publicado originalmente en: *Acta Americana. Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, I, 1, pp. 92-107.

Leysinger, Claudine (2006): "'Science Has No Nationality': Cultural Patrimony and National Identity". Ponencia presentada en: *XII Reunión de historiadores mexicanos, estadounidenses y canadienses*, panel 14 "Frontiers of Knowledge III", Vancouver.

— (2008) *Collecting Images of Mexico: A Polychromatic View Through the Lens of Teobert Maler, 1860–1910*. Tesis doctoral. New York: Columbia University.

Lomnitz, Claudio (2005): "Bordering on Anthropology. Dialectics of a National Tradition in Mexico". En: De L´Estoile, Benoit/Neiburg, Federico/Sygaud, Lygia (eds.): *Empires, Nations and Natives. Anthropology and State-making*. Durham/London: Duke University Press, pp. 167-196.

López Aguilar, Fernando (2000): "En la mirada del arqueólogo, una Mesoamérica ciega (entre mesoaméricanistas te veas)". En: *Revista Dimensión Antropológica*, año 7, 19, pp. 97-119.

López Beltrán, Carlos/Vergara-Silva, Francisco (s. f.): "Genómica nacional. La creación del genoma del mestizo mexicano". Manuscrito en prensa, proporcionado por los autores. México, D.F.

Lozoya Legorreta, Xavier (1984): *La real expedición científica a Nueva España (1787-1803)*. Barcelona: Serbal.

Lyman, R. Lee/O'Brien, Michael/Dunnell, Robert C. (eds.) (1997): *Americanist Culture History. Fundamentals of time, space and form*. New York/London: Plenum Press.

Maler, Teobert (2006 [1885]): *Sobre el Estado de Chiapas*. Reeditado por Mechthild Rutsch, con una introducción de Claudine Leysinger. México, D.F.: Conacyt/Universidad Nacional Autónoma de México.

— (1883): "Mémoire sur l'état de Chiapa (Mexique)". En: *Revue d'ethnographie*. Tomo II, pp. 295-342.

Mason, John A. (1943): "Franz Boas as an archaeologist". En: *American Anthropologist*, 45, pp. 58-66.

Ocampo Carapia, Jorge A. (2001): *Historia de la Biología. Los precursores de la botánica mexicana del siglo* xx. Tesis doctoral en Humanidades (Historia y Filosofía de la Ciencia). México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.

Price, David (2009): "Faking Scholarship: Domestic Propaganda and the Republication of the Counterinsurgency Field Manual". En: Network of Concerned Anthropologists (ed.): *The Counter-Counterinsurgency Manual, or Notes on Demilitarizing American Society*. Chicago: Prickly Paradigm Press.

Reiche, Karl Friedrich (1927 [1913]): *Elementos de botánica; arreglados para la enseñanza agrícola, forestal, secundaria y normal de México. Una introducción en la flora de la República*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.

Reiche, Carlos (1926): *Flora Excursoria en el Valle Central de México*. México, D.F.: Talleres Gráficos de la Nación.

— (2010): *Flora De Chile.* Tomo 2 (Spanish Edition). Charleston: Nabu Press (edición escaneada del original).

Rodríguez García, Ignacio (2000): "Mesoamérica, ese oscuro objeto del deseo". En: *Revista Dimensión Antropológica*, año 7, 19, pp. 47-53.

Rutsch, Mechthild (2007): *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana. 1877-1920*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México.

— (2010): "'Vivir de una vida nueva': Jorge Engerrand (1877-1961) entre la antropología mexicana y estadounidense de principios del siglo xx". En: *Nueva Antropología*, XXIII, 73, pp. 147-169.

Saade, Marta (2009): *El mestizo no es "de color". Ciencia y política pública mestizófilas, (México, 1920 – 1940)*. Tesis doctoral en Historia. México, D.F.: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Salazar Anaya, Delia (2006) "Xenofilia de élite: los franceses en la Ciudad de México durante el Porfiriato". En: Salazar, Delia (coord.): *Xenofobia y xenofilia en la historia de México. Siglos xix y xx*. Homenaje a Moisés González Navarro. México, D.F.: Secretaría de Gobernación/Instituto Nacional de Migración/Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Trabulse, Elías (1985): *Historia de la ciencia en México. Estudios y textos, siglo xviii*. México, D.F.: Conacyt/Fondo de Cultura Económica.

Vázquez León, Luis (2000): "Graebner y la estructura teórica subyacente en la Mesomérica de Kirchhoff". En: *Revista Dimensión Antropológica*, año 7, 19, pp. 167-190.

Willey, Gordon R./Sabloff, Jeremy A. (1974): *A History of American Archaeology*. London: Thames & Hudson.

Los intercambios científicos en la lingüística: desplazamientos geográficos e intelectuales

Iris Bachmann

En un artículo sobre la traducción cultural de 2002, Mary Louise Pratt formuló la expresión del "Traffic in Meaning" (tráfico en significados) para denominar los procesos de negociación muy a menudo conflictivos y los desvíos que caracterizan los intercambios culturales. De esta forma intenta subrayar que el concepto de tráfico va más allá que la idea de la traducción al no limitarse a transponer significados de un sistema a otro, sino más bien al reconocer la producción de nuevos significados en las negociaciones y intercambios que no permiten ser limitados a la reproducción. En este capítulo utilizaremos la metáfora del tráfico en significados de Pratt para analizar intercambios científicos en la lingüística a finales del siglo XIX y su conexión con la formación de la nación en América Latina. Analizaremos intercambios a dos niveles: primero, trazaremos los desplazamientos geográficos de cuatro personas que contribuyeron a la descripción de la realidad lingüística en América Latina, y la manera en que hicieron productivo este movimiento para su labor intelectual. Segundo, analizaremos a través de estos ejemplos los intercambios discursivos en la lingüística de la época entre filología, folklore y antropología que dejan entrever líneas de conflicto en la formulación de comunidades imaginadas en el contexto latinoamericano (Anderson 1983). Hemos discutido en otro lugar (Bachmann 2005, 2007a) como a finales del siglo XIX el creciente interés de la lingüística en los cambios fonéticos abre un espacio para discutir variedades lingüísticas como fuentes para el análisis de la evolución de la lengua principal. De esta manera, los dialectos y hasta las lenguas criollas llegaron a tener un interés teórico como repositorios de variaciones que pudieran indicar posibles cambios lingüísticos. A la vez, este desarrollo hace palpable la tensión entre la cultura popular o 'primitiva', que fue objeto del folklore y de la antropología, y la abstracción del pueblo como cuerpo-nación conceptualizado como entidad homogénea a través de los modelos normativos de las disciplinas escriturarias (González Stephan 1995). Del Valle/Gabriel-Stheeman (2002b) arguyen que los discursos para legitimar la lengua española como símbolo de la unidad cobran especial importancia

en la época del nacionalismo moderno a partir del siglo XIX y que están vinculados a procesos de estandardización, es decir, homogeneización lingüística. En el caso del español este proceso además se relaciona con la cuestión de una comunidad hispánica supranacional girando alrededor de la unidad de la lengua. Esto crea cierta tensión con el nuevo enfoque de la lingüística de conceptualizar cada cambio lingüístico como un proceso natural fuera de la voluntad de la planificación lingüística. El análisis de estas tensiones discursivas nos deja entrever facetas de la llamada 'batalla del idioma' (Del Valle/Gabriel-Stheeman 2002b) en la formación de las naciones latinoamericanas.

Los personajes, los lugares

Partiendo de cuatro protagonistas vamos a desplegar el viaje virtual por espacios geográficos y académico-intelectuales. Confieso que la selección de los personajes se debe a mis propios caminos transcurridos, pero confío en que esta especifidad nos llevará a trazar líneas discursivas significativas para nuestra discusión. Hablaremos de dos latinoamericanos: primero, el colombiano José Rufino Cuervo (1844-1911), reconocido como filólogo de la lengua española de suma importancia (Guitarte/Torres Quintero 1968: 579), sobre todo por sus celebradas *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano: con frecuente referencia al de los países de Hispano-América* (1867-72) que se reeditaron varias veces en vida de Cuervo y póstumamente. Segundo, el brasileño João Capistrano de Abreu (1853-1927), reconocido en su país como historiador eminente mientras que se consideró algo extraño su afán por la descripción de lenguas indígenas de su propio país (Christino 2007a y 2007b).

También entran en escena dos alemanes quienes hicieron de América Latina su lugar de producción y el objeto de su interés intelectual. Primero, Rudolf Lenz (1863-1938), filólogo con formación en fonología experimental, quien llegó a Chile en 1890 por invitación del gobierno chileno para formar parte del cuerpo docente del nuevo Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y vivió e hizo su carrera en este país donde llegó a ser conocido como 'Rodolfo Lenz' (Escudero 1963: 449-450). Segundo, el naturalista Karl Friedrich Philipp von Martius (1794-1868), quien inició su carrera con un viaje de investigación a Brasil. Aunque su principal interés fue la descripción de la flora de Brasil, la descripción de los indígenas formó

parte de la labor de naturalista, como era usual en la época, y Martius elaboró algunos trabajos lingüísticos sobre la *língua geral* de Brasil (Cruz 2005).

Entre 'habla del vulgo' y 'evolución genuina de la lengua': provincialismos y estudios folklóricos en la lingüística del siglo XIX

La reputación de Rufino José Cuervo como primer representante hispanoamericano de la filología moderna es justificada, según Guitarte/Torres Quintero (1968: 578-579), por la forma en que su trabajo transciende los límites de la gramática normativa típica de su entorno para dar los primeros pasos en el campo de la historia del español y los trabajos dialectales. La comunidad científica de la que Cuervo participa es la filología románica que surge en el contexto de la gramática histórico-comparativa (Oesterreicher 2000, Lüdtke 2001). Este modelo intenta explicar el cambio lingüístico como una evolución continua que permite reconstruir no sólo la historia de las lenguas sino su inserción en una genealogía, en el caso de las lenguas europeas, la familia indoeuropea (Auroux/Bernard/Boulle 2000). Como es bien sabido, la filología románica tuvo como objetivo la reconstrucción de la evolución continua de las lenguas románicas a partir de su lengua de origen común, el latín. El punto clave para lograr contradecir las versiones corrientes que aún en el siglo XIX hablaban de la corrupción del latín, fue la creación de la categoría del latín vulgar o popular: esta variedad garantizaba la posibilidad de analizar las lenguas románicas modernas como derivaciones del latín que así formaba el puente para analizar los respectivos cambios fonéticos de manera coherente y sistemática, permitiendo establecer la continuidad histórica (Bachmann 2005: 37-38).

Andrés Bello, por ejemplo, introduce en su famosa *Gramática castellana destinada al uso de los americanos* (1847) la mencionada concepción corriente de la corrupción del latín, lo cual le sirve de ejemplo negativo para destacar los peligros que puede correr la unidad del español después de la independencia:

> […] y alternado la estructura del idioma tiende á convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín (Bello 1921 [1847]: VII-VIII).[1]

1 Todas las citas se reproducen en la ortografía original.

La variedad lingüística, representada por dialectos, es vista como una fuerza negativa que corrompe la estructura de la lengua. Cada divergencia se considera una amenaza a la unidad que debe ser combatida por medio de la corrección gramatical.

Si observamos, sin embargo, la siguiente cita de las *Apuntaciones* de Cuervo, percibimos una doble articulación que llega a ser característica para su trabajo:

> Tampoco es una e idéntica la lengua en su forma social, si cabe decirlo así. En todos los pueblos cultos aparece el idioma nacional en tres formas diferentes: el habla común, de que se vale para el trato diario la gente bien educada; el habla literaria, que tiene por base el habla común, de la cual es la forma artística y en cierto modo ideal; y el habla del vulgo, que reputamos como grosera y chabacana. En castellano el habla vulgar de nuestros días […] tiene un fondo arcaico que representa la evolución genuina de la lengua, libre de influencias extranjeras (Cuervo 1954[7] [1867-72]: 27).[2]

Por un lado, Cuervo mantiene la distinción de Bello entre el uso correcto y legítimo de la gente educada y las corruptelas del habla del vulgo. Rechaza esta última como "grosera y chabacana" –no es casual que esta caracterización dio nombre a una de las lenguas criollas a base léxica española. Por otro lado, en la primera frase se confirma como un hecho que la lengua siempre consiste de formas diferentes y que eso no es una señal de decadencia sino que es característico para todas las lenguas de cultura. Además, a continuación Cuervo salvaguarda explícitamente el habla vulgar antes rechazada como representante de la evolución genuina de la lengua. De esta forma toma tanto la perspectiva de la gramática prescriptiva, que condena el uso no legítimo de la lengua, como incluye el interés del filólogo en la evolución natural del lenguaje y del 'habla del vulgo' como puente para recuperarla inscribiéndose así en el modelo científico histórico-comparativo.

A lo largo del prefacio se percibe una cierta oscilación entre los conceptos de habla común y habla del vulgo que en la séptima edición en la mayoría de los casos se denomina 'usos populares'. Esto se manifiesta cuando

2 Mantenemos la fecha de la primera edición entre corchetes para indicar el contexto histórico aunque citamos aquí de la séptima edición reproducida en las obras completas que siguen la sexta edición, última edición notablemente alterada por el autor y publicada póstumamente en 1914. Véase Ennis/Pfänder (2009: 185) para las modificaciones a partir de la sexta edición y Scharlau (2004: 24) quien arguye que ciertas modificaciones se hacen notables ya en la tercera y cuarta edición de 1881 y 1885 respectivamente.

arguye que ambas están sometidas a las leyes del cambio lingüístico y por tanto no están sometidas a la "uniformidad a que tiende el habla literaria" (Cuervo 1954 [1867-72]⁷: 22-23).[3] Esta posición ambigua es típica para Cuervo y se conserva aún en la última edición corregida por el autor. Pero cabe decir que ya en la primera edición se percibe esta tensión: aunque Cuervo está todavía mucho más cerca de la visión de la gramática prescriptiva insiere un párrafo sobre 'las leyes admirables' que rigen la evolución de la lengua y por tanto constituyen la 'ciencia del lenguaje'. Advierte que esta ciencia, la lingüística, es "superior en cierto sentido a la autoridad [de lexicógrafos, gramáticos y buenos hablistas]" (Cuervo 1954 [1867-72]:14). De esta manera se indica ya su aversión hacia la gramática prescriptiva que se percibe en escritos posteriores donde la balanza gira cada vez más hacia la descripción lingüística.

Scharlau (2004: 23-25) arguye que Cuervo utiliza la diferenciación que permite el modelo del buen uso de Bello para relativizar la prioridad del español europeo. Mediante este modelo puede demostrar que las corruptelas de las cuales se quejan los gramáticos como posible fuente de una separación idiomática pertenecen al habla vulgar mientras que el habla común reflejaría el buen uso de la gente educada. Mientras que el enfoque de Scharlau sitúa la actuación de Cuervo dentro del discurso científico de la filología románica con su concepción de la historia lingüística europea, una concepción que tarda en tomar en cuenta las variedades del español de América, podemos también leer la ambigüedad de las *Apuntaciones* como un intento de navegar dentro del poderoso discurso panhispánico (Del Valle/Gabriel-Stheeman 2002b). Notemos, por ejemplo, la sutileza en el uso de las expresiones 'idioma nacional' y 'pueblo culto' en la cita, que pueden referirse a una entidad panhispánica o a naciones hispánicas diferentes. Este potencial conflictivo subyacente estalló de forma espectacular en la polémica con Juan Valera sobre la posición supuestamente separatista de Cuervo (Del Valle 2002a).

Pero cabe pensar que, en parte, esta navegación cuidadosa representa también un distanciamiento sutil de la forma en que sus propios compatriotas y colegas en la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua impusieron su discurso de pureza (Deas 1993; von der Walde 1997; Ennis/

3 Es interesante notar que en su artículo para el *Bulletin Hispanique* se establece aun más claramente esta similitud entre "habla común, familiar ó popular" como un conjunto que se distingue de la lengua literaria caracterizada como "creación artificial" (Cuervo 1901: 39).

Pfänder 2009). En su discurso en la junta inaugural de la Academia, su colega Miguel Antonio Caro, a su vez, intenta cuadrar el círculo cuando elogia el carácter científico del trabajo de Cuervo a la vez que sostiene que éste reconoce la autoridad de la norma castellana:

> Uno de vosotros, introduciéndonos al estudio de las modificaciones dialécticas que ha experimentado el castellano en estas regiones, es, que yo sepa, quien ha establecido en este negocio literario distinciones más precisas y atrevidas. Reconoce el autor de las Apuntaciones críticas la autoridad de Gramáticas y Diccionarios fieles a su instituto, en cuanto representan el uso, que "de tiempo atrás es reconocido por todos como árbitro, juez y norma del lenguaje"(Caro 1881, citado en Ennis/Pfänder 2009: 176).

Se nota cierto malestar en el discurso de Caro al usar las palabras "distinciones atrevidas" y le parece necesario subrayar que, a pesar del estudio de las modificaciones del español en suelo americano, clasificadas como 'atrevid[a]s' si bien de ejecución meticulosa, Cuervo forma parte del consenso purista que reconoce la importancia de la unidad de la lengua y la institución que tiene como lema garantizarla. Este juicio gana relevancia en el contexto de la cita de Cuervo de la primera edición de las *Apuntaciones* que subraya la preeminencia de la lingüística sobre la autoridad de los gramáticos. Ennis y Pfänder (2009) demuestran como Cuervo se aleja con su traslado a Europa no sólo físicamente de las exigencias de su posición en Colombia como miembro de la Academia Colombiana, sino también –como lo muestra también Scharlau– se distancia sucesiva y cada vez más claramente del prescriptivismo y se dedica a la descripción desapasionada de la variedad lingüística. Esto lo lleva a finales de su carrera a una posición más escéptica –aunque de forma algo melancólica como ya notó el lingüista alemán Wagner (1920b: 401-402)– en cuanto al mantenimiento de la unidad de la lengua. El punto clave, según Ennis y Pfänder (2009), está en el reconocimiento que Cuervo recibe de uno de los grandes nombres de la disciplina de la gramática histórico-comparativa, August Friedrich Pott, y –cabe añadir– su actuación como miembro de una comunidad científica de romanistas (Scharlau 2004: 24). Y justamente el prestigio de ser miembro reconocido por una comunidad científica internacional lo utiliza Cuervo para justificar sus reediciones de las *Apuntaciones* que subrayarán en los prefacios reelaborados cada vez más abiertamente la descripción y el análisis de la variedad en lugar de la crítica del lenguaje 'vulgar'.

Este distanciamiento del prescriptivismo se inscribe también en el género textual que Cuervo escoge y adapta a sus propios fines. Las *Apun-*

taciones críticas sobre el lenguaje bogotano con frecuente referencia al de los países de Hispano-América forman parte de un subgénero de diccionario, el diccionario de provincialismos, que llegó a ser muy productivo en la segunda mitad del siglo XIX. En Bachmann (2007b) demuestro cómo estos diccionarios, que registran el léxico específico de ciertas regiones hispanohablantes, se insieren también en tradiciones discursivas divergentes y hasta incompatibles.[4] Distingo tres gestos diferentes que se encuentran en diferentes proporciones en las respectivas obras: 1) el gesto pedagógico-prescriptivo que anota los provincialismos para ayudar a erradicarlos; 2) la función de complemento al diccionario de la Real Academia Española (RAE) para legitimar la integración de americanismos de formación castiza al *Diccionario de la Real Academia* (DRAE); 3) una descripción detallada del léxico local basada en fuentes de la literatura popular. Al describir estas variedades locales, o bien nacionales –aunque fuera con un gesto correccional en muchos casos–, los diccionarios les otorgaron cierta densidad descriptiva y se convirtieron además en datos para el análisis lingüístico (Bachmann 2005: 60). En sus *Apuntaciones*, Cuervo va más allá al combinar ambos aspectos en su obra: documentar la variedad diatópica e integrarla en el análisis de la evolución lingüística comparando estas formas regionales con variaciones en otros lugares y otras épocas del conjunto de la lengua española (Guitarte/Torres Quintero 1968: 578). Esta doble función se ve claramente reconocida en el trabajo de Wagner (1920a y 1920b), que cita los diccionarios de provincialismos como meras fuentes de datos mientras que se refiere a las *Apuntaciones* de Cuervo tanto por los datos como por el análisis que ofrecen. Así se percibe cómo los diccionarios de provincialismos empezaron a formar parte de un objeto de estudio emergente, 'El español en América', que se basaba en esta densidad descriptiva de la variedad y cobraba especial interés teórico en la filología románica porque permitía la comparación con la distribución y diferenciación del latín. El mismo Wagner (1920a: 287-288) lo delimita como área de estudio y identifica a Cuervo y a Lenz como iniciadores de tales estudios.

Tornemos ahora nuestra atención a la figura del lingüista alemán Lenz, quien se desplazó a Chile –hecho decisivo para el transcurso de su carrera académica como veremos en este esbozo. Cuando Lenz llegó a Chile en

4 Véase Lara (2007: 174) que subraya también el carácter ambiguo de este género de la tradición gramatical.

1890[5] –una generación más joven que Cuervo y cuando éste ya se había trasladado a París (en 1882)– vino con una formación universitaria en lingüística histórico-comparativa con un enfoque en el nuevo campo de la fonología. Lo demuestra la temática de su tesis "Zur Physiologie und Geschichte der Palatalen" (Acerca de la fisiología e historia de los sonidos palatales), con la cual se doctoró en 1886 (Escudero 1963: 449). Llegando a Chile, Lenz no perdió tiempo en seguir sus investigaciones a la par de cumplir con su trabajo de profesor de lenguas y responsable del desarrollo de una serie de materiales pedagógicos de enorme longevidad. Sólo un año después de su llegada empezaron a aparecer en varios apartados los *Chilenische Studien* (*Estudios Chilenos*), cuya publicación se completó en 1892 y poco después salió un artículo en que elaboró la hipótesis substratista –o indigenista como la llamaron sus críticos– de los *Estudios Chilenos.* El artículo titulado "Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen" ("Para el conocimiento del español de América") se publicó en 1893 en la prestigiosa *Zeitschrift für Romanische Philologie* (*Revista de filología románica*) editada por Gustav Gröber, también editor del famoso manual de la disciplina, *Grundriss der Romanischen Philologie*, publicado en 1888. Al contrario de Cuervo, quien se acercó paulatinamente a la lingüística científica para librarse de los confines del discurso prescriptivista, Lenz llegó a Chile equipado con su formación en las últimas teorías lingüísticas y las aplicó al material que se le ofrecía en su nuevo lugar de residencia. Publicó los primeros estudios en Alemania, pero cabe decir que en 1894 también aparecieron sus *Ensayos Filológicos Americanos* en Chile en una versión refundida. Es evidente que se posiciona con sus publicaciones en revistas científicas de renombre como miembro de la comunidad científica internacional, pero las publicaciones en los *Anales de la Universidad de Chile* demuestran que también tenía la firme intención de participar en el discurso académico nacional. En la reedición de todos estos trabajos, junto a trabajos de Andrés Bello y Rodolfo Oroz, por la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana y editados por Amado Alonso y Raimundo Lida en versión española bajo el título *El Español en Chile* (1940)[6], Lenz reflexiona sobre el lugar de publicación:

5 Véase Malkiel (1968) para una evaluación de la contribución de lingüistas alemanes a la filología hispánica en América Latina y Scharlau (2000: 398) para una crítica de la perspectiva algo paternalista que hace de ellos asistentes del desarrollo científico. Véase Escudero (1963) para unas notas biográficas de Lenz.

6 Citamos los trabajos de Lenz en la traducción al español de esta edición.

> El ambiente intelectual de Chile, saturado de intereses gramaticales, no era en cambio favorable al estudio de hablas rurales y plebeyas. Nadie hubiera comprendido entonces que el estudio del lenguaje vulgar tenía un valor científico especial (Lenz 1940: 81).

Esto tal vez puede leerse como un resumen algo melancólico de las reacciones críticas que recibieron en particular los *Estudios Chilenos* en Hispanoamérica.[7] Sin embargo, hemos visto en la discusión sobre el trabajo de Cuervo y los diccionarios regionales que ya estaba despierto cierto interés por la cultura popular, similar a lo que acontecía en Europa, aunque era necesario navegar con cuidado dentro de este campo donde se cruzaba el interés por lo popular con el afán de asimilar tales culturas en un proceso de educación (Bachmann 2007a). En su artículo para los *Anales de la Universidad*, Lenz amplió su estudio del español chileno por una sección teórica que se lee como una exposición programática de los estudios folklóricos y donde "el estudio del dialecto i de la literatura vulgar [se define como] una tarea patriótica" (Lenz 1894, vol.1: 1). Hasta cierto punto su concepción tuvo éxito ya que llegó a ser el primer presidente de la Sociedad de Folklore Chileno fundada en 1909, cuyo órgano principal para la difusión de la investigación era de 1909 a 1925 la *Revista de Folklore Chileno*, en la cual Lenz contribuyó con sus propios trabajos (Escudero 1963: 461-462).

¿Cuál fue entonces la tesis del trabajo que llamó tanto la atención a los hispanistas en América y también en Europa? En su estudio "Para el conocimiento del español de América", Lenz propuso que:

> [...] el español de Chile (es decir, la pronunciación del pueblo bajo) es, principalmente, español con sonidos araucanos (Lenz 1940 [1893]: 249; énfasis en el original).

Llegó a esta conclusión comparando el inventario fonético del mapudungun y las características fonéticas del español popular –del 'pueblo bajo' en términos de Lenz– que había investigado en sus *Estudios Chilenos*. Con esta tesis se dirigió claramente a la comunidad científica de la filología románica –como indica también el lugar de publicación, *Zeitschrift für Romanische Philologie.* Insirió su caso chileno en la formación del español en América, que comparó con la extensión del latín durante el Imperio Romano, y se refirió a las recientes discusiones sobre la influencia del substrato en la

7 Véanse Alonso (1940) para un resumen y Knauer/Kaluza (1998) para una discusión crítica.

formación de las vernáculas románicas (Lenz 1940 [1893]: 230-233). De esta manera definió su lugar dentro de un campo de investigación existente arguyendo que la gran ventaja de su investigación consistía en el hecho de que las lenguas de substrato aun existían en América Latina, lo cual hacía más fácil averiguar su posible influencia. Su artículo es, pues, una prueba de que Lenz estuvo a la altura de los desarrollos teóricos de la lingüística donde se estaba discutiendo la importancia del substrato para el cambio lingüístico. Este interés surgió gracias a la investigación sobre el origen de cambios fonéticos específicos. Una posición dentro de la discusión hablaba de cambios espontáneos, pero Lenz cuestionó esta postura sumándose a lingüistas como Schuchardt que veían en el contacto de lenguas una posible fuente para tales cambios.[8]

Lenz caracterizó a Chile –tanto en el artículo para la revista alemana como en la versión publicada en los *Anales de la Universidad de Chile*– como una excepción dentro de las colonias españolas en América a causa de la resistencia de los indígenas a la conquista. Esto, según Lenz, resultó en un gran número de españoles luchando constantemente por el territorio y mezclándose con la población indígena hasta finalmente conseguir aislar a los últimos indígenas rebeldes en el extremo sur mientras que los demás indígenas se asimilaron a la cultura y lengua española debido al intenso contacto entre ellos y los españoles. En palabras de Lenz:

> No cabe, pues, duda ninguna de que el núcleo principal de la población baja está constituido casi exclusivamente por indios que han olvidado su lengua e introducido algún cambio en su género de vida. [...] En el color de la tez y en los rasgos fisonómicos es frecuente no hallar diferencia alguna entre el "chileno legítimo" que habita el Centro y el indio del sur, aunque, como es natural, también la población nativa está mezclada, más o menos profundamente, con sangre europea (Lenz 1940 [1893]: 227).

La temática sobre el estatus de las diferentes etnias dentro del territorio chileno es para Lenz una cuestión cultural: sostiene que los llamados 'indios' se distinguen de la mayor parte de la población de clase baja sólo por la lengua y la cultura, pero no en 'los rasgos fisonómicos' (Lenz 1940 [1893]: 227). Es decir, los mapuches pueden transformarse en 'chilenos legítimos' por

8 Véase la discusión en Bachmann (2005: 40-41, 53-56) sobre la posición de Schuchardt en este debate frente a posiciones más escépticas entre los neogramáticos. Véase Knauer/Kaluza (1998) para una discusión en el contexto actual de la lingüística de contacto.

asimilación cultural y lingüística.[9] Sin embargo, hay un potencial explosivo en la siguiente conclusión, a la que llega a partir de estas observaciones:

> De ahí que al comenzar la guerra de emancipación, a principios del siglo XIX, Chile fuera el único país sudamericano de población unitariamente hispanohablante, el único país en que no se produjeron más cuestiones de nacionalidad. El araucano, como elemento completamente aislado, no debe ser tenido en cuenta al hablar de los chilenos (Lenz 1940 [1893]: 257).

A primera vista parece seguir de forma bastante tradicional los discursos lingüístico-nacionalistas de tipo herderiano del siglo XIX que postulan la identidad entre pueblo, lengua y nación.[10] Este discurso fue utilizado tanto por defensores de la unidad del español como por defensores de la independencia lingüística. Lo escandaloso de la posición de Lenz reside –a mi modo de ver– en la forma en que le asigna un rol activo en la formación del español de Chile a la población de las capas sociales bajas –según él, en su mayoría de origen indígena– y en consecuencia en la cuestión de la formación nacional. La diferencia de Chile consistiría entonces en el hecho de que las masas populares y las clases dirigentes hablasen el mismo idioma y que así se hiciera palpable la comunidad imaginada (Anderson 1983). Sólo que esta comunidad imaginada no se restringe a la población letrada que comparte la circulación de la imprenta, sino que integra a toda la población en un cuerpo lengua-nación. Esto se hace, por cierto, a costo de ignorar cualquier aporte, más allá del substrato lingüístico, que la cultura mapuche pudiera contribuir a la cultura nacional, ya que la ve "condenad[a] a extinguirse" (Lenz 1940 [1893]: 257). A diferencia de esta visión, los proyectos lingüístico-nacionales anteriores partieron, como bien demuestra González Stephan (1995) en su artículo sobre las disciplinas escriturarias, de las élites criollas que impusieron estas disciplinas por medio de su lengua, sus leyes y sus modales de comportamiento y que vieron a las clases bajas sólo como objeto de procedimientos correccionales o de exclusión social.

Por lo tanto, cuando Lenz casi celebra el hecho de que el español chileno "hubiera llegado a reunir todas las condiciones necesarias para constituir una nueva lengua románica" (Lenz 1940 [1893]: 229), sugiere que este proceso de emancipación lingüística pasa por la aceptación del habla

9 Véase la discusión en Heath (1972: 68-79) sobre los objetivos de la educación bilingüe en México en el siglo XIX como vehículo de la asimilación.
10 Véase la discusión en Del Valle/Gabriel-Stheeman (2002b) y Ennis (2008).

popular en la que influyó la población de clase baja cuyo origen es esencialmente indígena. Aquí se mezclan los atributos populares con atributos étnicos, es decir, lo 'primitivo' interno con la alteridad etnológica, pero al mismo tiempo estos transcienden en cuanto forman la base de un "dialecto popular español" [*spanischer Volksdialekt*] (Lenz 1940 [1893]: 258/214), compartido en lo esencial por todos (Lenz 1940 [1891/92]: 88). Vemos aquí el doble juego de la palabra *Volk* entre pueblo y popular, conservado en la derivación gramatical del español. Es la misma oscilación que hemos descrito en el caso de Cuervo entre el habla común y el habla vulgar o popular, ambas sometidas a las fuerzas naturales del cambio lingüístico y por tanto dignas de la observación científica. Mientras que el lenguaje de Cuervo es menos directo que el de Lenz, quien parece asumir el rol de agente provocador, ambas posiciones entran en conflicto con un discurso nacional latinoamericano que en primer lugar se definió a partir de la cultura de la élite criolla.[11]

Naturalistas y sudamericanistas: contacto lingüístico y genealogía etnológica

Acabamos de analizar como para Lenz el habla de los chilenos se nutre de la integración del indígena a la sociedad chilena y por lo tanto, el estudio de la lengua mapudungun llega a tener interés en cuanto puede iluminar la formación del español chileno que surge de esta situación específica. En los últimos dos personajes que presentaremos en este trabajo, Capistrano de Abreu y Martius, veremos el interés por las lenguas de los pueblos indígenas por sí mismas, ya que serán tratadas como claves para entender la cultura y las relaciones de parentesco de los pueblos americanos, entendidos como el conjunto de culturas presentes antes de la llegada de los colonizadores europeos. Empezaremos con la figura de Capistrano de Abreu y sólo nos detenemos en Martius en cuanto su trabajo formó la base y el punto de crítica para la comunidad científica de sudamericanistas, a la cual Abreu pertenecía.

11 Bagus (2005) concluye en su estudio sobre el desarrollo de los estudios folklóricos en Alemania que estos últimamente sirvieron a los educadores y pastores muy a menudo involucrados en tales proyectos para mantener la distancia entre su propia cultura y la cultura descrita, lo cual confirma el potencial conflictivo de las negociaciones de Cuervo y Lenz.

Christino (2007a y 2007b) demuestra que Capistrano de Abreu, aunque fue conocido en Brasil en primera línea como historiador, elaboró trabajos importantes de índole etnográfico-lingüística. Mientras que estos trabajos muy a menudo fueron considerados como una extravagancia en su propio país, Christino (2007a y 2007b) arguye que se insirieron en un programa internacional de sudamericanistas del cual Capistrano de Abreu fue miembro respetado. Similar a Cuervo, quien buscaba también el diálogo con la comunidad científica lingüística internacional, Capistrano de Abreu mantuvo correspondencia con un número de etnólogos de su tiempo y era miembro electo correspondiente de la Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte (Sociedad de antropología, etnología y prehistoria) y sus publicaciones fueron reseñadas y estudiadas por la comunidad científica a que pertenecía. Aquí quiero realzar los métodos de los sudamericanistas según el análisis de Christino (2007a y 2007b) para mostrar en qué medida existen paralelos con los filólogos y dónde se distinguen. Después analizaré la crítica de los sudamericanistas del trabajo de Martius y cómo ésta está relacionada con la percepción del lugar de los indígenas en la formación nacional de Brasil.

Christino (2007a: 55) sostiene que el trabajo de Capistrano de Abreu fue considerado ejemplar por sus colegas internacionales ya que seguía los modelos científicos establecidos y se mostró extremamente rico en cuanto materiales y meticuloso en el análisis. Aunque la clasificación de las lenguas todavía dependía en gran medida de los vocabularios y descripciones gramaticales existentes –de misioneros o de naturalistas como Martius–, el objetivo de la nueva generación de científicos fue conseguir textos narrativos tradicionales en lengua indígena acompañados de traducciones interlineares.[12] Era, según los sudamericanistas, la única manera de obtener acceso a material de la lengua auténtico para mejorar los vocabularios existentes y para tener una base que permitiera elaborar descripciones gramaticales más adecuadas. La traducción interlinear garantizaba la base comparativa del material ya que colegas trabajando en otras lenguas se verían habilitados a entender los mecanismos formativos de la lengua a través de la versión interlinear. Tales narraciones tradicionales sirvieron también de base para los trabajos de índole etnográfica y en muchos casos al trabajo lingüístico. Es evidente que se trata del modelo filológico basado en la edición crítica y el

12 Véase Münzel (2002) para la importancia de la traducción interlinear para el trabajo de Magalhães que también se insiere en este contexto.

análisis de textos tal como se aplicaba también en la filología románica. Sin embargo, la diferencia está en el objeto de estudio que requería producir textos a partir de narraciones orales.

Es interesante notar la semejanza al modelo que sigue Lenz para sus *Estudios Chilenos* donde documenta con descripción fonética el habla de una anciana contando un cuento tradicional de "general difusión, aunque con diversas variantes" (Lenz 1940 [1891/92]: 200). En su trabajo posterior sobre la lengua criolla de Curazao, el papiamentu, Lenz (1928: 7-8) pide cuentos y otros escritos a su informante nativo, quien después de haber producido la versión escrita debe leerlos en voz alta para que el lingüista pueda hacer anotaciones fonéticas. Lo importante aquí es la cuestión de las fuentes orales: es decir, la producción de datos para un análisis filológico que se basa en el texto pero que incluye el análisis de culturas o sectores de la sociedad que no dependen de la producción textual escrita para hacer circular sus tradiciones narrativas (Bachmann 2007a). En ambos casos, el de la etnografía y el del folklore, la meta fue obtener acceso a materiales auténticos de origen oral para poder describir una lengua o variedad y hacerlo en una notación científica que podía ser aplicada uniformemente a diferentes materiales para facilitar su comparación. En esta concepción, cada lengua o variedad tiene un valor propio: en el caso de los etnógrafos, contribuye a completar el cuadro de las lenguas existentes en Sudamérica y sus relaciones de parentesco según criterios lingüísticos rigurosos, en el caso de filólogos como Cuervo y Lenz sólo el conocimiento de las diferentes variedades permite entender la evolución de la lengua en toda su complejidad.

Es a partir de este cuadro de investigación que se entiende la severa crítica que los nuevos sudamericanistas, colegas de Abreu, hicieron a los trabajos de Martius, aunque formaban la base para la clasificación de las lenguas indígenas en Brasil. Christino y Cruz (2005) demuestran que un punto clave de la crítica fue el concepto de contacto lingüístico de Martius. Su análisis demuestra que Martius sostuvo que el contacto interétnico espontáneo entre los indígenas llevaba a la decadencia lingüística. A diferencia, presupuso un efecto civilizador de la interacción de los indígenas con misioneros en la *língua geral*[13], que los jesuitas habían elaborado según el

13 La *língua geral* es una lengua vehicular desarrollada en el contacto entre misioneros e indígenas de diferentes etnias a partir del tupí hablado a lo largo de la costa atlántica de Brasil. Mientras que la variedad paulistana (*abanheenga*) se extinguió, la variedad amazónica (*nheengatú*) se expandió en el interior y sigue en uso hasta hoy día, aunque

mismo espírito del tupí. Se percibe la posición prescriptivista de Martius que subraya los beneficios de la intervención lingüística regulada frente al potencial destructivo del contacto espontáneo. Pero tal como la filología románica se había distanciado del concepto de corrupción para subrayar la evolución lingüística continua, los nuevos etnólogos tampoco lo admitían como posición científica legítima. Vemos la siguiente refutación por el etnógrafo alemán Ehrenreich en un artículo traducido al portugués por Abreu y publicado en el *Almanaque Brasileiro Garnier*:

> Para Martius tem ainda valor o conceito de uma colluvies gentium, isto é, bandos aggregados de Indios de tribus differentes e linguas diversas, usando entre si uma especie de gíria. Formações destas em parte alguma se têm apurado com segurança, e caso tenham ocorrido, devem ter sido phenomenos inteiramente ephemeros, provocados pela influencia de aventureiros brancos (Ehrenreich 1907: 285, citado en Christino 2007a: 72).

Ehrenreich critica la concepción de Martius como "ultrapasada" y disminuye el valor de su observación: no niega de forma absoluta la existencia del fenómeno descrito por Martius, pero afirma su carácter "efímero" y provocado por la intervención de "blancos aventureros". Está claro que si Martius hubiera tenido razón con su observación del contacto lingüístico intenso con influencias profundas, eso habría hecho imposible el trabajo de la clasificación lingüística que requiere de la posibilidad de una separación nítida de lenguas y por tanto pueblos o tribus. Tal vez por eso, Ehrenreich enfatiza que "[a] fixidez tenaz da lingua da familia é um dos principais caracteres dos Americanos" (Ehrenreich 1891: 86, citado en Christino 2007a: 73).

Pero existe otra diferencia entre los dos proyectos de investigación, que se debe a la situación lingüística en las respectivas épocas de Martius y los sudamericanistas, perceptible en la forma de recoger datos. Christino (2007b) analiza el rol que para Capistrano de Abreu y sus colegas desempeñaron los informantes nativos y llega a la conclusión de que el informante bilingüe en portugués y lengua indígena desempeñó un rol decisivo para poder discutir los datos con él. En el caso de Capistrano fue el único contacto que tuvo con las lenguas que describía ya que no realizaba trabajo de campo, un hecho que sus colegas no le reprimieron dada la cualidad

ya no como lengua vehicular sino como lengua materna de unas pocas comunidades. *Nheengatú* significa 'lengua general', pero también 'lengua bella' y 'lengua domesticada' (Münzel 2002: 92-93).

de su trabajo (Christino 2007b: 54-59). Esta práctica llevó a la paradoja de que se consideraba la lengua indígena del informante lo que definía su singularidad y alteridad radical en cuanto pertenecía a un grupo étnico diferente, pero al mismo tiempo se servía del indígena bilingüe y hasta cierto punto asimilado para poder llevar a cabo la investigación de su cultura que se veía en peligro de extinción por el avance de la explotación del caucho en el área amazónica. Christino (2007b: 47) describe la urgencia de rescates de última hora con que se defendía la necesidad de la investigación. Recordemos también que Lenz ve la cultura mapuche condenada a extinguirse por la progresiva asimilación a la cultura nacional chilena. Comparemos esto con la situación que Martius debe haber encontrado en su viaje de investigación a comienzo del siglo XIX: en esta época la *língua geral* en la región amazónica todavía era de circulación amplia hasta que la explotación del caucho con un flujo de trabajadores luso-hablantes y la forzada integración de los indios como mano de obra terminó con esta situación lingüística (Münzel 2002: 93).[14] Los sudamericanistas se veían confrontados con estos cambios ya avanzados y lamentaron sus efectos dramáticos para la desaparición de las culturas indígenas. Sin embargo, no tematizaron los cambios en las relaciones entre diferentes lenguas a causa de la progresiva eliminación de la *língua geral* como lengua vehicular de una parte considerable de la población ya que no encajaba con el afán de identificar a cada tribu indígena por su propia lengua y no las interacciones lingüísticas plurilingües reinantes en la población.

Conclusiones

En este trabajo, nos interesaba analizar cómo nuestros protagonistas se mueven entre diferentes redes discursivas nacionales, regionales e internacionales. El análisis de este traficar entre diferentes espacios nos permitió observar el conflictivo proceso de negociación de significados en la formación de la nación. Todas la posiciones discutidas aquí están en cierta tensión con el discurso nacional hegemónico, pero intentan lograr legitimidad al inscribirse en discursos científicos internacionales. Vimos como

14 Compárese Mariani (2004) para una descripción crítica de la eliminación del plurilingüismo en Brasil aunque no toma en cuenta las lenguas africanas en circulación durante largos tiempos (Bonvini 2008).

Cuervo utilizaba su postura como lingüista científico para contrariar el fuerte discurso de unidad de la lengua que reinaba en Colombia y en otros países hispanos en la época. Lenz por su lado usó su formación lingüística para aprovechar la riqueza de material desconocido para él que su nuevo entorno le ofrecía y chocó contra el mismo discurso hispánico purista que Cuervo. Se puede interpretar el trabajo lingüístico de Capistrano de Abreu como una extensión lógica de su proyecto de escribir una historia colonial de Brasil sin tener que conformarse sólo con fuentes provenientes de los colonizadores portugueses, pero cabe pensar también en la manera en que el discurso etnológico cementaba las diferentes etnias en una alteridad identificada por su propia lengua. Tanto Cuervo como Capistrano de Abreu parecen haber huido de la politización de la cuestión nacional en sus respectivos países y en su lugar desplazaron su energía a la colaboración en una comunidad científica internacional en la cual gozaron de respeto por sus trabajos lingüísticos que en sus propios países entraron en conflicto con los discursos hegemónicos. Al mismo tiempo, Cuervo transformó de forma original tradiciones gramaticales de su contexto local, como el diccionario de provincialismos, mediante los nuevos métodos de la gramática histórico-comparativa y llegó de esta forma a llamar la atención a un área de estudio nueva para la filología románica: el español de América, que surge como conjunto regional opuesto al español europeo. Utilizó su prestigio científico para reivindicar la legitimidad de la evolución de esta variedad incluyendo su posible paulatina diferenciación del español peninsular. Lenz al contrario se acercó a las realidades locales chilenas para contribuir con nuevos datos al debate de substrato en la formación de las lenguas románicas. La formación del español de América le sirve de ejemplo para procesos similares a la diferenciación del latín. Pero intervino también en el discurso nacional chileno con sus tesis provocadoras sobre la formación del español chileno a partir de las variedades populares influenciadas por el mapudungun. Ese gana su especifidad según Lenz a partir del contacto con la lengua indígena mientras que la cultura indígena se consume en este proceso de asimilación cultural que deja atrás meras huellas lingüísticas. Al contrario, sudamericanistas como Abreu se empeñaban en disminuir la influencia del contacto ya que su objetivo consistía en establecer lenguas separadas en un contexto de cultura oral y plurilingüe donde tales fronteras no fueron nítidamente establecidas por tradiciones escritas.

Un tema importante en los discursos lingüísticos descritos fue la cuestión del lenguaje natural, es decir no literario, el punto de partida para el

análisis de la evolución lingüística que puede ser traducida por el filólogo a cambios fonéticos regulares o por el etnógrafo-lingüista a relaciones de parentesco. Se manifiesta aquí la relación ente la abstracción de una pueblo-nación pensada a partir de la cultura élite y el trasfondo social diferenciado y su explotación científica en los estudios folklóricos y la etnología. Sin embargo, esta perspectiva contuvo un potencial explosivo en la medida en que incluía a hablantes, que antes sólo habían sido considerados como objetos de corrección y exclusión, en portadores legítimos de la lengua nacional o, por lo menos, en hablantes que podían influir en su evolución, o –en el caso de los sudamericanistas– en hablantes de lenguas por sí mismas legítimas que caracterizaban diferentes etnias entre las culturas sudamericanas precolombinas.

Lo que falta por explorar en este contexto es de qué manera este interés en el lenguaje natural se relacionaba con cambios en el espacio comunicativo como indicamos en el caso de Martius acerca de la *língua geral.* Mostramos en otro lugar (Bachmann 2005) como Herman Paul (1886) en sus famosos *Principios de la historia del lenguaje* nos deja entrever algunos de los cambios transcurridos en el espacio comunicativo del alemán en la misma época, aunque fuera para minimizar tales efectos para la teoría del cambio lingüístico. Describe que la urbanización junto con el aumento de la educación de masa lleva a un contacto entre diferentes variedades de la lengua, sobre todo el alemán estándar, sistema 'artificial' aprendido en la escuela, y los dialectos tradicionales, lenguaje 'natural'. Este contacto entre diferentes variedades provocado por nuevos contextos sociales y educativos parece desempeñar un rol en las observaciones de Lenz y Cuervo acerca de la confluencia entre lengua común y lengua popular frente a una lengua literaria considerada como artificial y por tanto carente de legitimidad. Pessoa (2003) analiza materiales del centro urbano de Pernambuco a finales del siglo XIX enfocando la estrecha relación entre prácticas orales y escritas de diferente índole en este nuevo espacio comunicativo para argüir que allí surgieron las nuevas normas urbanas.

Bibliografía

Alonso, Amado (1940): "La interpretación araucana de Lenz para la pronunciación chilena". En: Alonso, Amado/Lida, Raimundo (eds.): *El español en Chile.* Biblioteca de dialectología hispanoamericana VI. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, pp. 279-289.

Alonso, Amado/Lida, Raimundo (eds.) (1940): *El español en Chile.* Biblioteca de dialectología hispanoamericana VI. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. London/New York: Verso.

Auroux, Sylvain/Bernard, Gilles/Boulle, Jacques (2000): "Le développement du comparatisme indo-européen". En: Auroux, Sylvain (ed.): *Histoire des idées linguistiques*. Tomo 3: *L'hégémonie du comparatisme*. Liège: Mardaga, pp. 155-171.

Bachmann, Iris (2005): *Die Sprachwerdung des Kreolischen: eine diskursanalytische Untersuchung am Beispiel des Papiamentu*. Tübingen: Narr.

— (2007a): "Negertaaltje or Volkstaal: The Papiamentu Language at the Crossroads of Philology, Folklore and Anthropology". En: *Indiana* 24, pp. 87-105.

— (2007b): "Recopilar palabras: la descripción de la variedad lingüística en el mundo hispanoamericano hacia 1900". En: Bierbach, Mechtild/Gemmingen, Barbara von/Stork, Yvonne (eds.): *Das gefesselte Wort. Beiträge zur Geschichte der Lexikographie und Grammatikographie des Spanischen/La palabra atada. Contribuciones sobre la evolución de diccionarios y gramáticas del español*. Bonn: Romanistischer Verlag, pp. 33-47.

Bagus, Anita (2005): *Volkskultur in der bildungsbürgerlichen Welt: Zum Institutionalisierungsprozeß wissenschaftlicher Volkskunde im wilhelminischen Kaiserreich am Beispiel der Hessischen Vereinigung für Volkskunde*. Giessen: Universitätsbibliothek Giessen.

Bello, Andrés ([1847] 1921): *Gramática castellana destinada al uso de los americanos.* 20ª edición con extensas notas de Rufino José Cuervo. Paris: Chernoviz.

Bonvini, Emílio (2008): "Línguas africanas e português falado no Brasil". En: Fiorin, José Luiz/Petter, Margarida (eds.): *África no Brasil: a formação da língua Portuguesa*. São Paulo: Contexto, pp. 15-62.

Christino, Beatriz (2007a): *A rede de Capistrano de Abreu (1853-1927): uma análise historiográfica do* rã-txa hu-ni-ku-ɪ *em face da Sul-americanística dos anos 1890-1929*. Tesis doctoral. Universidade de São Paulo.

— (2007b): "Os vaivéns da rede (internacional) de Capistrano de Abreu". En: *Revista do IEB* 45, pp. 37-62.

Cruz, Aline (2005): *O resgate da Língua Geral: Modos de Representação das unidades lingüísticas da Língua Geral Brasílica e do Tupi Austral na obra de Martius (1794-1868)*. Tesis de Maestría. Universidade de São Paulo.

Cruz, Aline/Christino, Beatriz (2005): "O contato lingüístico para Martius (1794-1868), Steinen (1855-1929) e Ehrenreich (1855-914)". En: *Papia* 15, pp. 102-110, <http://abecs.net/ojs/index.php/papia/article/view/28/327> (11.04.2011).

Cuervo, Rufino José ([1867-72] 1954): *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano con frecuente referencia al de los países de Hispano-América.* 9ª edición corregida. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

— (1901): “El castellano en América”. En: *Bulletin hispanique* 3, 1, pp. 35-62.

Deas, Malcolm (1993): “Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia”. En: Deas, Malcolm: *Del poder de la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas.* Bogotá: Tercer mundo editores, pp. 25-60.

Ennis, Juan (2008): *Decir la lengua: Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837.* Frankfurt am Main/Bern/New York: Lang.

Ennis, Juan/Pfänder, Stefan (2009): “La unidad de la lengua y la irrupción de la lingüística: el caso Cuervo”. En: *Revista argentina de historiografía lingüística* 1, 2, pp. 175-194.

Escudero, Alfonso M. (1963): “Rodolfo Lenz”. En: *Thesaurus* 18, 2, pp. 445-484.

González Stephan, Beatriz (1995): “Las disciplinas escriturarias de la patria: constituciones, gramáticas y manuales”. En: *Estudios* 3, 5, pp. 19-46.

Guitarte, Guillermo/Torres Quintero, Rafael (1968): “Linguistic correctness and the role of the academies”. En: *Current trends in linguistics* 4, pp. 562-604.

Heath, Shirley Brice (1972): *La política del lenguaje en México: de la colonia a la nación*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.

Knauer, Gabriele/Kaluza, Martin (1998): “Die ‘indigenistische Theorie’ der Phonetik im chilenischen Spanisch von Rodolfo Lenz: Ein Vorläufer der modernen Kontaktlinguistik?” En: *Philologie im Netz (PhiN)* 3, 1, pp. 1-21. <http://web.fu-berlin.de/phin/phin3/p3t1.htm> (11.04.2011).

Lara, Luis Fernando (2007): “Por una reconstrucción de la idea de la lengua española”. En: Valle, José del (ed.): *La lengua, ¿patria común? Ideas e ideologías del español.* Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 163-181.

Lenz, Rodolfo (1894): *Ensayos filolójicos americanos*. 2 volúmenes. Santiago de Chile: Anales de la Universidad de Chile.

— (1928): *El Papiamento, la lengua criolla de Curazao. La gramática mas sencilla.* Santiago de Chile: Anales de la Universidad de Chile.

— (1940): “Advertencia del autor”. En: Alonso, Amado/Lida, Raimundo (eds.) (1940): *El español en Chile.* Biblioteca de dialectología hispanoamericana VI. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, pp. 81-82.

— (1940 [1891/92]): “Estudios chilenos”. En: Alonso, Amado/Lida, Raimundo (eds.) (1940): *El español en Chile.* Biblioteca de dialectología hispanoamericana VI. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, pp. 87-208. (Traducción de “Chilenische Studien”, I-VII. En: *Beihefte der Zeitschrift Phonetische Studien*.)

— (1940 [1893]): “Para el Conocimiento del Español de América”. En: Alonso, Amado/Lida, Raimundo (eds.) (1940): *El español en Chile.* Biblioteca de dialectología hispanoamericana VI. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, pp. 209-258. (Traducción de “Beiträge zur Kenntnis des Amerikaspanischen”. En: *Zeitschrift für Romanische Philologie* 17, pp. 188-214.)

Lüdtke, Jens (2001): “Romanische Philologie von Dante bis Raynouard: Diachrone romanische Sprachwissenschaft und Sprachgeschichtsschreibung” En: Holtus, Günter/Metzeltin, Michael/Schmitt, Christian (eds.): *Lexikon der Romanistischen Linguistik*. Tomo I,1: *Geschichte des Faches Romanistik. Methodologie (Das Sprachsystem)*. Tübingen: Niemeyer, pp. 1-35.

Malkiel, Yakov (1968): "Hispanic Philology". En: Seboek, Thomas A. (ed.): *Current Trends in Linguistics.* Tomo IV: *Ibero-American and Caribbean Linguistics*. Den Haag: Mouton, pp. 158-228.

Mariani, Bethania (2004): *Colonização Lingüística.* Campinas: Pontes.

Münzel, Mark (2002): "Vom Erzählen zum Zuhören: Die Rolle der Interlinearübersetzung im Kampf gegen die Romantik in Brasilien". En: Scharlau, Birgit (ed.): *Übersetzen in Lateinamerika.* Tübingen: Narr, pp. 87-104.

Oesterreicher, Wulf (2000): "L'étude des langues romanes". En: Auroux, Sylvain (ed.): *Histoire des idées linguistiques*. Tomo 3: *L'hégémonie du comparatisme*. Liège: Mardaga, pp. 9-22.

Pessoa, Marlos de Barros (2003): *Formação de uma variedade urbana e semi-oralidade*. Tübingen: Niemeyer.

Pratt, Mary Louise (2002): "The Traffic in Meaning: Translation, Contagion, Infiltration". En: *Profession* 1, pp. 25-36.

Scharlau, Birgit (2000): "Romanistik in Zeit und Raum". En: Amos, Thomas/Bertram, Helmut/Giaimo, Maria Cristina (eds.): *Les Mots de la Tribu*. Festschrift für Gerhard Goebel. Tübingen: Stauffenburg, pp. 395-402.

— (2004): "Situierte Konzepte: Über das Schreiben von Sprachwissenschaftsgeschichte". En: Haßler, Gerda (ed.): *History of Linguistics in Texts and Concepts. Geschichte der Sprachwissenschaft in Texten und Konzepten*. Tomo 1. Münster: Nodus, pp. 13-32.

Valle, José del (2002a): "Juan Valera". En: Valle, José del/Gabriel-Stheeman, Luis (eds.): *The Battle over Spanish between 1800 and 2000: Language Ideologies and Hispanic Intellectuals.* London/New York: Routledge, pp. 64-77.

— (2002b): "Menéndez Pidal, nacional regeneration and the linguistic utopia". En: Valle, José del/Gabriel-Stheeman, Luis (eds.): *The Battle over Spanish between 1800 and 2000: Language Ideologies and Hispanic Intellectuals.* London/New York: Routledge, pp. 78-105.

Valle, José del/Gabriel-Stheeman, Luis (eds.) (2002a): *The Battle over Spanish between 1800 and 2000: Language Ideologies and Hispanic Intellectuals.* London/New York: Routledge.

— (2002b): "Nationalism, *hispanismo*, and monoglossic culture". En: Valle, José del/Gabriel-Stheeman, Luis (eds.): *The Battle over Spanish between 1800 and 2000: Language Ideologies and Hispanic Intellectuals.* London/New York: Routledge, pp. 1-13.

Wagner, Max Leopold (1920a): "Amerikanisch-Spanisch und Vulgärlatein I". En: *Zeitschrift für Romanische Philologie* 40, pp. 286-312.

— (1920b): "Amerikanisch-Spanisch und Vulgärlatein II". En: *Zeitschrift für Romanische Philologie* 40, pp. 385-404.

Walde, Erna von der (1997): "Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo xix". En: *Revista Iberoamericana* 63, 178-179, pp. 71-83.

Las Academias Correspondientes de la Lengua en la Hispanoamérica del siglo XIX

Kirsten Süselbeck

Introducción

Antes de la independencia, la única institución encargada de cuestiones normativas de la lengua para Hispanoamérica era la Real Academia Española (RAE) en Madrid. Se fundó en 1713 para "limpiar, fijar y dar esplendor" a la lengua y, con ello, a la nación.[1] Para alcanzar este objetivo publicaba un diccionario, una gramática y una ortografía del español.[2] Los primeros estatutos de la RAE determinaban 24 miembros, que "han de ser

1 La RAE se fundó por iniciativa de Juan Manuel Fernández Pacheco, el marqués de Villena. Felipe V aprobó la fundación en 1714. Durante mucho tiempo se mantuvo la teoría de que el motivo de la fundación de la RAE fue detener la "decadencia del idioma", detectada en aquella época en comparación con el idioma del Siglo de Oro, sobre todo al sentir una influencia del galicismo cada vez mayor. Sin embargo, según una teoría más moderna sostenida por primera vez por Lázaro Carreter en 1972, la intención de los fundadores de la Academia fue establecer un idioma fijo que tuviera el mismo prestigio que las otras lenguas europeas (sobre todo el francés). En esta interpretación, la publicación de un diccionario del español (primer proyecto de la recién fundada Academia) era un instrumento para mostrar la estabilidad y grandeza del idioma español y con ello del país (Fries 1989: 19-24). Fries (1989) analiza diferentes fuentes de la fundación de la RAE y precisa con ello la tesis de Lázaro Carreter: ni el rechazo del francés ni el del culteranismo fueron los motivos centrales para la fundación de esta institución. Más bien, lo que les preocupaba a los fundadores era "el honor nacional, que creían poder acrecentar con una serie de actividades del cuidado de la lengua" (Fries 1989: 45). Fries postula: "[…] el principal propósito del grupo era aumentar el honor y la gloria de la nación (primer nivel); a tal efecto se esperaba poder proporcionar a la lengua española un mayor prestigio internacional (segundo nivel), y esto se pensaba conseguir por: *a)* la creación de una academia acreditada de la lengua; *b)* una limpieza a la que se uniera la estabilización de la lengua española en su máxima perfección posible, que parecía haber alcanzado en el siglo (XVI y) XVII; *c)* probar de cara al exterior las cualidades del español, y *d)* restituir el prestigio de la lexicografía española (tercer nivel)" (1989: 45). En las fuentes analizadas por Fries se habla explícitamente de la "nación" y de su prestigio. Así, en la petición del marqués de Villena al rey para reconocer a la Academia como institución real (1713) se explica que el cuidado de la lengua está en el interés de la "honra de la Nación" (Fries 1989: 28).

2 Para la historia de la RAE véanse entre otros Lapesa (1987), Salvador (1992) y, sobre todo, Zamora Vicente (1999).

[…] sujetos de buen juicio y fama y personas decentes, aficionadas a la gloria de la Nación y lengua, y capaces de trabajar en el asunto que se propone esta Academia" (Estatutos de 1715, citado en Zamora Vicente 1999: 35). Para llegar a ser miembro de la RAE se mandaba un memorial al director que era leído ante los miembros, los cuales votaban después en secreto al candidato (Zamora Vicente 1999: 35). Pronto, también intelectuales procedentes de Hispanoamérica formaron parte de la RAE, por ejemplo el peruano Diego de Villegas y Saavedra (1733), o, después de la independencia, el argentino Ventura de la Vega (1845) y el mexicano Fermín de la Puente y Apezechea (1850).[3] En 1859 se formalizó el cargo de académico correspondiente para que pudiesen formar parte de la Academia aquellos investigadores y especialistas en las materias de la Academia que viviesen fuera de la Corte (Zamora Vicente 1999: 40). Entre los primeros académicos correspondientes americanos están el peruano Felipe Pardo Aliaga (1861), el mexicano José Joaquín Pesado (1861), los venezolanos Andrés Bello (1861) y Cecilio Acosta (1869) y el chileno José Victoriano Lastarria (1870) (López Morales 2005: 922).

En 1870 el escritor colombiano José Vergara y Vergara (1831-1872) dirigió una carta a Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880), miembro de la RAE en Madrid, proponiendo una idea surgida entre un grupo de literatos colombianos: la creación de Academias de la Lengua situadas en las repúblicas americanas pero afiliadas a la RAE en Madrid. Los académicos españoles se mostraron muy interesados en la idea y decidieron inmediatamente ponerla en práctica (León Rey 1980: 44-45; Salvador 1992: 415-416). El 24 de noviembre de 1870 la RAE aprobó las bases para la fundación de las Academias Correspondientes en las repúblicas independientes de América donde se establecía cómo y bajo qué condiciones se iban a poder fundar las Academias en América (Puente y Apezechea 1873: 280-282).[4]

3 Datos según Guitarte/Torres Quintero (1968: 564).

4 Aquí se establece por ejemplo que las Academias Correspondientes pueden escoger sus miembros, pero que solamente la RAE los puede nombrar oficialmente, que los estatutos de las Academias Correspondientes deben parecerse a los de la RAE y que, si las Academias desean cambiarlos, deben consultarlo con la RAE. Para las regulaciones de los estatutos de 1870 y su posterior evolución en el siglo xx véase Süselbeck (en prensa).

Las intenciones perseguidas por los intelectuales españoles al fundar las Academias Correspondientes de la RAE en Hispanoamérica[5] –justamente en el momento cuando la antigua "Madre Patria" reconoce que ya no será posible reconquistar las colonias perdidas– se expresan en un informe de la RAE sobre la fundación de las Academias Correspondientes redactado en 1873 por Fermín de la Puente y Apezechea (1812-1875). Aquí se afirma que tales instituciones son un instrumento para reanudar las relaciones con América y reforzar la cultura hispánica en las repúblicas independizadas:

> Con tan sencillo medio [con la fundación de las Academias Correspondientes] entendió y propone la Academia Española realizar fácilmente lo que para las armas y aún para la misma diplomacia es ya completamente imposible. Va la Academia á reanudar los violentamente rotos vínculos de fraternidad entre americanos y españoles; […] (Puente y Apezechea 1873: 279).

El escritor español Juan Valera (1824-1905), miembro de la RAE a partir de 1861, explica en una de sus *Cartas americanas* (1889) que las Academias Correspondientes ayudan a restablecer y conservar la "unidad superior de la raza" e incluso reconoce que a través de ellas "el centro académico de Madrid, en nombre de España, ejerce cierta hegemonía, tan natural y suave, que no engendra sospechas, ni suscita celos ó enojos" (Valera 1889: ix-x).

Es en aquella época, a mediados del siglo XIX, cuando surge entre intelectuales españoles la idea de que la cultura, la tradición y la lengua compartidas por España y América prueban que a pesar de la independencia de América todavía existe una unión entre España y sus antiguas colonias, incluso más fuerte y más duradera que la dominación política en tiempos coloniales. Se fundan diferentes revistas que difunden esta idea: *Revista Española de Ambos Mundos* (1853-1855), *La América. Crónica Hispanoamericana* (1857-1886), *La Ilustración Española y Americana* (1869-1921) y *El Imparcial* (1867-1870).[6] En este contexto, los intelectuales españoles defienden la idea de que España tiene que mantener su control cultural sobre las antiguas colonias, ya que si lo pierde éstas, por influencias extranjeras (sobre todo francesas y angloamericanas) e indígenas, se desviarán de lo que ellos definen como su cultura original y como sus verdaderos valores (Pike 1971: 2, 137-139, 311-317; Valle/Gabriel-Stheeman 2004a: 24). Sobre todo la lengua es para los defensores de este pensamiento prueba de la unión originaria entre España y América. El español se define como

5 Véanse también Scherag (1966), Brumme (1993).
6 Datos según Rama (1982: 243).

base de una manera común de ver el mundo. Por ello es necesario mantener su "pureza" y su "unidad" para que pueda seguir funcionando como símbolo de la existencia de una identidad común; prevenir su "corrupción" corresponde a la lucha por la conservación de la cultura hispánica en las jóvenes repúblicas independientes (Pike 1971: 134-135). En este sentido, la fundación de las Academias Correspondientes, encargadas de velar por la preservación de la lengua en América bajo los auspicios de la RAE en Madrid, es, desde el punto de vista español, uno de los proyectos más importantes en la lucha por el mantenimiento de la hegemonía cultural hispánica en las antiguas colonias.

Considerando que las Academias eran un proyecto radicado todavía en un pensamiento colonial no sorprende que después de la fundación de la Academia Colombiana en 1871 pasaran varios años antes de que se fundara la siguiente Academia. En 1874 Leopoldo Augusto de Cueto (1815-1901), miembro de la RAE, postula que no tiene sentido seguir el proyecto de fundar Academias en América ya que cree que es poco posible que en América se acepte una autoridad con raíces en España (Rama 1982: 137-138). Sin embargo, la RAE decide reforzar sus contactos con los miembros correspondientes en América y proponerles de nuevo reunir a intelectuales interesados en la fundación de una Academia en su país. También la ya fundada Academia Colombiana manda una carta a todos los miembros correspondientes de la RAE en América para interesarles en el proyecto (Scherag 1966: 45). En el mismo año, 1874, un grupo de intelectuales funda la Academia Ecuatoriana. En los dos decenios que siguen se fundan seis Academias más: la mexicana (1875), la salvadoreña (1876), la venezolana (1883), la chilena (1885), la peruana (1887) y la Academia Guatemalteca de la Lengua (1887).[7] Sin embargo, una vez fundadas casi no trabajan y pronto dejan de existir prácticamente. La Academia Chilena ya se disuelve en 1887, dos años después de su fundación, y no se vuelve a instalar hasta 1914 (Araneda Bravo 1976: 25-30; Livacic Gazzano 1985: 195-198). También precisan de una reinstalación a principios del siglo xx la Academia Peruana (1918), la ecuatoriana (1923), la guatemalteca (1930), la venezolana (1930) y la colombiana (1932).[8] De la Academia

7 Fechas de fundación según Zamora Vicente (1999: 349-350).

8 Datos según Guitarte/Torres Quintero (1968: 570), para Colombia: Echeverri Mejía (1964: 104). Estas reinstalaciones son promovidas tanto por la RAE como por los círculos de intelectuales americanos, ya que a ambos lados del Atlántico todavía se perseguía la idea de trabajar juntos en cuestiones de la lengua.

Salvadoreña queda en 1915 un único miembro, el poeta Juan J. Cañas (López Vallecillos 1980: 157-159). La única academia que no deja de existir es la mexicana. Sus *Memorias* de 1886 comprueban, sin embargo, la situación de inactividad en que se encontraba, ya que afirman que

> [n]o faltará quien piense que esta reseña carece de objetivo, pues viendo la Academia casi completamente aislada, sin celebrar sesiones solemnes, ni acudir á las que promueven otros cuerpos literarios ó científicos; imprimiendo sus producciones muy de tarde en tarde, y hurtándose á la luz pública cuanto más puede; es de creerse que no hay a quien de ella haga memoria (Academia Mexicana 1886: 5).

Las Academias Correspondientes en América no llegan a ser instituciones estables que trabajan constantemente en las cuestiones de la lengua hasta el siglo siguiente cuando a partir de los años veinte se crean las demás Academias.[9] Se debe tener en mente, por lo tanto, que la historia de las Academias americanas en el siglo XIX es una historia de fracaso. Sin embargo, al tener en cuenta la difícil situación política de los países americanos después de la independencia y el gran reto que significaba construir y hacer funcionar los nuevos Estados, no sorprende tanto que las Academias Correspondientes del siglo XIX hayan fracasado, sino que –a pesar de todo– se hayan constituido y hayan funcionado durante algún tiempo. Mientras queda sin duda comprobado que en España se tenía un fuerte interés en la fundación de las Academias, pocas veces se plantea la cuestión de por qué los intelectuales en las repúblicas americanas y también sus gobiernos apoyaron y, finalmente, realizaron el proyecto.

La pregunta que quiero plantear en este ensayo es por tanto: ¿qué motivos hubo en los países hispanoamericanos para fundar Academias de la Lengua Correspondientes de la RAE, instituciones que obviamente no solamente iban a defender la norma lingüística tradicional del español de España, sino que además pretendían mantener la hegemonía cultural de España sobre la América independiente? ¿Fue posible crear estas institu-

9 Academia Costarricense (1923), Academia Filipina (1924), Academia Panameña (1926), Academia Cubana (1926), Academia Paraguaya (1927), Academia Dominicana (1927), Academia Boliviana (1927), Academia Nicaragüense (1928), Academia Argentina de Letras (1931), Academia Nacional de Letras (Uruguay, 1943), Academia Hondureña de la Lengua (1948), Academia Puertorriqueña de la Lengua (1955), Academia Norteamericana de la Lengua (1973). Datos de fundación según Zamora Vicente (1999: 349-350).

ciones porque iban conformes a los fundamentos de la construcción de las naciones hispanoamericanas?

Actitudes americanas ante la lengua y ante la fundación de las Academias

Es lógico que al independizarse surja en los países americanos en seguida la cuestión sobre cuál institución pueda reemplazar a la RAE como autoridad en cuestiones de lengua y literatura. Ya que la nación se imaginaba como un territorio donde convivía un pueblo con las mismas características y compartiendo una misma lengua, la voluntad de construir una nación hacía imprescindible la regulación y definición de esta lengua como fundamento espiritual de la identidad nacional. Al mismo tiempo, esta lengua había de funcionar como vehículo para la educación de las masas populares. Por ello, los políticos americanos de la primera hora después de la independencia, tanto liberales como conservadores, se interesaban por la cuestión de la lengua. Muchos de ellos se dedicaron además a la literatura y a la lingüística, como escritores o como filólogos. Por ejemplo, el escritor y político liberal mexicano José Joaquín Pesado (1801-1861) formó parte de la nómina de la primera Academia de la Lengua en México. Esto –aunque todavía no planeada como correspondiente de la RAE y además carente de éxito porque nunca llegó a funcionar– ya deja entrever el interés americano en la existencia de instituciones que perpetúen el ideal de la lengua de tradición hispana en las nuevas naciones. La propuesta de su creación en 1835 queda lejos de ser un intento de la emancipación del idioma americano o mexicano del español de España. Al contrario: el decreto de su fundación comprueba que la meta incuestionable de la institución es el mantenimiento de la "pureza" del idioma según el modelo tradicional:

> La decadencia á que ha llegado entre nosotros la lengua castellana, tanto por la falta de principios en la mayor parte de los que la hablan y escriben, como por la circulación de las malas traducciones de que ha inundado á la república mexicana la codicia de los libreros extrangeros, y principalmente por la escasez de obras clásicas y originales producida por la incomunicación en que hemos estado con España, ha llamado justamente la atención de los que se interesan en la conservación de la más rica, pomposa y sonora de todas las lenguas del Mediodía de Europa.
> Deseoso el supremo gobierno de aprovechar tan favorable ocasión para contener aquel mal y restituir toda la pureza y esplendor á la lengua que heredamos

de nuestros mayores, y que es por consiguiente la nuestra, ha dispuesto crear una academia con el título de *Academia de la Lengua* [...].[10]

Este apoyo a la idea de una lengua con tradición hispana en México compagina con la reanudación de las relaciones políticas de este país con España que cae en la época cuando José Joaquín Pesado fue ministro de Relaciones Exteriores (1838) bajo el Gobierno del presidente Anastasio Bustamante (1837-1839).

Al igual que la idea de esta temprana Academia de la Lengua Mexicana, tampoco la propuesta de la creación de una Academia de la Lengua Americana, que se lanza en el periódico colombiano *La Miscelánea* (Rosenblat 1960: 555) ya en 1826, radica –como nos recuerda Guillermo Guitarte (1991: 74-75)– en la voluntad de emancipación lingüística con respecto a España, sino en la comprensión de la necesidad de mantener la lengua compartida por las naciones americanas. La fundación de las Academias Correspondientes no es por tanto más que la continuación de una actitud ya existente en América anteriormente, de manera que no sorprende el hecho de que la idea de crear estas instituciones no surgiera en España sino entre un grupo de literatos colombianos y que después fuera además apoyada por los gobiernos de las jóvenes repúblicas (Lázaro Carreter 1998).

Solamente en Argentina queda comprobada la existencia de una más extendida actitud crítica ante la fundación de las Academias Correspondientes y a la vez de una fuerte rebelión ante el ideal de lengua establecido. Ésta fue sostenida sobre todo por los literatos de la generación de 1837 que creían que después de la independencia política era también necesario alcanzar la independencia de España en cuestiones de la lengua. Así, el escritor y político Juan Bautista Alberdi (1810-1884) critica el establecimiento de las Academias Correspondientes en su ensayo "De los destinos de la lengua castellana en la América antes española" (Cambours Ocampo 1983: 30-38). Alberdi incluso propone reemplazar el español como lengua de las nuevas repúblicas por el francés o el inglés (Matamoro 2006: 169).[11] Su compatriota Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) prefiere una norma lingüística inspirada en la lengua popular de las masas y no en la lengua culta tradicional (Brumme 1993: 344); su propuesta para una reforma ortográfica pretende acercar la lengua escrita a la pronunciación

10 Citado según: <www.academia.org.mx/pdfs/aclengua1835.pdf> (15.08.2011).

11 Para el pensamiento de Alberdi sobre la lengua véanse Rosenblat (1977b: 170), Cambours Ocampo (1983: 30-38) y Ennis (2008: 114-116).

americana (Brumme 1992: 388; Guitarte/Torres Quintero 1968: 588).[12] Otro ejemplo es el político, escritor y crítico literario Juan María Gutiérrez (1809-1878), quien en 1876 publica una carta abierta en el periódico *La Libertad*, donde rechaza la oferta de la RAE de nombrarlo Académico Correspondiente. Gutiérrez declara que la evolución libre del español en la Argentina es prueba del cosmopolitismo de este país, que indica su superioridad frente al conservadurismo encerrado de España.[13]

La actitud revolucionaria de la generación de 1837 con respecto a la lengua ha sido estudiada ampliamente.[14] Sin embargo, a veces se olvida que –aunque la fuerte corriente antihispanista en Argentina hizo imposible la creación de una Academia Correspondiente a la RAE en este país durante el siglo XIX[15]– existía en la Argentina de entonces también oposición a la idea de la emancipación de la lengua. Las declaraciones de la generación de 1837 despertaron una fuerte polémica, descrita por el periodista argentino Arturo Costa Álvarez en su obra *Nuestra lengua* (1922). La polémica surge sobre todo porque, a pesar de la resistencia entre los personajes pertenecientes a este grupo, otros intelectuales argentinos se dejan nombrar Académicos Correspondientes de la RAE en los años 70 (Barcia 2003).[16] Rosenblat (1960: 575) nos recuerda además que entre 1873 y 1879 existe

12 Sarmiento propone su reforma en la *Memoria sobre ortografía castellana* de 1843. En 1844 la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile aprueba una versión menos revolucionaria, adaptada a las propuestas de Andrés Bello; la reforma se declara vigente para todo Chile poco después. Es abolida en 1927 (Rosenblat 1977b: 177-178; Ennis 2008: 124-125). Para el pensamiento de Sarmiento sobre la lengua véanse Rosenblat (1977b: 170-178), Vellemann (2004), Cichon (2007) y Ennis (2008: 117-143).

13 Esta anécdota es descrita por primera vez por Costa Álvarez (1922: 58-70). Se refieren a ella además: Guitarte/Torres Quintero (1968: 569), Rama (1982: 133), Cambours Ocampo (1983: 26-27, donde se cita el texto entero de las cartas de Gutiérrez: 43-51), Brumme (1993: 351), Zamora Vicente (1999: 349-350), Torrent-Lenzen (2006: 33, 148-149). Sobre el pensamiento lingüístico de Gutiérrez véase Ennis (2008: 143-157).

14 Entre otros: Costa Álvarez (1922 y 1928), Rosenblat (1960), Guitarte (1991), Matamoro (2006), Ennis (2008).

15 Aunque llega a existir una Academia Correspondiente en 1910, se disuelve poco después (Costa Álvarez 1922: 85-86, 1928: 83-85). Los intentos de reactivar la institución en 1914 y 1928 fracasan (Costa Álvarez 1928: 85). En 1931 se funda la Academia Argentina de Letras, la cual, sin embargo, no rige como correspondiente de la española, sino como institución independiente. Acerca de la historia de la fundación de la Academia Argentina de Letras véase Barcia (2003).

16 Se trata de: Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Ángel Justiniano Carranza, Luis Domínguez, Carlos Guido Spano, Vicente Quesada, Pastor Obligado, Ernesto Quesada y Carlos María Ocantos.

una Academia Argentina de Ciencias y Letras, que a pesar de no ser correspondiente de la RAE tiende igualmente hacia el purismo lingüístico. Además, tampoco los escritores de la generación de 1837 mantienen una posición clara y única en el debate. Así, los textos de Sarmiento son ambivalentes y contradictorios. El declarado antiacademicista llega a celebrar en 1849 la publicación de la *Biblioteca de autores españoles* de Manuel Rivadeneyra declarando que su difusión en América puede funcionar "como correctivo indispensable de los vicios de lenguaje que pudiera ir deponiendo la labor del tiempo, la distancia, y aquella falta de comunidad de intereses i de vida política que ha creado la independencia americana" (Sarmiento 1849: 332-333). Alberdi incluso llega a aceptar el cargo de Académico Correspondiente (Rosenblat 1960: 560). Costa Álvarez (1922: 28) pone en duda que Alberdi, Sarmiento y Gutiérrez "hayan predicado realmente la desnaturalización del castellano entre nosotros" y llega a la conclusión de que los argentinos de aquel tiempo muestran un "espíritu de indecisión" con respecto a la cuestión de la norma lingüística (Costa Álvarez 1922: 40). Esta indecisión acerca de la lengua es reflejo de la indecisión acerca de las relaciones argentinas (y americanas) con España. Por un lado, el afán de constituir una nación independiente causa sentimientos antihispanistas, por el otro lado, el deseo de construir una identidad nacional a base del legado histórico colonial –excluyendo el legado precolonial– llama a los intelectuales a reanudar las relaciones con la antigua "Madre Patria".

Esta necesidad de volverse hacia España se acentúa hacia finales del siglo y tiene consecuencias también en las actitudes lingüísticas argentinas. Cuando Lucien Abeille[17] (1860-1949) lanza la tesis de la formación de una nueva lengua en Argentina en su libro *El Idioma Nacional de los Argentinos* (1900), muchos intelectuales critican sus ideas (Costa Álvarez 1922: 120-122, 129). Rosenblat cree incluso que el libro de Abeille dio paso al rechazo definitivo de la idea de la creación de un lenguaje argentino independiente. Escribe: "En ese libro parece haber quedado sepultada, bajo la pesada lápida de cuatrocientas páginas, la tesis del autor" (Rosenblat 1977a: 134). Ya en 1891 aun el gobierno argentino opta por la posición purista; así, el ministro de educación declara que es preciso defender la lengua en Argentina contra incorrecciones y regionalismos y proclama que "no hay más idioma nacional que el castellano" (Costa Álvarez 1922: 102-103).

17 Acerca del pensamiento de Abeille véanse Cambours Ocampo (1983: 20-25) y Ennis (2008: 161-197).

Desde un punto de vista general se puede afirmar que los intelectuales americanos del siglo XIX no se desvían de la actitud purista y tradicional hacia la lengua. Ya en la segunda mitad del siglo XIX la mayoría de las publicaciones americanas sobre el tema defienden una posición conservadora (Torrejón 1991: 367). Los grandes filólogos americanos de la época declaran estar a favor del mantenimiento de la unidad de la lengua: Andrés Bello (Venezuela/Chile, 1781-1865), Miguel Antonio Caro (Colombia, 1843-1909) y José Rufino Cuervo (Colombia/Francia, 1844-1911). Los tres llegan a ser miembros de alguna de las Academias de la Lengua.[18] Según Rama (1982), el deseo purista de mantener el patrimonio lingüístico heredado de España es en América incluso más fuerte que en España. También Rosenblat escribe:

> En general, América siguió más bien una ruta conservadora, más cerca del ideario de Bello. La América independiente ha sido en materia de lenguaje mucho más purista que España, y la autoridad académica pesó sobre ella mucho más que sobre la metrópoli (Rosenblat 1977b: 178).

En cuanto a la autoridad de la RAE, Fogelquist (1968: 38) constata que "los hispanoamericanos parecían aceptar, si no la autoridad de la Academia al menos su existencia, sin turbarse ni protestar abiertamente contra esta posible limitación de su autonomía lingüística" (Fogelquist 1968: 38). En un congreso de la *Unión Ibero-Americana* –una organización fundada por escritores y publicistas españoles en 1885 para iniciar actividades culturales, económicas y políticas con el objetivo de reforzar las relaciones entre España y América– que tuvo lugar en 1900 en Madrid y al que asistieron delegados americanos de casi todos los países de Hispanoamérica (menos Bolivia) e incluso de Brasil (Fogelquist 1968: 26), éstos no protestaba contra una resolución que declararon a la RAE (asistida por las Academias Correspondientes en América) como autoridad lingüística para la lengua española (Fogelquist 1968: 38-39).

18 Andrés Bello es nombrado Académico Honorario de la RAE en 1851 y en 1861 Académico Correspondiente (Zamora Vicente 1999: 327). Miguel Antonio Caro es el primer presidente de la Academia Colombiana, Rufino José Cuervo está entre sus primeros miembros (Puente y Apezechea 1873: 283).

La fundación de las Academias Correspondientes y la construcción de la nación

"Nada [...] simboliza tan cumplidamente a la patria como la lengua" escribe José Rufino Cuervo en sus "Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano" (Cuervo 1855: 6). Efectivamente, desde que se estableció el imaginario de la nación, la existencia de una lengua común es vista como fundamento de este imaginario.[19]

Como ya hemos visto, la independencia política de España y la construcción de las jóvenes naciones americanas hicieron necesaria la reflexión sobre aquella lengua que iba a ser el fundamento de estas naciones. Mientras que en la primera mitad del siglo XIX todavía existe un rechazo fuerte hacia España y sus normas lingüísticas, al avanzar el siglo se encuentran cada vez más voces de intelectuales que optan por una lengua fiel a su tradición hispana. Se acepta además ampliamente la RAE como autoridad lingüística.

La constitución de las Academias Correspondientes fue posible porque iba conforme con tres principios fundamentales de la construcción de las jóvenes naciones americanas: la idea de la unión espiritual con España, el deseo de crear una identidad nacional específica construida sobre la base simbólica de un idioma común y la reivindicación de la posición privilegiada de la élite intelectual criolla.

La idea de la unión espiritual con España

Las discusiones sobre la lengua que tuvieron lugar en la América del siglo XIX y las dos posiciones extremas que se podían adoptar –independización lingüística de España o mantenimiento de la tradición hispana de la lengua– corresponden a dos modelos de nacionalismo que las jóvenes repúblicas americanas asumieron para la construcción de su imaginario nacional. Tur Donatti (2006: 11) habla de la existencia de un nacionalismo de aspecto cívico-político de ascendencia francesa y con tendencia hacia el liberalismo, por un lado, y de un nacionalismo de carácter romántico-conservador de tendencia hispanista, por el otro lado. Ambos están vigentes en el siglo XIX, pero el nacionalismo que propaga una visión de las naciones america-

19 Acerca de la relación entre política lingüística y nacionalismo véanse Mar-Molinero (2000: 3-17) y Ennis (2008: 86-91).

nas definidas por su pasado colonial y por el aporte hispánico a su cultura triunfa en la América del siglo XX. Este nacionalismo defiende la "pureza" de la lengua como patrimonio heredado de España y su unidad como base de la unión espiritual entre España y América.[20] No solamente en este punto confluye con el panhispanismo nacido en España a finales del siglo XIX que propaga la idea de una unión indisoluble entre España y América por la historia, la tradición y, sobre todo, la lengua común (Pike 1971: 1).[21]

La idea panhispánica apoya el imaginario de las naciones americanas como nacidas a raíz del legado cultural hispano, mientras que ignora la herencia indígena. Por ello, durante el siglo XIX las jóvenes repúblicas americanas reanudan poco a poco el intercambio cultural con España. Aunque este desarrollo es forzado más por parte de España, también es apoyado por las repúblicas americanas, sobre todo por Colombia y México.[22] Incluso la Argentina tan antihispanista llega finalmente a encontrar sus raíces en la vieja España, sobre todo cuando se trata de luchar por la integración de las oleadas inmigratorias (Rehrmann 2003: 52).

No solamente los americanos conservadores, sino también muchos liberales apoyaron el nacionalismo hispanista y consintieron la reconciliación de América con España. También los miembros correspondientes de la RAE de la primera hora dieron con su participación en esta institución una clara señal de simpatía hacia España y de reconocimiento de la herencia cultural hispanista. Ya en el prólogo de su "Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos", Andrés Bello proclamaba que es necesario mantener la pureza de la lengua porque el idioma es el "vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes" (1847: 11).

La creación de las Academias Correspondientes es parte de esta agenda de fraternidad. Sus miembros la ven como un acto simbólico de reconciliación entre América y España y como instrumento para reforzar la unión de las naciones de carácter hispánico en un mismo espacio cultural. Así, Ricardo Palma, de tendencia política liberal y director de la recién fundada Academia Peruana, escribe en una carta al director de la RAE: "Tengo fe en que la nueva Academia, hija de la de Madrid, contribuirá más eficazmente

20 Para este rol de la lengua en el panhispanismo véanse Pike (1971: 134s.), Rehrmann (1996: 104-107), Sepúlveda (2005: 212-223).

21 Se habla también de "hispanismo" o "hispanoamericanismo" (Valle/Gabriel-Stheeman 2004: 24).

22 Véase para esto Rama (1982).

que la acción de los gobiernos a vigorizar los tradicionales vínculos de afecto entre españoles y peruanos" (citado en Lázaro Carreter 1994: 18). También los fundadores de la Academia Colombiana coincidieron unánimemente en su primera sesión en la "idea de la Academia benéfica para las letras y adecuada para avigorar los vínculos de fraternidad que deben ligar a pueblos de un mismo origen, religión, lengua y costumbres" (Academia Colombiana 1961: 249). Y el gobierno de Guatemala, al proponerle a la RAE la fundación de una Academia Correspondiente en su país, explica que no quiere quedar excluido de la "confederación moral que por las leyes progresivas de la evolución se establecen entre españoles y americanos, sustituyendo por medio de corrientes de concordia aquello que alcanzó la conquista, pero que no pudo consolidar la fuerza material" (citado en Lázaro Carreter 1998: 56).

Cabe mencionar que al acercarse a España y propagar una identidad nacional hispana la América hispana no solamente niega la existencia de las culturas indígenas, sino también opta por alejarse de la influencia cultural de los Estados Unidos. Tanto en España como en la América hispana del siglo XIX se desarrolla una tendencia antiamericanista que radica en la protesta contra las intervenciones estadounidenses en la política de los países independizados, sobre todo contra la declaración de la doctrina de Monroe (1823), que menciona la posibilidad de que los Estados Unidos puedan intervenir militarmente en toda América en caso de un intento de reconquista de las fuerzas coloniales, y contra la anexión de Texas por los Estados Unidos (1845).[23] Muchos estudiosos del panhispanismo ven en el antiamericanismo uno de sus ejes fundamentales, ya que los intereses españoles y americanos separados en la época de las guerras de la independencia se juntan ahora de nuevo en el afán antiamericanista de salvar a la América hispana no solamente de las intervenciones políticas, sino también de la pérdida de su identidad cultural de carácter hispánico.[24] La fundación de las Academias Correspondientes se inserta en el siguiente esquema: al servir

23 Para la historia del antiamericanismo en Hispanoamérica véase McPherson (2003).

24 Véanse Fogelquist (1968), Pike (1971) y Sepúlveda (2005). Para Pike y Sepúlveda, el momento en el que triunfa el nacionalismo hispanista en América es el año 1898, cuando Cuba, Puerto Rico y las Filipinas pasan a dominación estadounidense (Pike 1971: 3, 142-144; Sepúlveda 2005: 76-77). También Fogelquist (1968: 337) escribe: "La guerra del 98 hizo más que todos los proyectos y congresos hispano-americanistas que hasta entonces se habían verificado para despertar en la América hispánica la conciencia de su herencia racial y cultural y un sentimiento de simpatía y solidaridad hacia España".

a restablecer los vínculos culturales entre España y sus antiguas colonias, refuerza la identidad cultural hispánica de América y se opone a la hegemonía cultural de Estados Unidos. El hecho de que las Academias mismas ven esta relación se comprueba en el ya citado informe de Puente y Apezechea (1873: 279) sobre su fundación en América, donde éste no solamente afirma que las Academias van "á reanudar los violentamente rotos vínculos de fraternidad entre americanos y españoles", sino que también van "por fin, á oponer un dique, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colon descubierto". En el mismo documento se critica que en las repúblicas independientes "es más frecuente el comercio y trato con extranjeros que con españoles" y que, por ello, "si pronto, muy pronto, no se acude al reparo y defensa del idioma castellano en aquellas apartadas regiones, llegará la lengua, en ellas tan patria como en la nuestra, á bastardearse de manera que no se de para tan grave daño de remedio alguno" (Puente y Apezechea 1873: 277). Esta imagen de una lengua que necesita "depurarse" de la influencia extranjera es reflejo de la negación de la cultura angloamericana y refuerza la imagen de una identidad nacional con raíces hispánicas.

Al unirse América con España y oponerse a la vez a Estados Unidos las naciones que se definen como pertenecientes al espacio cultural hispánico pueden a su vez reforzar su propia identidad nacional. Anthony Smith explica este fenómeno, típico para movimientos pan-nacionalistas:

> The functions of such "Pan" nationalisms are ambivalent. On the one hand, they seem to be suggesting a supersession of existing national states in the interests of much larger super-states and super-nations. On the other hand, they underpin the national state by linking it to a wider category of "protected" states and strengthening its cultural profile and historic identity through opposition to culturally different neighbours and enemies. They provide another set of "border guards", a new panoply of symbols and myths, memories and values, that set the included national states apart from others (Smith 1995: 120).

Los intelectuales que aceptan ser Académicos Correspondientes de la RAE coinciden pues con los españoles del otro lado del Atlántico en su interés de cultivar la imagen de la lengua española como fundamento de la unión indisoluble entre España y América y, a la vez, como prueba de la oposición del espacio cultural hispánico hacia Estados Unidos. A raíz de ello, las Academias pueden además propagar, hacia el interior de cada una de las naciones americanas, la visión de una identidad nacional unida al legado

hispánico y por tanto a España. Con ello niegan y silencian a la vez la existencia de las culturas indígenas y la herencia precolonial.

La necesidad de crear una identidad nacional específica

Al mismo tiempo que se desea afirmar la identidad de las naciones americanas como naciones con raíz hispánica y por tanto inscribirse en un espacio cultural más grande que pueda servir de respaldo, se desea que las nuevas naciones puedan afirmar una identidad específica que sea solamente de ellas: una identidad colombiana, mexicana, peruana, etc. Estas dos tendencias no deben porqué contradecirse: se puede afirmar la pertenencia a la cultura hispánica y a la vez postular la existencia de una identidad propia y específica dentro de este espacio.

Tomando la lengua como fundamento de la identidad nacional, se debe hacer entonces notar que en ella se refleja no solamente la hispanidad sino también la colombianidad, mexicanidad, peruanidad, etc. Fue exactamente éste el propósito de las Academias Correspondientes al proponerse –según se desprende de sus estatutos[25]– el estudio de la lengua propia de los respectivos países, sobre todo del vocabulario característico de la región. El resultado de este propósito no debían ser solamente publicaciones individuales[26]: lo que se deseaba era que las formas americanas se incorporasen al Diccionario de la RAE, es decir que las marcas de mexicanidad, colombianidad, etc. fuesen aceptadas como legítimas dentro de la lengua común de todo el espacio hispánico.

Tanto Andrés Bello como Rufino José Cuervo fueron pioneros de esta idea: defendían la unidad del español, pero reclamaban aceptar dentro de la lengua compartida, al menos en algunos casos, las evoluciones americanas (Brumme 1992: 389).[27] Solamente así la norma lingüística podía funcionar como base auténtica del nuevo sentimiento nacional: ligada al

---

25 Los que se pudieron consultar son: Academia Chilena (1916), Academia Correspondiente de Guatemala (1888), Academia Correspondiente Perú (1887), Academia Ecuatoriana (1876), Academia Mexicana (1909), Academia Venezolana (1887).

26 Para una bibliografía de los estudios lexicográficos de miembros de las Academias Correspondientes en el siglo XIX véase Guitarte/Torres Quintero (1968: 581-584).

27 Acerca de la posición ambivalente de Bello con respecto a las características del español de América véase Guzmán (2007).

pasado hispánico para continuar sus tradiciones lingüísticas, pero a la vez aceptando poco a poco algunos de los usos americanos.

En 1874 se publica una nueva edición del Diccionario de la Real Academia Española en la cual por primera vez se incluyen vocablos propuestos por tres de las recién fundadas Academias Correspondientes: por la Academia Colombiana, la Academia Venezolana y la Academia Mexicana. El prólogo celebra la colaboración:

> Ahora, por vez primera, se han dado las manos España y la América Española para trabajar unidas en pro del idioma que es bien común de entrambas: suceso que á una y otra llena de inefable alegría y que merece eterna conmemoración en la historia literaria de aquellos pueblos y del que siempre afanó llamándolos hijos (RAE 1884: VII).

Sin embargo, aunque también la RAE no estaba opuesta a esta colaboración –así, Puente y Apezechea (1973: 288) afirma en su informe sobre la fundación de las Academias Americanas de 1873 que "[l]a Academia Española ha reconocido y proclamado que, sin el concurso de los españoles de América, no podrá formar el grande y verdadero Diccionario Nacional de la lengua"–, se siente en la RAE todavía un gran rechazo de las evoluciones propias del español de América. Esto queda documentado en textos del escritor y lexicógrafo peruano Ricardo Palma (1896 y 1903) quien, en su función de director de la Academia Peruana, presenció algunas sesiones de la RAE en 1892 en las cuales fueron rechazadas las palabras por él propuestas una tras otra. Incluso al presentar vocablos cuyo uso era muy expandido en toda América la mayoría de los académicos españoles votaron en contra. Cuando Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912, miembro de la RAE desde 1880) rechazó también los vocablos "dictaminar" y "clausurar", Palma amenazó con independizar la Academia Peruana de la RAE, pero Menéndez Pelayo se rió de él (Scherag 1966: 84).

Según Costa Álvarez (1922: 85-86; 1928: 83-84), una de las razones principales por la cual no se funda ninguna Academia Correspondiente en Argentina es la recepción de los relatorios decepcionantes de Palma y la creencia que de la RAE no iba a valorar el trabajo lexicográfico de las Academias Correspondientes. Esto sugiere que una de las principales funciones de estas Academias debió ser el estudio de la lengua característica de la nación como fundamento de una identidad nacional específica, pero a la vez inscrita en el espacio hispánico global.

Al mismo tiempo, las Academias Correspondientes fueron vistas como prueba de que España ya no era tomada como única autoridad en cuestio-

nes lingüísticas, sino que los países americanos tenían ahora la posibilidad de participar en las decisiones sobre la lengua. Cuando en 1884 el Ministerio de Educación de Guatemala dirige una carta a la Academia Colombiana preguntando, si sería posible abandonar las obras de la RAE como fundamento de la norma lingüística enseñada en las escuelas guatemaltecas, ésta rechaza de manera vehemente tal propuesta, dando a entender que la creación de las Academias Correspondientes demuestra que América ya no está sometida a una dictadura normativa ejercida desde España, sino que está invitada a participar en el debate sobre la norma lingüística:

> Y si se hubiera de oponer a este dictamen el que es vergonzoso para América estar sujeta a España en orden al lenguaje, contestaríamos que, desde que la Academia Española, mediante la creación de Academias correspondientes, llamó a los americanos a tomar parte en sus labores y, por consiguiente, en el ejercicio de su autoridad, aquella objeción, que nunca tuvo sustancia ni visos de racionalidad, ha dejado ya totalmente de merecer la atención de las personas serias y sensatas (citado en Comisión Permanente 1956: 383).

El deseo americano de influir de manera significante sobre la elaboración de las obras normativas elaboradas en Madrid y por tanto en la definición de la norma no se convertirá en realidad (al menos durante el siglo XIX). La creación de las Academias Correspondientes se debe sobre todo a la esperanza de que los estudios lingüísticos elaborados en su seno hagan ver las características típicas de la lengua en cada uno de los países como fundamento de su identidad nacional propia y que estas características lingüísticas se acepten como parte legítima de la identidad hispánica global.

La afirmación de la posición privilegiada de la élite intelectual criolla

Las Academias Correspondientes en la América del siglo XIX, al igual que la RAE, defienden un ideal de lengua caracterizado por el uso culto. De sus estatutos se deduce que uno de sus principales objetivos debía ser la lucha por la "pureza" de la lengua, especificada en algunos casos como uso de la lengua según el "criterio de los mejores autores". Con la defensa de este ideal de lengua se reivindica la posición privilegiada no solamente de los autores que escriben "bien", sino de toda una clase educada que habla "bien", en oposición a hablantes pertenecientes a sectores más bajos de la sociedad que hablan "mal". Tomando a la lengua como espejo para la identidad de la nueva nación, ésta se define por tanto como una nación dominada por

la élite educada, es decir la élite intelectual criolla. De hecho, ésta, con la creación de las repúblicas, teme la pérdida de su poder. Su decisión por un nacionalismo hispanista se debe también al deseo de defender los valores jerárquicos del sistema colonial heredado de España que justifica su poder sobre los mestizos y los indígenas (Pike 1971: 323-324, 330-331).

Pero las Academias Correspondientes apoyan a estas élites criollas no solamente por ser defensoras del ideal de lengua culta, sino también de una manera mucho más práctica: Scherag (1966: 36-37) nos recuerda la importancia que tuvo la fundación de las Academias Correspondientes en América para los escritores y filólogos por la simple razón de que su contacto con España animaría la cultura literaria y el mercado de libros americanos.[28]

Los miembros de las jóvenes Academias Correspondientes se reclutaban entre los intelectuales y a menudo a la vez políticos de las jóvenes repúblicas. Podían ser propuestos desde América, pero su incorporación a la respectiva Academia debía ser aprobada, según las bases que se aprobaron en 1870, por la RAE en Madrid (Art. 2, Puente y Apezechea 1873: 280-282). Aunque la necesidad de las bendiciones de la RAE parezca oponerse a la emancipación cultural y al reconocimiento de los intelectuales, fue al contrario una de las razones por las cuales era tan deseada la aceptación en estas corporaciones: porque favorecía el intercambio con intelectuales españoles y por tanto el ser conocido, y leído, también en España.

También la RAE supo de esta ventaja para los intelectuales americanos. En el informe antes citado sobre la fundación de las Academias Correspondientes ya vimos que Puente y Apezechea (1873: 279) afirma que ésta ayudará "á restablecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios". Además, en una carta que la RAE manda a los Académicos Correspondientes para convencerlos de la necesidad de la fundación de las Academias filiales, insiste en este punto:

> Ademas de la creacion de esa futura Academia, ha de contribuir poderosamente á estos fines que sean conocidos en América nuestros trabajos y el espíritu que á ellos preside, así como también á España interesa sobremanera acrecentar su tesoro con los productos del estudio y de la rica vena de nuestros hermanos de América. [...]
> Para acrecentar de dia en dia el caudal de la Academia, y sobre todo el de la literatura española, se necesita el concurso de literatos y pueblos americanos. Mas, ¿cómo proceder de acuerdo, si no se conocen los trabajos de unos y

28 Para El Salvador véase también López Valecillos (1980: 134).

> otros? ¿Ni cómo darlos á la estampa en el número que pide la necesidad, si no se cuenta con el auxilio y hasta el concurso de cuantos los han menester y á ellos deben contribuir? (citado en Puente y Apezechea 1873: 287-288).[29]

Conforme a esta idea, los estatutos de las Academias fundadas en el siglo XIX mencionan también que uno de sus principales objetivos es estimular la vida literaria de los países americanos. Para ello se propone recolectar y propagar textos de la literatura de habla hispana. De hecho, algunas Academias publicaron las obras de sus miembros (sobre todo la Academia Mexicana y la Academia Colombiana) (Rama 1982: 132). Es así como pretendían servir de respaldo financiero y/o moral del quehacer literario y científico nacional. También, el pertenecer a una ilustre Academia significaba un gran honor para los intelectuales. Por ello, existía en el siglo XIX un fuerte deseo de formar parte de la RAE y de sus dependencias americanas. El peruano Manuel González Prada (1844-1918), uno de los críticos de las Academias, en un ensayo sobre la situación de la literatura peruana de fines del siglo describe este fenómeno de manera satírica:

> Cunde hasta el servilismo internacional: las agrupaciones literarias y científicas tienden a convertirse en academias correspondientes de las reales academias españolas. Literatos, abogados y médicos vuelven los ojos a España en la actividad vergonzosa de mendigar un título académico. Lacayos del mundo intelectual, nuestros médicos, nuestros abogados y maestros literatos, se pavonean con las medallas o emblemas de las corporaciones españolas, como los antiguos esclavos de casa grande se contoneaban y crecían con la librea del amo (González Prada 1976 [1888]: 106-107).

También Fogelquist (1968: 39) constata en su obra sobre las relaciones entre intelectuales españoles y americanos en el siglo XIX que el deseo de pertenecer a las Academias radicaba en el "carácter honorario" del título que se obtenía.

Las Academias Correspondientes se fundan por tanto también con la esperanza de ayudar a los intelectuales de la élite criolla a reforzar e institucionalizar su posición. Se esperaba que sus trabajos tuvieran mayor difusión, también en España. A su vez, sus escritos literarios y la publicación de clásicos de la literatura española debían funcionar como modelo de un uso ejemplar de la lengua, el cual, como uso culto, excluía a las clases bajas del privilegio de formar parte de los estratos más "educados" de la sociedad.

29 Para informaciones acerca de los contactos literarios entre España y América en el siglo XIX véanse Fogelquist (1968) y Rama (1982: 258-272).

Conclusión

La idea colombiana de fundar Academias Correspondientes de la RAE en la América del siglo XIX fue acogida positivamente por los miembros de la RAE en España, porque vieron en ella la posibilidad de crear instituciones culturales que sustituirían a las instituciones políticas de la era colonial y prolongarían la influencia española sobre las antiguas colonias. Sin embargo, también en las jóvenes repúblicas americanas se tuvo mucho interés en el establecimiento de estas instituciones. Aunque las primeras Academias Correspondientes fundadas en Colombia, Ecuador, México, El Salvador, Venezuela, Chile, Perú y Guatemala se caracterizaron más bien por su inactividad que por una actividad exagerada, su creación y funcionamiento en la América del siglo XIX es testimonio de la existencia del interés de las jóvenes repúblicas americanas de mantener y reforzar el intercambio cultural con España y con ello de formar parte de un espacio cultural global con una afirmada identidad, una tradición, una historia y una lengua común. La creación de las Academias Correspondientes fue posible 1) porque iba conforme con una definición de la identidad nacional como identidad hispánica, vinculada al pasado colonial y a España, que negaba la cultura indígena y se oponía a la vez a la cultura angloamericana, 2) porque permitió la esperanza de poder afirmar, dentro de este espacio hispánico, una identidad específica haciendo ver las características del lenguaje propio y 3) porque iba conforme con la necesidad de la élite criolla de ser reconocida como élite intelectual, establecer para ello contactos con España, difundir sus pensamientos y sus producciones literarias y propagar (con ellos) un ideal de lengua culta capaz de perpetuar la jerarquía tradicional de la sociedad.

Bibliografía

Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española (1916): *Estatutos de la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española*. Santiago de Chile. [Archivo de la Comisión Permanente: sin número de documento].

Academia Colombiana de la Lengua (1961): *Tercer Congreso de Academias de la Lengua Española. Actas y Labores, Bogotá, Julio 27– Agosto 6, 1960*. Bogotá: Iqueima.

Academia Correspondiente de Guatemala (1888): *Estatutos de la Academia Correspondiente de Guatemala*. Guatemala. [Archivo de la Comisión Permanente: sin número de documento].

Academia Correspondiente de la Real Academia Española en el Perú (1887): *Estatutos de la Academia Correspondiente de la Real Academia Española en el Perú*. Lima. [Archivo de la Comisión Permanente: sin número de documento].

Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española (1876): *Reglamento de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Española*. Quito. [Archivo de la Comisión Permanente: sin número de documento].

Academia Mejicana de la Lengua Correspondiente de la Real Española (1909): *Estatutos de la Academia Mejicana de la Lengua Correspondiente de la Real Española*. México, D.F. [Archivo de la Comisión Permanente: sin número de documento].

Academia Mexicana (1886): *Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española*. México, D.F.

Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española (1887): *Reglamento de la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española*. Caracas. [Archivo de la Comisión Permanente: sin número de documento].

Araneda Bravo, Fidel (1976): *La Academia Chilena Correspondiente de la Real Española e Integrante del Instituto de Chile*. [Boletín de la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española, 65]. Santiago de Chile: Universitaria.

Barcia, Pedro Luis (2003): "Brevísima historia de la Academia Argentina de Letras". En: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/public/34697393211403084865679/p0000001.htm#I_2_?portal=0> (31.08.2013).

Bello, Andrés (1847): *Gramática de la lengua castellana, destinada al uso de los americanos*. Santiago de Chile: Impr. del Progreso.

Brumme, Jenny (1992): "Sprachbewertung/Lingüística y valoración". En: Holtus, Günter et al. (eds.) (1992): *Lexikon der Romanistischen Linguistik*. Vol. VI, 1: *Aragonesisch/Navarresisch, Spanisch, Asturianisch/Leonesisch*. Tübingen: Niemeyer, pp. 379-396.

— (1993): "Die *unidad de la lengua* als Ersatz für den Verlust der spanischen Kolonien". En: Bochmann, Klaus et al. (eds.): *Sprachpolitik in der Romania: zur Geschichte sprachpolitischen Denkens und Handelns von der Französischen Revolution bis zur Gegenwart*. Berlin/New York: de Gruyter, pp. 341-362.

Cambours Ocampo, Arturo (1983): *Lenguaje y nación. Materiales para la independencia idiomática en Hispanoamérica. Con un apéndice de Dámaso Alonso*. Buenos Aires: Marymar.

Cichon, Peter (2007): "Domingo Faustino Sarmiento". En: Laferl, Christopher F./Pöll, Bernhard (eds.): *Amerika und die Norm. Literatursprache als Modell?* Tübingen: Niemeyer, pp. 247-261.

Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española (1956): *Memoria del Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Madrid del 22 de abril al 2 de mayo de 1956*. Madrid: Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Costa Álvarez, Arturo (1922): *Nuestra lengua*. Buenos Aires: Sociedad Editorial Argentina.

— (1928): *El castellano en la Argentina*. La Plata.

Cuervo, Rufino José ([9]1955): *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano con frecuente referencia al de los países de Hispano-América*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Echeverri Mejía, Oscar (1964): "La Academia Colombiana de la Lengua, baluarte del

idioma español". En: *Presente y futuro de la lengua española: actas de la asamblea de filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas*. Vol. 2. Madrid: Cultura Hispánica, pp. 315-328.

Ennis, Juan Antonio (2008): *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*. Frankfurt am Main et al.: Peter Lang.

Fogelquist, Donald F. (1968): *Españoles de América y americanos de España*. Madrid: Gredos.

Fries, Dagmar (1989): *"Limpia, fija y da esplendor". La Real Academia Española ante el uso de la lengua*. Madrid: Sociedad General Española de Librería.

González Prada, Manuel (1888): "Propaganda y ataque". En: González Prada, Manuel (1976): *Páginas Libres. Horas de Lucha.* Prólogo y notas Luis Alberto Sánchez. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 101-111.

Guitarte, Guillermo (1991): "Del español de España al español de veinte naciones". En: Hernández, César (ed.): *El español de América. Actas del III Congreso Internacional de 'El español de América'. Valladolid, 3 a 9 julio de 1989*. Vol. 1. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 65-86.

Guitarte, Guillermo/Torres Quintero, Rafael (1968): "Linguistic Correctness and the Role of the Academies". En: Sebeok, Thomas (ed.): *Current Trends in Linguistics IV*. Den Haag/Paris: de Gruyter, pp. 562-604.

Guzmán, Martha (2007): "Andrés Bello y la norma del español (americano)". En: Laferl, Christopher F./Pöll, Bernhard (eds.): *Amerika und die Norm. Literatursprache als Modell?* Tübingen: Niemeyer, pp- 263-281.

Lapesa, Rafael (1987): "La Real Academia Española: Pasado, realidad presente y futuro". En: *Boletín de la Real Academia Española*, 67, pp. 327-346.

Lázaro Carreter, Fernando (1998): "La Real Academia y la unidad del idioma". En: Real Academia Española (RAE): *X Congreso de Academias de la Lengua Española. Madrid del 24 al 29 de abril de 1994. Memoria*. Madrid: Espasa Calpe, pp. 47-59.

León Rey, José Antonio (1980): "Génesis de las Academias Americanas de la Lengua Española". En: *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, 146, pp. 43-51.

Livacic Gazzano, Ernesto (1985): "La Academia Chilena de la Lengua en su centenario". En: *Atenea*, 451, pp. 193-205.

López Morales, Humberto (2005): "La actuación de las Academias en la historia del idioma". En: Cano, Rafael (ed.): *Historia de la lengua española*. Barcelona: Ariel, pp. 919-940.

López Vallecillos, Italo (1980): "Breve reseña histórica de la Academia Salvadoreña de la Lengua". En: *Cultura*, 70, pp. 133-169.

Mar-Molinero, Clare (2000): *The Politics of Language in the Spanish-speaking World: from Colonisation to Globalisation*. London/New York: Routledge.

Matamoro, Blas (2006): "El español de América. ¿Independencia o autonomía?". En: Dahmen, Wolfgang et al. (eds.): *Lengua, historia e identidad. Perspectiva española e hispanoamericana/Sprache, Geschichte und Identität. Spanische und hispanoamerikanische Perspektiven. Romanistisches Kolloquium XVII*. Tübingen: Narr, pp. 159-172.

McPherson, Alan (2003): *Yankee No: Anti-Americanism in U.S.-Latin American Relations*. Cambridge/London: Harvard University Press.

Palma, Ricardo (1896): *Neologismos y americanismos*. Lima: Prince

— (1903): *Papeletas lexicográficas. Dos mil setecientas voces que hacen falta en el Diccionario*. Lima: La Industria.

Pike, Fredrick B. (1971): *Hispanismo. 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*. London: University of Notre Dame Press.

Puente y Apezechea, Fermín de la (1873): "Academias Americanas Correspondientes de la Española". En: *Memorias de la Academia Española*, 4, pp. 274-289.

Rama, Carlos M. (1982): *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Real Academia Española (1884): *Diccionario de la Lengua Castellana.* Madrid: Imprenta de D. Gregorio Hernando.

— (1998): *X Congreso de Academias de la Lengua Española. Madrid del 24 al 29 de abril de 1994. Memoria*. Madrid: Espasa Calpe.

Rehrmann, Norbert (1996): *Lateinamerika aus spanischer Sicht. Exilliteratur und Panhispanismus zwischen Realität und Fiktion (1936-1975)*. Frankfurt am Main: Vervuert.

Rosenblat, Ángel (1960): "Las generaciones argentinas del siglo xix ante el problema de la lengua". En: *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* Quinta época, 4, pp. 539-584.

— (1977a): "Lengua y cultura de Hispanoamérica. Tendencias actuales". En: Rosenblat, Ángel: *Sentido mágico de la palabra y otros estudios*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, pp. 129-154.

— (1977b): "Lengua literaria y lengua popular en América". En: Rosenblat, Ángel: *Sentido mágico de la palabra y otros estudios*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, pp. 155-219.

Salvador, Gregorio (1992): "El español y las Academias de la Lengua". En: *Boletín de la Real Academia Española*, 72, pp. 411-427.

Sarmiento, Domingo Faustino (1885 [1849]): "Biblioteca de autores españoles, publicada por don Manuel Rivadeneyra". En: Sarmiento, Domingo Faustino: *Obras completas*. Vol. 2. Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg.

Scherag, Klaus (1966): *Die spanischamerikanische Literatur in der spanischen Kritik des 19. Jahrhunderts.* Inaugural-Dissertation zur Erlangung der Doktorwürde der Philosophischen Fakultät der Rheinischen Friedrich-Wilhelms-Universität zu Bonn. Bonn: Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn.

Sepúlveda, Isidro (2005): *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons.

Smith, Anthony D. (1995): *Nations and Nationalism in a Global Era*. Oxford: Polity Press.

Süselbeck, Kirsten (2012): "Las relaciones institucionales entre las Academias de la Lengua Española y su colaboración en la elaboración de la norma lingüística de 1950 hasta hoy". En: Lebsanft, Franz/Mihatsch, Wiltrud/Polzin-Haumann, Claudia (eds.): *El español, ¿desde las variedades a la lengua pluricéntrica?* Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 257-280.

Torrejón, Alfredo (1991): "El castellano de América en el siglo xix: creación de una nueva identidad lingüística". En: Hernández, César (ed.): *El español de América. Actas del III Congreso Internacional de 'El español de América'. Valladolid, 3 a 9 julio de 1989*. Vol. 1. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 361-369.

Torrent-Lenzen, Aina (2006): *Unidad y pluricentrismo en la comunidad hispanohablante. Cultivo y mantenimiento de una norma panhispánica unificada*. Titz: Axel Lenzen Verlag.

Tur Donatti, Carlos M. (2006): *La utopía del regreso. La cultura del nacionalismo hispanista en América Latina.* México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Valera, Juan (1889): *Cartas americanas*. Madrid: Fuentes y Capdeville.

Vellemann, Barry L. (2004): "Antiacademicismo lingüístico y comunidad hispánica: Sarmiento y Unamuno". En: Valle, José del/Gabriel-Stheemann, Luis (eds.): *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 35-65

Valle, José del/Gabriel-Stheeman, Luis (2004): "Nacionalismo, hispanismo y cultura monoglósica". En: Valle, José del/Gabriel-Stheemann, Luis (eds.): *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 15-33.

Zamora Vicente, Alonso (1999): *La Real Academia Española*. Madrid: Espasa Calpe.

De la patria a la nación/del mundo natural al mundo cultural: la ciencia en el Perú, 1790-1930

Manuel Burga

> Inmensas riquezas se encierran en las entrañas de los cerros, llanuras, y montañas de nuestro continente, y casi todo está por conocerse. Cuanto no se adelantaría la Botánica, Química, Mineralogía y otros conocimientos en que debíamos ser los maestros de la Europa (Rodríguez de Mendoza 1972 [1816]: 166).

Introducción

El tema que quisiera estudiar en esta contribución es la relación entre la ciencia y la nación. Es decir, la relación que ha existido entre el conocimiento científico, los hombres que lo cultivaron y el descubrimiento de las realidades propias, sean naturales, sociales, materiales o inmateriales, que constituyen los componentes tangibles de una nación. El descubrimiento, valoración y aprecio de lo propio, son pasos sucesivos en la construcción de una nación. Mostrar que el país tiene un clima, una geografía, unos suelos y un mundo vegetal y animal propio, original, tan bueno como el de cualquier otra parte del mundo, fue la tarea de los naturalistas peruanos del siglo XIX. Por eso utilizo como epígrafe una frase de José Toribio Rodríguez de Mendoza, rector del Convictorio San Carlos, Colegio Superior de Lima, dirigida al visitador Manuel Pardo en 1816.

El rector Rodríguez de Mendoza, admirador de las ideas de la Ilustración, quién buscó incesantemente introducir las luces a través de las aulas de este colegio, formula interesantes preguntas en esta carta a Manuel Pardo: "¡Cuánto tiempo perdido en la ociosidad se ganaría por medio de una buena educación que facilita e incita a ocuparse honesta, y útilmente! ¿Por qué no se ha de estudiar fundamentalmente la religión? ¿Y qué razón hay para ignorar la geografía e historia del suelo que pisamos?" (1972: 167). En realidad se está preguntando por las razones, ideológicas o epistemológicas, que nos impiden apreciar el valor de nuestra geografía, historia y del mundo cultural de los peruanos.

Quisiera demostrar que los discursos científicos que circulaban en el Perú de fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX eran bastante anacrónicos y atrasados. Mientras en Europa, entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX, se había pasado de la historia natural a la biología, de la gramática a la filología, en el Perú, peruanos y extranjeros seguían cautivos de metodologías y epistemologías que no les permitían sino describir, identificar y clasificar los objetos naturales de estudio. Pudieron hacer geografía, pero no analizar la historia impregnada en esa geografía. El liberalismo peruano del siglo XIX se afanó en descubrir la belleza y la riqueza del mundo natural, pero no tuvo ojos para descubrir al hombre peruano y sus obras, en su originalidad y potencialidad. El concepto de raza era lógicamente más fuerte que el de ciudadanía, y no existían las condiciones sociales y materiales para construir la nación. Esta ausencia se puede constatar en los discursos científicos, liberales y positivistas. Tuvo que llegar el siglo XX, con nuevas actitudes e ideologías políticas, para que todos se quitaran las vendas y finalmente pudieran establecer otra relación entre las realidades y la nación a través de la ciencia.

En consecuencia, me parece oportuno referirme al complejo libro de Michel Foucault, *La arqueología del saber* (1969), donde analiza cómo surgen, se institucionalizan y se desarrollan los discursos científicos en el tránsito de la época clásica a la moderna y de los reinos monárquicos a las naciones. Este es un libro teórico pensado a partir de sus libros anteriores, en particular de *Las palabras y las cosas* (de 1966 y publicado en español en 1968), dedicado a estudiar –de una manera bastante inusual entonces– el surgimiento de las ciencias modernas, como la biología, la economía y la filología, en las primeras décadas del siglo XIX. Su interés era mostrar cómo se incorporaron en cada una de estas disciplinas los nuevos elementos del discurso científico moderno. En Europa, entre el último tercio del siglo XVIII y las dos primeras décadas del siglo XIX se produjo la transición del mundo clásico a la modernidad como producto de una enorme metamorfosis intelectual, social, económica y política. Esta fue la transformación de una totalidad y hay que entenderla como tal; ésa es la propuesta de Michel Foucault.

Pero hay que agregar de inmediato, como él mismo lo indica, que la nueva situación no es el resultado de una ineludible metamorfosis ni de un proceso acumulativo, progresivo y necesario, sino que surge como una nueva situación correspondiente a un nuevo escenario histórico. Las antecesoras de estas tres disciplinas, la historia natural, el estudio de la

riqueza y la gramática, correspondían a un escenario diferente, el mundo clásico, donde la religión y la moral tenían un gran peso. En la segunda mitad del siglo XVIII la razón invade casi todos los ámbitos de la vida de los individuos y de las instituciones, incluido el Estado, como fuerza liberadora de los prejuicios, mitos y conductas de la edad clásica. La ciencia comienza a aparecer como una nueva religión. Así se pone en marcha un enorme proceso de secularización que acompaña o explica el fin de las monarquías absolutistas, las aristocracias sociales y el nacimiento de las democracias republicanas en la Europa moderna. A partir de 1789, año primero de la Revolución Francesa, termina el tiempo de los súbditos y se inicia el tiempo de los ciudadanos, cambios que repercutirán en casi todo el mundo trayendo consigo las conocidas luces de la ilustración, la ciencia, la investigación, el pensamiento crítico, la explicación racional y la nación moderna.

La pregunta entonces podría ser: ¿Esta modernidad que se instaló tan adecuadamente en Europa y en otras partes del mundo podía instalarse de igual manera en el Perú? O quizá deberíamos preguntarnos: ¿Esta modernidad, encarnada en sus modelos políticos y en sus discursos científicos, se puede exportar? La explicación foucaultiana nos sugiere que estos discursos surgen como frutos de un complejo juego de factores que se interrelacionan, unos contingentes, otros necesarios. Se han estudiado bastante bien, para mencionar un solo caso, las enormes dificultades que tuvo la instalación de la modernidad política en Perú luego de la independencia de 1821. Se habla, a veces priorizando demasiado las voluntades políticas de los actores, de la mezquindad de los criollos, constructores de una república para ellos, contra los intereses de las mayorías sociales. Lo que se instaló entonces, ahora lo sabemos muy bien, no fue una democracia liberal, como querían los constituyentes de 1823, ni un proyecto nacional inclusivo de todos los que habitaban el territorio independizado, sino que más bien la república derivó en una situación de anarquía, caos y caudillismos autoritarios sedientos de poder y prebendas. Se construyó una entidad que era más bien la negación de la modernidad política.

La idea de patria

La idea de patria ha existido casi desde siempre, por lo tanto es muy antigua y constituye esa arqueología previa, mezcla de sentimientos, creencias,

solidaridades y expectativas compartidas que conforman lo que Eric Hobsbawm (1992) llama "protonacionalismo popular", lo que precede y facilita el surgimiento de la comunidad imaginada nacional. Con frecuencia se confunde la idea de patria con la idea de nación. Por eso algunos historiadores peruanos, asimilando ambas nociones, encuentran los orígenes de la nación peruana en las primeras altas culturas indígenas que existieron en el período anterior a la llegada de los europeos. Otros, más moderados y conscientes de la modernidad de lo que se entiende por nación, convierten al Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), cronista mestizo, quien nació en el Cusco y vivió gran parte de su vida en España, en el fundador de la idea de nación en el Perú. En este sentido valoran, por ejemplo, lo que este cronista dice en 1587, en la dedicatoria al monarca español de su traducción de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo: "Que mi madre, la Palla doña Isabel, fue hija del Inca Gualpa Túpac, uno de los hijos de Topac Inca Yupanqui y de la Palla Mama Ocllo, su legítima mujer, padre de Guayna Capac Inca, último rey que fue del Perú" (De la Vega 1949: 9). Y luego agrega: "También por la parte de España soy hijo de Garcilaso de la Vega, vuestro criado, que fue conquistador y poblador de los Reinos y Provincias del Pirú" (De la Vega 1949: 10). Con estas palabras, según algunos, resumía los orígenes mestizos del Perú moderno, haciendo de su biografía personal la biografía de toda una colectividad, la nación peruana.

El Inca Garcilaso de la Vega indudablemente era un mestizo biológico, hijo de una mujer indígena y de un capitán español, y afirmaba –con evidente sustento en el proceso real de la historia– que a su patria, que antes se llamaba *Tawantinsuyo*, los españoles la bautizaron como *Virreinato de Nueva Castilla* y que finalmente sus habitantes comenzaron a llamarla *Pirú*, o Perú como se dice actualmente. Pero lo que estaba describiendo este cronista era la metamorfosis de esa vieja noción de patria, pasando por diversos momentos, en cuyos inicios algunos historiadores pueden encontrar –equivocadamente– la etapa fundacional de la nación peruana y confundir así un proceso de fusión de razas, culturas y sensibilidades con lo que más tarde será la invención de un artefacto cultural moderno como la nación peruana. Entonces lo que se suele hacer es confundir la noción de patria con la de nación moderna: cuando el Inca Garcilaso de la Vega se refería al Perú, hablaba de su "patria", del lugar donde había nacido, y cuando utilizaba la palabra "nación" –en muy pocas oportunidades– lo hacía pensando en sus orígenes étnicos, en sus afinidades familiares, en su restringida comunidad de parientes incas o cusqueños.

Sin embargo, si queremos seguir indagando sobre la construcción de la nación peruana como una realidad singular, única, podemos referirnos a varios cronistas españoles de la segunda década del siglo XVII, quienes expresaron iniciales sensibilidades criollas, entendiendo por tal la identificación de los españoles nacidos en los Andes con un nuevo mundo original, distinto del mundo peninsular, pero no menor, ni inferior, sino poseedor de sus propias bellezas y bondades. Esto lo encontramos en el *Memorial de las historias del Nuevo Mundo del Pirú* (1630) de F. Buenaventura de Salinas y Córdoba, quién "[…] dedica buena parte de su obra, en particular seis capítulos de su segundo discurso, a la exaltación de su patria, bien es verdad reducida al oasis limeño mientras que el resto del país sólo es evocado de una manera lejana, alusiva y en ningún caso geográfica" (Lavallée 1993: 112). Algo semejante encontramos en la obra de su hermano F. Diego de Córdoba Salinas (1635-1650), *Crónica franciscana de las provincias del Perú*. Igualmente encontramos mensajes similares en otros cronistas conventuales de estas décadas iniciales del siglo XVII, pero habrá que esperar el siglo XVIII para que estas ideas criollas aparezcan con mayor nitidez y busquen definir el territorio virreinal de Nueva Castilla como un territorio sui-generis, original, diferente de la metrópoli, con sus propias plantas, animales, paisajes, hombres y una historia propia.

Es en los textos del jesuita Juan Pablo Vizcardo y Guzmán (1748-1798), escritos en los años 1780, y con mayor nitidez en su famosa *Carta a los Españoles Americanos,* escrita en 1791 y publicada en 1799, donde se va esbozando la idea de patria soberana, poblada por ciudadanos con iguales derechos y conducida por los criollos independientemente de una metrópoli extranjera. Estas mismas ideas, aunque quizá de manera más embrionaria, se habían comenzado a elaborar en la Sociedad Académica de Amantes del País (1791-1795) y en los estudios de los colaboradores más destacados de la revista de esta sociedad, el *Mercurio Peruano*, como José Baquíjano y Carrillo, Hipólito Unanue, Toribio Rodríguez de Mendoza y el jerónimo Diego Cisneros, que insinuaban nítidamente la idea de una patria independiente y soberana.

David Brading, citando a Vizcardo y Guzmán, nos dice:

> Era una blasfemia imaginar que el Nuevo Mundo hubiese sido creado para el enriquecimiento de "corto número de pícaros imbéciles" llegados de España. Había sonado el momento histórico en que los españoles de América debían unirse para liberar al Nuevo Mundo de la tiranía española y crear "una sola

> grande Familia de Hermanos", unidos en la búsqueda común de la libertad y la prosperidad (Brading 1991: 576).

Vizcardo y Guzmán, polemizando con Raynal, Robertson y Ulloa, describía una América hispana como una región próspera y a los indígenas como una "raza laboriosa, que se ocupaba de la agricultura y el tejido" (Brading 1991: 577). Elogiaba a los Incas y por supuesto a los criollos. No censuró la rebelión de Tupac Amaru (1780-1781) pero no la elogió, situándose así en los límites del discurso criollo. Así lo indica Brading de nuevo:

> El que definiera el Nuevo Mundo y no al Perú, como su patria, el que se dirigiera a los criollos y no a todos los habitantes de la América española, el que se remontara a Las Casas y Garcilaso en busca de textos precedentes, y el que guardara silencio acerca de Túpac Amaru: todo esto indicó el carácter peculiarmente ambiguo de su empresa ideológica (Brading 1991: 581).

Indudablemente estamos ante los límites del discurso criollo: el Nuevo Mundo, o el Perú en este caso, era el lugar donde habían nacido los criollos, y por eso eran suyos sus territorios, sus países, sus patrias, pero nada más. El mundo humano de los pobladores originarios de estos territorios no existía aún en sus escritos.

La nación moderna: ¿es posible importar un modelo?

Las naciones son relativamente modernas dentro del contexto de la historia universal. Han surgido recién, aunque algunos puedan disentir, en la Europa del último cuarto del siglo XVIII en reemplazo de las viejas monarquías dinásticas y cuando se había agotado el modelo medieval de la *Oecumene Christiana,* que tenía pretensiones de construir una sociedad homogénea y universal. La vieja comunidad cristiana europea, donde el latín, las dinastías reales y la religión cristiana disolvían las diferencias regionales, por efecto de un largo proceso que se aceleró en los siglos XVI y XVII, se fragmentó hasta permitir el surgimiento de un mosaico de naciones modernas, organizadas como repúblicas soberanas, con sus fronteras precisas, sus propias lenguas, historias y culturas, y pobladas por ciudadanos con iguales derechos.

Federico Chabod, en su libro *La idea de nación* (1961), analiza este proceso a través del estudio de la emergencia de la idea, no tanto de las realidades políticas, económicas o culturales, en los textos de intelectuales de los siglos XVIII y XIX de Alemania, Francia e Italia, como Herder, Rous-

seau, Mazzini y Mancini. El autor establece una estrecha relación entre el romanticismo y la popularización de la idea de nación. Nos recuerda que el romanticismo es propio del siglo XIX y aparece como contrapartida de la Ilustración. Mientras el primero enfatiza lo singular, la imaginación, los sentimientos, la fantasía, el individuo o el héroe, la Ilustración hace lo propio con lo universal, las leyes sin fronteras, el pensamiento, lo racional y la historia como obra de las colectividades y no de los individuos.

El libro de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas* (1989), cuya edición original es de 1983, nos propone un concepto de nación, una manera de explicar su origen y nos llama la atención sobre su persistencia y vitalidad –en el momento de su publicación– en los países socialistas del sudeste asiático, donde teóricamente la nación no tenía lugar ni sentido. Es un libro diferente a la obra de Chabod: de mayores pretensiones, excéntrico a Europa, centrado más bien en el sudeste asiático y aludiendo periféricamente a la experiencia latinoamericana del siglo XIX. Es un libro complejo, en su organización, discurso y en el tratamiento de los temas. Por eso lo encontramos más bien en la secciones de *Cultural Studies* que en las de historia de las librerías norteamericanas. Es una entrada –además– desde la cultura y el imaginario colectivo, donde –al parecer– se sitúa esa experiencia difícil de definir que se llama la nación, a la cual caracteriza como una comunidad imaginada inherentemente limitada y soberana.

Comunidad implica una colectividad de individuos iguales, solidarios y fraternos; *imaginada* porque esa comunidad es fundamentalmente una realidad singular (cuando los miembros de una colectividad la pueden imaginar entonces se convierte en realidad); *limitada* porque tiene fronteras precisas, que se defienden con la vida; y *soberana* porque el poder de sus gobiernos emana de la voluntad general de sus ciudadanos que delegan el poder a sus gobernantes, quienes no obedecen a poderes extraños sino a esa voluntad general.

Ambos libros coinciden en cosas fundamentales que nos interesan en este ensayo. Entre ellas, que las naciones emergen a fines del siglo XVIII e inicios del XIX; que el concepto de nación tiene que ver más con las cosas imaginadas que con las realidades materiales; y que las naciones son artefactos culturales que emergieron en Europa al final de largos procesos y luego se convirtieron en productos modulares exportables.

Nos interesa una constatación final: Chabod parece sostener que este modelo no se exporta y Anderson –coincidiendo de alguna manera– sugiere que cuando no hay condiciones adecuadas en los países receptores se

termina "pirateando" el modelo y dando vida a engendros peligrosos, lo que –según este autor– parece haber ocurrido en América Latina. En Europa, ejemplo clásico, las naciones reemplazan a las anteriores sociedades del *Ancien Régime*, donde los estamentos sociales mantenían a cada uno en su lugar, como individuos diferentes e intransferibles, creando una sensación de inalterabilidad. En las naciones modernas, las clases sociales reemplazan a los estamentos y se difunde la impresión de que todos los ciudadanos son individuos iguales y que habitan, como dice Anderson, comunidades limitadas geográficamente y políticamente soberanas. En conclusión, las naciones se construyen en Europa como desenlace de un largo proceso histórico y luego esta forma de convivencia colectiva se convierte en un esquema modular que se exporta a otras partes del mundo y en particular a Latinoamérica entre 1810 y 1825.

Hipólito Unanue: elogio a la naturaleza, ausencia del hombre y primer despertar de la idea de nación

Hipólito Unanue (Arica 1755 - Cañete 1833) fue médico, naturalista y político, y se le considera un prócer de la independencia de 1821. Hizo sus estudios primarios en Arica, cuando aún era territorio peruano, y luego se trasladó a Arequipa, donde estudió teología en el Seminario de San Jerónimo. Más tarde estudió medicina en San Marcos, juramentó como médico en 1786 y en 1788, a los 33 años, asumió la cátedra de Método en Medicina. Sabemos, con certeza, que fue uno de los fundadores de la Sociedad Amantes del País (1790) y un ilustre colaborador en la revista *Mercurio Peruano*, de esta sociedad. Escribió un ensayo que denominó *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre* (1805), donde presenta las bondades del clima limeño, su naturaleza, en contraposición a lo que sostenían los naturalistas europeos. Fue fundador del Colegio de Medicina de San Fernando (1809) y promovió, como buen higienista, la construcción del cementerio de Lima. Era sin duda un ilustrado, o se presentaba como tal, colaboró con los virreyes hasta 1820 y luego se integró en las filas patriotas.

El médico peruano Uriel García Cáceres (2010)[1] ha tenido el gran acierto de estudiar a Hipólito Unanue y lo considera como un hombre que vivió plenamente –desde la periferia del mundo occidental– una época de transición entre el mundo colonial y la modernidad ilustrada, la cual en el siglo XIX se convertiría en modernidad republicana. Se trató de una transición que afectó la vida cotidiana, las actitudes sociales, las relaciones familiares y sociales, así como la relación con el mundo y la historia, a partir del pensamiento de la Ilustración, que invadió todos los ámbitos de la vida de las personas. Por lo tanto, no es nada raro que Unanue haya tenido un cambiante derrotero: de ser secretario de virreyes, fundador del *Mercurio Peruano* y de la Sociedad Amantes del País, pasó a ser colaborador de San Martín y finalmente ministro de Hacienda de Simón Bolívar. Es decir, fue un liberal doctrinario en el siglo XVIII, respetuoso de la monarquía española, de Carlos IV y Fernando VII, que luego, cuando las independencias se volvieron verosímiles, factibles, amenazantes, se volvió liberal radical independentista, seguidor y colaborador de los caudillos militares de la independencia. Este tránsito no debe sorprender, ya que los liberales estaban divididos entre doctrinarios y radicales, los primeros respetaban la continuidad de la monarquía y los segundos apostaban por las repúblicas modernas. Entonces, en términos estrictamente políticos, Unanue pasó del liberalismo doctrinario al radical en un lustro o en una década, así como lo hicieron Sánchez Carrión, Olmedo, Vidaurre y muchos más.[2]

El libro de Uriel García no tiene una intención mitificadora, ni tampoco iconoclasta, pero si logra –casi sin proponérselo– presentar un Unanue más real, más auténtico, en sus fortalezas conocidas y en sus perfiles poco estudiados o comprendidos. A pesar de no ser un historiador profesional, recurre al apoyo de documentos y, gracias a su sólida formación médica, logra humanizar y secularizar la figura de un importante ícono nacional. Humanizar, porque analiza discretamente la vida personal de Unanue y nos introduce en los detalles de la vida personal de un hombre cuya fortuna parece cambiar cuando se encuentra con Mariana Belzunce Vda. de Landaburo, al ser contratado como preceptor de su hijo José Leocadio.

1 Este autor nació en el Cusco en 1922. Fue un importante intelectual peruano, epidemiólogo, político y ministro de salud, hijo de un destacado intelectual cusqueño, llamado también José Uriel García (1894-1965), autor de *El nuevo indio* (1930), un libro muy influyente en su época.

2 Esto lo hemos estudiado con Pablo Macera al tratar el surgimiento de la Escuela de Primeras Letras en Perú en nuestro último libro (Burga/Macera 2013).

Esto sucedió hacia 1785: él tenía 30 años y ella, Mariana, 45 y ya era viuda. Ingresó a vivir en la mansión limeña de El Lechugal, de donde nunca más salió. Doña Mariana murió, igualmente su hermano, y José Leocadio, conocido en los círculos familiares como el "afrancesado", se quedó a vivir en Europa. Unanue viajó a España, por entonces, y consiguió importantes beneficios del cuestionado rey Fernando VII al año siguiente, entre ellos: el reconocimiento del Colegio de Medicina de San Fernando, el cargo de Protomédico y todo el patrimonio de Doña Mariana, incluida la hacienda de San Juan de Arona y otras propiedades en Lima.

Es interesante ver el tratamiento que le da Uriel García a la fundación del Colegio de Medicina de San Fernando: contraviniendo, en cierta manera, la normativa que al parecer obligaba a que la creación de una institución como ésta debía pasar por los claustros de San Marcos, la administración colonial dejó de lado a la universidad. Igualmente se detiene en la discusión que rodea al nombramiento de Protomédico, donde también parecería que la magia de Unanue funcionó para llegar a ese puesto. Pero el autor se interesa más por los beneficios que trajo la fundación del Colegio de Medicina a la salud pública de una ciudad horriblemente sucia como Lima, sucia, maloliente y de altas morbilidades y mortalidades. No le llama la atención que haya sido beneficiado con todo el patrimonio Landaburo Belzunce, una de las familias más ricas de la Lima de entonces, del constructor de la Plaza de Toros de Acho, dueño de haciendas importantes, que dejó su patrimonio a Doña Mariana, el cual por los azares del destino o la magia de Unanue recayó finalmente en manos de una persona que no era ni Landaburo ni Belzunce.

Llama la atención su designación como Protomédico, su disputa con Joseph Manuel Dávalos por este cargo y su poca certificada formación científica. El autor no ha encontrado documentación de sus estudios de medicina, sus grados o títulos recibidos. No duda de sus cualidades académicas, humanas y políticas, pero lo presenta en toda su autenticidad como hombre de su tiempo que refleja su circunstancia histórica, su cambiante época, una manera de vivir y de morir más cercana a la religión que a la ciencia. No me sorprende que un hombre como Unanue, aparentemente moderno, ilustrado, primer patriota, siguiera siendo un fiel seguidor de las ideas de Hipócrates y Galeno, cuando los descubrimientos y los libros de Andrés Vesalio (1514-1564) y William Harvey (1578-1657) hacía ya tiempo que habían revolucionado el conocimiento de la fisiología y la anatomía humanas. No sorprende entonces que los médicos peruanos hayan

seguido enseñando a Galeno hasta 1843 en el Colegio de la Independencia, nuevo nombre dado al Colegio de San Fernando en 1821.

Aquí corresponde citar nuevamente *La arqueología del saber* (1969), donde Michel Foucault analiza con amplitud y complejidad las condiciones y los factores que acompañaron al surgimiento de los discursos científicos en la modernidad. Estudia eso que denomina las "superficies de emergencia" de las nuevas formaciones discursivas, como la filología, la biología y la economía política. El trasfondo que hace posible la universalización y la aceptación de esos discursos, más allá de los grupos pequeños y de las academias científicas, es una gigantesca secularización de la vida social y un enorme cambio político. Secularización, desarrollo de la ciencia, aparición de los ciudadanos, la democracia representativa y el cambio en las actitudes y mentalidades sociales andan a un mismo ritmo. En Perú, donde a diferencia de Europa todos esos cambios que se pueden resumir en las grandes revoluciones políticas y en la instalación de las nuevas repúblicas no se produjeron, lógicamente no existía tampoco esa "superficie de emergencia". Sin embargo, sin que existieran estos escenarios, algunos hombres se aventuraban en nuevos campos epistemológicos hasta donde les permitía la sociedad de entonces. Esa sociedad muy barroca, más semejante a la europea del siglo XVII que a la del XVIII, no era propicia a la ciencia ni al pensamiento liberal, sino más bien a conductas reprimidas, a discursos públicos muy diferentes a lo que se sostenían en tertulias privadas.

Es por eso que Uriel García Cáceres detecta en Unanue, y muy probablemente en toda la gente que lo rodeaba, un retraso científico e intelectual de varios siglos en relación a Europa. Por sus intuiciones científicas y su sincera admiración al gran médico, este libro nos permite preguntarnos de nuevo si los intelectuales y científicos del Perú de entonces asimilaron verdaderamente las doctrinas, teorías y conocimientos científicos de la modernidad occidental. Todo parece indicar que el discurso científico de Unanue era anacrónico. No era estrictamente un discurso de la Ilustración, científico, porque su surgimiento era imposible dentro de esa "superficie de emergencia" peruana de entonces. Sin embargo, en él encontramos una sólida argumentación que intenta demostrar que la naturaleza peruana, con sus plantas y animales diferentes de los europeos y de otras geografías, era sencillamente original, diferente a la europea, pero no de menor categoría. Lógicamente, ni el clima ni el hombre originario de estos territorios eran menores, sino simplemente respuesta a ambientes también diferentes. Unanue se interesó por la historia justamente para mostrar esa diferencia,

pero dejó fuera de su discurso al hombre indígena, describiendo una nación de plantas y animales. Pero no podemos dejar de reconocer que fue un paso importante en la elaboración de la idea de nación.

José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete: una independencia sin patriotismo y sin éxito

José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete (1783-1858) fue el fundador de la dinastía Riva-Agüero en el Perú. Vivió entre fines de la colonia y mediados del siglo XIX, entre dos mundos diferentes, en una transición donde se tenía mucho que perder y, a veces, muy poco que ganar. Riva-Agüero apostó por la modernidad y no parece que haya tenido dudas. Fue un convencido liberal doctrinario y no sufrió las metamorfosis que afectaron a Unanue, Baquíjano, Toribio Rodríguez de Mendoza, Sánchez Carrión o Vidaurre, que cambiaron a medida que la independencia se volvía más verosímil y pasaron del monarquismo al republicanismo, a veces abruptamente. En 1818 publicó *Manifestación histórica y política de la revolución de la América,* obra conocida como *Las veintiocho causas*, donde aparece como un liberal radical, comprometido con las ideas modernas de la democracia. Presidió la Asamblea Constituyente de 1823 y fue el primer presidente del Perú, pero su mandato apenas duró cuatro meses y luego fue exiliado, perseguido y marginado por los caudillos militares.

Escribió un extraño libro de 700 páginas, publicado con el seudónimo de P. Pruvonena en París en 1858, el mismo año en que murió, con el título *Memoria y documentos para la historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*. Habían pasado entonces más de treinta años de vida republicana y él escribía un libro para explicar por qué la independencia no había tenido éxito. En treinta capítulos buscaba demostrar el fracaso de la democracia representativa, el triunfo del caudillismo militar, las prebendas, las clientelas y la corrupción generalizada. Señalaba a la anarquía y a la ausencia de un patriotismo auténtico como las causas principales de esta situación. La presencia de San Martín, Bolívar, Gamarra, Salaverry, Santa Cruz, Castilla y finalmente Echenique, según él, había sido devastadora para el país. ¿Por qué –se preguntaba el autor– la independencia y el sistema de la democracia representativa funcionó bien en la Grecia de Pericles, en los cantones suizos y en los Estados Unidos, y

por qué no en el Perú?[3] Daba muchas razones que no analizaremos en detalle, y señalaba algunos factores como las principales causas del fracaso de la independencia, entre ellos la responsabilidad del individuo, la ausencia de patriotismo y la carencia de una conducta moral de los gobernantes. Todos ellos estaban más vinculados a los valores que a las condiciones sociales y materiales del país. Un buen patriota –decía– es como un buen hijo, una virtud que le parecía estar ausente en el país.

Este es un caso singular de un hombre que sufrió una metamorfosis política, pasando de ser un liberal radical antes de la independencia de 1821 a un monarquista, 37 años después, ganado por el pesimismo y el conservadurismo en el otoño de su existencia, hasta llegar a proponer, también contra la corriente, una monarquía para darle estabilidad al gobierno peruano y sacarlo de la anarquía. Riva-Agüero se preguntaba finalmente por qué los caudillos presidentes no habían podido reemplazar de manera progresiva a los gobernantes incas y a los mismos virreyes enviados de España[4].

Antonio Raimondi: la riqueza natural de la nación

Antonio Raimondi (Milán 1824 - San Pedro de Lloc 1890) fue un naturalista italiano que llegó al Perú en 1850, atraído por la geografía tropical y la flora peruana que había visto en los museos de Europa. Llegó al Perú a los 24 años, con una incipiente formación como naturalista, adquirida de manera autodidacta. Inmediatamente después de su llegada, convirtió a la geografía peruana, la hidrografía, la orografía y la geología en sus objetos de estudio permanente. El Perú, o la comunidad científica limeña, era tan pobre que al año siguiente de su llegada, en 1851, por el hecho

3 Riva-Agüero sostuvo que el Perú era demasiado múltiple racialmente para constituir una nación de ciudadanos: "Ese sistema fatal de igualdad de una sola raza, y de gente instruida y muy civilizada, no pudo permanecer allí; y no obstante eso, el Congreso Peruano, lo puso en planta en 1822. De este error de querer igualar al Perú atrasado, con la antigua Grecia ilustrada, y con los Estados unidos de América, han nacido los demás errores de esos ideólogos" (Riva-Agüero 1858: 7).

4 "[…] es sabido que esta clase de gobierno no puede existir sin grandes virtudes, probidad y luces en los ciudadanos que se consagran a la causa pública; y sin que las naciones que las adopten, no posean una educación análoga, y un patriotismo proporcionado a los sacrificios que exige la República para su conservación" (Riva-Agüero 1858: 10-11).

de poseer anotaciones en sus libretas de las clases que había escuchado en Milán, asumió un puesto de profesor de historia natural en la Escuela de Medicina. Su biógrafo peruano, Giovanni Bonfiglio, confirma que no tuvo una formación universitaria en ciencias y que no tenía ningún título académico. Había leído a muchos viajeros, incluso a Buffon, Tournefort y Darwin, pero no parece haberse interesado en el evolucionismo. Traía sí una enorme pasión por el territorio peruano y su mundo natural (Bonfiglio 2004: 31-35).

Era un romántico y un nacionalista. El sentimiento nacionalista era un sentimiento muy propio de la Italia de entonces, y Raimondi había bebido en esa fuente. "La pasión nacional era una corriente irresistible de la que nadie podía despreocuparse. Era algo más: era como la ley física del movimiento de la tierra, que, en su aparente inmovilidad arrastra a todos dentro de su órbita" (Janni cit. sg. Bonfiglio 2004: 36). Este amor por Italia lo convirtió Raimondi en una pasión por el Perú, que seguramente contagió a los liberales que rodeaban a Manuel Pardo, fundador del Partido Civil, entre 1872-1876, cuando desarrollaron el gobierno de la "República Práctica".

El esfuerzo de Antonio Raimondi es verdaderamente sorprendente y él mismo se consideraba un continuador de los cronistas españoles como Josep de Acosta y Bernabé Cobo, quienes describieron el mundo natural americano, e igualmente de los viajeros de los siglos XVII, XVIII y XIX, franceses, ingleses, españoles y norteamericanos. Pero también mencionaba a los peruanos: al Inca Garcilaso, el jesuita Blas Valera, y luego a Cosme Bueno, Gabriel Moreno y al reconocido Hipólito Unanue. Todos ellos, desde el mismo siglo XVI, habían descrito plantas, animales, minerales, ríos, cumbres, como la manera correcta de descubrir el Nuevo Mundo. Describieron la singularidad o la universalidad del Nuevo Mundo, clasificando lo que encontraban, recogiendo especies, muestras de todo tipo, y enviándolas a Europa, pero también promoviendo la creación de un museo, o varios, para estudiarlas en el país.

Antonio Raimondi, muy relacionado con los liberales que llegaron al gobierno con Manuel Pardo (1872-1876), insistió en la creación de un Museo de Historia Natural y un Jardín Botánico, como los que existían en Milán o en París, para conservar estas colecciones. Pero sus esfuerzos fueron inútiles. El gobierno civilista, atendiendo a sus demandas, desde 1872, inició la publicación de sus obras y entre los años 1874 y 1876 se publicaron los dos primeros tomos de su clásico *El Perú*. En 1866 fue deca-

no de la Facultad de Ciencias de San Marcos, pero al año siguiente dejó el cargo y reinició sus viajes, visitando gran parte del Perú hasta que la muerte lo sorprendió en San Pedro de Lloc en 1890. Sus máximos logros fueron las noticias que pudo dar a las academias de ciencias de Europa, en las que transmitía sus hallazgos, analizando el salitre de Tarapacá o el guano de las islas de Chincha entre 1852 y 1853.

También las publicaciones que realizó en el Perú son metas alcanzadas por el naturalista, pero no pudo hacer mucho en San Marcos, ni en las políticas públicas del Estado. En la universidad se limitó a enseñar, uno o dos años, los cursos de Zoología, Botánica y Botánica de clasificación. También enseñó Química analítica. Sin embargo, se detuvo a analizar insistentemente las riquezas botánicas, zoológicas y geológicas del país y por eso le inventaron una expresión que nunca pronunció: "El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro". Lo más valioso que dejó son sus numerosos libros, donde describe sus incansables viajes al interior del país, exponiéndose a los constantes peligros y a las enfermedades. Por sus pasiones, su sensibilidad y su entrega a las expediciones era indudablemente un hombre del romanticismo. Si bien tenía una relación más emotiva que racional con el país, nadie puede negar la importancia de su obra, sus taxonomías, nomenclaturas, clasificaciones, descripciones y mediciones geográficas, así como las especies dejadas a la Universidad de San Marcos. Por encima de todas las dificultades, amó al Perú. No escatimó elogios cuando tuvo que reconocer el trabajo de peruanos como Gabriel Moreno o Hipólito Unanue, y comparó las ciencias que ellos cultivaban con plantas exóticas recientemente introducidas en el Perú, pero no bien aclimatadas para crecer y dar frutos. Por eso reconocía la labor abnegada de Nicolás de Piérola, Mariano Eduardo de Rivero y Cayetano Heredia. Éste último le abrió las puertas de la Escuela, primero, y de la Facultad de Medicina, después.

¿Qué sucedió a nivel de la ciencia y del conocimiento científico? El ensayo de Antonio Raimondi (1862) es muy elocuente al respecto. El naturalista italiano, quién vivió entre 1824 y 1890, es un ilustre ejemplo de la ciencia que se cultivó en el país en la segunda mitad del siglo XIX. El mismo era un naturalista autodidacta, que llegó al Perú en 1850, decidido a desarrollar un trabajo científico que pudiera mejorar el de los viajeros que lo habían precedido, con una mejor clasificación de las especies animales, vegetales y minerales de estos territorios. Era un experto en descripciones, mediciones, taxonomías y clasificaciones; era un conocedor de la historia natural, tal como la habían cultivado Tournefort, Linneo, Buffon y los

ilustres viajeros que visitaron el continente antes y después de Alexander von Humboldt. Su intención era mostrar la riqueza natural, vegetal, animal y geológica, del Perú, ya no solamente una nación diferente y original –como la veía Unanue–, sino además rica y llena de potencialidad. Así nos muestra un rico y diverso mundo natural, donde el hombre casi está ausente.

Redescubrimiento del indio en la Patria Nueva: nuevos discursos y nación

La discusión sobre la naturaleza de la nación peruana se desarrolló durante casi todo el gobierno de Leguía, llamado también el Oncenio o el gobierno de la Patria Nueva, por oposición a la Patria Vieja de aquellos que habían gobernado en el período inmediatamente anterior de la denominada República Aristocrática (1895-1919). Al inicio de la Patria Nueva (1919-1930) se produjo una suerte de desembalse de las presiones populares, a tal punto que en 1920 se aprobó una nueva constitución que restituyó los derechos de los indígenas que habían sido cancelados por los criollos en 1821. Leguía, que respondía a las presiones populares y al discurso de los políticos y de los intelectuales de la época, aparecía como el benefactor de las poblaciones indígenas, el Wirakocha que les devolvía su dignidad, sus derechos sociales y políticos, y la propiedad de la tierra conculcada por anteriores constituciones criollas.

En ese contexto, los intelectuales reinventaron la historia del Perú y la hicieron más antigua. La "antigüedad" –como diría Anderson– es la consecuencia de la novedad; la nación logra su autenticidad y legitimidad inventando una antigüedad ficticia y por eso se buscan los orígenes de la nación en el discurso del Inca Garcilaso de la Vega de fines del siglo XVI e inicios del XVII. Este proceso, conocido también con el nombre de "invención de tradiciones", convierte lo nuevo en antiguo para crear una patria histórica. Este desarrollo se aceleró durante momentos dramáticos de la guerra con Chile (1879-1883), cuando fue necesario buscar explicaciones de la derrota y señalar a los culpables de los desastres. Se decía que Perú había perdido la guerra porque no todos se sentían peruanos, comprometidos con el Perú y decididos a ofrendar sus vidas por esa ficción que podemos llamar nación peruana. De manera específica se consideraba que una fidelidad mayor de los indígenas a los caudillos, que a la nación en abstracto, era algo más

nocivo que la carencia de un armamento moderno y de un ejército debidamente organizado y disciplinado.

De ese modo, el indio, como obstáculo para la construcción de la nación o como su integrante mayoritario, comenzó a aparecer en diversos discursos desde el mismo inicio del siglo XX. Mostraré solamente algunos ejemplos muy representativos de este proceso que el historiador Jorge Basadre consideraba como el mayor acontecimiento del siglo XX, el redescubrimiento del indio y del hecho evidente de que las poblaciones indígenas constituían las mayorías sociales del Perú y las que podían otorgarle, con su historia y con sus legados, el carácter de una nación original.

Manuel Vicente Villarán: el discurso positivista

Manuel Vicente Villarán (1873-1958), rector de San Marcos en 1922, exhibió un discurso muy representativo de inicios del siglo XX. Ya no se trataba del discurso científico de un naturalista, sino más bien de un alegato en defensa del positivismo, de la ciencia positiva de Auguste Comte (1798-1857), John Stuart Mill (1806-1873) y de Herbert Spencer (1820-1903) principalmente. Pedía alejarse de aquellas "ciencias morales que dependían de dogmas religiosos e hipótesis metafísicas" (Villarán 1922: 45), independizarlas de toda metafísica. Promovía además una nueva sociología, una historia positiva, así como un derecho y una ciencia política que no se fija en lo contingente, aleatorio, anecdótico, sino en lo esencial, en las instituciones, en las causalidades y las fuerzas invisibles que explican el devenir y el funcionamiento de las sociedades. Era un intelectual civilista, liberal en consecuencia, que se aferró al positivismo de Comte y al darwinismo social de Spencer. No hizo una presentación sustancial de los ilustres positivistas del siglo XIX, sino que más bien se limitó a defenderlos porque representaban una nueva actitud científica, de estudiar las cosas visibles, materiales, palpables, dejando de lado lo que llamaba las metafísicas, las teorías. Consideraba a la sociología de Emile Durkheim como la ciencia del futuro. Descubría al indio, a su manera, para señalar que representaba, por sus costumbres y natural aislamiento, uno de los obstáculos mayores para la construcción de la nación moderna y proponía que la solución era la educación para reintegrarlo a la nación.

Carlos J. Rospigliosi Vigil: investigación e industria

Médico y naturalista, Carlos J. Rospigliosi Vigil (1879-1938), estudió en San Marcos, donde se graduó como bachiller en 1902 y como doctor en 1904. Enseñó Química y Zoología en la Facultad de Ciencias. Organizó el Gabinete de Historia Natural, que en 1918 se convirtió en parte del Museo de Historia Natural de la Universidad de San Marcos. Trabajó un buen tiempo como médico asimilado a los institutos militares, y en 1930, de regreso a la universidad, asumió el decanato de Ciencias. Dirigió San Marcos entre 1932 y 1935, cuando fue clausurado por el gobierno militar, y publicó el mismo año un libro narrando esta experiencia, *La crisis universitaria en el Perú*. Dejó dos tratados inéditos de Zoología General y Anatomía Comparada y publicó *Orientaciones Industriales. Necesidad de crear un instituto de investigación en el Perú* en 1917.

En este discurso, pronunciado en 1917, Rospigliosi propone ideas bastante nuevas en el Perú de entonces, pero que el liberalismo de Manuel Pardo ya las había ensayado en el siglo XIX, entre 1868 y 1876. Sin embargo se pregunta con mucha energía: "¿Pero cómo hemos aprovechado nuestros tesoros naturales que nos han dado a conocer en su mayor parte los exploradores y hombres de ciencia extranjeros? ¿Qué nos dice la historia a este respecto? ¿Cuál es el estado de nuestras industrias" (Rospigliosi 1917: 11). Constata que hay una educación no interesada en el país y su futuro: "Es por esto que debemos reaccionar, y nuestra reacción debe empezar por una innovación salvadora en la tarea educativa. Debemos abandonar los viejos y rutinarios métodos, reformando los programas de enseñanza para adaptarlos a las mejores conveniencias de nuestro país, dándole una finalidad práctica" (Rospigliosi 1917: 23). Propone una interesante idea: "En consecuencia la orientación que debe tener nuestra Universidad es la técnica; para lo cual es necesario crear un instituto de investigación, donde formemos los hombres que la Universidad debe preparar para el porvenir, es decir investigadores de ciencia nacional y no de ciencia ya conocida" (Rospigliosi 1917: 27). Hablaba, este año 1917, en medio de la Primera Guerra Mundial, cuando los precios de las materias primas peruanas subían en los mercados extranjeros, de invertir generosamente en ciencia y en investigación.

Su propuesta era descubrir de nuevo el Perú: "¿Pero qué esfuerzos se han hecho para conocer las riquezas naturales que poseemos en el territorio?" (Rospigliosi 1917: 5). Se preguntaba por qué quedarse en los "um-

brales del positivismo", por qué no penetrar en su "recinto"; para eso pedía la creación de un instituto, "en el cual se de preferente atención a la preparación científica de modo que ésta sea efectiva y práctica" (Rospigliosi 1917: 5). El instituto en cuestión sería el Museo de Historia Natural tantas veces soñado por Raimondi y los liberales que acompañaron a Manuel Pardo, quienes no tuvieron ningún prejuicio nacionalista en recurrir a extranjeros como Eduardo de Habich para fundar la Universidad de Ingeniería, a Sebastián Lorente para realizar una nueva lectura de nuestra historia y a Pierre Pradier Foderé para poner en marcha la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas en San Marcos en 1876. Rospigliosi pedía una nueva institución, un nuevo museo creado por el gobierno y entregado a la universidad para su gestión en la Facultad de Ciencias. Esto se hizo realidad en 1918, durante el rectorado de Javier Prado y desde entonces se conservan allí las colecciones de Raimondi. Rospigliosi volvió a hacer el recuento de los que contribuyeron al descubrimiento del Perú, cronistas, viajeros, hasta llegar al mismo Raimondi.

Julio C. Tello: una larga historia propia

Julio C. Tello (1880-1947) fue un arqueólogo, y en realidad un auténtico científico moderno, descubridor de monumentos como los viajeros pasados, pero al mismo tiempo creador de teorías para entender la historia y la diversidad cultural del país. Hizo un breve diagnóstico de la lamentable situación de la investigación en aquel año de 1922, afirmando que no se investigaba en las universidades y casi nada en las academias y sociedades científicas. Tello, con una enorme vocación por la investigación, con estudios de postgrado en universidades de Estados Unidos y Alemania, adhirió al movimiento de la Reforma universitaria, a que la imaginaba como un proyecto para construir una universidad como las que había conocido en sus viajes de estudio. Este año, hablando fuera de la universidad, en un discurso dirigido a los integrantes de una sociedad científica, afirmó que no había investigación sin museos, bibliotecas, laboratorios, convenientemente equipados como centros para reunir investigadores. Asimismo planteaba la idea de los seminarios como los ámbitos para el trabajo mancomunado de docentes y alumnos en el desarrollo de los proyectos de investigación. Clamaba por la aptitud científica y la curiosidad, como los motores de la investigación (Tello 1928).

Fortunato Herrera: recuperar las plantas andinas

Fortunato Herrera (1873-1945) estudió primaria, secundaria y superior en su ciudad natal, Cusco. Allí obtuvo los títulos de bachiller en ciencias en 1900 y doctor en 1911, con las tesis *Etnografía de los indios chincheros* y *Coordenadas Geográficas del Departamento del Cusco*, respectivamente.

Ingresó a la docencia universitaria y comenzó a enseñar Botánica General y Botánica Descriptiva. Fue rector de la Universidad San Antonio Abad de Cusco (1929-1933) y luego se estableció en Lima e ingresó a la Universidad de San Marcos donde publicó importantes libros, sobre el mundo vegetal y los estudios botánicos. Fortunato Herrera pasó de la historia natural de Raimondi a la biología moderna y aportó el gran descubrimiento de un mundo vegetal que había sido conocido por la civilización prehispánica. Además, de una manera muy original, mostró de nuevo, como lo había hecho antes Unanue y luego Raimondi, esa evolución en el conocimiento del mundo natural de los peruanos, desde los cronistas hasta los viajeros científicos del siglo XIX.

Con Fortunato Herrera, centrado en el departamento del Cusco, casi regresamos de nuevo a la Historia Natural del siglo XVIII, a las taxonomías, nomenclaturas, de Tournefort, Linneo y Buffón. Sin embargo sus obras resultan indispensables porque hace un recuento muy valioso de todos los viajeros y científicos que visitaron Cusco entre la época de Raimondi y 1930. Con un cierto asombro encontramos un importante número de botánicos, antropólogos, arqueólogos, que visitaron este departamento, estudiaron su flora, fauna, minerales y monumentos históricos, recogieron muestras y las llevaron al extranjero a formar parte de sus importantes colecciones. Todos los mencionados por Fortunato Herrera eran extranjeros. Ahora, en especial en los años 1920, la época del gobierno de Augusto B. Leguía, la nueva figura que aparece es la del intelectual interesado en el Perú como comunidad nacional, con pasado, presente y futuro. Se descubre una larga historia, un presente en dificultades y la frustración de la primera centuria republicana, y al mismo tiempo se señalan las dificultades para construir un futuro si no se termina con la herencia colonial.

A manera de conclusión

He realizado un esfuerzo muy localizado en personajes representativos en diversos periodos para analizar la relación entre ciencia y nación en el Perú de 1790 a 1930 aproximadamente. Unanue, desde la historia natural y la medicina, nos muestra que el clima limeño era tan bueno como el clima europeo para los hombres, siendo solamente diferentes. Estudió en detalle la planta de la coca, su naturaleza original, sus propiedades, pero no se interesó por el hombre indígena que en ese momento vivía en las regiones andinas. Para Unanue el Perú era un territorio natural y geográficamente tan bueno como cualquiera existente en Europa, pero olvidó algo fundamental: incorporar a las sociedades indígenas dentro de esa realidad.

José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, un político liberal doctrinario en su juventud, convencido de la importancia y necesidad de la independencia, pero respetuoso de la monarquía española, apostó por la República independiente. Así lo expresó en su obra inicial sobre las causas de la independencia. Más tarde cambia, se desilusiona y en 1858, de manera póstuma, publica una voluminosa obra denominada *Memorias y documentos*, donde nos habla del fracaso de la independencia, y la conveniencia de la monarquía, porque la nación peruana estaba compuesta de habitantes pertenecientes a diversas y desiguales razas: los criollos cultivados y urbanos y los indígenas sin educación y arrinconados en sus terruños andinos. La inexistencia de condiciones naturales y espirituales frustró la construcción de la nación, proyecto que más bien devino en anarquía, corrupción y lucha incesante por capturar y controlar el poder del Estado.

Antonio Raimondi, un naturalista italiano, liberal, fascinado por la geografía tropical y andina del Perú, proveniente de una Italia nacionalista e independentista, volvió a descubrir el mundo natural de los peruanos a través del estudio de los climas, las plantas, los ríos, los suelos y las regiones del país. Su gran obra en 6 volúmenes, *El Perú*, hizo de nuevo la presentación del mundo natural a los criollos peruanos que habitan en las ciudades. Formaba parte del Partido Civil de Manuel Pardo que trató de construir una nación criolla, pero que comenzó a preocuparse por mirar a los pobladores nativos, considerados primitivos, que debían volverse criollos para salvarse y salvar al país.

Finalmente, cuando termina el dominio de los criollos del Partido Civil, al instalarse la Patria Nueva de Augusto B. Leguía en 1919, se abren paso nuevos discursos políticos, históricos y científicos. En la tercera dé-

cada del siglo xx se produjo el gran descubrimiento del indio. Menciono en primer lugar a Manuel Vicente Villarán, partidario del positivismo y aun del darwinismo social de Herbert Spencer, listo a condenar al indio de entonces y al mismo tiempo promover la educación para sacarlo de la pobreza y el atraso. Carlos Rospigliosi Vigil propuso un discurso para descubrir de nuevo al Perú, pero esta vez por los peruanos y con la ayuda de la investigación científica, para lo cual propuso la alianza del Estado, la universidad y los particulares. Llegó a proponer la construcción de una ciencia propia.

Luego Julio C. Tello, fundador de la arqueología peruana, extendió la civilización prehispánica hasta la cultura Chavín, 1.000 años a.C., y se convirtió en el gran apologista de una larga y maravillosa historia de las culturas indígenas anteriores a los incas. Descubrió y presentó los magníficos logros del hombre indígena, entonces marginado y en la pobreza. Finalmente presento de nuevo a un naturalista, Fortunato Herrera, cusqueño que estudió la flora y la fauna conocidas por el indígena andino. Describió técnicamente esta flora y promovió su desarrollo y recuperación. Él formó parte de todo un movimiento intelectual y político cusqueño que buscó identificar y estudiar lo propio para luego promover su recuperación, fueran plantas, animales, suelos, técnicas o el mismo hombre indígena. No se trata de un mundo natural, sino del mundo cultural construido por las poblaciones indígenas antes de la conquista española. No solo se trata de reivindicar al hombre andino, indígena, sino también su mundo cultural, sean artefactos materiales, o naturales, pero descubiertos y construidos por el indígena. Se trataba de una propuesta que, por este camino, condujo a un nacionalismo radical indígena. La nación ya no era más de los criollos, sino de las poblaciones mayoritarias, de los indígenas. La incorporación de estas poblaciones, como ciudadanos con derechos como todos los demás, dentro de la sociedad nacional sería el paso definitivo para transitar de la patria a la nación.

Bibliografía

Anderson, Benedict (1989): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo.* México, D.F.: Siglo XXI.

Bonfiglio, Giovanni (2004): *Antonio Raimondi. El mensaje vigente*. Lima: Fondo de Desarrollo Ed./Universidad de Lima.

Brading, David Anthony (1991): *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Burga, Manuel/Macera, Pablo (2013): *Escuela de obediencia y Memoria del Inca, 1747-1818.* Lima: Edición Derrama Magisterial.

Chabod, Federico (1961): *La idea de nación.* México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Córdoba y Salinas, Diego de (1957): *Crónica franciscana de las provincias del Perú.* Washington, D.C.: Academy of American Franciscan History.

De la Vega, Garcilaso Inga (1949): "Sacra Católica Real Magestad. Defensor der la Fe". En: Hebreo, León*: Diálogos de amor. Traducción por Garcilaso Inga de la Vega.* Edición según la de Madrid de 1590, con observaciones preliminares de Eduardo Juliá Martínez. Madrid: Victoriano Suárez, pp. 8-13.

Foucault, Michel (1968): *Las palabras y las cosas*. México, D.F.: Siglo XXI.

— (1969): *La arqueología del saber*. México, D.F.: Siglo XXI.

García, José Uriel (1930): *El nuevo indio*. *Ensayos indianistas sobre la Sierra Sur peruana*. Cuzco: Editorial H. G. Rozas.

García Cáceres, Uriel (2010): *La magia de Unanue*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Herrera, Fortunato Luciano (1900): *Etnografía de los indios chincheros.* Cuzco, Universidad San Antonio de Abad: Tesis.

— (1911): *Coordenadas Geográficas del Depto. del Cusco y lugares importantes del Depto.* Cuzco, Universidad San Antonio de Abad: Tesis.

— (1930): *Estudios sobre la Flora del Departamento del Cuzco*. T. 1. Lima: Ed. Sanmartí y Cía.

Hobsbawm, Eric J. (1992): *Naciones y nacionalismo desde 1780.* Barcelona: Ed. Crítica.

Lavallée, Bernard (1993): *Promesas ambiguas. Criollismo colonial en los Andes*. Lima: Edición Instituto Riva-Agüero/PUCP.

Raimondi, Antonio (1862): "Lijera revista histórica sobre los Estudios hechos en el Perú en las ciencias naturales y de los Escritores, que se han ocupado en la historia natural del mismo". En: *Anales Universitarios del Perú*, I, pp. 196-224.

— (1874): *El Perú*. Tomo I. *Parte preliminar*. Lima: Imprenta del Estado.

— (1876): *El Perú.* Tomo II. *Historia de la geografía del Perú*. Libro primero. Lima: Imprenta del Estado.

Riva-Agüero y Sánchez Boquete, José de la (1818): *Manifestación histórica y política de la revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú, y Río de la Plata.* Buenos Aires: Imprenta de los Expósitos.

— (1858): *Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta.* Obra póstuma de P. Pruvonena. Paris: Librería de Garnier Hermanos.

Rodríguez de Mendoza, Toribio (1972 [1816]): "Carta dirigida a Manuel Pardo, visitador del Convictorio San Carlos". En: *Colección documental de la Independencia del Perú.* Tomo I*: Los ideólogos.* Volumen 2: *Toribio Rodríguez de Mendoza*. Lima: Editorial Salesiana, pp. 151-173.

Rospigliosi Vigil, Carlos J. (1917): *Orientaciones Industriales. Necesidad de crear un instituto de investigación en el Perú*. Lima: Imprenta del "Centro Editorial".

— (1935): *La crisis universitaria en el Perú*. Lima: Imp. Americana.

Salinas y Córdoba, Buenaventura (1957): *Memorial de las historias del Nuevo Mundo del Pirú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Tello, Julio C. (1928): "La investigación científica". En: *Reforma Universitaria. Ensayos y discursos.* Lima: Ed. Sanmartí y Cía.

Unanue, Hipólito (1940 [1805]): *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre*. Lima: Imp. "Lux".

Villarán, Manuel Vicente (1922): *Estudios sobre educación nacional.* Lima: Universidad de San Marcos.

Vizcardo y Guzmán, Juan Pablo (2004 [1799]): *Carta dirigida a los españoles americanos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Autoras y autores

Iris Bachmann es *Lecturer* de Lingüística Hispánica en el Departamento de Estudios Hispánicos, Portugueses y Latinoamericanos de la University of Manchester. Ella obtuvo su título de doctorado en Filología Románica de la Johann Wolfgang Goethe-Universität Frankfurt. Sus áreas de trabajo son las lenguas criollas e iberrománicas, sobre todo en las Américas, con interés particular en la interfaz de ideas, prácticas y normas lingüísticas, y en la interacción de medialidad y lenguaje. Entre sus publicaciones se destacan: *Die Sprachwerdung des Kreolischen: eine diskursanalytische Untersuchung am Beispiel des Papiamentu* (2005); "Creoles" (en *Cambridge History of the Romance Languages* editado por Martin Maiden, John C. Smith, Adam Ledgeway, 2011) y "Norm and variation on Brazilian TV evening news programmes: the case of third-person anaphoric reference" (en *Bulletin of Hispanic Studies*, 2011).

Diego Ballestero ha sido becario de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica Argentina (2008-2010) y becario doctoral del Deutscher Akademischer Austauschdienst (2010-2012) con estancia de investigación en el Instituto Ibero-Americano de Berlín. Estudió Antropología y se doctoró en Ciencias Naturales. Trabajó sobre los espacios de las prácticas antropológicas en la Argentina entre el periodo 1894-1938.

Manuel Burga es actualmente vicerrector académico de la Universidad Jesuita Antonio Ruiz de Montoya. Fue profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos hasta 2009 y su rector entre 2001 y 2006. Estudió en la École Pratique des Hautes Études de París y se doctoró en Historia en la Université de Paris I (La Sorbonne) en 1973. En 1989 recibió el premio nacional de Historia CONCYTEC-Jorge Basadre por su libro *Nacimiento de una Utopía: muerte y resurrección de los incas* (1988). Ha estudiado el Estado, la sociedad, la economía, la nación, la educación superior y las mentalidades en la historia peruana. Ha publicado trece libros, entre ellos *Para qué aprender historia en el Perú* (1992), *La historia y los historiadores en el Perú* (2005), *La reforma silenciosa. Descentralización, universidad y desarrollo regional* (2008). Su último libro, *Escuela de obediencia y memoria del Inca, 1747-1818* (en coautoría con Pablo Macera, 2013), analiza la educación.

Jesús Bustamante es científico titular del Grupo de Estudios Americanos del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España. Es doctor en Geografía e Historia. Sus áreas de trabajo son la historia moderna y contemporánea, el área americana y la historia de la ciencia. Ha coeditado con Mónica Quijada *Elites intelectuales y modelos colectivos. Mundo Ibérico (siglos xvi-xix)* (2002), es autor de "La conformación de la Antropología como disciplina científica, el Museo Nacional de México y los Congresos Internacionales de Americanistas" (en *Revista de Indias*, 2005) y de "El indio americano y su imagen. La construcción de un arquetipo: el salvaje emplumado", en el volumen *De la barbarie al orgullo nacional. Indígenas, diversidad cultural y exclusión. Siglos xvi al xix* (coordinado por Miguel Soto y Mónica Hidalgo Pego, 2009).

Sandra Carreras es investigadora del Instituto Ibero-Americano. Se graduó en Historia por la Universidad de Buenos Aires y obtuvo su título de doctorado de la Johannes-Gutenberg-Universität Mainz. Sus áreas de trabajo son la historia social y política del Río de la Plata y la historia de las vinculaciones científicas entre Alemania y la Argentina. Entre sus publicaciones se destacan: *Die Rolle der Opposition im Demokratisierungsprozess Argentiniens. Der Peronismus 1983-1989* (1999), *Entre la familia, la sociedad y el Estado. Niños y jóvenes en América Latina (siglos xix-xx)* (coeditado con Barbara Potthast, 2005), *Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino. Antología del Vorwärts, 1886-1901* (coeditado junto con Horacio Tarcus y Jessica Zeller, 2008), la coordinación del Dossier: "Migrantes de origen alemán en Argentina: identificaciones y transferencias" (en *Iberoamericana. América Latina–España–Portugal*, 2009) y *Eine kleine Geschichte Argentiniens* (en colaboración con Barbara Potthast, 2010).

Katja Carrillo Zeiter se doctoró en Filología Románica en la Johann Wolfgang Goethe-Universität Frankfurt con un trabajo sobre la historiografía literaria argentina y chilena del siglo xix. Fue investigadora del Instituto Ibero-Americano. Sus áreas de investigación son las culturas y literaturas de los siglos xix y xx del Cono Sur y la cultura popular hispanoamericana. Es autora de *Die Erfindung einer Nationalliteratur. Literaturgeschichten Argentiniens und Chiles (1860-1920)* (2011), editó *Borges und die phantastische Literatur* (2010), *De amor, crimen y cotidianidad. Las revistas teatrales y colecciones de novelas cortas del Instituto Ibero-Americano* (2014) y

coeditó con Monika Wehrheim *Literatura de la Independencia, independencia de la literatura* (2013), además publicó "La historiografía literaria del siglo XIX en Argentina y Chile – entre el pasado y el futuro" (en: *Escribiendo la Independencia,* editado por Stephan Leopold y Robert Folger, 2010).

Máximo Farro es investigador asistente del CONICET y encargado de colecciones del Archivo Histórico del Museo de La Plata, Universidad Nacional de La Plata. Es antropólogo y doctor en Ciencias Naturales y trabaja en el área de la historia de la ciencia estudiando la vinculación histórica entre la antropología, la arqueología y las colecciones en la Argentina del siglo XIX enfatizando en la cultura material, el conjunto de prácticas y la infraestructura epistémica asociadas. Actualmente está trabajando en la historia de la etnografía lingüística a partir de la sistematización de la colección de manuscritos y correspondencia de Samuel A. Lafone Quevedo, entendidos como una "tecnología de papel" usada con propósitos de clasificación antropológica. Es autor del libro *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX* (2009).

Axel Jansen es docente de la Eberhard Karls Universität Tübingen y actualmente *visiting fellow* en Wolfson Colleg de la University of Cambridge. Obtuvo su título de doctorado Estudios Americanos de la Johann Wolfgang Goethe-Universität Frankfurt. Sus áreas de investigación incluyen la historia y cultura de los Estados Unidos y la historia de la ciencia. Entre sus publicaciones se destacan *Alexander Dallas Bache: Building the American Nation through Science and Education in the Nineteenth Century* (2011) e *Individuelle Bewährung im Krieg: Amerikaner in Europa, 1914-1917* [The European War as an American Proving Ground: Americans in Europe, 1914-1917] (2003).

Carla Lois es investigadora del CONICET y del Instituto de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y profesora adjunta regular del Departamento de Geografía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Estudió Geografía y se doctoró en Filosofía y Letras, en el área de Historia por la Universidad de Buenos Aires. Sus investigaciones se centran en la historia de la cartografía, la epistemología de la geografía y la cultura visual en los saberes geográficos. Con el apoyo de becas especializadas ha

realizado estancias de investigación en la Universitat de Barcelona, la John Carter Brown Library, British Library, el Institute for Research in the Humanities-University of Wisconsin, CNRS-Sorbonne, y Katholieke Universiteit Leuven, Kenyon College. Algunas de sus publicaciones recientes son *Historias de la cartografía en Iberoamérica* (en colaboración con Héctor Mendoza Vargas, 2009), "Imagen cartográfica e imaginarios geográficos. Los lugares y las formas de los mapas en nuestra cultura visual" (en *Geocrítica. SCRIPTA NOVA. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 2009), *Geografía y cultura visual. Los usos de las imágenes en las reflexiones sobre el espacio* (en colaboración con Verónica Hollman, 2012) y *Mapas para la nación. Episodios en la historia de la cartografía argentina* (2013).

Leoncio López-Ocón es investigador científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en Madrid. Trabaja en el grupo de investigación "Mundialización y mundanización de la ciencia" del Departamento de Historia de la Ciencia del Instituto de Historia del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC. Realizó su maestría en Ciencias Sociales con mención en Historia Andina en la sede de Quito de Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y se doctoró en Historia de América en la Universidad Complutense de Madrid. Sus investigaciones se centran en el estudio de las relaciones culturales y científicas entre España y América Latina, la construcción de un espacio público para la ciencia en el ámbito cultural iberoamericano en la época contemporánea y la internacionalización de la ciencia española en la era de Cajal. Entre sus publicaciones destacan *Breve historia de la ciencia española* (2003), *Marcos Jiménez de la Espada. Tras la senda de un explorador* (coeditado con Carmen Mª Pérez-Montes, 2000), *Los americanistas del siglo XIX. La construcción de una comunidad científica internacional* (coeditado con Jean-Pierre Chaumeil y Ana Verde, 2005), *Aulas con memoria. Ciencia, educación y patrimonio en los institutos históricos de Madrid (1837-1936)* (coeditado con Santiago Aragón y Mario Pedrazuela, 2012).

Alejandro Martínez es docente-investigador de la Universidad Nacional de La Plata en el Archivo Histórico y Fotográfico del Museo de La Plata desde 2010. Fue becario doctoral y posdoctoral del CONICET entre 2006 y 2013. Antropólogo y Doctor en Ciencias Naturales. Trabaja sobre la historia de la antropología en Argentina y sobre la historia de las misiones protestantes en la región del Gran Chaco. Ha publicado "Evangelization,

Visual Technologies and Indigenous Responses" (en *International Bulletin of Missionary Research*, 2010) y "Antropología misionera, interculturalidad y colonialidad. Las etnografías anglicanas del Chaco paraguayo (1890-1914)" (en *Actas electrónicas del IV Simposio Internacional sobre Religiosidad, Cultura y Poder*, 2012).

Irina Podgorny es investigadora principal del CONICET en el Archivo Histórico del Museo de La Plata. Estudió Antropología y se doctoró en Ciencias Naturales. Ha sido Research Fellow del Max-Planck-Institut für Wissenschaftsgeschichte (2009), Senior Fellow del Internationales Kolleg für Kulturtechnikforschung und Medienphilosophie de Weimar (2013). En 2013 recibió el premio Georg Forster de la Fundación Humboldt. Trabaja sobre la historia de los museos y de las colecciones arqueológicas y paleontológicas. Entre sus publicaciones se destacan *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la Prehistoria en la Argentina, 1850-1910* (2009), *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890* (en colaboración con Margaret Lopes, 2008), *Charlatanes. Crónicas de remedios incurables* (2012), "Las momias de la patria: Entre el culto laico, la historia de la química y la higiene pública" (en *L'ordinaire latino-américain,* 2010). En 2014 publicará *Museos al detalle* (con Miruna Achim) y *Nature & antiquities. The making of archaeology in the Americas* (con Stefanie Gänger y Philip Kohl).

Mechthild Rutsch es profesora investigadora titular en la Dirección de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH). Ella obtuvo su licenciatura en Antropología en la ENAH y su maestría en Sociología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Recibió su título doctor en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Su área de investigación es la historia y teoría de la antropología. Entre sus publicaciones se destacan: *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana. 1877-1920* (INAH/Universidad Nacional Autónoma de Mexico, 2007) y "'Vivir de una vida nueva': Jorge Engerrand (1877–1961), entre la antropología mexicana y la estadounidense de principios del siglo xx" (en *Nueva Antropología*, 2010), reeditó el libro *Sobre el Estado de Chiapas* de Teobert Maler (2006) y editó *Alarifes, amanuenses y evangelistas: tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México* (2004).

Antonio Sáez Arance es profesor adjunto en el Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana de la Universität zu Köln. Estudió Filosofía y Letras (especialidad en Historia Moderna y Contemporánea) en la Universidad Autónoma de Madrid. En 2001 recibió su título doctor por la Universität Bielefeld. Sus áreas de trabajo son la historia social y cultural de la monarquía hispana (siglos xvi-xviii), el nacionalismo, la historia de Chile, y la historia de la historiografía. Entre sus publicaciones más recientes se cuentan "Entre la autocomplacencia y la crisis: discursos de chilenidad en el primer Centenario" (en *Historia Mexicana*, 2010), "Ignorancia, retórica y revisión: las independencias en el discurso del nacionalismo historiográfico español" (en *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-bresilien*, 2010), y "El rebelde flamenco, ¿'enemigo de españa'? Sobre los orígenes y la persistencia de un estereotipo" (del volumen *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos xvi-xx)*, editado por Xosé Manoel Núñez Seixas y Francisco Sevillano Calero, 2010).

Kirsten Süselbeck es bibliotecaria científica de la biblioteca de la Universität Augsburg**.** Estudió Filología Hispánica en Saarbrücken, Chihuahua y Berlín, obtuvo su título de doctorado de la Philipps-Universität Marburg. Sus áreas de trabajo son la planificación lingüística del español, el español en América Latina, la política lingüística y el nacionalismo en Cataluña, y la biblioteconomía. Es autora de "'Lengua', 'nación' e 'identidad' en el discurso de la política lingüística de Cataluña" en *Lengua, Nación e Identidad en España, y América Latina,* editado por ella misma en colaboración con Ulrike Mühlschlegel y Peter Masson, 2008), y de "Las relaciones institucionales entre las Academias de la Lengua Española y su colaboración en la elaboración de la norma lingüística de 1950 hasta hoy", (en *El español, ¿desde las variedades a la lengua pluricéntrica?*, 2012). Además ha editado *Aspectos del desarrollo de la lingüística española a través de los siglos* en colaboración con Katharina Wieland y Vera Eilers (2010). Su publicación más reciente es *Una estirpe, una lengua y un destino*. *Das Sprachideal der Academias de la Lengua Española (1950-1998)*, 2011.

Guillermo Zermeño Padilla es profesor/investigador del Centro de Estudios Históricos del Colegio de México. Obtuvo su doctorado en Ciencias Sociales por la Johann Wolfgang Goethe-Universität Frankfurt. Sus principales áreas de trabajo son la historia intelectual, la historia cultural, la historia de la escritura moderna de la historia y la teoría de la historia.

Es autor de *La cultura moderna de la Historia. Una aproximación teórica e historiográfica* (2002, 3ª reimpresión 2010) y editor de *Cartas edificantes y curiosas de algunos misioneros jesuitas del siglo XVIII. Travesías, itinerarios, testimonios* (2006, 1ª reimpresión 2008). Participó en la edición *Desde México. Apuntes de viaje de los años 1874 y 1875* de Friedrich Ratzel (2009). Asimismo fue coeditor del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850* (2009) y *Entre Espacios. Movimientos, actores y representaciones de la globalización* (2013). Es también autor de *La historia y su memoria. Entrevista(s)* con el historiador Moisés González Navarro (2011).

El Instituto Ibero-Americano (IAI) de la Fundación Patrimonio Cultural Prusiano en Berlín dispone de un amplio programa de publicaciones en alemán, español, portugués e inglés que surge de varias fuentes: la investigación realizada en el propio Instituto, los seminarios y simposios llevados a cabo en el IAI, los proyectos de cooperación con instituciones nacionales e internacionales, y trabajos científicos individuales de alta calidad. La „Bibliotheca Ibero-Americana" es una serie que existe desde el año 1959 y en la que aparecen publicadas monografías y ediciones sobre literatura, cultura e idiomas, economía y política de América Latina, el Caribe, España y Portugal.

Volúmenes anteriores:

157. *El cuerpo dócil de la cultura. Poder, cultura y comunicación en la Venezuela de Chávez.* Manuel Silva-Ferrer, 2014

Este libro constituye un invalorable análisis de los elementos fundamentales que determinaron la reconfiguración del mapa de la cultura venezolana a comienzos del siglo xxi, tras el ascenso al poder de Hugo Chávez y su "revolución bolivariana". Un novedoso período que resume las contradicciones, continuidades y discontinuidades producidas por el moderno Estado petrolero venezolano a lo largo del siglo precedente. Se trata de una nueva fase para la sociedad y la cultura. Y, muy especialmente, para la comunicación, que una vez más reafirmó su preponderancia como fenómeno fundamental de la cultura latinoamericana.

156. *Sonidos y hombres libres. Música nueva de América Latina en los siglos xx y xxi.* Hans-Werner Heister / Ulrike Mühlschlegel (eds.), 2014

L a recopilación de trabajos *Sonidos y hombres libres* se centra en los compositores, musicólogos y profesores de música latinoamericanos Graciela Paraskevaídis y Coriún Aharonián, y con ellos, en la música latinoamericana de los siglos xx y xxi, sus temas y su trayectoria. Rinde homenaje a la obra y a las personalidades de ambos a través de diversos encuentros personales y experiencias de los autores. Además, presenta textos sobre la representación de la música popular en el canon de los estudios musicológicos, sobre las componentes tiempo y espacio en la música popular, sobre la terminología para describir la música popular y sobre el concepto europeo-norteamericano de *world music*.

155. *Sondierungen. Lateinamerikanische Literaturen im 21. Jahrhundert.* Rike Bolte / Susanne Klengel (Hg.), 2013

Die Literaturen Lateinamerikas bilden heute ein weites Terrain unterschiedlicher Stimmen und Schreibweisen, die schon lange magischem Realismus und Exotik abgeschworen haben. In der neuen erzählerischen Vielfalt finden sich postdiktatorische Memoria-Texte, Poetiken des Ver/rückten, Kartografien ungewöhnlicher Handlungsräume, Evokationen marginaler Raumerfahrung und weitere Perspektiven. Immer wieder geht es um Text- und Wort-Materialität und die Anfälligkeit von Körper- und Dingwelt. Dabei berühren sich experimentelle Formen mit der zum literarischen Gegenstand gewordenen (Literatur-)Theorie. Medial und neobarock, öko- und gesellschaftskritisch, "konservativ" und innovativ, emphatisch und unterkühlt ist die aktuelle Prosa des Kontinents: Sie schreibt sich auf diese Weise dezidiert

in die global literature des 21. Jahrhunderts ein. Die dreizehn Einzelstudien des Bandes und ein Interview geben eine erste Orientierung für die Sondierung dieses neuen Terrains.

154. ***Estudios sobre la historia económica de México desde la época de la independencia hasta la primera globalización.*** **Sandra Kuntz Ficker / Reinhard Liehr (eds.), 2013**

En la primera globalización se multiplicaron en el mundo los flujos de información, de mercancías y servicios y de capital gracias a los nuevos medios de transporte y de comunicación y a la generalización del patrón oro en los sistemas monetarios. Al mismo tiempo, se intensificó el traslado masivo de mano de obra en el interior y entre los continentes a raíz de los movimientos migratorios. Este volumen presenta estudios que se ocupan en su mayoría de la integración de México a este nuevo mercado mundial durante este período, desde aproximadamente 1870 hasta la Gran Depresión. Se analizan así el comercio exterior e interior del país, el papel de los bancos en los mercados y flujos de capital y, además, dos ejemplos de empresas. Asimismo, un estudio vuelve hasta la época de la independencia para analizar el comercio y la producción textil en ese período.

153. ***Novas vozes. Zur brasilianischen Literatur im 21. Jahrhundert.***
Susanne Klengel / Christiane Quandt / Peter W. Schulze / Georg Wink (Hg.), 2013

Wie wenige 'Länder des Südens' steht Brasilien heute im Fokus der Weltöffentlichkeit. Auch die brasilianische Literatur bezieht zu der veränderten globalen Ordnung in ihren Themen und Schreibweisen auf vielfältige Weise Position. Doch trotz zunehmender Internationalisierung sind zeitgenössische brasilianische Autorinnen und Autoren im deutschsprachigen Raum noch wenig bekannt. Dieser Band möchte einen ersten Überblick und systematische Einblicke in die Literaturproduktion des beginnenden 21. Jahrhunderts vermitteln. Anhand von fünf thematischen Feldern zur literarischen Identitätskonstruktion, zur poetischen Praxis im sozialen Raum, zur neuen Stadtliteratur, zur jüngsten Internationalisierungstendenz sowie zu Text-Bild-Relationen wird dieses neue literarische Feld sondiert und in siebzehn Einzelstudien vertiefend untersucht. Der Sammelband richtet sich an Brasilianisten und Literaturwissenschaftler, aber auch allgemein an Leser der 'Literaturen der Welt' und Brasilieninteressierte.

152. ***De islas, puentes y fronteras. Estudios sobre la literatura del Caribe, de la Frontera Norte de México y de los latinos en EE.UU.*** **Frauke Gewecke, 2013**

Esta antología reúne veinte estudios de Frauke Gewecke, algunos de ellos traducidos del alemán y del francés para el presente volumen, sobre las literaturas del Caribe, de la frontera norte de México y de los latinos en EE.UU., centrados en el siglo xx y la primera década del siglo xxi. Los nuevos espacios culturales y territorios identitarios generados en el Caribe por la diáspora poscolonial y en los Hispanic U.S.A. con motivo de la migración, el vodú y sus complejas relaciones con el realismo mágico, la tropicalización vanguardista, el mito como discurso legitimador de la Revolución en Cuba, la narconovela mexicana, la narrativa chicana, el teatro de los Cuban Americans, la nueva novela policial cubana, los vaivenes histórico-culturales del espacio fronterizo mexamericano, los nuevos condimentos latinos en el melting pot estadounidense son algunos de los temas de este volumen.

151. *Brasilien. Eine Einführung.* Peter Birle (Hg.), 2013

Brasilien. Eine Einführung bietet in 14 Beiträgen fundierte und aktuelle Informationen zur brasilianischen Wirklichkeit. Zunächst werden die Großregionen des Landes mit ihren jeweiligen räumlichen, sozialen und ökologischen Strukturen und Dynamiken vorgestellt. Weitere Artikel beschäftigen sich mit dem politischen System, mit dem schwierigen Weg in Richtung Rechtsstaat und Gemeinwohl, der Sozial- und Bildungspolitik, dem Aufstieg Brasiliens zu einer weltwirtschaftlichen Großmacht, der Außenpolitik und den vielfältigen deutsch-brasilianischen Beziehungen. Analysiert wird auch das Phänomen Fußball in seiner gesellschaftlichen Dimension. Zudem bietet das Buch Einblicke in verschiedene Facetten der brasilianischen Kultur: die Literatur, die Musik,städtische Kulturen und Bewegungen sowie Film und Fernsehen. Eine Chronologie zur Geschichte des Landes rundet das Buch ab.

150. *Literatura de la Independencia, independencia de la literatura.*
Katja Carillo Zeiter / Monika Wehrheim (eds.), 2013

La literatura latinoamericana del siglo XIX fue considerada muchas veces como una literatura de transición que en vez de desarrollar aspectos propios se basaba en copiar modelos europeos y carecía de originalidad y valor estético. Sin embargo, la emergencia de nuevos paradigmas dentro de los estudios dedicados al siglo XIX dio paso a una reconsideración y revalorización de la literatura de aqulla época, debido también al auge de los estudios culturales. El libro propone un acercamiento que lleva más allá de un análisis de la literatura misma tomando en cuenta los procesos de producción, divulgación y recepción de lo escrito en la cultura decimonónica. Desde una perspectiva multidisciplinaria y comparativa se consideran diferentes modelos de vinculación entre la cultura literaria y el proceso de *nation-building*.

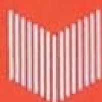
149. *Democracia y reconfiguraciones contemporáneas del derecho en América Latina.*
Stefanie Kron / Sérgio Costa / Marianne Braig (eds.), 2012

El derecho ocupa cada vez más un lugar relevante en las transformaciones sociales y políticas que se observan en los distintos países de América Latina en los años recientes. Por un lado, los actores sociales buscan, en muchos casos con éxito, influenciar en el proceso de constitución del derecho, así como en su aplicación. Los gobiernos, por su parte, aceptan el derecho como espacio de negociación de diferencias políticas e invierten cada vez más energía en las disputas jurídicas. El presente libro trata de esas nuevas líneas de tensión y conflicto político. Al reunir contribuciones teóricas y empíricas producidas a partir de distintas perspectivas disciplinarias y centrarse en distintos países, el interés principal de este volumen es describir y analizar las reconfiguraciones del derecho en el marco de la construcción y profundización de la democracia en América Latina.

Más información: http://www.iai.spk-berlin.de/es/publicaciones.html



Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz



IBEROAMERICANA
VERVUERT

Las contribuciones aquí reunidas analizan las relaciones que existieron entre las ciencias y los Estados nacionales en América durante el 'largo' siglo XIX. Muestran que el entrelazamiento entre ciencia y nación tuvo consecuencias para la ciencia como lugar de producción y enunciación de saberes y también implicaciones para la elaboración de determinadas interpretaciones de la nación en tanto comunidad imaginada a partir de cuatro elementos: historia, territorio, "pueblo" y lengua. Estos debates no sólo se desarrollaron en ámbitos nacionales sino que traspasaron sus límites, poniendo en evidencia las vinculaciones transnacionales y las redes que les dieron sustento.

SANDRA CARRERAS es investigadora del Instituto Ibero-Americano. Sus áreas de trabajo son la historia social y política del Río de la Plata y la historia de las vinculaciones científicas entre Alemania y la Argentina.

KATJA CARRILLO ZEITER se doctoró en Filología Románica con un trabajo sobre la historiografía literaria del siglo XIX en Argentina y Chile. En la actualidad trabaja sobre las culturas populares hispanoamericanas.



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

